JOHN C. LENNOX

CONTRA LA CORRIENTE

LA INSPIRACIÓN DE DANIEL EN UNA ERA DE RELATIVISMO

CONTRA LA CORRIENTE

LA INSPIRACIÓN DE DANIEL EN UNA ERA DE RELATIVISMO

John C. Lennox

(2016)

«John Lennox dio en el clavo una vez más. Al combinar un pensamiento profundo, una investigación intensa y una mirada precisa a la cultura contemporánea occidental, Lennox ha logrado establecer paralelismos estrechos y reveladores entre la vida y las circunstancias de Daniel, y la vida y las circunstancias del creyente contemporáneo. A mi modo de ver, lo más interesante de *Contra la corriente* es cómo Lennox destaca que, aunque Daniel estaba inmerso en las altas esferas de una cultura pluralista, cada vez más hostil a la religión bíblica, él no se contentó con testificar solamente mediante la piedad personal. Al contrario, Daniel mantuvo el compromiso público con las ideas y prácticas existentes en su época. Por último, Lennox ofrece un consejo sabio y una aplicación práctica en cuanto a cómo podemos convertirnos en Danieles modernos. Recomiendo de todo corazón la lectura de este libro.»

J. P. Moreland, profesor distinguido de Filosofía, Biola University [Universidad de Biola], La Mirada, California y autor de *The Soul: How We Know It's Real and Why It Matters* [El alma: cómo sabemos que es real y porqué es importante]

«Yo leo todo lo que John Lennox escribe debido a su asombrosa mezcla de erudición rigurosa con percepciones y aplicaciones prácticas para todos nosotros. ¡Usted no puede dejar de leer este importante libro! Léalo y luego déselo a un amigo.»
Doctor Rick Warren, *Una vida con propósito*

«Este libro constituye un ejemplo excelente de nuestra responsabilidad de entender la Palabra de Dios y la cultura en la que vivimos, y luego establecer las conexiones entre las dos. John Lennox está dotado de forma única para ayudarnos a lograr esto, ya que él aborda los grandes temas de la obra de Dios en la historia, el lugar de la moralidad, la naturaleza del género humano, los desafíos de la fe, la fiabilidad de la Escritura y el llamado a proclamar la verdad, sin importar el costo. Como maestro de la Biblia, científico y discípulo valiente de Cristo, John Lennox nos ha proporcionado un recurso extraordinario. Le recomiendo encarecidamente este importante libro.»
Jonathan Lamb, director general y ministro general, Keswick Ministries

«John Lennox ha logrado una cosa rara: erudición excelente, fidelidad bíblica y aplicación cultural por excelencia. Su análisis de la historia de Daniel pone de manifiesto las tensiones profundas que Israel enfrentó, y nos recuerda que muchos de esos desafíos todavía existen. Así como Daniel mantuvo integridad y fidelidad a Dios, nosotros también podemos. Este es un libro de reflexión teológica aplicada que rebosa esperanza. Los desafíos que aborda son muy reales, pero las respuestas que brinda son impresionantemente sencillas y desafiantes en gran manera.»
Malcolm Duncan, pastor principal, Iglesia Bautista de Gold Hill

«Pocas partes de la Escritura son más conscientes del conflicto entre la sabiduría de

Dios y la sabiduría del mundo que el libro de Daniel, en el Antiguo Testamento. Pocos autores de hoy son más expertos que John Lennox en cuanto a analizar y plantear ambos elementos. Es una combinación magistral, y el resultado es extraordinario.»
Reverendo doctor John Dickson, director fundador del Centro para la Cristiandad Pública, miembro honorario, Departamento de Historia Antigua, Universidad Macquarie

«No puedo pensar en un libro más importante para una época secular y pluralista. John Lennox desafía a los cristianos a atreverse a ser como Daniel, quien testificó con denuedo en los niveles más altos de una nación que no compartía su fe. Este libro es un gran estímulo para todos los cristianos que desean vivir para Dios de manera fiel y útil en un mundo hostil.»
Amy Orr-Ewing, directora de programas, Oxford Centre for Christian Apologetics [Centro Oxford para la apologética cristiana]

«John Lennox tiene un don único como profesor bíblico. El aplica el texto de forma muy profunda al mundo de hoy, y a sus filosofías predominantes. Esta exposición académica de Daniel muestra cómo este libro hace críticas enérgicas a las idolatrías modernas, ya sean ateas o secularistas. Todo lector de este volumen verá la profundidad y la coherencia del libro de Daniel de una manera nueva.»
Doctor Peter J. Williams, director, Tyndale House, Cambridge

El autor

John C. Lennox es profesor de Matemáticas en la Universidad de Oxford y miembro emérito de Matemáticas y Filosofía de la Ciencia en *Green Templeton College*. Él da conferencias sobre fe y ciencia en *Oxford Centre for Christian Apologetics*, y es autor de una serie de libros sobre las relaciones entre la ciencia, la religión y la ética. John y su esposa Sally viven cerca de Oxford. *johnlennox.org*

Del mismo autor: *God's Undertaker* [Sepulturero de Dios]; *Disparando contra Dios; God and Stephen Hawking* [Dios y Stephen Hawking]; *Seven Days that Divide the World* [Siete días que dividen al mundo].

Agradecimientos

Este libro nunca habría sido escrito si no fuera por la inspiración que recibí durante muchos años de mi amigo y mentor el profesor David Gooding. Fue él quien primero abrió mis ojos a la riqueza de la Escritura y me enseñó a pensar bíblicamente. Su trascendental obra sobre Daniel, tal como se contempla en la Conferencia de Tyndale de 1981, fue el estímulo para comenzar a meditar en el valor de este antiguo libro como medio para comunicar la cosmovisión bíblica al mundo contemporáneo.

Como siempre, me siento inmensamente agradecido a la Sra. Barbara Hamilton por su inestimable ayuda de secretaría, además de salvarme de desaciertos gramaticales y de estilo.

También quiero agradecer a mi esposa Sally por estimularme constantemente a seguir escribiendo, y por los muchos amigos alrededor del mundo [demasiados como para mencionarlos a todos), que me expresaron que tal esfuerzo valdría la pena. Confío en que no se sentirán decepcionados.

Contenido

Por qué debemos leer el Libro de Daniel

1. Una cuestión de historia: Daniel 1
    - Dios y la historia
    - Creencia y evidencia
    - Historia y moralidad
    - Poder explicativo

2. Ciudad de ídolos: Daniel 1

3. Una cuestión de valores: Daniel 1
    - Una cuestión de valores
    - Relativizar lo absoluto
    - Relativizar la verdad

4. Cuestión de identidad: Daniel 1
    - ¿Qué transmite un nombre?
    - Babilonia y su búsqueda de sentido
    - La confusión del lenguaje

5. La resolución y la protesta: Daniel 1
    - Un estudiante de santidad
    - Leyes sobre los alimentos
    - Una elección: ¿Dios o los ídolos?

6. La cosmovisión de Babilonia: Daniel 1
    - Dios, los dioses y el universo
    - El reduccionismo materialista está vivo y sano
    - Comprender la cosmovisión a nuestro alrededor
    - El lenguaje de la protesta
    - Una llamada al compromiso

7. La forma de la protesta: Daniel 1
    - La necesidad de ser sensibles
    - Una confianza tranquila

8. La estructura lógica de Daniel

Tabla de contenidos del libro de Daniel

9. sueños y revelaciones: Daniel 2
- La revelación y la datación del Libro de Daniel
- La revelación y la interpretación del sueño del rey
- La razón y la revelación
- El origen sobrenatural de la profecía bíblica

10. Una sucesión de imperios: Daniel 2
- Daniel ante el rey
- La interpretación del sueño
- La piedra y el reino
- La inestabilidad de los gobiernos humanos
- La respuesta de Nabucodonosor

11. Cuando el estado se convierte en dios: Daniel 3
- La religión y el estado
- El precio de la integridad espiritual
- Rescatados del fuego

12. El testimonio de Nabuconodosor: Daniel 4
- La naturaleza de la verdadera grandeza
- Humano y animal, ¿cuál es la diferencia?
- De la oscuridad intelectual a la luz

13. La escritura en la pared: Daniel 5
- ¿Un banquete apropiado para un rey?
- La escritura en la pared
- El dedo de Dios
- El juicio de Dios y nuestra responsabilidad

14. La ley de Media y de Persia: Daniel 6
- El propósito de la ley
- La ley de Dios y las leyes del estado
- El gobierno y el imperio de la ley
- Una ley más alta

15. La ley de la selva
- Política de fuerza
- La verdadera tolerancia
- Domar la lengua

16. Las cuatro bestias y el Hijo del hombre: Daniel 7
- Las cuatro bestias
- Una vislumbre del cielo
- Dios no siempre librará
- Habrá un juicio
- El Hijo del Hombre vendrá
- Los santos recibirán el reino
- Una visión del futuro
- ¿Un futuro gobierno mundial?
- Prepararse para el futuro

17. La visión del carneto y del macho cabrío: Daniel 8
- El futuro y más allá
- La propagación de la cultura griega
- Antíoco Epífanes
- Dios manifestado
- Las ideologías anti-Dios continuarán

18. Jerusalén y el futuro: Daniel 9
- Orar con la Escritura
- Dios responde a la oración de Daniel

19. Las setenta semanas: Daniel 9

20. La semana setenta: Daniel 9
- Aspectos para la datación del libro

21. El hombre sobre el río: Daniel 10
- Un mensaje del cielo
- El curso de la historia
- Un mensajero del cielo

22. El libro de la verdad: Daniel 11
- Un prototipo del tiempo del fin
- La estructura general de Daniel 11
- Profecía predictiva
- Mirar más allá de Antíoco

23. El tiempo del fin: Daniel 12
- Llegada del Armagedón

Los nombres escritos en el libro
Resurrección del sueño de la muerte
¿Hasta cuándo?

Apéndice A: La naturaleza del reino de Dios
Apéndice B: Traducción del texto del cilindro de Ciro
Apéndice C: La estructura del libro de Daniel
Apéndice D: Daniel 11 y la historia
Apéndice E: Fecha de composición del libro de Daniel

Preguntas de reflexión y debate
Bibliografía
Notas

Por qué debemos leer el Libro de Daniel

La historia de Daniel trata sobre una fe extraordinaria en Dios, vivida en el pináculo del poder ejecutivo, a plena luz de la vida pública. Relaciona acontecimientos cruciales en la vida de cuatro amigos, Daniel, Ananías, Misael y Azarías, que nacieron en el diminuto estado de Judá en el Oriente Medio, hace unos 2.500 años. Como miembros jóvenes de la nobleza, probablemente adolescentes aún, el emperador Nabucodonosor los llevó cautivos y los trasladó a su capital, Babilonia, para capacitarlos en la administración babilónica. Daniel nos relata cómo ellos finalmente llegaron a los niveles más altos del poder, no solo en el Imperio mundial babilónico sino también en el imperio medo-persa que lo sucedió. (Sé muy bien que esta datación tradicional del Libro de Daniel ha sido puesta en duda y que muchos creen que esta obra data del siglo II y no del siglo VI a. C. Este tema se abordará en varias partes del libro y en el Apéndice E se puede encontrar un resumen de las fundamentaciones.)

Lo que hace extraordinaria la historia de su fe es que ellos no continuaron sencillamente la devoción privada a Dios que habían aprendido en su tierra natal; sino que mantuvieron un testimonio público prominente en una sociedad pluralista que cada vez se hacía más antagónica a su fe. Es por eso que su historia contiene un mensaje tan poderoso para nosotros en la actualidad. Las fuertes corrientes de pluralismo y secularismo en la sociedad occidental contemporánea, reforzadas por una corrección política paralizante, marginan cada vez más la expresión de fe en Dios, y la confinan, si es posible, a la esfera privada. Cada vez es menos aceptable mencionar a Dios en público, y mucho menos confesar la creencia en algo exclusivo y absoluto, como la singularidad de Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador. La sociedad tolera la práctica de la fe cristiana en forma de devoción privada y en los servicios de la iglesia, pero menosprecia cada vez más el testimonio público. Para el relativista y secularista, el testimonio público de la fe en Dios le suena mucho a extremismo proselitista y fundamentalista. Por lo tanto, lo consideran una amenaza progresiva para la estabilidad social y la libertad humana.

La historia de Daniel y sus amigos es un llamado inequívoco a nuestra generación a ser valientes; a no amilanarnos ni permitir que diluyan y expulsen la expresión de nuestra fe del espacio público, y de esta forma se vuelva débil e ineficaz. Su historia también nos dirá que es poco probable que logremos este objetivo sin pagar un precio.

Ya que la corrección política sofoca el testimonio cristiano, el ateísmo parece llevar la voz cantante en la arena pública. Richard Dawkins en *The God Delusion* [El engaño de Dios], Sam Harris en su *Letter to a Christian Nation* [Carta a una nación cristiana], Christopher Hitchens en *God is Not Great* [Dios no es grandioso] y Michel Onfray en *Atheist Manifesto* [Manifiesto ateo] han estado agrupando las tropas detrás de ellos al anunciar los peligros de la religión y la conveniencia de eliminarla. Para lograrlo, estos llamados *nuevos ateos* aprovechan el inmenso poder cultural de la

ciencia. En una conferencia en el Instituto Salk de Ciencias Biológicas en La Jolla, California, en noviembre de 1994, el Premio Nobel, Steven Weinberg, sugirió siniestramente que la mejor contribución que los científicos podrían hacer en esta generación era eliminar la religión por completo.

Weinberg y otros presentan el ateísmo como la única cosmovisión intelectualmente respetable. La intolerancia a la religión y una creciente falta de respeto hacia las personas con convicciones religiosas son rasgos fundamentales de su ataque cada vez más vociferante. De hecho, su constante repetición de fundamentaciones harapientas y filosóficamente superficiales nos lleva a sospechar que su gran emperador del ateísmo está empezando a temblar debido a la falta de ropa.

Si Daniel y sus tres amigos estuvieran con nosotros en la actualidad, no tengo duda alguna de que estarían en la vanguardia del debate público, contraatacando a los autodenominados «cuatro jinetes del nuevo ateísmo», como Dawkins y sus aliados Dennett, Harris y Hitchens se llaman a sí mismos. En este libro trataremos de aprender algo sobre qué fue lo que dio la fuerza y la convicción a ese antiguo cuarteto de estar preparados, a menudo corriendo un gran riesgo, para nadar contra la corriente en la sociedad en que vivían, y expresar públicamente de forma inequívoca y audaz lo que ellos creían. Esto fortalecerá sin duda nuestra determinación, no solo para sacar la cabeza por encima del parapeto, sino también para asegurarnos de antemano que nuestra mente y corazón estén preparados (que nuestro casco esté bien colocado) para que la primera salva no nos destroce.

CAPÍTULO 1

UNA CUESTIÓN DE HISTORIA
Daniel 1

Necesitamos algunos antecedentes históricos que nos ayuden a entrar en el ambiente de la historia de Daniel.[1] (Para conocer otros antecedentes históricos, yo recomiendo leer importantes artículos que aparecen en *The New Bible Dictionary* [El nuevo diccionario bíblico] publicado por IVP). El diminuto estado de Judá se localizaba en un nexo geográfico en el antiguo Oriente Medio, donde los intereses de las grandes potencias chocaban frecuentemente, por lo que este vivía bajo constante amenaza de invasión por parte de las superpotencias vecinas de la época. Alrededor de medio siglo antes de que Daniel naciera, la superpotencia, Asiria, dominaba el mundo (al menos, la parte importante para nosotros). En los días de Ezequías, uno de los mejores reyes de Judá, el emperador asirio Senaquerib marchó sobre Judá en el 701 a. C. Como lo expresó Byron (en «La destrucción de Senaquerib»): «Bajaron los asirios como al redil el lobo». Las ovejas se prepararon para un holocausto. De repente e inesperadamente Senaquerib se retiró (pero eso es otra historia), y Jerusalén se salvó por el momento.

Con el tiempo, Nínive, la gran ciudad capital de Asiria, cayó en el 612 a. C. ante los ejércitos babilónicos y medos, quienes posteriormente continuaron con la tradición de amenazar con exterminar a Judá por completo. Como si fuera poco, Egipto continuaba en el sur, ya no era una superpotencia pues su antigua gloria ya se desvanecía, sin embargo, era una espina constante. Anteriormente uno de los reyes reformistas de Judá, Josías, había perdido su sentido de perspectiva y se había embarcado en una misión temeraria para ayudar a los babilonios en su intento de enfrentar el poder del ejército egipcio. Su esfuerzo fracasó y terminó asesinado. El Faraón destituyó rápidamente al hijo de Josías, Joacaz, lo deportó a Egipto, y puso como gobernante títere al hermano de Joacaz, Eliaquim; ahora llamado Joacim. Para colmo de males, Faraón impuso una desmesurada multa a Judá de 100 talentos de plata y uno de oro; una bonita suma en aquellos tiempos de miseria.

Joacim resultó ser incompetente y en poco tiempo también fue destituido, pero no por los egipcios sino por el emperador de Babilonia, Nabukudirriusur II (Nabucodonosor II como se conoce más comúnmente, o Nabucodorosor; existe evidencia de cambio de -r- por -n- en transcripciones de nombres babilónicos). Con anterioridad, en el verano del 605 a. C., Nabucodonosor había derrotado a los egipcios en la batalla decisiva de Karkemish en el Éufrates, al noreste de Jerusalén. No mucho tiempo después de aquella insigne victoria militar, murió Nabopolasar, padre de Nabucodonosor, quien regreso a Babilonia como rey. A partir de entonces, el realizó

visitas frecuentes a los territorios conquistados en el oeste, para cobrar impuestos, llevar personal y administrar justicia (ver *Wiseman 1991,* página 22). Y fue una de esas visitas la que cambió para siempre la trayectoria de las vidas de Daniel y sus amigos.[2]

Esto sucedió de la siguiente manera. Como parte de su política con las naciones conquistadas, Nabucodonosor tomaba lo mejor de sus hombres jóvenes a fin de capacitarlos para el servicio en su administración. Se estimó que Daniel y sus amigos eran material idóneo para esa capacitación, por lo que fueron arrancados de sus familias, de su sociedad y cultura y llevados a una tierra muy lejana, desconocida y extraña. Ellos no solo tuvieron que lidiar con el trauma emocional de ser separados de sus padres, sino también con la total rareza de todo lo que los rodeaba: un idioma nuevo, nuevas costumbres, un sistema político nuevo, un nuevo sistema educativo, nuevas creencias. ¿Cómo se las arreglaron con todo esto?

Dios y la historia

La explicación de Daniel de cómo ellos finalmente se adaptaron es el fruto de haber reflexionado durante toda su vida sobre los acontecimientos claves que moldearon su vida y lo convirtieron en lo que fue. Él comienza su libro con una descripción escueta de lo que para él fue el sitio trascendental de Jerusalén por Nabucodonosor, y su posterior deportación a la más ilustre de las capitales de la antigüedad: Babilonia en el Éufrates.

> *En el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén, y la sitió. Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios; y los trajo a tierra de Sinar, a la casa de su dios, y colocó los utensilios en la casa del tesoro de su dios. Y dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes, muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer; enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos. Y les señaló el rey ración para cada día, de la provisión de la comida del rey, y del vino que él bebía; y que los criase tres años, para que al fin de ellos se presentasen delante del rey. Entre éstos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, de los hijos de Judá* (Daniel 1:1-6).

Muchas de las cosas que Daniel pudiera haber mencionado, que a nosotros nos hubiera encantado leer, han sido omitidas de forma decepcionante. Por ejemplo, no se plantea nada en absoluto sobre la niñez de Daniel en Judá, ni sobre las lamentables intrigas y la confusión políticas en los años anteriores a su deportación. Daniel decide

comenzar con los acontecimientos del 605 a. C. cuando Nabucodonosor volvió su atención militar hacia Jerusalén, en las afueras de su imperio. Su estado insurreccional irritó al emperador por lo que este la sitió. Dado el absoluto poder militar de los babilonios, el resultado fue inevitable. La ciudad fue tomada, el rey de Judá se convirtió en vasallo, y comenzó la primera oleada de deportaciones a Babilonia. La ciudad de Jerusalén como tal sobrevivió en ese momento, hasta que Nabucodonosor la destruyó en 586 a. C.

Estos acontecimientos están documentados en más detalle en las antiguas Crónicas de Babilonia. Las tablillas cuneiformes de piedra confirman que Daniel nos cuenta una historia real y no invenciones de su propia imaginación. Más adelante comentaremos sobre la historicidad de su relato, ya que a menudo ha sido cuestionada.

La gran interrogante para alguien con los antecedentes de Daniel era: ¿por qué Dios había permitido que tal cosa sucediera? Después de todo, ¿no era su nación una nación especial? ¿No era la nación de Moisés a quien Dios le había entregado la ley directamente? ¿No era la nación que ese mismo Moisés había sacado de los campos de trabajo forzado de Egipto y traído a la tierra que Dios les había prometido como herencia? ¿No era también la nación de David, el gran rey unificador, que había hecho de Jerusalén su capital, y cuyo hijo Salomón había construido un templo único para el Dios viviente? ¿Acaso no había hablado Dios a patriarcas, sacerdotes, profetas y reyes de esa nación, de forma cada vez más clara, sobre un Rey venidero, el Mesías (Ungido), que sería un descendiente del Rey David y que presidiría en el futuro sobre un período inigualable de paz y prosperidad en la tierra? Ciertamente, esta visión mesiánica se hace eco en los corazones de los seres humanos de todas las culturas y ha captado las mentes de las naciones contemporáneas, de tal manera que está grabada en la pared del edificio de las Naciones Unidas en Nueva York para que todo el mundo la lea:

> *...y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra* (Isaías 2:4).

¿Qué sería de esa visión si Jerusalén fuera saqueada y el linaje de David eliminado? ¿Tendría la promesa del Mesías que ser relegada al cesto de basura de ideas utópicas fallidas? ¿Y qué de Dios mismo? ¿Podría Él, por decirlo así, sobrevivir a semejante fracaso? ¿Cómo podrían Daniel y sus amigos seguir creyendo que había un Dios que se había revelado a Su nación de una manera especial? Si Dios es real, ¿cómo podría un emperador pagano como Nabucodonosor violar la santidad del templo único de Dios y salirse con la suya? ¿Por qué Dios no hizo nada? En esencia, esta es la difícil interrogante que aún está muy presente hoy en mil formas específicas y diferentes. ¿Por qué la historia a menudo da un giro que zarandea la confianza en la existencia de un Dios que se preocupa?

Por supuesto, para el historiador secular no hay nada extraño en lo que ocurrió en el distante 605 a. C. La conquista de Judá fue sencillamente un ejemplo más de la ley del más fuerte: una nación con un gran poder militar destruye a un estado pequeño. Judá no tenía la capacidad militar para hacer frente a las tropas muy bien entrenadas y fuertemente armadas de Nabucodonosor. Con cerbatanas no se puede enfrentar a los tanques. Seguramente no había nada más que esto...

De hecho, los secularistas podrían muy bien añadir que si el otro lado se hubiese alzado con la victoria y Judá hubiese ahuyentado a Babilonia, tal vez se podría comenzar a hablar de una intervención de Dios. Pero no fue así; ocurrió de la manera que cualquiera hubiese predicho. Así que ellos afirman que simplemente debemos afrontar el hecho de que la idea de que los descendientes de David son especiales no es más que un mito tribal, inventado para sostener una casa real bastante inestable en un estado diminuto del Oriente Medio. El templo de Jerusalén no era más que un edificio, sus utensilios no más que artefactos humanos, por hermosos y valiosos que fueran. La idea de que Dios, si hubiera un Dios, estuviese interesado en semejante asunto insignificante, es absurda a todas luces. ¿No es la explicación más fácil, y con mucho la más probable, que el templo no tiene un Dios y por lo tanto no es suyo? ¿Por qué esperar que ocurra algo? ¿No roban objetos valiosos de las iglesias en la actualidad? ¿Los detiene Dios con un rayo del cielo?

Esta perspectiva parece muy verosímil para muchas personas, ya que es la única perspectiva lógica abierta a los secularistas. Sin embargo, ciertamente esta no era la perspectiva de Daniel; y al menos podemos afirmar que él estaba personalmente al corriente de los acontecimientos en cuestión. También sabía lo que había en juego en términos de su credibilidad cuando afirmó audazmente que Dios estaba detrás de la victoria de Nabucodonosor: *Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá*... (Daniel 1:2).

De modo que lo primero que Daniel plantea sobre Dios en su libro es que Él participa en la historia humana: una declaración de inmensa trascendencia, de ser verdad. Daniel no se contenta con informarnos lo que sucedió; él está mucho más interesado en por qué sucedió. Él interpreta la historia, y la interpreta de una manera muy provocativa para la mente contemporánea, por no decir otra cosa. Afirmar que hay un Dios detrás de la historia es volar contra el viento predominante del secularismo y, por lo tanto, provocar la compasión, si no el ridículo (especialmente en un departamento de historia en una universidad). Sin embargo, como Lesslie Newbigin afirma: «Desde Agustín hasta el siglo XVIII, la historia en Europa fue escrita con la creencia de que la clave para entender los acontecimientos era la providencia divina» (1989, pág. 71). Sin embargo, hace mucho que pasaron los días cuando un historiador destacado como Herbert Butterfield, pudo escribir de buena gana sobre la providencia de Dios como «una entidad viva y activa tanto en nosotros como en su movimiento a lo largo y ancho de la historia» (1957, pág. 147).

Es una ilusión pensar que la interpretación de la historia que rechaza cualquier

posibilidad de acción divina es la manera objetiva, mientras que la manera de Daniel es subjetiva. Toda la historia es historia interpretada. La interrogante verdadera es: ¿hay evidencia de que la interpretación de Daniel es verdadera?

Creencia y evidencia

> La próxima vez que alguien le afirme que algo es verdad, ¿por qué no decirle?: «¿Qué tipo de evidencia apoya eso?» Y si no pueden darle una buena respuesta, espero que considere muy bien antes de creer una palabra de lo que dicen. (Dawkins, 2003, pág. 248.)

Estoy totalmente de acuerdo con Richard Dawkins sobre este punto. De hecho, como David Hume señaló hace mucho tiempo, el carácter mismo de la ciencia es adecuar la creencia a la evidencia. Hasta aquí todo bien. Pero entonces Dawkins hace una distinción entre el pensamiento legítimo basado en la evidencia, que es la característica distintiva del científico, y lo que él llama la fe religiosa, que pertenece a una categoría muy diferente.

> Creo que se puede asegurar que la fe es uno de los males más grandes del mundo, comparable al virus de la viruela, pero más difícil de erradicar. La fe, como creencia que no se basa en la evidencia, es el principal vicio de cualquier religión.[3]

Sería un error pensar que esta perspectiva extrema es típica. Muchos ateos no se sienten felices en lo absoluto con su militancia, por no mencionar sus connotaciones represivas, incluso totalitarias. Sin embargo, son estas declaraciones excesivas las que reciben la publicidad de los medios de comunicación, con el resultado de que muchas personas conocen esas opiniones y han sido afectadas por ellas. Por lo tanto, sería una locura ignorarlas; debemos tomarlas en serio.

Según lo que Dawkins plantea, está claro que una de las cosas que (tristemente) ha generado su hostilidad hacia la fe en Dios es su impresión de que mientras que «la creencia científica se basa en evidencia públicamente verificable, la fe religiosa no solo carece de evidencia; su independencia de la evidencia es su gozo, lo cual se pregona a los cuatro vientos».[4] En otras palabras, él asume que toda fe religiosa es fe ciega. No obstante, si tomamos el propio consejo de Dawkins, mencionado anteriormente, debemos preguntarnos: ¿cuál es la evidencia de que la fe religiosa no se basa en la evidencia? Por desgracia hay personas que mientras profesan fe en Dios, adoptan un punto de vista abiertamente anticientífico y obscurantista. Su actitud desacredita la fe en Dios y es deplorable. Tal vez Richard Dawkins ha tenido la desdicha de conocer a muchísimos de ellos.

Sin embargo, eso no altera el hecho de que el cristianismo convencional insistirá en que la fe y la evidencia son inseparables. De hecho, la fe es una respuesta a la evidencia, no un regocijo en la ausencia de evidencia. El apóstol cristiano Juan brinda la explicación siguiente de su relato sobre Jesús: *Pero éstas se han escrito para que creáis...* (Juan 20:31). Es decir, él comprende que sus escritos deben ser considerados como parte de la evidencia en la que se apoya la fe. El apóstol Pablo plantea lo que muchos pioneros de la ciencia moderna creían, que la naturaleza misma es parte de la evidencia de la existencia de Dios:

> *Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa* (Romanos 1:20).

No es parte de la perspectiva bíblica creer en cosas que no están respaldadas por la evidencia. Así como en la ciencia, la fe, la razón y la evidencia van de la mano. Por lo tanto, la definición de Dawkins sobre la fe como «fe ciega» resulta ser exactamente lo opuesto de la fe bíblica. Es curioso que al parecer él no está consciente de la discrepancia.

La definición idiosincrásica que Dawkins ofrece de la fe proporciona un ejemplo contundente de la misma clase de pensamiento que él dice aborrecer: el pensamiento que no se basa en la evidencia. En una demostración de inconsistencia impresionante, pues evidencia es lo que él no puede proporcionar para su afirmación de que la fe se goza en la independencia de la evidencia. Y la razón por la que él no proporciona tal evidencia no es difícil de encontrar, porque no existe. No hace falta ningún gran esfuerzo investigativo para determinar que ningún estudioso o pensador bíblico serio apoyaría la definición de fe que Dawkins brinda. Uno podría
ser perdonado por ceder a la tentación de aplicar la máxima de Dawkins a él mismo; y no creer una de sus palabras sobre la fe cristiana.

Historia y moralidad

Entonces, ¿qué evidencia poseía Daniel como base para su interpretación de la historia? La evidencia es acumulativa, y en un sentido esta consiste en todo su libro. Por ejemplo, él después nos informa (Daniel 9) que fue su creencia en Dios lo que lo llevó a esperar una invasión y una conquista babilónicas. Podríamos afirmar de forma justificada que Daniel estaba tan convencido de esto que, si Nabucodonosor hubiese sido detenido por una defensa inesperadamente enérgica de Judá, o incluso por alguna intervención divina directa, esto habría creado problemas para su fe en Dios. Dejaremos los detalles para su propio contexto, y nos detendremos solo para enfocarnos en el tema central: la relación de la historia con la moralidad.

Los padres y maestros de Daniel en Jerusalén le habrían enseñado, basados en el relato del Génesis, que los seres humanos son seres morales, hechos a la imagen de Dios. Esto conformó el fundamento de su comprensión del universo y de la vida. El universo era un universo moral. El Creador no era una especie de mago cósmico que vivía en un templo en forma de caja y hacía magia para proteger sus posesiones o su grupo de favoritos. El carácter moral de Dios le exigía no ser neutral con el comportamiento humano. Este mensaje formaba una parte central de los escritos de los profetas hebreos. En los años antes de que Jerusalén fuera atacada, Jeremías había advertido repetidamente a la nación sobre las graves consecuencias de su creciente compromiso con las prácticas paganas inmorales y la idolatría de las naciones vecinas. Ellos no escucharon a Jeremías, y no pasó mucho tiempo antes de que Babilonia invadiera la nación y llevase al exilio a la mayoría de la población, como él había predicho explícitamente.

Judá no había comprendido que la lealtad de Dios a su propio carácter, y por lo tanto a sus propias criaturas, tenía implicaciones serias. Algunos de los líderes de Judá cayeron en el error de pensar que como su nación había sido elegida para desempeñar un papel especial para Dios en la historia, realmente no importaba cómo los líderes o la nación se comportaran. Esto constituía una irresponsabilidad peligrosa y socavaba el carácter moral del pueblo, porque conducía a la racionalización del comportamiento corrupto e inmoral, que era incompatible con la ley de Dios, aunque para las naciones circundantes era una práctica generalizada. Tal comportamiento repercutió en hacer que la afirmación de la nación de jugar un papel especial pareciera absurda.

En nuestro mundo actual, la conducta moral inconsecuente por parte de aquellos que afirman seguir a Cristo, desvaloriza la fe cristiana y hace que la gente se burle de ella. Lo que los líderes y muchas de las personas en Judá no pudieron entender era que Dios no tiene favoritos cuyos pecados El sencillamente ignora. Dios no hace acepción de personas, no importa de qué nación o nivel social provengan.

Este hecho se había destacado muchas veces antes de los días de Daniel. El eminente historiador de Cambridge, Herbert Butterfield (1957, pág. 92), escribe:

> Los antiguos hebreos se destacan por la forma en que llevaron a su conclusión lógica la creencia de que hay moralidad en los procesos y en el curso de la historia. Ellos reconocían que, si la moral existía de algún modo, estaba allí todo el tiempo y era el elemento más importante en la conducta humana; y que también la vida, la experiencia y la historia debían interpretarse a la luz de esta.

Moisés y los profetas habían subrayado constantemente que Dios disciplinaría al pueblo si este ignoraba las exigencias morales de la ley. Es más, la nación de Judá debería haber sabido esto mejor que nadie. Alrededor de un siglo antes, los asirios habían invadido Israel precisamente por esta razón, y deportado a la mayoría del

pueblo. Dios les había advertido a través de Isaías, pero ellos lo ignoraron. Ahora la historia se repetía. Judá, la única parte que aún quedaba, conducía a toda velocidad, ciega a todas las luces de advertencia, y se dirigía al mismo desastre que ya su hermana Israel había experimentado.

No mucho antes de que Nabucodonosor sitiara Jerusalén, Jeremías hizo una advertencia directa de lo que ocurriría, y por qué:

> *Así ha dicho Jehová: Haced juicio y justicia, y librad al oprimido de mano del opresor*; *y no engañéis ni robéis al extranjero, ni al huérfano ni a la viuda, ni derraméis sangre inocente en este lugar. Porque si efectivamente obedeciereis esta palabra, los reyes que en lugar de David se sientan sobre su trono, entrarán montados en carros y en caballos por las puertas de esta casa; ellos, y sus criados y su pueblo. Mas si no oyereis estas palabras, por mí mismo he jurado, dice Jehová, que esta casa será desierta. Porque así ha dicho Jehová acerca de la casa del rey de Judá: Como Galaad eres tú para mí, y como la cima del Líbano; sin embargo, te convertiré en soledad, y como ciudades deshabitadas. Prepararé contra ti destruidores, cada uno con sus armas, y cortarán tus cedros escogidos y los echarán en el fuego. Y muchas gentes pasarán junto a esta ciudad, y dirán cada uno a su compañero: ¿Por qué hizo así Jehová con esta gran ciudad*? *Y se les responderá: Porque dejaron el pacto de Jehová su Dios, y adoraron dioses ajenos y les sirvieron* (Jeremías 22:3-9).

Judá no escuchó, y lo moralmente inevitable sucedió. Daniel destaca esto en la declaración inicial de su libro, donde registra que Nabucodonosor sitió la ciudad, y *el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá.* Ese pedacito de historia tenía sentido cuando se analizaba desde una perspectiva moral a la luz de las advertencias de Dios. El castigo se ajustaba al delito. La nación había cedido ante la inmoralidad, la injusticia y la idolatría, y ahora la nación más idólatra de la tierra la llevaría cautiva.

Sí, la conquista de Judá por Nabucodonosor tenía sentido moral en el diseño divino, pero eso no significa que Daniel y sus amigos lo aceptaran de inmediato o fácilmente. Una cosa es llegar a una valoración sobria de acontecimientos turbulentos y traumáticos después de muchos años de reflexión; pero otra cosa es tener que vivir en medio de ellos, como Daniel y los demás. En un nivel, ellos podían ver que los acontecimientos representaban el juicio de Dios por el comportamiento de la nación, y especialmente de sus líderes. Pero como seres humanos que pensaban y sentían, seguramente habrían tenido preguntas, al igual que nosotros.

Por ejemplo, ¿por qué deberían ellos (o nosotros) sufrir por las acciones de otros? Después de todo, ellos eran jóvenes normales, llenos de energía y ambición; sin embargo, estaban decididos ya en sus corazones a tratar de seguir a Dios. Entonces,

¿por qué tendrían que pasar por el dolor de la separación familiar? No había (y no hay) respuestas inmediatas y fáciles a estas preguntas. De hecho, puede haber pasado mucho tiempo para que llegaran las respuestas como ellos las recibieron. Pero al final Daniel y sus amigos pudieron comprender que Dios no solo se interesa en la historia global, sino también en la historia personal de aquellos que a menudo quedan inocentemente atrapados en sus trágicas secuelas.

Por supuesto, soy consciente de que algunos desearán cuestionar el hecho de que exista un significado general en la historia. Consideran esta idea como un legado anticuado de lo que denominan la «forma de pensar judeo-cristiana». John Gray, profesor de Historia del Pensamiento Europeo en *London School of Economics* [Escuela de Economía de Londres], lo expresa así (2003, pág. 48):

> Si usted cree que los seres humanos son animales, no puede existir tal cosa como la historia de la humanidad, sino solo las vidas de seres humanos en particular. Si hablamos de la historia de la especie en algún modo, es solo para referirnos a la suma inescrutable de estas vidas. Al igual que con otros animales, algunas vidas son felices, algunas miserables. Ninguna tiene un significado más allá de sí misma. Buscar significado en la historia es como buscar patrones en las nubes. Nietzsche lo sabía, pero no podía aceptarlo. Estaba atrapado en el círculo de tiza de las esperanzas cristianas.

Me pregunto cómo Gray sabe esto. Supongo que él aceptaría que su libro, del que acabo de extraer la cita, es parte de su vida e historia. Si él tiene razón en lo que afirma, entonces su libro no puede tener ningún significado más allá de sí mismo; y por lo tanto, seguramente, ningún significado para usted ni para mí. Su teoría de la falta de sentido de la historia no es válida para nosotros, por lo que él no puede saber que la historia suya (del lector) o la mía no tiene sentido. El círculo en el que está atrapado por su incoherencia lógica está hecho de un material más duro que la tiza. Como todos los que apoyan tal relativismo, Gray cae en el error de hacer de él y de sus ideas, una excepción a las consecuencias lógicas de esas ideas. Su epistemología es incoherente.

Herbert Butterfield asume una perspectiva muy diferente (1957, páginas 10-11):

> El significado de la conexión entre la religión y la historia llegó a ser trascendental en los días en que los antiguos hebreos, a pesar de ser un pueblo tan pequeño, se encontraron entre los imperios rivales de Egipto, luego Asiria o Babilonia, de manera que se convirtieron en actores y en un trágico sentido en particular demostraron ser víctimas en la forma de hacer historia que implica luchas colosales por el poder... En conjunto tenemos aquí los intentos más grandes y deliberados que se hayan

> emprendido de luchar con el destino e interpretar la historia y descubrir el significado en el drama humano; sobre todo para lidiar con las dificultades morales que la historia presenta a la mente religiosa.

Lo que esto implica es la importancia de darse cuenta de que el significado de la historia yace fuera de la historia. Este es un ejemplo particular del principio de que el significado de un sistema está fuera del sistema. Ludwig Wittgenstein expresó acertadamente esto (1922, 6.41):

> El significado del mundo debe estar fuera del mundo. En el mundo todo es como es y sucede como sucede. En él no hay valor; y si lo hubiera no tendría ningún valor. Si hay un valor, que sea de valor, debe estar fuera de todo lo que sucede y existe. Pues todo lo que sucede y existe es accidental. Lo que lo hace no accidental no puede estar en el mundo, porque de lo contrario esto sería accidental nuevamente. Debe estar fuera del mundo.

El corazón del monoteísmo es que Dios, que está fuera de la historia, es el garante del significado. Como Aquel que está fuera del cosmos en expansión, Él está capacitado de forma excepcional para darle significado. Uno de los principales enfoques de la obra de Daniel es la lucha con las dificultades morales que la historia presenta. Pero Daniel, al igual que los otros escritores bíblicos, no quiere por ese motivo insinuar un fatalismo o un determinismo que reduzca a los seres humanos a peones indefensos cuyas vidas individuales, con sus amores y elecciones, sus éxitos y fracasos, no tienen ningún significado fundamental. Es evidente que en un universo completamente determinista el amor y la elección genuinas serían imposibles.

Cuando Pablo, el apóstol cristiano, se dirigió al augusto tribunal filosófico ateniense, el Areópago, señaló que ni la explicación estoica del universo (que resalta procesos deterministas) ni la explicación epicúrea (que resalta procesos fortuitos) eran adecuadas para captar la sutileza de las cosas como ellas son.

> *Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros* (Hechos 17:26-27).

Según Pablo, Dios tiene el control total de la historia; pero esto no elimina, evita o invalida la responsabilidad humana de buscar y acudir a Dios.

Este tema ha sido objeto de debate filosófico durante siglos. Sin embargo, la Biblia no trata la cuestión mediante un tratado filosófico sobre el tema, sino que más bien centra la atención en la forma en que esto funciona en la historia práctica. Este es

un método de comunicar las ideas que encontramos en la buena literatura rusa. En un sentido real, sus filósofos son sus novelistas. Si los rusos desean explorar ideas profundas y complejas, como el problema del mal y el sufrimiento, escriben novelas sobre el tema, *La guerra y la paz* de Tolstoi o *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski son ejemplos de ello.

Así sucede también en la Biblia. El apóstol Pablo indica en otra parte (en Romanos 9-11) que podemos comprender mejor la relación entre la participación de Dios en la historia y la responsabilidad humana al echar un vistazo a la (compleja) historia de Jacob, a cuyos padres se les comunicó antes de su nacimiento que él jugaría un papel especial. Como el relato del Génesis lo muestra, esta elección soberana ciertamente no implicaba un determinismo divino que privara a Jacob de su libertad de elegir. De hecho, la narración muestra en detalle como Dios responsabilizó a Jacob por los métodos que adoptó para asegurar ese papel, y como consecuencia Dios lo disciplinó, particularmente a través de su relación con sus propios hijos. Por ejemplo, Jacob engañó a su padre Isaac, quien estaba casi ciego, al usar la piel áspera de un cabrito para fingir ser su hermano mayor Esaú. Muchos años más tarde, el mismo Jacob fue engañado cuando lo hicieron pensar que José, su hijo favorito, había muerto, cuando sus otros hijos le llevaron la capa de José empapada en la sangre de un cordero. Esta historia por sí sola es suficiente para mostrar cuán compleja es la obra del control general de Dios en la historia, al tener en cuenta un grado de verdadera libertad y responsabilidad humanas.

Historias como estas también muestran que nosotros, con todas las imitaciones de nuestra humanidad, nunca podemos tener una comprensión plena de la relación entre el gobierno de Dios en la historia y la libertad, y las responsabilidades humanas. No obstante, eso no significa que no debemos creer en ambas cosas. Después de todo, la mayoría de nosotros creemos en la energía, aunque ninguno de nosotros sabe lo que es. La creencia de que tanto el gobierno de Dios como la libertad humana son reales, se justifica principalmente porque esta perspectiva tiene un poder explicativo considerable. (De manera similar, en las explicaciones físicas de la luz se tolera el conflicto de ver la luz simultáneamente como partículas y como onda.) La narrativa bíblica, y de hecho la historia misma, tiene más sentido a la luz de esta compleja perspectiva que negar ya sea el gobierno de Dios o un grado de libertad humana. También se requiere mucha humildad, en vista de lo que en última instancia (y quizás necesariamente) está marcado por cierto grado de misterio.

Poder explicativo

En una ocasión, después de dar una conferencia sobre la relación de la ciencia con la teología en una institución científica importante en Inglaterra, un físico me preguntó cómo yo podía ser un científico matemático en el siglo XXI y mantener la creencia

fundamental de la fe cristiana de que Jesucristo era humano y Dios a la vez. Le respondí que estaría encantado de atender a su pregunta si él primero me contestaba una pregunta científica mucho más fácil. El aceptó.

—¿Qué es la conciencia? —Pregunté.

—No lo sé —respondió él, después de vacilar un poco.

—No importa—le dije—. Pensemos en algo más fácil. ¿Qué es la energía?

—Bueno —expresó—, podemos medirla y escribir las ecuaciones que rigen su conservación.

—Sí, lo sé, pero esa no fue mi pregunta. Mi pregunta fue: ¿qué es la energía?

—No lo sabemos —dijo con una sonrisa— y pienso que usted está al tanto de eso.

—Sí, he leído a Feynman al igual que usted y él afirma que nadie sabe qué es la energía. Eso me lleva a mi punto principal. ¿Estoy en lo correcto al pensar que usted iba a descartarme (y a mi creencia en Dios) si no era capaz de explicar la naturaleza divina y humana de Cristo?

Él sonrió otra vez y no dijo nada. Yo proseguí: —Bueno, del mismo modo, ¿se sentiría usted feliz si ahora yo lo descartara y a todo su conocimiento de la física por no poder explicarme la naturaleza de la energía? Después de todo, de seguro la energía por definición es mucho menos compleja que el Dios que la creó.

—¡Por favor, no lo haga!

—No, no voy a hacerlo, pero voy a formularle otra pregunta: ¿por qué cree usted en los conceptos de conciencia y energía, aunque no los entienda plenamente? ¿No es por el poder explicativo de esos conceptos?

—Veo a dónde quiere llegar —respondió—. Usted cree que Jesucristo es Dios y hombre a la vez porque esa es la única explicación que tiene el poder de dar sentido a lo que sabemos de él. ¿No es así?

—Exactamente.

Si no hemos de sentirnos intimidados innecesariamente por este tipo de argumentación, necesitamos comprender que los creyentes en Dios no son los únicos que creen en conceptos que no entienden por completo. A los científicos también le sucede esto. Descartar a los creyentes en Dios como si no tuvieran nada que decir, porque no pueden explicar la naturaleza de Dios, sería tan absurdo y arbitrario como descartar a los físicos por no saber qué es la energía. Sin embargo, eso es exactamente lo que a menudo sucede.

Esta argumentación, útil a nivel de un debate académico, también puede ayudar a calmar las aguas tempestuosas de la experiencia práctica. Daniel no brinda una explicación filosófica detallada, que resuelve el conflicto entre la soberanía de Dios y la responsabilidad humana; aunque con su conocimiento de la Escritura, sospecho que habría sido capaz de hacerlo. Sea cual sea la respuesta a esa pregunta, no es difícil imaginar que las predicciones de Jeremías fueron una ayuda inmensa para prepararlo a él y a sus amigos para los días oscuros y turbulentos de su deportación:

> *Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová', pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Y seré hallado por vosotros...* (Jeremías 29:10-14).

Si analizamos la historia de Daniel es obvio que él tomó en serio lo que Jeremías había profetizado; y así debemos hacer nosotros también. En tiempos de estrés y agitación es profundamente reconfortante saber que el Dios que es todo soberano sobre la historia global no se mantiene distante ni alejado de los altibajos de nuestra trayectoria personal. Dios tiene planes, planes individuales para aquellos que confían en El. De seguro no parecía ser así cuando los cuatro adolescentes salían dando tumbos de Jerusalén, observando (como podemos imaginarlos) a través de ojos llorosos, mientras las caras ansiosas de sus afligidos padres se perdían en la distancia. En aquellos momentos conmovedores quizá no sintieron que Dios les iba a dar *un futuro y una esperanza.* Pero Él al final lo hizo.

Esto nos debe alentar cuando nuestra fe en Dios se vea sometida a pruebas duras, cuando nuestras oraciones parezcan rebotar en un cielo aparentemente impenetrable y las dudas se acumulen ante las circunstancias adversas y el creciente ataque público contra la fe cristiana. Cuando las emociones de Daniel y de sus amigos se quebrantaron, ellos encontraron consuelo al saber que lo que les estaba sucediendo, aunque era profundamente traumático, había sido predicho por los profetas. Y nosotros podemos hacer lo mismo. Después de todo, el mismo Señor Jesús dejó claro que aquellos que lo siguieran serían tratados como El:

> *Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios* (Juan 16:1-2).

Jesús les dijo esto con antelación a Sus discípulos para que cuando al final los persiguieran y acosaran, supieran que Dios aún los tenía en Sus manos. Tal vez una analogía puede ayudarnos. Piense en un mapa de carreteras. Uno casi nunca lo necesita cuando el camino es ancho y las señales están bien iluminadas. Sin embargo, cuando el camino se torna estrecho y escabroso y parece no conducir a ninguna parte, tener un mapa que muestre que este terreno difícil es precisamente lo que usted debe esperar en esta etapa del viaje le da mucha tranquilidad, si es que usted no ha perdido el camino. Y es ese tipo de «mapa» el que nos puede ayudar cuando el «camino» de la vida se torna escabroso. Para Daniel fue muy escabroso, pero estaba claramente marcado en el

mapa que Jeremías había proporcionado.

Por supuesto, el realismo nos plantea que aún quedan muchas preguntas inquietantes que contestar. ¿Qué quiere decir Jeremías cuando afirma que Dios no tiene planes de hacernos daño? ¿No fueron dañados Daniel y sus amigos al ser arrancados de la estabilidad de sus hogares y llevados a Babilonia? ¿No es dañada una persona por lesiones o enfermedades, persecución o hambre? ¿No daña un cáncer que se lleva a una esposa de su esposo, o a una madre de sus hijos, a ese marido y a esa familia? Entonces, ¿qué puede significar que Dios no tiene planes de hacernos daño? La respuesta la podemos encontrar al considerar qué significa la palabra daño desde la perspectiva de Dios. Jesús expresó:

> *Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos* (Mateo 10:28-31).

Jesús deja claro que el tipo de daño que mata al cuerpo no es daño como Dios considera el daño. El apóstol Pedro planteó algo similar, para reforzar la fe de los cristianos que estaban a punto de atravesar por un tiempo difícil de persecución:

> ¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis (1 Pedro 3:13-14).

Es triste que a veces los cristianos profesantes acarrean problemas y sufrimiento sobre sí mismos por no ser justos. Pedro aquí escribe a los que sufren por ser justos, y los anima a no tener miedo.

¿Qué es lo que marca la diferencia? ¿Podría ser que lo que pensamos que es daño se ve diferente desde la perspectiva eterna de Dios? Si la muerte física es el fin de la existencia, como afirman los ateos, entonces las palabras de Pedro son vacías por completo. Peor que eso, son positivamente engañosas. Si la muerte no es el fin, sino una puerta que marca una transición hacia algo mucho más grande, todo se ve diferente.

Daniel tenía esa perspectiva. Él termina su libro al declarar confiadamente la esperanza de la resurrección. Las últimas palabras que él registra se las dijo un mensajero de otro mundo:

> *Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días* (Daniel 12:13).

No hay nada que enfurezca más a los nuevos ateos que hablar de otro mundo más allá de este, y de una resurrección en este mundo. Bueno, tal vez no sea así. Ellos serían felices con otros mundos según su convicción de una evolución universal que debió haber producido vida en abundancia; pero ciertamente no están felices de imaginar la resurrección. Por definición, un agujero sobrenatural en la historia no puede verse a través de la lente de una cosmovisión materialista (o naturalista). Pero eso no prueba que no esté allí. Un aparato físico que esté diseñado solo para detectar la luz en el espectro visible, nunca detectará los rayos X, pero esto no prueba que los rayos X no existen.

Y existe un agujero muy bien certificado en la historia, un punto singular que no encaja en una teoría reduccionista de la historia ni de la ciencia. Como escribió el teólogo de Cambridge C. E D. Moule (1967, páginas 3, 13):

> Si la aparición de los Nazarenos, un fenómeno que el Nuevo Testamento certifica de manera innegable, abre violentamente un gran agujero en la historia, un agujero del tamaño y la forma de la Resurrección, ¿cómo pretende taparlo el historiador secular? [...] El nacimiento y el rápido ascenso de la iglesia cristiana... sigue siendo un enigma sin resolver para cualquier historiador que se niegue a tomar en serio la única explicación que la propia iglesia ofrece.

La historia ya da testimonio de la resurrección corporal de Jesús, alrededor de 600 años después de la época de Daniel. La resurrección constituye una prueba poderosa que establece que Él era el Mesías, el Hijo de Dios. Por supuesto, también demuestra que la muerte física no es el fin.

Pero estamos avanzando demasiado rápido. Debemos dejar el debate del final del Libro de Daniel para el momento apropiado. Menciono aquí la resurrección solo para señalar que nunca entenderemos la estabilidad y resolución de la vida de Daniel hasta que captemos la disposición de ánimo que caracterizó su vida. Aunque vivió *en* este mundo, no vivió *para* él. Fue en otro mundo donde invirtió su vida, y es ahí donde ahora disfruta su herencia.

Sobra decir que sería necio vivir para otro mundo si ese mundo no existiera. Eso en verdad sería gravemente delirante. Por otro lado, si ese mundo de hecho existe, no invertir la vida en él sería igualmente delirante, ¿no es verdad?

CAPÍTULO 2

CIUDAD DE ÍDOLOS
Daniel 1

Es muy probable que Daniel y sus amigos quedaran profundamente admirados cuando vieron por primera vez la ciudad de Babilonia, a pesar del trauma y el dolor que habían sufrido en los meses anteriores. Si la apreciamos con detenimiento, comprenderemos mejor la actitud y las decisiones de este joven hebreo.

Alan Millard, experto en el Cercano Oriente, escribe (en *Hoffmeier y Magary* 2012, pág. 279):

> El Libro de Daniel, al igual que Heródoto y otros escritores griegos, refleja de manera precisa la actividad constructora de Nabucodonosor y el uso del arameo en la corte babilónica, un aspecto que era también bastante conocido, sin lugar a dudas.

Babilonia era una ciudad espectacular que superaba con creces cualquier otra cosa que un joven de Judá hubiera visto o imaginado. Al abarcar más de 1.000 hectáreas (10.000.000 m^2), era la más grande del mundo en aquella época. Jerusalén, la ciudad capital que Daniel conocía, debe haber lucido bastante pequeña en comparación con esta enorme metrópoli asentada en la orilla oriental del gran Río Éufrates.

Casi un siglo antes, Senaquerib, el emperador asirio, había destruido Babilonia, y los emperadores babilónicos, en especial Nabucodonosor, habían emprendido inmensos programas de reconstrucción, los cuales a la llegada de Daniel ya estaban prácticamente terminados. En efecto, nueve décimas partes de los ladrillos desenterrados de la ciudad tienen inscrito el nombre de Nabucodonosor, una práctica que Saddam Hussein siguió muchos siglos después con menos éxito. Nabucodonosor hizo de Babilonia una ciudad única. Cuando el historiador griego Heródoto la vio mucho más tarde, en el año 450 a. C., expresó que superaba en esplendor a cualquier ciudad del mundo conocido.

La ciudad tenía una forma casi rectangular y el Éufrates la atravesaba de norte a sur. Desde el norte, con el Éufrates a la derecha, se entraba a través de una puerta espléndida que llevaba el nombre de uno de los dioses babilónicos, al igual que las otras. Era la Puerta de Ishtar. Ishtar (la portadora de luz o estrella) era la diosa de la fertilidad, del amor y de la guerra y como tal, era la suprema diosa madre del panteón babilónico. A poca distancia de la puerta, dentro de la ciudad, existía un magnífico templo dedicado a su culto.

La Puerta de Ishtar constituía una de las ocho puertas fortificadas asentada entre

las murallas de aspecto inexpugnable que rodeaban la ciudad. Estas murallas, según Heródoto, tenían 24 metros de ancho (80 pies), 97 metros de alto (320 pies) y 90 kilómetros de largo (56 millas), aunque los arqueólogos opinan que las murallas realmente tenían solo unos 18 kilómetros de largo (11 millas) y que no eran tan altas. La vasta torre en la que estaba emplazada la puerta estaba cubierta con cerámica vidriada de un azul intenso, adornada con motivos intercalados de leones blancos y amarillos, de dragones y de toros amarillos. Era muy llamativa: estaba construida para impresionar a quienes entraran por ella con el poder, la riqueza, el esplendor arquitectónico, la estabilidad del Imperio babilónico y, sobre todo, la gloriosa majestad del emperador Nabucodonosor en persona.

INSCRIPCIÓN DEDICATORIA DE NABUCODONOSOR EN LA PUERTA DE ISHTAR

Nabucodonosor, rey de Babilona, el príncipe fiel designado por la voluntad de Marduk, el más alto de los príncipes, amado de Nabu, prudente de consejo, que ha aprendido a abrazar la sabiduría, que penetró su ser divino y reverencia su majestad, el gobernador eterno, que lleva siempre en el corazón el cuidado del culto de Esagila y Ezida y que trata constantemente del bienestar de Babilonia y Borsippa, el sabio, el humilde, el vigilante de Esagila y Ezida, el hijo mayor de Nabopolasar, el rey de Babilonia.

Bloqueé las entradas de Imgur-Enlil y de Nimit-Enlil, siguiendo el relleno de la calle de Babilonia que estaba cada vez más bajo. Por lo tanto, tiré estas puertas *y* puse sus cimientos con asfalto y ladrillos, y los hice hacer de ladrillos con la piedra azul en la cual los toros y los dragones maravillosos fueron representados. Cubrí sus azoteas poniendo cedros majestuosos longitudinalmente sobre ellos. Colgué las puertas del cedro adornadas con el bronce en todas las aberturas de la puerta. Coloqué toros salvajes y dragones feroces en las entradas y las adorné así con esplendor lujoso de modo que la gente pudiera mirarlas maravillada.

Dejo el templo de Esiskursiskur (la alta casa del festival de Marduk, lugar del señor de los Dioses, un lugar de alegría y de celebración para los dioses principales y de menor importancia). Lo hice firme construido como una montaña en el recinto de Babilonia de asfalto y de ladrillos brillantes.

Ante la Puerta de Ishtar estaba el templo de Akitu, que jugaba un papel clave en la celebración babilónica de la interpretación popular de la historia. Una vez al año se celebraba el gran festival de la primavera para que los humanos participaran en la renovación de la naturaleza. Los babilonios creían que al terminar el invierno el cosmos volvía de nuevo a ser caos, por lo que la historia pasada desaparecía. Todo el destino del país dependía en aquel momento del juicio de los dioses, y se celebraba el festival de la primavera para aplacarlos y evitar las crisis. Los sacerdotes llevaban el ídolo del dios Nabu desde su templo en Borsippa hasta el templo de Akitu. Nabu era el dios patrón de la sabiduría y de la escritura, y era el hijo de Marduk, jefe de todos los dioses. Le sucedían una colorida secuencia de ceremonias que se centraban en la lectura de una de las piezas más famosas de la literatura babilónica: el *Enuma Elish* («Cuando en lo alto»), que describe las guerras entre los dioses y la creación del universo. Los sacerdotes del templo ejercían un enorme poder; controlaban gran parte de la tierra y, por lo tanto, recibían inmensas ganancias. Incluso el emperador tenía que reconocer esa realidad públicamente. En el clímax del festival de la primavera, Nabucodonosor tenía que someterse a una humillación ritual, delante de todo el pueblo, por parte de los sacerdotes, durante la cual la costumbre era darle bofetadas hasta que sus lágrimas brotaran.[5] Se hacía para recordarles a todos que los sacerdotes eran el poder que sostenía el trono. Concluida esta ceremonia, podían empezar los grandiosos banquetes para anunciar la llegada de la primavera.

La Puerta de Ishtar estaba situada en un extremo de la Avenida de las procesiones, que atravesaba toda la ciudad. Sus casi veinte metros de ancho, y el tamaño y la grandeza de los edificios a ambos lados de la misma, dejaban atónitos y llenos de admiración a los viajeros. Los babilonios eran arquitectos e ingenieros muy experimentados.

En el horizonte de la ciudad se erguía una colosal torre o zigurat *(zaqqaru* en *acadio,* que significa «ser alto o elevado») llamada Etemenanki. Este nombre sumerio significa Casa de la fundación del cielo y de la tierra, detalle que de inmediato nos recuerda a Babel, la ciudad original que se encontraba en el mismo lugar, y su famoso intento por construir una torre que llegara al cielo (Gén. 11:4).

Por supuesto que la antigua torre se había derrumbado desde hacía bastante tiempo y la sustituía otra que había tardado 100 años en construirse. Sus siete pisos de gran altura se elevaban a casi 100 m sobre la calle, y probablemente esta fue la construcción del mundo antiguo más parecida a un rascacielos. En la parte superior había varias salas dedicadas a las deidades babilónicas de primer rango. Marduk, el dios principal, compartía la habitación con su esposa Sarpanitu; Nabu, el dios-escriba y su esposa Tasmetu, ocupaban una segunda habitación; y en otras habitaciones vivían Ea, el dios del agua, Nusku, de la luz, y Anu, el del cielo. Al final, había un lugar para el dios sumerio Enlil (Señor del Aire), predecesor de Marduk. Existía una séptima habitación llamada «la Casa de la Cama». Contenía un trono y una cama. Había otra cama en el patio interior del templo, en la plataforma más elevada del zigurat. Nadie

sabe a ciencia cierta la finalidad de las camas. Algunos pensaban que Bel vendría a dormir en ellas; otros, que una mujer babilónica dormía sola en el lugar. Es probable que el techo se utilizara como observatorio, un campo muy desarrollado en Babilonia ya que la astrología ocupaba un lugar preponderante.

Muchos otros edificios majestuosos bordeaban la Avenida de las procesiones. Entre ellos destacaba el palacio de Nabucodonosor, situado al oeste de la puerta de Ishtar, cuyo nombre sumerio significaba «La casa que asombra a la humanidad». La sala del trono era espectacular y estaba diseñada para que los visitantes sintieran un temor reverente e, incluso, miedo del emperador. Sus jardines en la azotea eran una de las llamadas siete maravillas del mundo antiguo. Según reza la historia se diseñaron para que la esposa de Nabucodonosor, una muchacha de procedencia campesina, se sintiera más cómoda. Su verdadera apariencia continúa siendo motivo de imaginativas especulaciones y tema para muchas obras pictóricas.

Al pasar Etemenanki y en el mismo lado de la Avenida de las procesiones estaba la Esagila (la casa de cabeza erguida), el vasto complejo de templos dedicados a Marduk, el dios supremo. Se le consideraba tan santo que su nombre nunca se pronunciaba, y le llamaban Bel, «el señor». Pero Babilonia era mucho más que un centro religioso: era también un centro comercial e intelectual. Muchos de sus templos poseían importantes bibliotecas; y existían lugares para el estudio del derecho, la astronomía, la astrología, la arquitectura, la ingeniería, la medicina y el arte. En términos modernos, era una exitosa ciudad universitaria.

De seguro hubo dos aspectos de esta ciudad que desconcertaron a Daniel y sus amigos. En primer lugar, la virtuosa elegancia arquitectónica y el alto nivel de conocimientos que ostentaba; en segundo lugar, que la idolatría impregnaba de forma increíble toda la sociedad. Había dioses por todas partes: las puertas principales llevaban sus nombres, y había una cantidad enorme de templos, más de 1.000 por aquella época.

Tal amalgama debió plantear una difícil interrogante para Daniel y sus amigos. Sus profetas hebreos les habrían dicho que los dioses de los babilonios eran deificaciones idólatras de los poderes elementales de la naturaleza, el sexo, la agresión, la codicia, el poder, la riqueza, etc.

Pero si esto era así, ¿cómo pudo una cultura tan encumbrada (superior en muchos sentidos a la cultura que Daniel había dejado atrás) haber surgido de ideas religiosas y filosóficas inadecuadas, ingenuas y, en su opinión, completamente erróneas? ¿En verdad era posible que un comercio, una cultura y una educación de este nivel tuvieran como base una filosofía falsa? ¿O era una fuerte evidencia de que su Dios era una ilusión? Había demasiadas cosas que sopesar en sus primeros días en Babilonia.

CAPÍTULO 3

UNA CUESTIÓN DE VALORES
Daniel 1

> *Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios; y los trajo a tierra de Sinar, a la casa de su dios, y colocó los utensilios en la casa del tesoro de su dios* (Daniel 1:2).

La mención de la toma de los utensilios del templo de Jerusalén y el traslado a Babilonia por parte de Nabucodonosor puede parecer extraño en un primer momento, pues podríamos pensar en un inicio que es un detalle de poca importancia en comparación con la derrota del rey de Judá y la deportación de Daniel y de muchos otros. Sin embargo, Daniel decide mencionar estos utensilios aquí por lo que seguiría.

Quizás se encontraban en el complejo del templo Esagila donde Nabucodonosor tenía su casa del tesoro. Es probable que fuera similar a un museo, con habitaciones que contenían bellos e innumerables artefactos de gran valor, lo mejor de los «tributos» (¡botín, en realidad!). Este Nabucodonosor acumuló de forma regular de todos los estados súbditos en su vasto imperio durante sus conquistas. En la actualidad, muchos de estos objetos aún se pueden apreciar en los principales museos del mundo.

En el Libro de Esdras aparece un inventario del tesoro que se tomó de Jerusalén, al menos un inventario de lo que Ciro, rey de Persia, finalmente les dio a los judíos para que devolvieran a Jerusalén al fin del exilio en Babilonia. La cantidad era 5.400 utensilios de oro y plata (Esdras 1:11).

Una cuestión de valores

Pudiéramos imaginar que Daniel y sus amigos iban de vez en cuando al museo para admirar los utensilios que Nabucodonosor había tomado de Jerusalén, y reflexionar sobre su significado. Para ellos, esos utensilios de oro que brillaban sobre las mesas de exhibición eran sagrados, en el sentido original de la palabra: eran utensilios apartados para la gloria de Dios. El oro con el que se habían hecho era el metal más precioso que se conocía en aquella época. Además, era muy difícil de conseguir en Israel, por lo que era especialmente apropiado para expresar la gloria de Dios y el hecho de que Él era «el valor supremo» (como pudiéramos expresar) de la nación. Los utensilios del templo de Jerusalén habían sido hechos por artesanos que amaban a Dios, como lo

hacían Daniel y sus amigos.

Los cristianos también deben estar familiarizados con este concepto de santidad. Cuando el Señor Jesús enseñó a Sus discípulos a orar, indicó que debían comenzar con las palabras *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre* (Mateo 6:9). La palabra «santificado» es una variante más antigua de la palabra «santo». Lo primero y más importante que los creyentes deben hacer es, de su propia voluntad, apartar el nombre de Dios como especial. Dios debe ser su valor supremo, y ellos deben recordar esto cuando se dirigen a Él. (Lo más triste es, entonces, cuando este concepto, fundamental para la expresión de la vida cristiana, se pierde en una oración formal susurrada sin pensar por una congregación.)

Aquellos utensilios de oro hechos de obra primorosa representaban todo lo que era esencial para la vida de aquellos cuatro jóvenes. Para ellos, eran un vínculo bien tangible con el templo de Dios en Jerusalén y todo lo que este representaba. El hecho de que no estuvieran más en el templo era un triste recordatorio de la catástrofe moral y espiritual en la que había sucumbido su tierra natal. Les recordaba que su nación había perdido el sentido de la gloria y la santidad de Dios.

Algo similar puede aún suceder hoy. No es necesario hacer un gran esfuerzo para darse cuenta de que, a los ojos de muchas personas, Dios ha perdido Su gloria y valor; la santidad se ha degenerado a un concepto exclusivamente negativo. Lejos de pensar en la santidad de Dios como algo glorioso, se asocia con monotonía y ausencia de vida y color, todo lo opuesto a gloria.

Cuando vemos imágenes tomadas por el telescopio Hubble de la belleza impresionante de los grupos de estrellas en el cielo nocturno, cuya luz centelleante es el producto de miles de millones de estrellas; o de igual forma cuando observamos a través de un telescopio terrestre; ¿cómo podríamos siquiera imaginar que el Creador es aburrido?

Y, sin embargo, así como las densas nubes o la contaminación lumínica debido al resplandor de las luces artificiales de la Tierra en ocasiones nos impiden ver el cielo nocturno en toda su gloria, quizás hay más contaminación moral y espiritual que oculta la gloria de Dios. ¿Pudiera ser también que hemos perdido algo de esa sensibilidad, por nuestra propia insuficiencia y fracaso, que Isaías el profeta indicó cuando, mucho antes del tiempo de Daniel, vio la gloria de Dios en el templo?

> *En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y Sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de Su gloria. Y los quiciales de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y*

habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos (Isaías 6:1-5).

El temor de la santidad de Dios, que la gloria del templo de Jerusalén estaba diseñada a transmitir, se perdió con facilidad. Y cuando se pierde, el peligro está en que los símbolos que alguna vez indicaron el camino a realidades espirituales y morales más profundas tienden a convertirse en fines en sí mismos. Una admiración por la arquitectura de la iglesia, o una apreciación del arte y ritual religiosos, no es lo mismo que la adoración a un Dios de gloria. Después de todo, no hay ni siquiera que creer en Él para admirar las cúspides de las torres y los altos techos arqueados de una catedral, o para disfrutar el canto de un coro de iglesia bien ensayado.

Para los estudiantes exiliados, aquellos utensilios de oro eran destellos de luz en un mundo sombrío, recordatorios de la esencia del sistema de valores que habían moldeado sus vidas. Para ellos, Dios, Su nombre y Su reputación eran sagrados.

¿Estoy exagerando con respecto a estos utensilios del templo de Jerusalén? No ciertamente, pues los volvemos a encontrar en la mitad del libro, donde toman el centro del escenario en el banquete del rey Belsasar, donde, de modo inextricable, están relacionados a su dramática caída.

Relativizar lo absoluto

Daniel tiene una cosa más importante que expresar sobre los utensilios de oro. El enfatiza no solo que fueron llevados de un templo a otro, sino que fueron colocados en la casa del tesoro del templo del dios de Nabucodonosor. La mención de una casa del tesoro refuerza el hecho de que aún pensamos en valores, pero en este caso los valores de Nabucodonosor. Al colocar los utensilios de oro aquí, sin duda, Nabucodonosor pretendía mostrar que tenían cierto valor. Después de todo, eran objetos adquiridos en una de sus conquistas, así que su valor podría calcularse de manera simplista al demostrar la gloria superior de Nabucodonosor y sus dioses. Sin embargo, estos tesoros particulares de Jerusalén no eran más especiales a los ojos de Nabucodonosor que cualquiera de los miles de artefactos que había acumulado en sus cruzadas. Estos utensilios, con certeza, no transmitían ningún sentido de valor absoluto para él, como lo hacían para Daniel. Para Nabucodonosor, solo tenían valor relativo.

Daniel quizás mencionó los utensilios en este momento importante, al comienzo de su libro, porque lo que Nabucodonosor hizo con ellos era un ejemplo de una tendencia que observaría durante toda su vida. De hecho, es una tendencia que se aprecia en las culturas y las sociedades a través de la historia; y es tomar algo de valor absoluto y reducirlo a algo de valor relativo.

Por lo tanto, en este sentido, la acción de Nabucodonosor se puede entender como relativizar lo absoluto. Al tomar objetos que fueron diseñados para señalar al único Dios verdadero, Creador del cielo y la Tierra, y colocarlos al mismo nivel de objetos

de culto a otros dioses, Nabucodonosor, ya sea que se diera cuenta o no, estaba relegando a Dios de Su posición única y haciéndolo uno entre muchas otras posibles deidades.

Tal relativización de lo absoluto es típica en la sociedad postmoderna de «escoge y mezcla» de nuestro propio siglo, especialmente en Occidente. Ya sea que crea en Jesús, Buda, los Beatles, cristales, la Madre Tierra, o alguna otra cosa que llame su atención, todo debe considerarse al mismo nivel; todo tiene el mismo valor para el relativista. De hecho, muchos están convencidos de que esta posición es por mucho la más segura de adoptar. Ellos expresan: los absolutistas son peligrosos, en especial las religiones absolutas. Sam Harris escribe (2005, pág. 15): «Hemos sido lentos en reconocer el grado al que la fe religiosa perpetúa la inhumanidad del hombre hacia el hombre». La solución que sugiere es radical: «Palabras como "Dios" y "Alá" tienen que seguir el camino de "Apolo" y "Baal", o van a deshacer nuestro mundo» (pág. 14). El no solo desea relativizarlos, sino relegarlos al museo de la historia de las ideas anticuadas y descartadas. Considera el ateísmo como la única opción defendible.

La historia sin duda ha mostrado que esto no puede ser tan simple, si no existe otra razón, por el hecho evidente pero fácilmente ignorado de que el comunismo inspirado en el ateísmo ha sido responsable de más derramamientos de sangre que la suma de todos los conflictos por motivos religiosos, sin importar cuánto Dawkins, Harris, Hitchens y otros intenten disimularlo (ver Lennox 2011, cap. 4). Sin embargo, debemos tomar en serio su crítica, ya que la cristiandad ha sido marcada de forma trágica por escándalos penosos e inexcusables, no son para menos las Cruzadas de la Edad Media y la violencia en Irlanda del Norte. Es importante analizar por qué estos eventos fueron inexcusables. La razón es que la misma Persona que las Cruzadas decían que representaban, abiertamente les prohibió a Sus seguidores el uso de la espada para defenderlo a Él o Su mensaje. Lejos de ser seguidores de Jesús, estaban desobedeciéndolo. (Tenga en cuenta que la cuestión de la defensa de un país o nación en particular lógicamente no tiene que ver con la defensa de Cristo y Su mensaje.)

Es necesario aclararle a nuestra generación (muchos de los cuales solo tienen una vaga idea de los hechos, cuanto más) que cuando Jesús fue traído ante el procurador romano bajo la acusación de activismo político contra el estado, es decir, fomento del terrorismo, Pilato públicamente lo declaró inocente de esa acusación. Bajo interrogatorio, Jesús con detenimiento le explicó a Pilato la naturaleza de Su reino y gobierno: *Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían* (Juan 8:36). Así que estaba bien claro para el gobernador romano que Jesús no representaba ninguna amenaza revolucionaria. Pilato habría sabido que Jesús quería decir lo que expresó, porque él habría recibido el informe de las circunstancias que rodearon Su arresto. En especial, sabría que cuando uno de los discípulos de Jesús, Pedro, hizo una salvaje acometida con una espada y le cortó la oreja a uno de los siervos del sumo sacerdote, Jesús le ordenó que pusiera a un lado la espada, y le sanó la oreja a aquel hombre. Se nos pudiera perdonar si tan solo

reconociéramos que el uso de espadas o cualquier otra fuerza física para defender a Jesús y Su reino tiene el efecto de cortar orejas, de una forma u otra: la violencia sigue siendo una de las principales razones por la que las personas no escuchan el mensaje de Cristo.

La principal implicación de todo esto es obvia. Si alguien usa fuerza de cualquier tipo para imponer el mensaje de Cristo a las personas desafía Sus mandamientos explícitos. En otras palabras, está involucrado en actividades anticristianas. Por lo tanto, se prueba que su pretensión de ser seguidor de Cristo es falsa. La existencia de dinero falso no prueba que no exista lo real y lo genuino, aun cuando se haga más difícil encontrarlos.

Rechazar las afirmaciones de Cristo sobre la base de que son absolutistas y que de forma inevitable conducen al derramamiento de sangre, sería una reacción muy superficial y desequilibrada. Sería mucho más justo para la historia leer sus declaraciones contra los antecedentes que, desde tiempos remotos, el cristianismo genuino ha tenido un registro positivo por cuidar a los miembros débiles e indefensos de la sociedad.

Relativizar la verdad

La tendencia a relativizar no termina con la religión. De hecho, cuando usted analiza esto, se da cuenta de que cualquier tendencia a relativizar afecta de forma inevitable los valores y al final incluso la verdad en sí misma. Este aspecto del postmodernismo está lejos de ser nuevo. Alrededor de tres siglos después de la época de Daniel, el sofista griego Protágoras desestimó la noción de la verdad absoluta sobre la base de que las personas bien podrían tener diferentes opiniones sobre si el viento se sentía frío o no. Más tarde, Sócrates expuso el error en la lógica de Protágoras, al hacer la distinción entre la verdad objetiva y nuestra respuesta subjetiva a ella. Nos preguntamos qué habría hecho Protágoras con un termómetro.

En el centro del postmodernismo yace una patente auto contradicción. Espera que aceptemos como verdad absoluta que no existen verdades absolutas. Debemos notar esta característica común y funestamente errónea del pensamiento relativista: trata de excluirse a sí mismo de sus propios pronunciamientos. El hecho es que nadie puede vivir sin un concepto de verdad absoluta. Si usted no cree esto, trate de convencer a un gerente de banco de que las cifras rojas que ve en su computadora debajo de su número de cuenta no son valores absolutos.

De hecho, en los negocios prácticos y comunes de la vida, las personas tienden a ser relativistas solo en aquellas áreas que consideran asuntos de opiniones y no de hechos. Todos actuamos como si creyésemos que los relojes nos indican la verdad sobre el tiempo. No somos pluralistas sobre si Londres es la capital de Inglaterra, o si 2+2=4. Los nuevos ateos no son postmodernos cuando se trata de proclamar la verdad del ateísmo y negar la existencia de Dios.

Este punto merita énfasis. Es muy superficial expresar que alguien *es* un relativista, por la sencilla razón de que nadie es un relativista en todas las áreas. De hecho, en la mayoría de las áreas, todos resultamos ser absolutistas.

CAPÍTULO 4

CUESTIÓN DE IDENTIDAD
Daniel 1

Aunque Nabucodonosor era un monarca despiadado, poseía la inteligencia y perspicacia suficientes como para no adoptar una política de total opresión a la hora de gobernar sobre los disímiles pueblos de su imperio. Creía que podía cambiar a las personas, así que elegía a los más capaces entre los cautivos de las naciones conquistadas y los entrenaba a fondo. Adiestraba a los jóvenes porque generalmente las personas mayores tienen conductas muy arraigadas y resulta más difícil moldearlas. Debían ser bien parecidos, poseer una excelente presencia física y mostrar grandes aptitudes tanto intelectuales como administrativas. Era necesario que aprendieran el idioma y la literatura babilónicos. Nabucodonosor conocía la importancia del lenguaje y de las letras en el proceso de asimilación cultural. Insistía en que su futura élite recibiera un curso intensivo de saturación cultural por tres años. Su intención a todas luces era que, al finalizarlo, los aprendices fueran partidarios y no extranjeros. Con el tiempo enviaban a algunos de los graduados a sus países de origen, para que combinaran su formación con el conocimiento local y ejercieran como representantes del gobierno de Babilonia. Sin embargo, Daniel y sus amigos demostraron ser tan capaces que permanecieron en el círculo de poder del imperio.

Daniel es parco en detalles. Registró un incidente temprano, que revela el tipo de ingeniería social que formaba parte de la filosofía de Babilonia. Estaba relacionado con los nombres. Aspenaz, el funcionario encargado de los nuevos reclutas del curso élite de la universidad, les comunicó a los cuatro jóvenes que iba a reemplazar sus nombres hebreos por nuevos nombres babilónicos. Pudiera parecernos algo inofensivo, pero en realidad era una forma de erradicar cualquier tipo de distinción que sus nombres extranjeros pudieran comunicar.

Las autoridades impedían tal posibilidad porque sus nombres no solo indicaban su origen hebreo, sino que daban testimonio del Dios en quien creían. A juzgar por el relato que sigue, podrían utilizarlos con facilidad en sus conversaciones y de esta manera comunicar algunos atributos de Dios que resultarían completamente nuevos para sus compañeros de estudios en Babilonia.

¿Qué transmite un nombre?

Imaginemos una conversación entre Daniel, sus amigos y tres estudiantes babilonios a

quienes llamaremos Adapa, Ninurta y Nabu. Entramos en el debate cuando se enteran de que Adapa toma su nombre del primer mortal, hijo de los dioses Enlil y Ninlil, que Ninurta significa «señor de la tierra», el dios sumerio de la guerra, la fertilidad, la lluvia y el viento del sur, y que el hijo del dios Marduk precisamente se llamaba Nabu.

—¿Los nombres hebreos son así también? —pregunta Nabu.

—Sí —responde Daniel—. Mi nombre significa «Dios es mi juez.»

—Uf, suena un poco pesado —dice Adapa—. Me parece una visión de Dios bastante deprimente y estrecha. Como si tu Dios fuera un aguafiestas que siempre trata de sorprenderte en algo para castigarte.

—No es tan malo —aclara Daniel—. Para nosotros un juez no es solo la persona que preside un tribunal de justicia, aunque, por supuesto, forme parte de sus funciones. De hecho, en nuestra nación hubo etapas anteriores en las que fuimos gobernados por hombres llamados «jueces» antes de que tuviéramos reyes como David. En mi caso, la palabra «juez» transmite la idea de que Dios es quien gobierna y guía mi existencia, y eso es algo positivo. Significa que Él no está lejano. Le interesa mi vida y quiere lo mejor para mí. Por eso obedezco Sus leyes.

—Aun así, me suena opresivo y legalista —replica Ninurta.

—¿Verdad? —dice Azarías—, pero ese punto no es de por sí lógico, ¿no? Veamos, a ti te gusta tocar la lira, y a nosotros nos encanta escucharte. Me he dado cuenta de que antes de tocar (e incluso mientras lo haces) miras una tabla de arcilla con notas musicales. ¿Por qué? Porque para lograr una buena interpretación necesitas seguir las notas. Solo si las conoces y las obedeces, por así decirlo, tocarás melodías de primera calidad. Lo mismo sucede con nosotros. Queremos hacer música con nuestras vidas, y su calidad depende de la atención que le prestemos a la «partitura» de nuestras leyes, la Torá.

—Esa analogía es precisa hasta cierto punto —repara Misael—. No somos máquinas regidas por cierto engranaje. De hecho, nuestra Torá solo nos enseña los principios, no las acciones detalladas; y tenemos que pensar con cuidado cómo aplicarlos en diversas situaciones.

—Tienes razón —observa Azarías—. Déjame desarrollar un poco más mi metáfora musical. La música establece las notas que deben tocarse; pero es Ninurta quien determina el verdadero énfasis, el timbre y la expresión precisa; él expresa libremente su personalidad. Dos músicos pueden tocar las mismas notas y sin embargo sonar diferente. ¡De hecho la interpretación musical de dos artistas nunca es igual, aunque toquen la misma partitura!

—Pero bueno, Daniel, también te referías a la parte legal en el concepto de juez, ¿no? ¿Qué nos dices de eso?

—Sí, claro, algunas personas perciben el juicio como algo negativo, máxime si se trata de un juicio final. Pero si no hay un juicio, podemos deducir que no habrá una rendición de cuentas definitiva, así que en realidad no importa lo que haga porque nunca daré cuenta de ello. Ninguna sociedad puede funcionar así sin caer en la

anarquía. Por eso, ustedes tienen el Código de Hammurabi y lo aplican en los tribunales. El estado babilónico sostiene que la ley se aplica mediante sanciones punitivas, de lo contrario no tiene sentido. Si funciona a nivel social, con seguridad también funciona en nuestra relación con Dios.

—La conclusión es que, dar cuentas de nuestros actos, le confiere dignidad y valor a nuestra persona. A ninguno de nosotros nos gusta que nos traten como si fuéramos irresponsables o descuidados. Dios nos ha creado con cierta libertad: podemos decidir. Negar esa rendición de cuentas final me denigra como ser humano, porque si mis acciones no tienen importancia, entonces yo tampoco la tengo.

—Además, si no hay que rendir cuentas, entonces el sentido de justicia que todos poseemos no es más que una vana ilusión; no se corresponde con ninguna realidad moral. Nos burla con la falsa promesa de que las cosas se arreglarán algún día.

—En este contexto, podemos entender por qué nuestros poetas frecuentemente expresaban satisfacción al pensar que un día Dios intervendrá para juzgar el mundo. Escucha esto:

> *Alégrense los cielos, y gócese la tierra; brame el mar y su plenitud. Regocíjese el campo, y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento, delante de Jehová que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad* (Salmos 96:11-13).

—El poeta imagina como se regocija la creación al saber que un día Dios entrará en la historia para dar Su última sentencia. ¿No deberíamos alegrarnos?

—Pero a mí no me gusta la idea de un juicio final —dice Nabu—. No estoy seguro de que quiera rendirle cuentas a un dios, y menos al tuyo. Porque si hay un solo Dios, y es santo como dices, ¡tú también estarás en problemas! Después de todo, no eres perfecto, ¿verdad?

(En su famoso libro *Los hermanos Karamazov*, el novelista ruso Fiódor Dostoyevski escribió: «Si Dios no existe, todo está permitido.» Por supuesto, Dostoyevski no sugiere que un ateo no pueda ser moral, porque algunas veces los ateos aleccionan moralmente a cristianos profesos. Lo que expresa es que, si no hay Dios, entonces la moral no es necesaria. Muchos pensadores contemporáneos no están de acuerdo y proponen que podemos encontrar una moral aceptable en aspectos de la biología o incluso que la misma viene determinada por nuestros genes. Mis razones para cuestionar esta proposición se encuentran en otros trabajos [2011, páginas 97-114]).

—Creo que, en este sentido, tendrás que conversar con Ananías —señala Daniel —, porque mi nombre solo expresa una faceta de Dios.

—Correcto —dice Ananías—, el mío significa «el Señor muestra gracia.»

—¿Qué es la gracia? —pregunta Adapa.

—La gracia es la pura generosidad que Dios expresa al darnos lo que no merecemos. Por ejemplo, en el sitio de Jerusalén Nabucodonosor me perdonó la vida mientras que otros murieron. ¿Crees que yo merecía su perdón? ¿Merecía tener una familia maravillosa, mientras que otros han tenido experiencias trágicas en sus hogares? De hecho, ¿merezco tener nuevos amigos como tú aquí en Babilonia? Veo estas, y muchas otras cosas, como una expresión de la gracia de Dios.

—¡Un momento!, lo que Daniel explicaba, ¿no es completamente diferente? ¿Daniel adora al dios-juez y tú adoras al dios-gracia? Ustedes tienen diferentes dioses, igual que nosotros.

—¡No, ¡para nada! —aclaran al unísono—. Solo hay un Dios, piénsalo de esta manera. Nosotros declaramos que los seres humanos están hechos a la imagen de Dios, lo que significa que uno puede aprender sobre Él con solo mirar a los seres humanos. Nosotros somos personas, y Dios también lo es. Mira, piensa en alguien a quien respetas; esa persona está llena de matices, no es inflexible o monótona. Posee diferentes características: puede ser graciosa pero firme a la vez, ¿no es así? Lo que queremos expresar es que nuestros nombres reflejan la amplitud del carácter del único Dios verdadero. Espero que así lo entiendas mejor.

—Creo que es mi turno —dice Misael—, porque mi nombre se relaciona con la singularidad de Dios. Significa: «¿Quién es como Dios?» Por supuesto que la interrogante tiene una respuesta negativa: «Nadie es como Dios. Él es único.» Creo que mis padres lo tomaron de un pasaje del profeta Isaías: ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis? (Isaías 40:18). Así protestó contra el politeísmo y defendió la fe en el único Dios verdadero.

—¿Y tú, Azarías? Dinos, ¿qué significa tu nombre?

—Significa: «el Señor ayuda» —responde—. Mis padres me lo pusieron para expresar su gratitud a Dios por la ayuda que les había dado en vida. Pero no solo mis padres se sintieron así. Nosotros la hemos experimentado personalmente. Su palabra ha sido nuestro salvavidas. Por ejemplo: Jeremías no solo profetizó que Nabucodonosor nos invadiría y que deportaría a muchos de nosotros, sino también por qué debía suceder. Gracias a eso pudimos enfrentar la situación. De hecho, cuando hago un recuento de nuestras vidas, veo que Dios nos ayuda a través de Su trato con nosotros por medio de la Palabra, cuando escuchamos Su voz.

—Disculpen —dice Nabu—, pero eso me parece inconsistente. Es una interpretación bastante subjetiva de las cosas. Quizás debo señalar que mi nombre es el del dios patrón de la ciencia y que, curiosamente, yo soy un científico. Ustedes afirman que los seres humanos estamos hechos a la imagen de Dios. Pero, pudiera ser al revés. En la universidad tenemos un profesor de psicología que nos ha enseñado que todos los dioses son en esencia proyecciones de nuestras propias ideas; por eso todos poseen una humanidad profunda y predecible, no existen de forma autónoma. Por cierto, a los sacerdotes no les gustan esas conversaciones; así que él se cuida mucho de lo que dice en público. Es difícil oponerse a los modelos establecidos.

—Es más, cuando afirmas que tu Dios te ayuda, yo mismo pudiera decir que Nabu me ha ayudado a convertirme en un científico y a obtener resultados relevantes en mis exámenes; o que Istar me ha ayudado a conseguir una novia estupenda. ¿Dónde está la diferencia en lo que dices? No puedes eludir la interrogante. ¿Cómo sabes que Dios te ayuda? ¿Cómo puedes asegurar que no estás acomodando tus experiencias para que apoyen tus creencias?

—¡Guau, no se te escapa nada! — responde Azarías—. Tu pregunta está plenamente justificada. Sin embargo, es una espada de doble filo. Supongamos que te preguntara cómo sabes que la impresionante novia que mencionaste te ama. No importa cuántos argumentos me des, yo siempre podría rebatirlos. Es imposible obtener las pruebas del amor por medio de las matemáticas, como Ananías pretende hacerlo. Pero la percepción sí es posible, ¿no es cierto? Si te observo a ti y a tu novia durante un tiempo, creo que podría asegurar si te ama o no. Entonces, ¿por qué no nos observas con atención durante los próximos meses? Si no logras percibir que Dios está con nosotros y que nos ayuda en nuestra vida diaria, entonces no tendrá sentido que lo afirmemos. Pero espero que logres ver, a través de nosotros, que Dios es real.

La oportunidad de usar sus nombres para iniciar una conversación no duraría mucho, si alguna vez la tuvieron. Enseguida, Aspenaz, el funcionario a cargo de los estudiantes, hizo una reunión con los extranjeros y allí les informó que, para facilitar su integración a la sociedad, les pondrían nombres babilónicos. Los nombres extranjeros estaban terminantemente prohibidos.

Ya incluso los habían elegido. Daniel se llamaría Belsasar *(Balat su ussur)*, que significa «Que Bel (Marduk) proteja su vida» o también, «príncipe de Bel» (algo que resulta intrigante). A Ananías le pusieron Sadrac, que significa «mandato de Aku» (el dios-luna); y a Azarías lo llamaron Abed-nego, que se traduce como «servidor de Nabu» (el hijo de Marduk). Nabu o Nebo forma parte del nombre Nabucodonosor (*Nabu kudurri usur*), así que, Azarías y Daniel tenían nombres que formaban parte del nombre del emperador. Pero con Misael fueron más crueles. Su nombre babilónico se parecía al suyo en hebreo, pero lo que hacía era parodiarlo lingüísticamente. Le pusieron Mesac, que significa: «¿Quién es como Aku (el dios de la luna)?» No permitieron de ninguna manera que Misael usara en público el concepto de la singularidad del único Dios verdadero. Es probable que los jóvenes amigos usaron alguna que otra vez sus nombres cuando conversaban y es posible que se los explicaran a otros; pero, por supuesto, debían ser cuidadosos. Babilonia quería arrojar al olvido sus nombres y sus significados. (Se ha sugerido que Daniel deletrea de forma incorrecta algunos de estos nombres babilónicos, como si dijera: «En realidad no importa cómo me llamen, no pueden cambiar mi identidad».)

Cambiar sus nombres era una acción estratégica. Fue un primer intento de ingeniería social, encaminado a eliminar distinciones inconvenientes y homogeneizar a las personas para controlarlas con más facilidad. A lo largo de la historia, con frecuencia tales intentos vienen acompañados por el socavamiento de la dignidad

humana. Un ejemplo actual de este fenómeno es la corrección política que, aunque originalmente estaba destinada a evitar la ofensa, se ha convertido en un intransigente supresor del debate público abierto y honesto.

De seguro este fue un momento difícil para Daniel y sus amigos, y quizás pensaron en protestar. Sin embargo, la Palabra no lo dice, así que solo podemos hacer conjeturas. Una cosa es evidente: Babilonia podía cambiar sus nombres, pero no sus identidades. La historia demuestra que el nombre de Daniel sobrevivió al Imperio babilónico, gracias al libro que nos legó. Tampoco perdió su identidad. Y podemos pensar que, entre ellos, usaban sus nombres propios todo el tiempo.

Babilonia y su búsqueda de sentido

Aún queda bastante por decir sobre los nombres y las identidades en este contexto, porque es el tema central de la fundación de Babilonia. Génesis relata lo siguiente:

> *Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra* (Génesis 11:1-4, énfasis mío).

Cada gran capital del mundo tiende a ser un símbolo de la ideología de la nación. Por ejemplo, durante la guerra fría, la radio anunciaba mensajes de este tipo: «Moscú dice esto, Washington ha respondido aquello, pero Londres cree lo otro.» Todos los oyentes sabían cuál era la posición de cada capital. Representaban ideologías opuestas. El pasaje de Génesis nos revela lo que Babilonia representaba. Su lema, *hagámonos un nombre*, nos muestra las bases filosóficas tanto de su construcción como de sus ambiciones.

Sin embargo, debemos ser cuidadosos en nuestro análisis. A fin de cuentas, ¿no significa esto que el proyecto babilónico era una búsqueda genuina de su identidad? ¿Qué hay de malo en ello? De por sí, todos queremos poseer una identidad. ¿No es precisamente el sentido lo que le da un propósito a la vida?; entonces ¿qué hay de malo en buscarlo?

¡Nada! El texto de Génesis no enseña que no debemos buscar el sentido; sino que lo importante es la manera en que lo buscamos. Desde la perspectiva de Dios, algo andaba mal con la forma en que los antiguos abordaron el proyecto original, porque El intervino y lo destruyó.

Babel buscaba su identidad en la vanguardia de los logros científicos y

tecnológicos de la época. Como hemos visto, los antiguos babilonios eran arquitectos e ingenieros expertos, y sus aspiraciones de construir los edificios más impresionantes del mundo fueron encausados por una sucesión de emperadores, principalmente Nabucodonosor.

El deseo de construir edificaciones que lleguen al cielo como una forma de mostrar los logros humanos se repite a través de los siglos: las pirámides, las imponentes estructuras mayas, el Empire State Building, las Torres Petronas, El Burj Khalifa; y ya se planean construcciones más altas. Todos son símbolos poderosos, tan poderosos, que cuando los terroristas quisieron golpear a Estados Unidos, eligieron las Torres Gemelas para su atentado.

No hay nada malo en buscar la excelencia en la arquitectura y en la ingeniería. Con razón admiramos a los babilonios y a otras naciones por sus magníficos logros. Entonces, ¿qué problema tienen con su búsqueda de sentido? El Libro de Génesis lo explica en el capítulo siguiente. Allí aparece un registro del mandamiento que Dios le dio a Abraham, un antepasado de Daniel, al ordenarle que saliera de Harán, una ciudad antigua situada en la misma región que Babilonia.

> *Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra* (Génesis 12:1-3, énfasis mío).

Este llamado debe considerarse como uno de los sucesos más importantes de la historia. Lord Sacks, el Gran Rabino del Reino Unido, escribe (2011, página 8):

> Las civilizaciones surgen y desaparecen. La fe de Abraham sobrevive... Lo que hizo único el monoteísmo abrahámico es que dotó la vida de sentido. Pocas y raras veces entendemos este punto... Cometemos un grave error si concebimos el monoteísmo como un desarrollo lineal del politeísmo, como si la humanidad primero adorara a muchos dioses para luego reducirlos a uno solo. El monoteísmo es algo muy diferente. El sentido de un sistema se encuentra fuera del sistema. Por lo tanto, el sentido del universo está fuera del mismo. El monoteísmo, con su revelación del Dios trascendental, el Dios que está fuera del universo y que es Su creador, posibilitó que por vez primera creyéramos que la vida tiene un sentido, y no solo una explicación mítica o científica.

La filosofía babilónica sigue resonando hoy día en el cientificismo que nos anima a buscar el sentido y la salvación en la ciencia y en la tecnología. Pero ni el análisis ni la explicación científica nos proveen ese sentido que anhelamos como personas.

Babilonia nos deja vacíos.

Dios no lo dejará vacío, así lo vio claramente el filósofo Ludwig Wittgenstein (1979, página 74e):

> Creer en Dios quiere decir comprender el sentido de la vida. Creer en Dios quiere decir ver que con los hechos del mundo no basta. Creer en Dios quiere decir ver que la vida tiene un sentido.

El Señor Dios trascendente se revela a Abraham y le dice dónde encontrará el sentido de su vida: *Engrandeceré tu nombre*. Esta afirmación, inmediatamente después de presentarnos la ideología de Babel, nos invita a contrastar la filosofía fundacional de esta nación con la fe de Abraham en Dios. El Nuevo Testamento afirma que la fe de Abraham constituye la filosofía fundacional de otra ciudad que juega un papel del todo opuesto a Babilonia en la historia bíblica. Una ciudad celestial llamada Jerusalén.

La carta de Hebreos narra por qué Abraham salió de la ciudad de Ur:

> *Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido. Por lo cual también, de uno, y ese ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar. Conforme a la fie murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad* (Hebreos 11:8-16).

Era natural y estaba bien que, como nosotros, Abraham estuviera interesado en su propia identidad. Sin embargo, la diferencia entre su actitud y la de los babilonios era que estos últimos confiaban en su propia capacidad y fuerzas para crear un «nombre» o una identidad. Ellos lo hacían al estilo Sinatra, «a mi manera»; pero Abraham aceptaba la identidad y el sentido que Dios le había dado. Eso lo distinguía como alguien que de

verdad confiaba en el Señor, y la fe es el principio básico de la ciudad celestial de Dios. ¡Él no se opone a las ciudades! La cuestión radica en el sentido de las mismas.

En el caso de Abraham, de Daniel y del nuestro, el asunto no es *en qué* ciudad vivimos, sino *para qué* ciudad vivimos. En este sentido la Biblia narra la historia de dos ciudades. Volveremos a esta idea cuando analicemos Daniel 9.

Es fácil hablar de lo que hizo Abraham, pero no es fácil hacerlo. La mayoría, si no todos nosotros, tenemos problemas con la identidad. A veces nos resulta difícil encontrarles sentido a nuestras vidas, y nos preguntamos con tristeza: «¿para qué estoy aquí?» Al mismo tiempo, observamos claramente cómo otros tienen vidas llenas de logros y hasta deseamos ser uno de ellos. Son más talentosos que nosotros y tienen una personalidad más profunda e interesante. A veces pensamos que no enfrentan muchos problemas en sus familias o en sus trabajos. Es como si fuera sencillo reconocer el «nombre» de ellos, pero muy difícil reconocer el nuestro. Parecen tener definido «el porqué» de sus vidas mientras que nosotros no.

Seamos sinceros: en ocasiones es una batalla, incluso para los creyentes, aceptar el sentido que Dios nos ha dado. Es muy fácil buscar nuestro sentido en algo aparte del Señor y desgarrarnos en el proceso.

La pregunta: «¿quién soy realmente?», es una de las más profundas que podemos hacernos. La sicóloga Nola Passmore lo expresa con claridad:

> La raza humana clama con desespero por un significado y un propósito, por un sentido de pertenencia cuando las relaciones humanas no satisfacen, por la necesidad de saber que alguien nos ama sin condiciones a pesar de nuestras circunstancias, por la necesidad de saber que no somos producto de la casualidad, sino de un diseño, por saber que tenemos un futuro y una esperanza incluso cuando todo a nuestro alrededor se está derrumbando.

Viktor Frankl, el psicoterapeuta vienés que sobrevivió al Holocausto, escribió un libro titulado *El hombre en busca de sentido*, en el que describe un tratamiento psicoterapéutico que llamó «logoterapia» (de la palabra griega *logos*, que significa «palabra» o «significado», la misma que los filósofos estoicos utilizaron para expresar el principio racional detrás del universo y que luego los cristianos usaron en el Nuevo Testamento para referirse a Cristo como el Verbo de Dios.) Él creía que la principal fuerza motivacional humana es la búsqueda de sentido. El hecho de que millones de ejemplares de su libro se hayan vendido en muchos idiomas, demuestra el doloroso vacío que existe en el corazón del hombre. Pensaba que lo más importante que podemos hacer por nuestros semejantes es darles esperanza para el futuro. Eso fue lo que Dios hizo con Abraham al darle promesas que se cumplieron después. Le dio un *logos*, una palabra esperanzadora.

En este contexto, vale la pena pensar no solo en los nombres individuales, sino en

el nombre genérico de toda la raza humana. ¿De dónde vino? La respuesta bíblica es que vino de Dios. Génesis lo relata:

> *Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán [hebreo: adam], el día en que fueron creados* (Génesis 5:1-2).

Lo interesante del relato de la creación en Génesis, es que hay muy pocas partes en las que Dios asigna nombres (día, noche, cielo, tierra y mares en Génesis 1:5, 8, 10), pero le asigna a Adán la tarea de nombrar a los animales.

Al señalar que Dios en persona nombró a los humanos, Génesis enfatiza que el sentido último de nuestra raza parte del hecho de haber sido creados a imagen de Dios. Deducimos entonces que al separarnos de El perdemos tal sentido. (No estoy insinuando que los ateos no pueden o no crean un sentido de significado y de propósito para su existencia. Lo que estoy sugiriendo es que su propia visión del mundo les impide conocer el sentido último de sus vidas.)

La afirmación más importante del cristianismo es que Jesús es el Verbo *(Logos),* idéntico a Dios y con Dios desde el principio (Juan 1:1-2). Él es la Palabra que se hizo humana para que pudiéramos oír de Su boca las palabras que nos dan sentido. De hecho, ese es el motivo de este libro: que, cuando leemos lo que dice Daniel, escuchamos que Dios nos habla. De hecho, ese es el tema del libro: Dios le habla a Daniel y por medio de él lo hace con nosotros. Es una afirmación bastante atrevida en una sociedad secular y escéptica. Luego profundizaremos en este sentido.

Finalmente señalamos la gran diferencia entre Abraham y Daniel. El primero, por un llamado de Dios, salió de Mesopotamia. Se fue por su voluntad y se convirtió en nómada, con rumbo a la tierra que más tarde llevaría el nombre de su nieto, Israel (Jacob). Aprendió lo que significa confiar en Dios; y el Nuevo Testamento nos lo presenta como un reto para nosotros (Hebreos 11). El segundo, por el contrario, fue forzado a entrar en la tierra prometida, en la misma región de la que Abraham había salido. El Señor llamó a Daniel, como un verdadero hijo de Abraham, a vivir y a testificar su fe públicamente dentro de Babilonia. Esta es la otra parte de la lección. Cuando aprendemos, al igual que Abraham, a confiar en Dios como peregrinos en el camino de la vida, Él nos enviará de nuevo a la sociedad para que seamos «sal y luz» (Mt 5:13-14), para que allí provoquemos sed de Dios y alumbremos el camino hacia Él por medio del Señor Jesucristo, Su Hijo encarnado.

> Matthew Arnold
>
> A menudo, en las más concurridas calles del mundo,
> En los más estruendosos conflictos,

Se levanta un deseo inexplicable
Después del conocimiento de nuestra vida enterrada;
Una sed de derrochar nuestro fuego y el inquieto vigor,
De seguir nuestro rumbo verdadero;
Un anhelo de investigar
El misterio de este corazón latiente,
Tan salvaje, tan profundo en nosotros, para conocer
El origen de nuestras vidas y hacia dónde van.

La vida enterrada (1852)

Friedrich Nietzsche

Quien tiene un porqué para vivir, encontrará casi siempre el cómo.

Crepúsculo de los ídolos [Maxim 12] (1889)

La confusión del lenguaje

El pasaje en Génesis que registra los orígenes de Babilonia nos enseña el significado de su nombre:

> *Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel' porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra* (Génesis 11:5-9).

Según la Escritura aquí se originaron los múltiples idiomas que existen, y fue lo que provocó que el hebreo fuera diferente del arameo y del caldeo. Como hemos visto, Nabucodonosor estaba claramente decidido a revertir los efectos de las diferencias lingüísticas y culturales a través de su política educativa, al insistir en que los jóvenes cautivos como Daniel y sus amigos aprendieran el idioma y la literatura del Imperio babilónico. Fue incluso más lejos cuando les cambió los nombres, como si intentara sacarlos de circulación.

Pudieran reprocharme que profundizo demasiado en este aspecto, pero hacerlo no

le resta fuerza a lo que quiero expresar. La ola de relativismo que inunda hoy día el pensamiento occidental, presiona cada vez más para eliminar ciertas palabras de nuestros idiomas y reemplazarlas por otras que promuevan los planes seculares de descomponer la naturaleza misma de los seres humanos y de la sociedad en la que vivimos.

Por ejemplo, algunas palabras empiezan a carecer de corrección política: verdad, mandamiento, dogma, fe, conciencia, moralidad, pecado, castidad, caridad, justicia, autoridad, marido, esposa; mientras que otras palabras y conceptos ocupan el centro: derechos, no discriminación, elección, igualdad de género, pluralidad, diversidad cultural.

Estos cambios profundos surgen de una descomposición postmoderna de la verdad, que pretende desplazar la verdad del terreno objetivo hacia el subjetivo, y así relativizarla de manera efectiva. El Cardenal Ratzinger, antes de convertirse en el Papa Benedicto XVI, advirtió sobre la «dictadura del relativismo» en la sociedad europea al afirmar:

> Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja solo como medida última al propio yo y sus apetencias.[6]

Suena paradójico, pero no lo es. La presión se hará evidente desde el mismo momento en que cuestionemos cualquier aspecto de este relativismo; por ejemplo, tenemos que aprobar todos los estilos de vida. El derecho a elegir va primero que todo lo demás, incluyendo la tradición y la revelación divina. Este es el único absoluto en un mar de relativismo, aunque sea algo contradictorio.

Hemos observado que el posmodernismo contiene la evidente auto-contradicción de que «no hay verdad absoluta» pero que declara esto como una verdad absoluta; así que no es sorprendente que su lenguaje sea tan confuso. De hecho, el posmodernismo medra en la ambivalencia lingüística. Su propósito es eliminar cualquier objetividad de nuestra aprehensión de la «realidad» y reducirlo todo a un texto que debemos interpretar y en el que cada interpretación es válida siempre que no aborde el terreno de los valores.

Jürgen Habermas (de hecho, un ateo) ha advertido claramente los peligros del cambio de una base moral judeo-cristiana a una base posmoderna (2006, páginas 150-151):

> El igualitarismo universalista, del que derivan los ideales de libertad y una vida colectiva solidaria, la conducción autónoma de la vida y la emancipación, la conciencia moral individual, los derechos humanos y la democracia, es el legado directo de la ética judía de la justicia y la ética cristiana del amor.

> Este legado ha sido objeto de una constante apropiación e interpretación crítica, sin sufrir transformaciones sustanciales. Al día de hoy no existe ninguna alternativa a él. Y a la luz de los desafíos actuales de una constelación posnacional, seguimos alimentándonos de esa fuente. Todo lo demás son chácharas postmodernas.

¡Sí, una «Babel» posmoderna!

CAPÍTULO 5

LA RESOLUCIÓN Y LA PROTESTA
Daniel 1

Es probable que Daniel y sus amigos no tuvieran oportunidad de protestar contra los nombres paganos que se les dieron. No sabemos, ya que el asunto pasa inadvertido. Pero observamos con interés y descubrimos en qué momento los tres jóvenes comienzan a plantar su bandera de testimonio a Dios en la universidad de Babilonia. No se tarda en llegar.

Un estudiante de santidad

Daniel nos relata que los estudiantes de élite, como él y sus amigos, fueron entrenados durante tres años en un amplio plan de estudio que incluía las lenguas y literatura de los babilonios. El gobierno no escatimó en los gastos, y ya que la cultura babilónica le daba un alto valor a la apariencia física, a los estudiantes se les asignó el mejor alimento, de hecho, la misma comida que se le servía al emperador. Como estudiantes al fin, para ellos aquella comida representaba un gran beneficio de haber sido seleccionados para el curso. Es cierto que estos cuatro cautivos de una ciudad empobrecida producto de un sirio, nunca antes habían visto nada comparado a esa calidad de alimentos: estaba más allá de los sueños de aquellos acostumbrados a las raciones de guerra.

> *Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, con el vino que él bebía* (Daniel 1:8).

El descontento con la comida que se sirve en el colegio no es nada nuevo. Numerosas generaciones de estudiantes han encontrado mucho de qué hablar sobre la cantidad o calidad de los alimentos del comedor de su escuela. De seguro este no era el caso aquí. La comida era de suprema calidad, traída de la propia cocina del emperador. Era comida de mesa presidencial. Entonces, ¿por qué Daniel decidió no comerla?

Su propia explicación es que no quería «contaminarse». Hablamos de una resolución interior, en el corazón y la mente, que precedió a su acción exterior. Se levantó en correspondencia con las convicciones bíblicas de Daniel sobre la santidad. Este concepto tiene tanto aspectos positivos como negativos. En lo positivo, santidad es dedicación y compromiso con Dios. Como sabemos, Daniel quería vivir a la luz de

lo que los utensilios de oro del templo representaban, la gloria y la santidad de Dios.

En la segunda mitad del capítulo uno de este libro, vemos como Daniel claramente entendió que, para testificar de la gloria y santidad de Dios, necesitaba asegurarse de que su carácter y personalidad fueran moldeados por esa santidad. Eso significaría que debía evitar contaminarse. Antes de tratar de identificar lo que esto involucraba de forma precisa, debemos detenernos a pensar en esta decisión, ya que es crucial para comprender la calidad y el poder del posterior testimonio de Daniel. Fue una decisión que tomó en su corazón *antes* de que hiciera algo. En una famosa declaración, el apóstol Pedro expresó que los cristianos deben caracterizarse por estar prestos para dialogar: *Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros* (1 Pedro 3:15).

Al menos esta es la parte que siempre se cita. Sin embargo, como aparece aquí, la cita está incompleta pues no tiene verbo directo. Aquí está la oración completa (versículos 14-16):

> *Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo.*

La declaración completa de Pedro nos ayuda a analizar no solo por qué Daniel tomó su decisión sino también cómo la llevó a cabo. Lo primero que se debe notar es que el contexto es temor. En los tiempos de Pedro existía temor a una reacción hostil y quizás violenta contra el mensaje cristiano. De seguro, el temor no estaba lejos de las mentes de Daniel y sus amigos. Como ya hemos visto, conformidad era el nombre del juego en Babilonia, nadie querría atraer la atención por tener algún distintivo religioso. Sin embargo, los estudiantes estaban pensando hacer un movimiento que, por lo menos, provocaría interrogantes, y quién sabe qué más. Tiene que haber sido un momento difícil. Aun si nunca hemos experimentado hostilidad violenta, el temor es algo que podemos identificar con facilidad si hemos hecho algún intento de expresar de manera pública nuestra fe.

¿Qué fue lo que fortaleció los corazones y mentes de Daniel y sus amigos, que tuvieron el coraje para vencer el temor natural a lo desconocido? Con seguridad fue el hecho de que apartaron a Dios como santo en sus corazones. Ellos habían puesto a Dios como el único director de sus vidas. Eso es exactamente lo que Pedro expresa que debemos hacer. Para combatir nuestras ansiedades y prepararnos para dar respuesta a aquellos que pregunten, en primer lugar, debemos poner a Cristo como Señor en

nuestros corazones. De hecho, ¿cómo puede haber convicción y poder en nuestro evangelismo sino es así? Ciertamente, es por lógica espiritual elemental que si deseamos persuadir a otros de que Dios es real y de que es posible tener una relación viva y significativa con Él, nosotros debemos ser en lo personal fieles a Dios y a Su Hijo, y ajustar nuestras vidas para ser consistentes con nuestra confesión cristiana fundamental, «Jesucristo es Señor». Daniel sabía que contaminarse podía arruinar su relación con Dios y destruir su testimonio personal. Y lo mismo sucede con nosotros.

Daniel también sabía que Dios con mucha frecuencia le había advertido a Israel a través de Moisés y de los profetas que le sucedieron, del peligro de contaminarse con las prácticas de ciertas culturas paganas vecinas; en particular, los cananeos, conocidos por su inmoralidad, infanticidio (sacrificio de niños) e idolatría. En el Nuevo Testamento, Dios nos alerta de peligros similares. Ninguno de nosotros estamos exentos de la presión de las tentaciones de un mundo al que no le interesa Dios. Si somos honestos, no necesitamos que se nos enseñen las cosas que contaminan; las conocemos muy bien, en especial en esta era de Internet en que la influencia diabólica está solo a un clic de distancia. Para servir a Dios debemos luchar contra ellas. Lo que está en riesgo es nada menos que nuestra lealtad a Dios.

Leyes sobre los alimentos

Bien temprano en la historia de Israel, Dios comunicó este mensaje al instituir ciertos rituales y leyes ceremoniales. Por ejemplo, el pueblo recibió instrucciones de que no debían comer ciertos alimentos «inmundos». Tales regulaciones hacían inevitablemente que fuera difícil la mezcla de su sociedad con otras culturas. Podemos ver un ejemplo de esto en el relato del Nuevo Testamento de la visita del apóstol Pedro a la casa de Cornelio, el centurión romano (ver Hechos 10). Como judío piadoso apegado a las leyes sobre los alimentos puros, Pedro no hubiera sido capaz de aceptar la invitación de Cornelio. Dios tuvo que prepararlo al darle una visión para recordarle lo que Cristo había enseñado, esto es, que las leyes sobre los alimentos habían sido anuladas. Cristo había señalado el hecho evidente de que la comida no puede en sí misma contaminar a una persona. Su verdadera preocupación era la contaminación moral y espiritual.

> *... todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre...*
> *Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre* (Marcos 7:18-23).

Por tanto, fue la prohibición de Dios que hizo los alimentos impuros, la que hace que surja la pregunta de por qué las leyes sobre los alimentos fueron instituidas en primer lugar. ¿Por qué no simplemente hablar de la necesidad de evitar las actitudes interiores de la mente que contaminan? Pablo nos da la respuesta en la carta de Gálatas. Nos enseña que, así como en la costumbre antigua un niño tenía un tutor que lo protegía hasta la madurez, para Israel la ley actuó como tutor hasta que Cristo vino. Hay un sentido en el que Cristo trató a la infanta nación de Israel como a un niño, cuidándolo con leyes y regulaciones para las primeras etapas de su desarrollo.

Si seguimos la analogía podemos ver una posible razón para la imposición de regulaciones que proporcionó una barrera contra la influencia negativa externa. Piense en esto de esta manera: solo una minoría de adultos abusan de los niños. Sin embargo, consideramos sabios a los padres que enseñan a sus hijos a no aceptar nada de ningún adulto que no conocen. De forma similar, no todos los gentiles eran moralmente corruptos en aquella época. Pero un grupo suficiente lo era, de modo que Dios puso una barrera para inculcarle a Israel los peligros del compromiso con la idolatría y sus prácticas acompañantes.

Ahora, la desventaja obvia con este esquema es que aquellos que están bajo este, pueden caer en el peligroso error de confundir el guardar las leyes y regulaciones con respecto a la limpieza ceremonial exterior, con la limpieza moral real e interior. En consecuencia, ellos pueden comenzar a pensar que son mejores que otros cuando, de hecho, no lo son. Incluso pueden pensar erróneamente que son aceptables delante de Dios sin importar lo malo que hagan (como hicieron algunos en Israel, y tristemente como algunos que profesan ser cristianos hacen en la actualidad); mientras que los gentiles son inaceptables para Dios sin importar el bien que hagan. Por supuesto, esto no tiene sentido.

Cuando Cristo vino, canceló el sistema de leyes sobre los alimentos (Marcos 7:19), y algo completamente nuevo tomó su lugar. El Espíritu Santo vino a habitar en los creyentes; y les dio el poder interior de resistir la corrupción, de modo que pudieron llevar su testimonio a los gentiles, mezclarse con ellos y aun así resistir las presiones del mal, tanto en su pensamiento como en su comportamiento.[7] Sin embargo, las leyes sobre los alimentos estaban en vigor cuando Daniel vivió y, por lo tanto, habrían constituido una fuerte razón para que él y sus amigos rechazaran la comida imperial.

La segunda razón para su acción tiene que ver con la matanza y preparación de la carne. Las leyes levíticas prohibían comer sangre o productos derivados de esta, sobre la base de que *la vida de la carne en la sangre está* (Levítico 17:11). Esta regulación se estableció para recordarle a Israel de una manera simbólica la santidad de la vida, pero aquellas leyes de seguro no operaban en la carnicería de Babilonia.

Una elección: ¿Dios o los ídolos?

La tercera razón posible para la protesta de Daniel puede haber sido que la comida había sido sacrificada a los ídolos, o de alguna manera había estado involucrada ceremonialmente con el paganismo que caracterizaba la cosmovisión babilónica. En realidad, el texto en sí no menciona la idolatría en ese preciso momento, por lo que muchos piensan que es una especulación sin base para presentar esto como una explicación a la protesta de Daniel. Sin embargo, sabemos que la cultura babilónica estaba cargada de adoración politeísta en una forma única para el mundo antiguo. En su trabajo magistral (1992, pág. 85), Georges Roux escribe:

> Por más de 300 años los dioses de Sumeria fueron adorados por los sumerios y semitas al igual; y por más de 3.000 años las ideas religiosas promovidas por los sumerios desempeñaron un papel extraordinario en la vida pública y privada de los habitantes de Mesopotamia, moldearon sus instituciones, adornaron sus obras de arte y literatura, y se difundieron en todo tipo de actividades, desde las funciones más elevadas de los reyes a las ocupaciones diarias de sus súbditos. En ninguna otra sociedad antigua la religión ocupó una posición tan prominente, pues en ninguna otra el hombre se sentía tan dependiente por completo de la voluntad de los dioses.

Las bibliotecas y las instituciones educacionales en particular se encontraban adjuntas a los templos en las principales ciudades del imperio. Según los arqueólogos, Babilonia tenía muchos templos en aquella época cerca de unos 1.000. En la actualidad, la mayoría de los colegios seculares de Inglaterra en las Universidades de Oxford y Cambridge aún tienen una oración en latín que los estudiantes o asociados repiten en las comidas. Sin duda, sería casi increíble si la universidad de Babilonia, permeada como estaba de idolatría, no tuviera rituales paganos durante las comidas. Habría constantes ofrendas y brindis a los dioses.

Daniel nos da una pequeña e importante evidencia que fuertemente apunta en esta dirección. Él menciona su intención de rechazar no solo la comida sino también el vino. Las leyes bíblicas no tenían nada que expresar sobre el vino (solo advertir sobre el peligro del exceso). Entonces, ¿por qué se menciona aquí? La respuesta no es difícil de encontrar, ya que hay una comida que se describe más adelante en el Libro de Daniel donde el vino ocupa el lugar central, aquel famoso banquete donde el rey Belsasar mandó a traer las copas de oro que Nabucodonosor había tomado del templo de Jerusalén, y forzó a sus nobles a unirse a él en un deliberado insulto a Dios, al llenar las copas de vino y brindar por los dioses paganos de madera y piedra. Dios no se quedó callado, y escribió Su fatídico veredicto sobre la pared del palacio.

De esta manera, las copas de oro que se mencionan en la primera mitad del capítulo uno, y el vino que se menciona en la segunda mitad, aparecen juntos de una

forma espectacular y trágica en el funesto banquete de adoración pagana que se describe en Daniel 5.

En vista de esto, sin duda no es irracional pensar que Daniel, aun en sus primeros días como estudiante, viera el peligro de comprometer su lealtad a Dios. El rechazó involucrarse en el tipo de ritual de bebida pagano que, escrito en grande, metafóricamente y literalmente, al final significaría la caída de Belsasar y de su imperio. Daniel decidió correctamente y con valentía, desde el mismo comienzo de su carrera universitaria, que debía trazarse una línea, establecerse una dirección.

Si este es el caso, la protesta de Daniel fue en esencia una protesta contra la cosmovisión idólatra de los babilonios: una cosmovisión que moldeó el paradigma de base para su sistema educacional. El estaba determinado a no contaminarse con esto. Sin duda, no es difícil para nosotros relacionar esto. En el mundo occidental, la academia está dominada por la idea de que el ateísmo es la única cosmovisión respetable desde un punto de vista intelectual, lo que exige protesta por parte de aquellos de nosotros que creemos que eso es falso.

Pero, ¿cómo se hace esto? Daniel nos narra cómo él y sus amigos respondieron ante esta situación. Por supuesto, no nos enseña cómo debemos aplicar lo que ellos hicieron a nuestro contexto. A primera vista, su cultura parece muy diferente a la nuestra, por lo que debemos proceder con cuidado y tratar de razonar nuestro camino a través de los sucesos que ocurrían en Babilonia, y luego ver si existe algún paralelo con nosotros en la actualidad.

CAPÍTULO 6

LA COSMOVISIÓN DE BABILONIA
Daniel 1

Nuestra primera tarea en esta etapa es descubrir un poco más sobre la 1 cosmovisión babilónica, contra la cual Daniel protestaba, y ver cómo 1 se contraponía a la suya.

Dios, los dioses y el universo

Tomemos, por ejemplo, la cuestión de los orígenes. Daniel creía que había 1 un Dios verdadero, Creador del cielo y de la Tierra. Por el contrario, los 1 babilonios creían en muchos dioses, y los conocemos por la literatura con la que él seguramente tenía contacto; por ejemplo, la famosa epopeya babilónica de la creación, la *Enuma Elish*, un mito que relata los orígenes del I universo y de los dioses (cosmogonía y teogonía), y que detalla la guerra I entre ellos por la supremacía, la cual provocó que Marduk reemplazara a I Enlil como el dios más alto del panteón mesopotámico.

El poema cuenta que los dioses surgieron de una especie de combinación primordial de Apsu, el agua dulce eterna de los ríos, y Tiamat, el agua salada del océano. Leemos en sus primeras líneas:

> Cuando arriba los cielos no habían sido nombrados, la tierra firme abajo no había sido llamada con nombre; nada sino el Apsu primordial, su progenitor, Mummu y Tiamat, la que los dio a luz a todos, sus aguas, como un solo cuerpo, confundían; los desechos del junco no se habían hacinado, el carrizal no había aparecido; cuando cualesquiera de los dioses no habían sido traídos al ser ni llamados con nombre, no destinados sus destinos entonces sucedió que los dioses fueron formados en el seno de ellas. Generaciones de dioses Lahmu y Lahamu fueron producidos, con nombre fueron llamados. Luego de que crecieron en estatura y en edad, Anshar y Kishar fueron formados, que sobrepasaron a los otros. Hicieron largos los días, añadiéndoles los años...[8]

En esta descripción poética vemos que los dioses babilónicos formaban parte de la sustancia (material) básica del universo, aunque en la mitología babilónica los comienzos están envueltos en la neblina de tiempos remotos, anteriores a Nammu, a

quien llamaban la señora de los dioses, la madre del universo.

Los griegos tenían ideas bastante similares. Hesíodo compuso su *Teogonía alrededor* del siglo VII a. C., aunque probablemente se basó en fuentes más antiguas. Veamos unas líneas:

> Elevando su voz sagrada, celebran primero la raza de los dioses venerables a quienes, en su origen, engendraron Gea y el anchuroso Urano; porque de éstos nacieron los dioses... [líneas 64-66].
>
> Decidme estas cosas, Musas de moradas olímpicas, y cuáles de entre ellas fueron las primeras en un principio.
>
> Antes que todas las cosas fue Caos; y después Gea la de amplio seno, [líneas 164-66], asiento siempre sólido de todos los Inmortales que habitan las cumbres del nevado Olimpo y el Tártaro sombrío enclavado en las profundidades de la tierra espaciosa; y después Eros, el más hermoso entre los dioses inmortales... [líneas 169, 171-172].

Werner Jaeger (1967, pág. 16-17) señala la abismal diferencia entre la cosmovisión griega y la hebrea:

> Si comparamos la hipóstasis griega del Eros creador del mundo con el Logos del relato hebreo, observamos una abismal diferencia en la perspectiva de ambos pueblos. El Logos es una sustanciación de una propiedad intelectual o un poder del Dios creador, que está por encima del mundo y que lo trae a la existencia por su decreto y voluntad personal. Los dioses griegos habitan en el mundo; son descendientes del cielo y de la Tierra... generados por el vigoroso poder de Eros, quien también pertenece al mundo como una fuerza primitiva que lo engendra todo. Así que están sujetos a lo que llamamos leyes naturales. Cuando el pensamiento de Hesíodo finalmente dio paso al pensamiento filosófico, lo divino se buscó dentro del mundo, no fuera de él, como lo expresa la teología cristiana judía del Libro del Génesis.

La afirmación clave es: «Los dioses griegos habitan en el mundo.» No debemos pensar que la única diferencia entre la cosmovisión hebrea y la griega es que los hebreos redujeron el número de dioses a uno solo. El monoteísmo hebreo no es una versión reducida del politeísmo pagano. El Dios de los hebreos está *fuera del mundo.* Esta es una diferencia absoluta de categoría, no una simple diferencia de rango. También es por eso que, como ya hemos señalado, el Dios de los hebreos da sentido al mundo, mientras que los dioses paganos no lo hacen. El significado del sistema no se encuentra en el propio sistema.

Así queda demostrado un defecto argumentativo cada vez más popular del ateísmo. Cuando se dirigen a los creyentes del Dios bíblico, señalan: «Ustedes, respecto a Artemisa, Baal, Diana, Odín, Zeus y miles de otros dioses, son ateos al igual que nosotros. Solo que nosotros tenemos uno más en el listado.»

Tal argumento deslumbra a algunos debido a su astucia aparente, pero no aborda la cuestión que ya hemos abordado con anterioridad: el Dios de la Biblia no es «uno más» en el panteón de todos los dioses conocidos. Todos ellos son productos del cielo y de la tierra; pero el Dios que revela la Biblia creó los cielos y la Tierra. Esta diferencia es profunda y echa por tierra el argumento ateo.

Pudiéramos resumir estas antiguas filosofías de la siguiente manera:

- La materia es eterna y existía *antes* que los dioses.
- En su estado primigenio, la materia era un caos sin forma, sin orden y sin límites.
- Algún dios ordenó y dio forma a la materia básica del universo (cosmos), y tal proceso es lo que entendemos por creación.
- Este dios, como todos los demás, surgió de la materia original, y es parte de la materia, o una de las fuerzas del universo.
- Todo en el universo emana de él, como los rayos del sol, y así, de alguna manera, todo *es* dios.

Según dicho punto de vista, la materia es el compuesto primigenio del universo; los dioses y todo lo demás derivan de ella. En efecto, a la señora de los dioses, Nammu, mencionada con anterioridad, a veces se le describía como un mar primitivo de donde salieron los dioses. ¡Claramente la idea de una sopa primigenia no es nada nuevo! En ese sentido, su filosofía era, en esencia, naturalista; de hecho, materialista. Muchos de sus dioses eran deificaciones de las fuerzas e instintos básicos que se encuentran en la naturaleza. Así que su cosmovisión era del todo opuesta a la bíblica, que sostiene que la materia no es eterna ni autónoma sino Dios, que es Espíritu. Dios no deriva de nada. Él creó la materia; no la materia a Dios. De Él derivan la materia y todo lo demás.

El reduccionismo materialista está vivo y sano

Nuestro interés inmediato es examinar cuán semejante es el pensamiento de Babilonia al del mundo contemporáneo. La idea de que la masa-energía es primitiva, y de que todo deriva de ella, es la esencia del reduccionismo materialista que pretende dominar la sociedad occidental. Según tal punto de vista, la masa-energía está sujeta a las leyes naturales (de dondequiera que provengan, una cuestión que se olvida con facilidad, y que los materialistas deberían examinar) y debe tener la capacidad innata de producir todo lo que vemos a nuestro alrededor, incluyendo la vida, el cerebro, la mente humana y la idea de Dios, ya que, en tal hipótesis, Dios, como tal, no existe.

¿No es irónico que aquellos que invalidan a Dios les atribuyen poderes creativos a procesos materiales fortuitos y sin dirección? Por supuesto, en el mundo cerrado del materialista reduccionista no es posible una explicación alternativa. Como dice Richard Lewontin, genetista de Harvard, no podemos dejar que un pie divino cruce la puerta:

> No es que los métodos y las instituciones de la ciencia nos obliguen a aceptar una explicación materialista del mundo fenomenológico, sino, por el contrario, que nosotros estamos forzados por nuestra adherencia *a priori* a las causas materiales para crear un aparato de investigación y una serie de conceptos que producen explicaciones materialistas sin importar qué tanto vayan en contra de la intuición, sin importar qué tan místicas sean para el que no ha sido iniciado. Más allá de eso, el materialismo es un absoluto, pues no podemos dejar que un pie divino cruce la puerta.[9]

Debemos reconocer la honestidad de Lewontin. Afirma que su materialismo es *a priori*, es decir, cree en el materialismo antes de hacer ciencia. Lejos de afirmar que su materialismo deriva de su ciencia, está abiertamente preparado para aplicarlo a la misma y permitir que lo primero influya en lo último.

Esta convicción materialista es tan fuerte en muchos científicos que, aun cuando encontraran evidencias de una inteligencia superior en el universo, optarían por decir que tal inteligencia no puede ser, por supuesto, sobrenatural, sino natural, producto de fuerzas naturales fortuitas y sin dirección, igual que todo lo demás. Por ejemplo, Paul Davies sostiene que la delicada sintonía del universo demuestra la actividad de algún tipo de inteligencia superior. Basado en el hecho de que las principales constantes físicas del cosmos tienen que permanecer dentro de una tolerancia en extremo delicada para que la vida sea posible, el científico afirma (1988, pág. 203):

> Parece como si alguien sintonizara finamente los números de la naturaleza para hacer el universo... La impresión del diseño es irresistible.

Sin embargo, cuando se le pregunta sobre la naturaleza de esa inteligencia, Davies sostiene que en última instancia es parte de la materia del universo; es decir, aunque puede ser una inteligencia sobrehumana, no es sobrenatural. Su razonamiento no se diferencia mucho del de los antiguos babilonios.

Comprender la cosmovisión a nuestro alrededor

Así que, a primera vista, el mundo de Babilonia nos parece lejano; sin embargo,

cuando reflexionamos, vemos que Daniel estaba rodeado de una cosmovisión muy similar al naturalismo de hoy en día, y por su profunda lealtad a Dios, estaba decidido a oponerle resistencia. No obstante, debemos tener en cuenta que en realidad él no protesta contra la educación en la universidad de Babilonia. Claramente se dedicó a sus estudios y podemos imaginar que disfrutó su curso universitario. El y sus amigos pusieron tanta energía en el aprendizaje de las lenguas, la literatura, la filosofía, la ciencia, la economía, la historia y todas las demás asignaturas, que fueron alumnos destacados y terminaron con los más altos títulos académicos, muy por encima de los demás. Daniel no protestó como un espectador ajeno al sistema: protestó dentro del mismo.

Es importante tenerlo en cuenta, más aún, cuando escuchamos el término «literatura apocalíptica» que se utiliza para el Libro de Daniel. La descripción tiende a dar la idea de un salvaje e irracional profeta de la condenación, quien les advertía a las personas que escaparan de la sociedad, que se enclaustraran como monjes o como ermitaños a esperar el cataclismo inminente y destructor el cual marcaría el fin de la historia. Bueno, si eso es lo que significa «apocalíptico», entonces no se aplica ni a Daniel ni a sus amigos. No negamos que este profeta anuncia muchos acontecimientos futuros en su libro, algunos de sombría trascendencia. Pero, lejos de llevarlo a huir de la sociedad y de la responsabilidad, la revelación que recibió sobre el futuro lo llevó a vivir una vida profesional plena, en los niveles más altos de la administración imperial. Su comprensión de Dios no lo hizo desarrollar una mentalidad atrasada, sino desarrollarse de forma completa y prominente en la sociedad babilónica.

Es importante notar que la comprensión de Daniel no representaba una posición de compromiso: era del todo bíblica. Estaba bien familiarizado con los escritos de Jeremías, un profeta que no solo había predicho el exilio babilónico, sino que además había escrito una carta a los líderes de los judíos deportados:

> *Estas son las palabras de la carta que el profeta Jeremías envió de Jerusalén a los ancianos que habían quedado de los que fueron transportados, y a los sacerdotes y profetas y a todo el pueblo que Nabucodonosor llevó cautivo de Jerusalén a Babilonia (después que salió el rey Jeconías, la reina, los del palacio, los príncipes de Judá y de Jerusalén, los artífices y los ingenieros de Jerusalén), por mano de Elasa hijo de Safan y de Gemarías hijo de Hilcías, a quienes envió Sedequías rey de Judá a Babilonia, a Nabucodonosor rey de Babilonia. Decía: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia: Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos, y comed del fruto de ellos. Casaos, y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas; y multiplicaos ahí, y no os disminuyáis. Y procurad la paz de la ciudad a*

> *la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz. Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: No os engañen vuestros profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos; ni atendáis a los sueños que soñáis. Porque falsamente os profetizan ellos en mi nombre; no los envié, ha dicho Jehová.*
>
> *Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Y seré hallado por vosotros, dice Jehová, y haré volver vuestra cautividad, y os reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde os arrojé, dice Jehová; y os haré volver al lugar de donde os hice llevar* (Jeremías 29:1-14).

He mencionado una extensa porción de la carta para dejar claro que Daniel sabía su contenido, ya que cita lo predicho sobre la duración del exilio en Daniel 9. No sabemos cuándo fue consciente de todos los detalles de este mensaje, pero es indiscutible que obró poderosamente en su espíritu. El mensaje de Jeremías permanece vigente en nuestros tiempos, cuando nos enfrentamos a la actual invasión de Babilonia. En efecto, tales palabras resultan un inmenso apoyo para esos jóvenes de cuna cristiana que entran a cursar los altos estudios. Como embajadores de nuestro Rey celestial nos animan a perseguir el bienestar de la «ciudad» primero en la universidad y luego en el mundo exterior.

Precisamos detenernos por un momento, porque algunos dirán que el Salmo 137 nos habla de una reacción bastante diferente ante Babilonia:

> *Junto a los ríos de Babilonia, Allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sion. Sobre los sauces en medio de ella colgamos nuestras arpas. Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos cántico de Jehová en tierra de extraños? Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; si no enalteciere a Jerusalén* (Salmos 137:1-6).

Sí, es una reacción diferente; pero no es incompatible con el mensaje del Señor

por medio de Jeremías. Quizás hubo momentos en que Daniel y sus amigos lloraron, y les resultó difícil cantar con entusiasmo. Habría sido muy extraño que esto no sucediera. En definitiva, la nostalgia era tan real como lo es hoy. La obediencia al mensaje de Jeremías no significaba olvidar Jerusalén y todo lo que representaba. Inevitablemente, muchos de Judá terminaron haciéndolo; pero Daniel y sus amigos no olvidaron su identidad nacional y espiritual. Buscaban el bienestar de Babilonia viviendo en esa ciudad como sal y luz para Dios. Esa postura significaba atreverse y protestar contra la visión del mundo que subyacía en el sistema babilónico y enfrentar las consecuencias. No significaba olvidar a Jerusalén o no lamentar su destino.

El lenguaje de la protesta

¿Qué hacemos nosotros hoy? Si estamos convencidos de la visión bíblica del mundo, ¿no deberíamos protestar contra el secularismo occidental que amenaza con tragarnos? ¿No deberíamos actuar contra la noción de que el ateísmo es la única posición intelectualmente respetable? Claro que pudiéramos hacerlo. Pero en ese caso, debemos usar el lenguaje de la protesta con sumo cuidado, porque nuestro mundo está lleno de protestas violentas y crueles que dañan y destruyen la vida de millones de personas. Necesitamos recordar siempre (como lo hicimos en el capítulo 3) que Cristo prohibió la violencia para imponer la verdad, algo que la violencia de todos modos no puede hacer.

La batalla diaria del cristiano, que sí es una batalla, es el mismo conflicto no violento en el que Daniel protestaba, y que tiene lugar en el pensamiento: en el reino de las ideas y las cosmovisiones, no en el ámbito militar. El apóstol Pablo lo describe así:

> *Pues, aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo...* (2 Corintios 10:3-5).

Observamos que el énfasis aquí está en el argumento bien fundado. Los primeros apóstoles cristianos, razonaban con las personas dondequiera que iban: en las sinagogas, en las plazas del mercado y, si tenían la oportunidad, dialogaban en las salas de conferencias académicas del mundo (ver Hechos 17:2, 17; 18:4; 19:9-10). La palabra griega *apología*, de donde proviene el vocablo «apologista», significa «defensor». Es importante entender esto porque el Nuevo Testamento no hace distinción entre evangelismo y apologética; cualquier evangelismo significaba defender el evangelio. Los primeros cristianos con frecuencia enfrentaban objeciones a

su mensaje. A menudo, los malinterpretaban y los acusaban de predicar revoluciones políticas, de promover el antinomismo, o de introducir dioses extranjeros. Así que, para despejar el camino del evangelio, tenían que derribar las barreras en la mente de las personas. Para hacerlo se reunían con ellos, respondían a sus preguntas, y defendían el mensaje cristiano contra los malentendidos, la tergiversación y la difamación. De hecho, fue (y es parte) del poder convincente del mensaje cristiano el dar respuestas creíbles. Lo que desarrollaban estos hombres y mujeres era un «evangelismo persuasivo».[10] Aquí está la esencia del testimonio cristiano que estamos llamados a dar.

Una llamada al compromiso

Ahora bien, como la batalla es de esta naturaleza, requerimos una seria preparación para pelearla. Ya hemos visto el prerrequisito más importante: ser fieles a Jesucristo y demostrar que lo somos al tenerlo en nuestros corazones como Señor. Pero hay más; porque no solo necesitamos la lealtad moral, sino también la intelectual y la espiritual.

Quizá comprendamos mejor qué es lealtad moral, si conocemos aquello que amenaza la integridad moral. Pero ¿qué se entiende por lealtad intelectual y espiritual? Pablo se lo explica a los corintios de esta manera:

> *Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis (2* Corintios 11:2-4).

El apóstol estaba preocupado por el compromiso intelectual y espiritual que tenía con Cristo. Las imágenes que usa son elocuentes. Habla del desposorio: la relación entre un hombre y una mujer antes del matrimonio en el mundo antiguo. Era mucho más fuerte que a lo que hoy llamamos compromiso. El desposorio era parecido al matrimonio, ya que solo podía disolverse a través del divorcio. Antes de que una mujer se desposara podía considerar a todos los posibles pretendientes; pero cuando ya lo estaba, cuando había «dado su palabra de fidelidad», se consideraba inmoral que sus ojos o su corazón miraran a otro. Significaba una deslealtad a su futuro esposo.

La analogía es muy acertada. Los cristianos de la Corinto pluralista y politeísta habían entregado sus vidas a Cristo; lo habían aceptado como Señor en sus corazones y

le habían jurado lealtad solo a Él. Al menos, eso es lo que afirmaban. Pero Pablo estaba preocupado por los crecientes rumores de que su lealtad había sido socavada. Había sido pura, es decir, exclusiva en su enfoque, con Cristo como su único objeto. Sin embargo, otras voces que no estaban contentas con el cristianismo histórico, habían comenzado a reclamar la atención de los cristianos de dicha ciudad, y algunos de ellos estaban sucumbiendo bajo estas ideas nuevas y embriagadoras.

A lo largo de la historia ha ocurrido lo mismo. Tarde o temprano llegarán los innovadores con sus «reinterpretaciones» del evangelio. Su mensaje presentará a otro Jesús, uno carente de singularidad y Deidad, reducido al nivel de todos los demás maestros, por grandes que sean. O, tal vez, otro espíritu, que intenta fusionar el evangelio con el animismo o el espiritismo. Quizás otro evangelio, que confunde la verdadera base de la relación con Dios únicamente a través de la fe en Cristo, pervirtiendo la verdad al elevar el mérito humano, y sacarle provecho. O torcer el mensaje para permitir la inmoralidad bajo el disfraz del «amor». La lista es extensa.

Hoy día, en nombre de la tolerancia, la singularidad de Cristo y de muchas doctrinas que definen el cristianismo enfrentan ataques como nunca antes. Bajo tal presión, es fácil empezar a coquetear con ideas teológicas desleales a Cristo. Muchos, en los bancos, detrás del púlpito, y en la universidad teológica han sido tan bombardeados por el pensamiento de la ilustración pseudocientífica que ya no creen en la preexistencia de Cristo su concepción sobrenatural, sus milagros, su resurrección y su ascensión, se han entregado a un agnosticismo ambiguo.

Todos necesitamos examinar de vez en cuando la salud de nuestra lealtad intelectual y teológica a Cristo, y solo podemos hacerlo al escudriñar constantemente la Biblia. Es muy fácil olvidar cómo la Escritura llegó a nuestras manos. John Wycliffe y William Tyndale trabajaron duro y en condiciones muy peligrosas para entregarnos la Biblia en inglés. Tyndale fue quemado vivo en Bélgica por la traición de un coterráneo suyo. Cranmer, Ridley y Latimer fueron quemados vivos en Oxford. Estos valientes hombres estaban decididos a entregarles la Escritura a las personas. Sus esfuerzos encendieron un fuego en los corazones de hombres y mujeres en todo el mundo, estimulando e inspirando, incluso a los más humildes, a estudiar la Biblia por su cuenta y escuchar la voz de Dios, en vez de inclinarse ante alguna autoridad eclesiástica externa y opresora. ¿Qué pensarían si vieran las Biblias, ahora disponibles gracias a sus sacrificios, en las estanterías sin que nadie las lea?

A todos nos gusta estar en contacto. Es por eso que hoy los teléfonos móviles superan en número a las Biblias en las manos y los bolsillos de los cristianos en todo el país (¡aunque los teléfonos tienen Biblias en ellos!). Pero, aunque sea importante escuchar a los demás, nuestra prioridad es escuchar a Dios. Al menos, es uno de los retos de la vida de Daniel.

CAPÍTULO 7

LA FORMA DE LA PROTESTA
Daniel 1

La forma en que Daniel llevó a cabo su protesta es un modelo para nosotros. Una vez más usamos la declaración de Pedro para ilustrarlo:

> *Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo (1 Pedro 3:14-16).*

La necesidad de ser sensibles

Ahora nos enfocamos en la última parte de la declaración de Pedro, donde él se centra en la forma en que defendemos el mensaje. Él expresa que debemos hacerlo «con mansedumbre y respeto». Daniel ejemplifica esta actitud de manera exacta. Primero se dirige a Aspenaz, el jefe de los eunucos en la corte, quien parece haber sido una especie de oficial administrativo responsable del bienestar de los estudiantes. Daniel le pide autorización para no servirse de la comida. Él no golpea de repente la mesa del comedor y exige otra comida como un derecho (en nombre de su religión, derechos humanos, o alguna otra cosa). De forma educada le hace su petición a Aspenaz en privado.

El hombre tiene miedo *y confiesa su temor a Daniel.* Esto es notable. La explicación es: «Dios le dio a Daniel favor y compasión» a los ojos del oficial. No se narra, pero podemos estar seguros de que Daniel había orado por la situación. También podemos estar convencidos, por lo que sigue, de que Daniel se había comportado de una forma amable y respetuosa con el oficial y se ganó su confianza. Si tenemos que iniciar algún tema difícil con las personas, de igual modo debemos aprender a ser gentiles y respetuosos con ellas. Es triste que haya algunos cristianos a los que estas dos cosas les sean muy engorrosas. Vale la pena analizar por qué ocurre esto.

Para algunos, la convicción de que «conocen la verdad» les produce una actitud agresiva que apesta a superioridad y es muy desagradable. Olvidan que Aquel de quien profesan ser testigos, Él que es la verdad (Juan 14:6), fue el más gentil de los hombres.

Él era *manso y humilde de corazón* (Mateo 11:29). Por supuesto, esto no significa que era un derrotista tonto, aburrido y sin fuerza de carácter. Cristo estaba lleno de valor y autoridad moral, y mostró (justa) ira cuando fue necesario. Pero siempre fue cortés y respetuoso. Aquellos de nosotros a quienes les es muy difícil respetar o ser gentiles con los que no están de acuerdo con nosotros, necesitan esforzarse mucho para *aprender* a ser así.

Con cuánta facilidad olvidamos que el hombre o la mujer con quien hablamos es una criatura, como nosotros, infinitamente preciosa porque fue hecha a la imagen de Dios. De hecho, eso es parte de la gloria del mensaje que deseamos transmitir a nuestros semejantes. No son meras excrecencias casuales en el universo, sino que tienen una dignidad dada por Dios como su Creador. Caemos entonces ante nuestro primer obstáculo si no reflejamos esa dignidad en nuestras actitudes. Queremos también que ellos sepan que Dios amó tanto al mundo, lo amó de tal manera que, de hecho, dio a Su Hijo para que muriera por él. Poco nos ayudará comunicar este mensaje si lo transmitimos con un aire de superioridad y arrogancia. Nuestro objetivo debe ser fraternizar con las personas como Jesús lo hizo, no simplemente hablar a posibles conversos. Si no estoy interesado en una persona como persona, es comprensible que ella no se interese en mí o en mi fe.

Entonces, ¿cómo acercarnos a otros con una verdadera motivación? C. S. Lewis, como en muchas otras cosas, es útil en este punto. En una ocasión sugirió que si queremos saber cómo es amar a alguien, debemos preguntarnos qué haríamos si amáramos a la persona, y entonces ir y hacerlo. Lo mismo sucede con el respeto. Necesitamos tomar tiempo para meditar en lo que haríamos si respetáramos a la persona con la que hablamos, y entonces hacerlo. En lugar de esperar a que nuestros motivos sean perfectos, hacemos lo correcto y dejamos que los motivos se resuelvan. El Señor Jesús nunca excusó el pecado. Lo expuso y lo trajo a la luz, pero (y esto es esencial) lo hizo de tal manera, que las personas que estaban en verdad arrepentidas podían entender que Él ofrecía perdonarlos de forma gratuita. Jesús no aprobó el adulterio de la mujer que fue llevada ante Su presencia (Juan 8:1-11). Él le dijo que se fuera y no pecara más y al mismo tiempo le ofreció Su perdón y un retorno a la decencia sobre la base de su arrepentimiento y confianza en Él. Pero al mismo tiempo expuso la hipocresía en los corazones de aquellos que la condenaban.

Tomemos otro ejemplo. Los dos hombres que fueron crucificados con Cristo eran insurgentes. Cristo no aprobó su violencia, sin embargo, fue gentil con el terrorista arrepentido. En su momento de morir, Cristo le aseguró que estaría, ese día, con Él en el paraíso (Lucas 23:39-43).

La manera sensible con la que el Señor trató a tales personas es excepcionalmente magnífica. Pero ¿algo no nos dice que Él dejó Sus pisadas para que las sigamos, y debemos hacerlo, aunque cometamos errores?

Una confianza tranquila

Aspenaz no solo le confesó a Daniel que tenía miedo. Confió en él lo suficiente como para revelarle la razón de su ansiedad:

> *Temo a mi señor el rey, que señaló vuestra comida y vuestra bebida; pues luego que él vea vuestros rostros más pálidos que los de los muchachos que son semejantes a vosotros, condenaréis para con el rey mi cabeza* (Daniel 1:10).

Aspenaz había sido responsable de cambiar los nombres de Daniel y sus amigos, de acuerdo con la política de Nabucodonosor de hacer que todos lucieran igual. En esta ocasión Aspenaz temía que Daniel luciera peor que sus compañeros, y que él fuera condenado como culpable. Ahora no es tanto una cuestión de identidad sino de imagen. Al igual que muchas culturas antiguas, Babilonia premiaba la apariencia física. Las personas, en especial aquellos que buscaban altos cargos, no solo tenían que ser buenos, tenían que lucir bien. (¿Le suena familiar?) La forma en que las personas lucen puede valer más que lo que tienen que decir, incluso en la esfera de la política y la administración. ¿Tienen la imagen correcta? Si no, entonces ¿podemos transformarlos para crear la imagen correcta?

Aspenaz vivió mucho antes de la época de los sofisticados asesores, pero tenía una responsabilidad similar e importante de asegurar que sus encargados se presentasen bien. Estaba claro que le costaba la vida si Daniel no lucía físicamente tan bien como los otros. No podía arriesgarse. Nunca se le ocurrió que si aceptaba la sugerencia de Daniel, podía haber otro posible resultado. No conocía otra fuente para lucir bien que la comida que el rey suplía.

El asunto podía haber terminado aquí, pero Daniel no iba a rendirse con tanta facilidad. Él pudo entender con claridad que no lograría nada con presionar tan duro a Aspenaz, así que le habló al oficial subalterno a quien este había designado para los cuatro estudiantes. Es probable que el oficial supiera lo que su jefe le había dicho a Daniel, sin embargo, estaba lo suficientemente impresionado con Daniel como para escuchar su propuesta. Daniel sugirió que, en silencio y sin agitación, llevarían a cabo una prueba controlada, la primera vez en la historia que leemos esto. La prueba era que debían comer comidas sencillas, que consistieran solo de vegetales, por un período de diez días. El mayordomo luego debía actuar de acuerdo a lo que viera. La prueba fue un éxito, y hubo evidencia de una diferencia notable en la apariencia de los cuatro. En realidad, ahora lucían mejor que los estudiantes que comían la comida real, y se les permitió continuar con la dieta básica.

La convicción de Daniel de que tenía que honrar a Dios a pesar de las consecuencias es impresionante, pero también lo es la forma delicada en que hizo su

protesta. Él comprendió las responsabilidades de sus oficiales y sus temores, y fue cuidadoso de respetar sus sentimientos. Le dio al oficial subalterno el tiempo para reunir la evidencia de que había verdad en lo que decía. Se necesita valor para hacer eso, y Dios lo honró a él y a sus amigos por esto.

Aquí hay una lección simple pero importante para nosotros. Daniel tomó tiempo. Él no estaba en un apuro frenético, y fue sensible a la necesidad de tiempo de los otros. En ocasiones olvidamos que el mensaje cristiano es muy extraño y nuevo para muchas personas. Contiene ideas con las que ellos no están familiarizados, y necesitamos darles tiempo para asimilarlas. Es muy fácil, por la gran cantidad de nuestros argumentos, hacer que las personas interesadas se sientan asfixiadas. Debemos darles espacio para respirar, o simplemente las vamos a alejar, y la culpa será nuestra.

¿Cuán bien luciré? ¿No es esa una de las presiones que pueden afectar nuestra disposición de defender nuestra fe y ser contados dentro de aquellos que lo hacen? Puedo recordar bien la primera vez que esto me sucedió. En una ocasión, cuando era estudiante, me encontraba en una cena, sentado al lado de un ganador del premio Nobel. Traté, como mejor sabía en aquel momento, de involucrarlo en una conversación sobre la realidad de Dios. Después de la cena, me invitó junto con algunos de sus colegas profesores a su oficina para un café. Yo era el único estudiante presente y la atmósfera era intimidante, para expresar lo menos. Cuando estábamos más o menos acomodados (excepto en mi caso) me preguntó si me gustaría hacer una carrera seria en la ciencia:

—Sí, señor —expresé. Él respondió:

—Entonces desiste de esas ideas infantiles sobre Dios. Solo te van a traer desventaja intelectual entre tus compañeros.

Era un momento decisivo. Le pregunté qué tenía para ofrecerme como explicación racional sobre el universo y sus leyes, como una alternativa a Dios. Me sorprendió al tratar de explicar que el responsable era algún tipo de «fuerza vital». Yo creía que tal tipo de pensamiento estaba arcaico. Traté de hacerle ver de manera gentil que para mí eso era menos racional que lo que ya yo creía. Quedé descartado de inmediato.

La presión aumenta hoy en día. Si va a lucir bien, desde el punto de vista de muchos científicos y de aquellos que los siguen, entonces es mejor que sea ateo. Una prometedora estudiante de Biología de Oxford me contó que sus profesores le habían repetido mucho esto. Ellos le expresaban que las convicciones sobre el mundo que ella tenía solo obstaculizarían su ciencia. ¡Como si su propio ateísmo no fuera una cosmovisión! Los nuevos ateos se denominan los «brillantes» (término de Dan Dennett), la implicación es que el resto somos tontos.

Si va a ser tolerante en estos días, se le informará que no puede confesar de manera pública que Jesucristo es *el camino, y la verdad, y la vida* (Juan 14:6). Tendrá que reconocer que todas las religiones son formas válidas de buscar algún tipo de realidad última: Dios, dioses, o lo que sea. No se puede permitir que una aldea global

sea dividida por demandas de verdad absoluta. Y así sucesivamente...

Por tanto, es cada vez más difícil evitar la marginalización como resultado de caminar fuera de la línea políticamente correcta. Puede ser un negocio costoso. Daniel y sus amigos estaban dispuestos a pagar cualquier precio con tal de mantener a Dios como su valor supremo.

Leemos que Dios los honró, y no solo con una mejor apariencia física: les dio instrucción y capacidad en toda ciencia y literatura. Además, Daniel resultó estar especialmente dotado para entender visiones y sueños, un don que pronto sería puesto a prueba. Cuando Nabucodonosor en persona los examinó al final del curso intensivo de tres años, Aspenaz debe haber estado orgulloso al ver que sus encargados eran los mejores de la clase. De hecho, el emperador los halló diez veces mejores que a cualquier otro en todo el imperio. Estaban claramente destinados para la prominencia.

Sin embargo, sería un error (tal vez doloroso) pensar que esta historia de algún modo nos garantiza que si honramos a Dios con nuestro testimonio Él nos hará genios intelectuales y administrativos como Daniel y sus amigos. Es bien cierto que Dios *les* dio su capacidad. Eso es lo que Dios hizo por cuatro personas en aquel tiempo. No es garantía de que hará lo mismo por nosotros en nuestro tiempo. El tenía un propósito muy especial para ellos, y también tiene uno para nosotros. Así como Dios los equipó para su propósito, Él nos equipará para el nuestro; pero quizás ambos propósitos sean muy diferentes. En términos cristianos: como a Él le plació, Dios nos ha incluido en el gran cuerpo de Cristo, esa unidad orgánica que es la iglesia. Cada uno de nosotros tiene una función diferente. Todas son de igual modo necesarias y valiosas, aunque no todas son tan visibles (ver 1 Corintios 12:1-26). Debemos aprender a contentarnos con el valor que Dios nos da, como hizo Abraham (como vimos en nuestro estudio de la ideología de Babilonia); y el contentamiento viene cuando entendemos que a Dios le plació hacernos tal cual somos.

La primera etapa del relato de Daniel ahora está completa. Él y sus amigos han puesto a Dios como su objetivo. El resto del libro nos contará cómo esa resolución inicial se desarrolló hasta ser un hábito establecido de por vida.

CAPÍTULO 8

LA ESTRUCTURA LÓGICA DE DANIEL

Ahora que hemos visto algunos de los temas que introducen la obra de Daniel, debemos hacer una pausa para examinar el libro como un todo y obtener una idea de cómo está formado. Esto nos dará el sentido de la línea de pensamiento y desarrollo del libro y, por lo tanto, nos ayudará a captar su mensaje vivo en nuestras mentes y corazones.

Cuando se compara con la obra de grandes profetas como Isaías y Jeremías, el libro es relativamente corto. Es único en la literatura bíblica ya que fue escrito en dos idiomas. Una sección corta en hebreo, a la que le sigue una larga sección en arameo y al final otra sección en hebreo. El arameo era una *lengua franca* en aquel tiempo, por lo tanto, habría sido accesible a muchas más personas que el hebreo, el cual estaba mucho más localizado en su uso. Quizás Daniel tenía diversos tipos de lectores en mente. Solo podemos especular. Al menos podemos ver que la sección en arameo contiene una declaración extraordinaria escrita en primera persona por el emperador Nabucodonosor. Nos relata cómo llegó a reconocer la existencia y el poder del único Dios verdadero, y a adorarlo. La disponibilidad por escrito de la declaración del emperador habría sido muy útil para los exiliados en su testimonio de Dios entre las naciones. En mis comentarios sobre la estructura del Libro de Daniel, el artículo de gran influencia del profesor D. W. Gooding MRIA[11] desempeña una función especial. Podemos obtener una idea de lo que está en el libro como un todo al hacer una lista sencilla de su contenido.

Tabla de contenidos del libro de Daniel

1. Daniel rechaza la comida del rey
2. La imagen del sueño de Nabucodonosor
3. La estatua de oro de Nabucodonosor: tres hombres en el horno de fuego ardiendo
4. La disciplina y la restauración de Nabucodonosor
5. El juicio de Belsasar: fin del poder imperial de Babilonia
6. Daniel se niega a orar al rey Darío: Daniel en el foso de los leones
7. La visión de Daniel de cuatro animales
8. La visión de Daniel de dos animales
9. La profecía de Jeremías sobre Jerusalén: La oración de Daniel
10. La escritura de verdad: el tiempo del fin

De esta manera, pareciera que hay diez secciones principales en la obra de Daniel. Las primeras nueve corresponden a las divisiones de capítulos que se han hecho (mucho después) en nuestras traducciones, y la décima abarca el resto del libro, como es obvio los capítulos 10-12 forman una unidad literaria.

¿Qué sentido tienen en su conjunto? Las primeras seis secciones parecen estar en orden cronológico, pero la séptima y la octava regresan otra vez al reinado de Belsasar, así que el orden del material no es uniformemente cronológico. Por supuesto, existen muchas y diversas maneras de ordenar un material: de forma cronológica, geográfica, temática, y así sucesivamente, y cada una de ellas es lógica en su manera. Así que necesitamos preguntarnos qué consideraciones razonables podrían haber estado en la mente de Daniel cuando juntó su material.

Cuando observamos nuestra tabla de contenidos, comienza a aparecer un patrón cuya función es un tipo de esqueleto o andamio que sostiene la línea de pensamiento y lógica del argumento. Muestra las conexiones entre la serie de temas que Daniel había seleccionado. Las secciones se agrupan fácilmente de la siguiente manera.

El libro comienza con una escena en la corte de Babilonia, el principal incidente es el relato de la negación de Daniel y sus amigos a comer la comida real en la universidad del rey. Las dos secciones siguientes se refieren a imágenes de enormes proporciones: la imagen gigantesca que Nabucodonosor vio en su sueño y luego la estatua real y colosal que él construyó. La primera imagen tenía una cabeza de oro, que se interpreta por ser Nabucodonosor mismo; y la segunda fue hecha de oro por completo.

Las dos secciones siguientes se refieren a la disciplina de Dios hacia los dos reyes. En primer lugar, Nabucodonosor es derribado por su orgullo. Algo toca su mente y durante siete años se comporta como un desequilibrado mental, más como animal que como ser humano. Sin embargo, al final es restaurado a su poder y gloria. En segundo lugar, Dios juzga a Belsasar por usar los vasos de oro del templo de Dios para beber y celebrar a los dioses de los babilonios en su banquete. La escritura sobrenatural y aterradora en la pared lo condena. Es muerto esa misma noche por la invasión del ejército medo-persa. El poder imperial de Babilonia llega a un final dramático. No hay restauración.

La caída de Babilonia es evidentemente un clímax importante en la línea de pensamiento del libro, marca el final de la primera mitad. Esto lo confirman otras dos consideraciones.

1. Nabucodonosor aparece en cada uno de los primeros cinco capítulos: en los primeros cuatro, de forma directa, como uno de los *dramatis personae* [personajes de un drama]; en el quinto, de forma indirecta, cuando Daniel le recuerda a Belsasar que su juicio será definitivo porque él sabe que Dios le habló a Nabucodonosor (como se registró en las secciones anteriores) y, sin

embargo, no se ha arrepentido. Por lo tanto, Nabucodonosor es un tema común, que une los primeros cinco capítulos, sugiere, de manera incidental, que podría ser útil mirar desde su perspectiva lo que sucedió.

2. Los vasos de oro que Nabucodonosor tomó del templo de Dios en Jerusalén se mencionan en el capítulo 1 y reaparecen como el centro del escenario en el capítulo 5. Hemos visto cómo ellos tienen que ver con cuestiones de valores, entonces, los valores son claramente importantes en los capítulos 1 y 5. Pero también forman uno de los temas principales de los capítulos intermedios. La imagen del sueño en el capítulo 2 está hecha de metales de valor decreciente, y comienza con oro. El capítulo 4 se refiere a los valores de Nabucodonosor, en particular, su orgullo en la gloria y magnificencia de su gran ciudad de Babilonia. Así que el tema de los valores aparece en los cinco primeros capítulos, y las dos referencias a los utensilios de oro sirven para enmarcarlos. Por lo tanto, sería razonable tomarlos como el tema principal de la primera mitad del libro.

Al analizar una vez más los contenidos de estos capítulos, vemos que siguen un patrón simple:

Escena de la corte en Babilonia;
Dos imágenes;
Dos reyes disciplinados.

Si nos volvemos ahora a la segunda mitad del libro, podemos discernir un patrón similar.

1. Hay otra escena en la corte. Es en la corte medo-persa, después de la transferencia de poder en Babilonia. Como la primera escena de la corte en el capítulo 1, el capítulo 6 se enfoca en un rechazo. Esta vez es la negativa de Daniel a dejar de orar a Dios, y en su lugar orar al emperador Darío.

2. A esta sección le siguen dos visiones de animales extraños que Daniel había visto antes, durante el reinado de Belsasar. Y al final, tenemos lo que podríamos describir como dos escritos que se nos explican. El primero es el escrito del profeta Jeremías con respecto a la duración de la cautividad en Babilonia, que Daniel había estado estudiando en los pergaminos en su biblioteca. El segundo es lo que Daniel llama *la escritura de verdad.* Esto es algo que Dios le reveló especialmente a él sobre el desenvolvimiento de la historia, futura para su tiempo.

De este modo la segunda mitad del libro queda así:

Escena de la corte: administración medo-persa
Dos visiones de animales;
Dos escritos explicados.

Si colocamos las dos mitades del libro una al lado de la otra y añadimos un poco más de detalle, tenemos esta tabla de contenidos:

PARTE A	**PARTE B**
Capítulo 1	Capítulo 6
Corte babilónica Daniel se niega a comer la comida del rey. Él y sus amigos son vindicados.	**Corte medo-persa** Daniel se niega a obedecer la orden del rey y abstenerse de orar a Dios. Él es vindicado.
DOS IMÁGENES	**DOS VISIONES DE BESTIAS**
Capítulo 2	Capítulo 7
La imagen del sueño de Nabucodonosor.	Cuatro bestias.
Capítulo 3	Capítulo 8
La estatua de oro de Nabucodonosor.	Dos bestias.
DOS REYES DISCIPLINADOS	**DOS ESCRITOS EXPLICADOS**
Capítulo 4	Capítulo 9
La disciplina y la restauración de Nabucodonosor.	La profecía en el libro de Jeremías sobre la destrucción y la restauración de Jerusalén.
Capítulo 5	Capítulo 10–13
La «escritura en la pared» y la destrucción de Belsasar. El fin de la supremacía babilónica.	La «escritura de verdad» y la destrucción final «del rey». El fin de la historia mundial.

A simple vista parece haber una estructura simétrica en el libro; pero un patrón o estructura por sí solo no es suficiente. La estructura que se percibe solo tiene

credibilidad si existe evidencia de que contribuye a desarrollar la línea de pensamiento. Por lo tanto, el significado de la estructura emergerá de manera gradual a medida que entramos en los detalles del libro. (Una línea de pensamiento más detallado aparece en el Apéndice C, mientras que los lectores interesados en los detalles e implicaciones técnicas de estructuras de este tipo pueden también remitirse al artículo de D. W. Gooding.)

CAPÍTULO 9

SUEÑOS Y REVELACIONES
Daniel 2

Señalamos con anterioridad que el Libro de Daniel menciona explícitamente a Nabucodonosor en cada uno de sus cinco primeros capítulos. El propio emperador escribió el capítulo cuatro donde describe cómo llegó a creer en el Dios de Daniel. En el capítulo que sigue, el Señor le da una lección a Belsasar porque, aunque sabía lo que le había ocurrido a su padre, se había alejado a propósito del Dios verdadero.

Así que del capítulo 1 al 4, parte de la idea principal es la «conversión» del emperador cuando su mente y su corazón despiertan a la realidad de Dios. Al final del primer capítulo, Nabucodonosor solo sabe que tiene a su servicio a cuatro talentosos jóvenes graduados de primera categoría. Advierte la enorme ventaja intelectual que poseen con respecto a los demás, pero todavía no sabe por qué.

Eso está a punto de cambiar, porque va a descubrir que existe una fuente de conocimiento a la que, incluso sus más preparados expertos, no pueden acceder. En resumen, está a punto de descubrir que hay un Dios en el cielo que puede revelar los secretos de los hombres y del futuro. Así que el tema principal del capítulo dos aborda la pregunta: ¿existe la revelación? No es necesario decir que la respuesta afirmativa de Daniel constituye un enorme reto para el secularismo contemporáneo que insiste en su visión atea de que el universo es un sistema cerrado de causa y efecto.

La revelación y la datación del Libro de Daniel

La datación de este libro ha sido muy controversial, precisamente por el asunto de las revelaciones. Daniel predijo múltiples sucesos de siglos futuros y acertó en todos.

Pero incluso esto no debería sorprender a los no creyentes. De hecho, muchos de nosotros hemos leído las novelas *1984,* de George Orwell, *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley y el *Shock del futuro*, de Alvin Toffler. Dichos escritos parecen interesantes porque los autores hicieron predicciones bastante acertadas. Entonces, ¿cuál es el problema con Daniel? Bueno, ¡algunas personas piensan que acertó demasiado!

Según su libro, Daniel vivió para ser testigo de un enorme cambio en la historia: el fin del Imperio babilónico y el establecimiento del Imperio Medo-persa. Los sucedió el vasto Imperio griego de Alejandro Magno, después de la época de Daniel y a la muerte de Alejandro, su imperio se dividió entre cuatro de sus generales.

En la última sección, en particular en el capítulo once, Daniel describe todo esto además de la historia posterior al período helenístico. Aunque no nombra a los

diferentes individuos, ofrece un gran número de detalles precisos sobre las complejas relaciones entre el reino de los seléucidas, al norte, y el de los ptolomeos, al sur. Luego se centra en las actividades de un emperador seléucida que fácilmente se reconoce como Antíoco IV «Epífanes». Si se compara lo que Daniel dijo, con registros históricos posteriores del período helenístico, es fácil notar que predijo todo al detalle.

Entonces surge el problema. Algunos estudiosos sostienen que es del todo imposible que el autor del Libro de Daniel fuera capaz de conocer tales giros de detalles históricos, a menos que hubiera vivido después de los sucesos registrados. Por tanto, escribió o completó el texto después del segundo siglo a. C. Es imposible que adivinara esta información repleta de detalles que narra, aunque fuera extremadamente brillante. Como estos eruditos niegan las revelaciones, no existe otra fuente posible para obtener información. No creen que haya fuente alguna de conocimiento capaz de augurar los detalles precisos del curso de los acontecimientos mundiales. San Jerónimo y San Agustín afirman que el escritor Porfirio de Tiro, un adversario del cristianismo del tercer siglo y discípulo del filósofo neoplatónico Plotino, fue quien propuso esta datación posterior del Libro de Daniel. La respuesta cristiana de Metodio (traducción de Jerónimo, 1958, págs. 15-16) resulta interesante:

> Al ver Porfirio que todas estas profecías se habían cumplido y realizado y al no poder negarlas, cayó, vencido por la verdad histórica, en esta calumnia; que todo aquello que se anuncia para el final del mundo sobre el anticristo sucedió en tiempos de Antíoco Epífanes; para ellos se basa en algunas semejanzas de los hechos ocurridos en tiempos de ese rey con algo de lo que dijo en las profecías. Su acusación es precisamente testimonio de veracidad: tanta fue la veracidad de las profecías de Daniel que a los infieles les parece que está, no prediciendo el futuro, sino narrando el pasado.

La opinión que data a Daniel específicamente a la época de los macabeos ganó terreno con el auge del alta crítica y el antisupernaturalismo de la Ilustración. (Esta es también la opinión de algunos eruditos que creen que Dios pudo haberle dado información profética a Daniel en el siglo VI, pero que, por razones teológicas, cuestionan si realmente lo hizo. Por supuesto, es obvio que el texto sí afirma que el Señor lo hizo.)

La epistemología es una de las áreas centrales de la filosofía: ¿cómo conocemos lo que conocemos y en qué nos basamos para asegurarlo? Los eruditos que abrazan una epistemología naturalista concluyen que Daniel escribió su relato después de los hechos. Sin embargo, podemos, y debemos, cuestionar la validez de tales presupuestos naturalistas, entre otras razones porque el Libro de Daniel los cuestiona. Los eruditos racionalistas modernos no fueron los primeros en meditar sobre este tema. En la primera parte de Daniel 2 el mismo emperador de Babilonia lo consideró también hace

mucho tiempo; es una gran ironía que el propio Daniel aborda el mismo tema que en el futuro causaría una tormenta en cuanto a la datación de sus escritos.

En este libro abordaremos el mismo asunto reiteradamente.

La revelación y la interpretación del sueño del rey

Esta es la historia. Daniel y sus amigos no llevaban mucho tiempo en sus puestos de administración pública en Babilonia cuando ocurrió algo bastante dramático. Al principio parecía que los iban a ejecutar, pero al final ascendieron ante la opinión pública y escalaron los más altos puestos a un nivel sin precedentes. Todo empezó con un sueño del emperador. Como todo oriental de aquella época, Nabucodonosor tomaba muy en serio sus sueños y disponía de un equipo especial de expertos, principalmente del Instituto imperial de futurología de la universidad, para que los interpretaran. El grupo estaba compuesto por sus pronosticadores políticos, económicos, sociales y religiosos. Por lo general quedaba bastante satisfecho con sus explicaciones. Después de todo, No por gusto poseían entrenamiento en la diplomacia, una disciplina esencial cuando se trabaja para una monarquía absoluta donde el emperador hace siempre lo que desea. *A quien quería mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba* (Daniel 5:19b). Estos hombres, con razón, poseían la habilidad de decirle precisamente lo que él deseaba.

Pero esta vez fue muy diferente. Cuando los consejeros se presentaron en la gran sala real del palacio, se encontraron, para su preocupación, con un rey bastante sombrío. Podríamos incluso percibir cómo de manera inconsciente se llevaron las manos al cuello para asegurarse de que sus cabezas aún estaban en el lugar correcto. El emperador fue directo al grano.

—Señores —dijo—, he tenido un sueño. Me tiene bastante preocupado y deseo saber lo que significa.

—Claro, su majestad —respondieron—. Cuéntenos el sueño, y lo interpretaremos.

Estos consejeros creían apasionadamente en el poder del ser humano para estudiar los movimientos históricos, el desarrollo económico y los cambios culturales para de alguna manera aconsejar al emperador respecto al futuro. Sus antepasados, los fundadores de Babel, tenían las mismas creencias, y hoy en día, sus colegas se encuentran casi en todas las naciones. Eran los hombres más brillantes de la corte; y desde luego, estaban preparados para tratar de interpretar el sueño del emperador. Lo que él tenía que hacer era decirles de qué se trataba. Después de todo, ¿qué es interpretar? Es obtener cualquier tipo de informe y ofrecer su opinión de experto sobre su significado.

—No —respondió el emperador—, no se los voy a contar. Quiero que me digan lo que soñé y que me lo interpreten. Los consejeros estaban aturdidos. No recibirían datos de ningún tipo. Nunca había sucedido algo así. Puede ser que Nabucodonosor

fuera un autócrata, y que esperara lo mejor de sus consejeros, pero les pagaba bien y normalmente era bastante razonable. No había tiempo para preguntarse por qué el emperador de pronto se comportaba diferente de su forma habitual. Esperaba sus respuestas. Con exagerada cortesía, producto del espanto que estaban sintiendo, le pidieron una vez más que les contara el sueño y en un desesperado intento para que fuera razonable, le señalaron que sus registros mostraban que ningún emperador les había pedido a sus consejeros que adivinaran el contenido de los sueños y su interpretación. Al final argumentaron que solo los dioses poseían tal información, cuya morada no estaba entre los humanos. Tuvieron que admitir, con vergüenza, que no tenían acceso al mundo de los dioses.

> *Porque el asunto que el rey demanda es difícil, y no hay quien lo pueda declarar al rey, salvo los dioses cuya morada no es con la carne* (Daniel 2:11).

Fue una confesión muy reveladora. Muchos de estos consejeros, con seguridad, habían sido sacerdotes mayores en los numerosos templos de Babilonia. Se suponía que estaban en contacto con los dioses, y que accedían a cierta información que estaba prohibida para la gente común. Después de todo, les pagaban muy bien por hacerlo. Parecía que Nabucodonosor finalmente había decidido ponerlos a prueba. Quería comprobar por sí mismo si realmente eran capaces de contactar con lo divino y de obtener información secreta de esa fuente. Los estaba atrapando en sus mentiras.

Pero debemos recordar que Daniel y sus amigos pertenecían a este grupo de expertos, aunque no sabemos con exactitud en qué nivel se encontraban. Lo que sí sabemos es que eran diez veces mejores que los otros. «Mejor» es un término relativo, así que debemos preguntarnos: ¿una brillantez relativa es todo lo que se necesita para obtener conocimiento? Algunas personas son más brillantes que otras, así que harán mejores conjeturas. ¿No existe nada más? Se aprecia claramente que los expertos babilónicos no creían que existiera. Como veremos, Daniel y sus amigos no estaban de acuerdo con ellos.

Los principales consejeros babilónicos de Nabucodonosor no creían en las revelaciones. Sus dioses no se comunicaban con los humanos, su epistemología era naturalista. En esencia, sus puntos de vista no se diferenciaban de las opiniones de los eruditos que piensan que Daniel no escribió su libro en el siglo VI a. C., ya que no pudo haber accedido a información sobre acontecimientos que aún no se habían producido. Estos eruditos tampoco creen en la categoría de revelación; su universo es el del naturalista, o, incluso, el del materialista: un sistema cerrado de causa y efecto que no es afectado por lo sobrenatural. Emplean la epistemología de la Ilustración.

Supongo que lo que más aguza la mente y hace fluir la adrenalina es que alguien le informe que será ejecutado. En este caso el mensajero era Arioc, el capitán de la guardia del palacio, que venía a ejecutar a Daniel y a sus amigos. Daniel pudo

controlar su reacción y tranquilizar a Arioc de tal manera que pudiera discutir con él por qué se había emitido una orden de ejecución. Resulta impresionante; el simple hecho de que Daniel retrasara a Arioc demuestra el tacto con que seguramente le habló. Después de todo, es probable que Daniel todavía estuviera aprendiendo su carrera de funcionario público. Quizás lo conocían por su brillante razonamiento; pero ¿por qué debería Arioc detenerse a escucharlo? Sin embargo, lo hizo.

Parecería que Daniel era uno de esos hombres a quienes las personas prestan atención. Podemos conjeturar que esta no era la primera vez que él y Arioc se reunían. La disposición de estos hombres experimentados (primero Aspenaz, y ahora Arioc) para hablar con Daniel evidencia que el joven era bueno para escuchar. Tal vez tenemos que aprender de él. En ocasiones cuando deseamos comunicar nuestras creencias, estamos tan llenos de lo que queremos expresar que nunca escuchamos a nadie más. ¿Por qué entonces nos sorprendemos cuando no muestran ningún interés en escucharnos?

Daniel logró persuadir a Arioc para retrasar el asesinato de los expertos babilónicos. Solicitó una audiencia con el emperador (puede que a través de Arioc, aunque no se nos dice). Llama la atención que Daniel concertó la cita sin una previa información de lo que el rey quería. Daniel recibiría la revelación más tarde esa misma noche; pero no lo sabía en ese momento. Aun así, se comprometió a dar la respuesta. ¿De dónde obtuvo la confianza para enviar un mensaje tan seguro al emperador? No nos lo dice, pero estaba convencido de que uno de sus dones, la capacidad de interpretar sueños, estaba a punto de ser utilizado en las más altas esferas del gobierno.

Lo que sí sabemos es que inmediatamente les comunicó el asunto a sus amigos y les pidió que rogaran al Señor por misericordia. Hay algo muy emocionante en esto. Estamos ante cuatro estudiantes de los cautivos, solos en el antiguo Irak, que se atreven a creer no solo en que hay un Dios en los cielos, sino también que se interesa por ellos, tanto que se comunica con ellos y responde sus oraciones. Esta es la primera reunión de oración estudiantil registrada en la historia, y no sería la última.

Hoy día, alrededor del mundo, en todas las instituciones educativas existen muchos grupos de amigos que oran para dar testimonio a sus compañeros sobre su fe en el Dios vivo que se ha revelado a través Jesucristo, Su Hijo. Gracias al Señor por ellos. Muchos de los que ahora leen estas palabras tienen una gran deuda espiritual con estos estudiantes. Si ellos no se mantuvieran fieles, ¿quién sabe dónde estaríamos muchos de nosotros (incluso yo)? Necesitamos orar, apoyar y alentar a dichos grupos dondequiera que se encuentren. Son puestos de avanzada de Dios en la universidad y, como apreciamos en esta historia, son muy eficaces.

Daniel y sus amigos nunca oraron como actores piadosos. Iban a enfrentarse al emperador. Todos morirían si eran incapaces de darle una respuesta convincente. Todos morirían si no hubiera algo llamado revelación. Todos morirían si no existiera una sabiduría que viene de lo alto. Todos morirían si el Señor no hablaba.

Él está presente y no está callado es el título de un libro de Francis Schaeffer que

se ajusta exactamente a esta situación. Esa noche Dios habló con Daniel, quien por la mañana sabía exactamente lo que el emperador había soñado, y lo que significaba. Sabía lo que debía decirle.

La razón y la revelación

La historia de Nabucodonosor y su sueño también plantea la pregunta de la relación entre la razón y la revelación. Los pensadores ateos a menudo se enfrentan entre sí, como si la revelación fuera antirazón. Nuestra historia demuestra que esto es falso. La razón y la revelación ni siquiera se encuentran en la misma categoría. Antes que todo, piense en ello a un nivel humano. Los consejeros babilónicos estaban preparados para usar la razón ante cualquier dato que recibieran. El problema era que el emperador no estaba dispuesto a revelarles lo que había soñado. Si hubiera querido hacerlo, ellos no habrían descartado la razón, sino que habrían utilizado los nuevos datos (el contenido del sueño que el emperador les *revelaría)* para tratar de interpretarlo. Dada la naturaleza misma de la situación, la razón por sí sola no produciría datos. Únicamente la revelación del emperador podría hacerlo.

Daniel se presenta en este momento. Sabía que Nabucodonosor no iba a revelar el contenido del sueño. Pero creía que había un Dios que no solo conocía el contenido de los sueños sino también su significado. También creía que, si Él quería, podría revelarle esa información. Así que ahora la historia lleva el concepto de revelación a un nivel más profundo. No se trata de revelación humana, sino divina.

Sin embargo, se aplica el mismo principio. El Señor le reveló el asunto a Daniel, pero eso no le impidió usar la razón. Daniel tuvo que usarla para entender las palabras que Dios le dijo, y para formularle su respuesta a Nabucodonosor. A su vez, el emperador usó la razón para comprender que Daniel no solo sabía el contenido del sueño, sino que además su interpretación tenía sentido.

Estos argumentos son tan importantes que profundizaremos en ellos más adelante. Cuando se comete un crimen, Hércules Poirot investiga la escena y utiliza sus «pequeñas células grises» para analizarla. Pero también un aspecto muy significativo (posiblemente el más significativo) de su investigación consiste en hablar con las personas. El investigador, en este caso, depende de lo que ellas decidan revelarle. Si no hablan, no podrá descubrir nada. Si lo hacen, entonces él volverá a usar sus pequeñas células grises para procesar lo que dicen. Es obvio que la razón opera en ambas situaciones, incluso aunque en la segunda la revelación deba asistirla; y la revelación produce información a la que la razón por sí sola no puede acceder. Afirmar que la razón y la revelación son antitéticas ni siquiera alcanza la categoría de falso. Simplemente no tiene sentido, es una confusión de categorías, como dicen los filósofos.

Quizás cuando los escépticos expresan que la razón y la revelación son antitéticas, lo que en realidad quieren decir es que no hay razón para creer en la

revelación. Nuestra historia dice lo contrario.

Nabucodonosor obtuvo toda la evidencia para creer en la revelación cuando Daniel le reveló, en detalles, el contenido de su sueño. Tal creencia se justificaba, porque no había posibilidades de que Daniel, sin una revelación divina, pudiera conocer los pensamientos que el rey había tenido mientras soñaba. Ahora el emperador tenía razones de peso para creer seriamente que Dios le había dado la interpretación a Daniel; pero eso no le impediría emitir un juicio crítico, sino que usaría su razón para ver si la interpretación tenía sentido. Nosotros también podemos hacerlo, porque tenemos un registro completo ante nuestros ojos.

Antes de hacerlo, notemos que nuestra historia aborda la esencia de un aspecto importante de la profecía bíblica. Cuando el apóstol Pedro les escribe a los cristianos al final de su vida (2 Pedro 1:14), se esfuerza por mostrarles que existe otro mundo aparte del material: una verdadera dimensión eterna. Les recuerda la experiencia trascendental que tuvo cuando, junto con Jacobo y Juan, presenció la transfiguración de Jesús en un monte de Galilea. En aquella ocasión los tres discípulos vieron el rostro de Jesús brillar más que el sol oriental al mediodía. Vieron a Moisés y a Elías hablando con Cristo, y oyeron la voz de Dios que decía desde el cielo: *Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd* (Mateo 17:5). Esa experiencia convenció al apóstol de que este no es el único mundo. Existe un ámbito «superior», tan real como este, donde Cristo no es despreciado, sino que es la fuente regia de luz y poder. El significado es claro: invertir la vida en Cristo no es un desperdicio, como algunos piensan.

Pedro sabía, por supuesto, que tenía el privilegio de haber estado con Cristo en esa ocasión. ¿Qué pasa entonces con la gran mayoría de los discípulos que no estuvieron presentes? ¿Cómo podrían, tanto ellos como nosotros, estar convencidos de que el reino eterno de Jesús no es un espejismo? La respuesta de Pedro se centra en los términos de la naturaleza y el propósito de la profecía:

> *Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo* (2 Pedro 1:19-21).

Examinemos primeramente la naturaleza de la profecía. Pedro explica: *ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada.* Eso significa que la profecía bíblica no es producto del análisis privado. No significa que los círculos de estudio babilónicos, u otros grupos de expertos, utilizaran sus capacidades e inteligencia para analizar datos de todo tipo y ofrecer una idea de algo futuro. Daniel era una persona

brillante, pero Dios le proveyó la información sobre el sueño de Nabucodonosor (además de otras cosas). Daniel fue quien le habló al rey; desde luego, usó su personalidad. Pero había algo más, porque habló *de parte del Señor*. Según Pedro, fue inspirado por el Espíritu Santo. Al ser un apóstol inspirado de Cristo, Pedro nos expone con autoridad que la profecía tenía una dimensión sobrenatural, y que es vital que lo tengamos en cuenta. Hace un gran énfasis: *entendiendo primero esto*...

¿Por qué le interesa tanto al apóstol que en nuestro conocimiento cristiano (nuestra epistemología en ese caso) prioricemos la convicción de que Dios realmente habló a través de los profetas? Su respuesta está relacionada con el propósito de la profecía. Nos dice que, como fuente de luz, la palabra profética (incluido el Libro de Daniel) debe considerarse incluso *más segura* que la experiencia de la transfiguración. El Señor nos la dio para crear en nosotros una conciencia de la realidad del reino eterno de Cristo y para que le dediquemos nuestras vidas. Es mediante los profetas que escuchamos Su voz, que se hace auténtica y nos ratifica que lo trascendental y lo eterno no es menos importante que lo material.

Bajo las presiones del naturalismo secular es muy fácil para los cristianos olvidar el significado mismo de su nombre: «los que creen en Cristo». De hecho, hay tanta confusión que algunas personas (en Reino Unido) piensan que «cristiano» significa simplemente «decente». Sin embargo, la palabra «Cristo» es una traducción griega de «Mesías» (el Ungido), y la confesión cristiana fundamental es que *Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios* (Juan 20:31). Es decir, un cristiano cree que Jesús es Aquel cuya venida anunciaron los profetas y en quién los judíos pusieron todas sus esperanzas durante siglos. Los profetas afirmaron que sus predicciones sobre la venida del Mesías eran inspiradas por el Señor, decían que hablaban Su palabra.

El origen sobrenatural de la profecía bíblica

En otras palabras, el cumplimiento de la profecía (sobrenatural), es el centro del cristianismo. Así que, afirmar que uno es cristiano y no tomárselo en serio es una contradicción. Sin embargo, en mi experiencia, muchos cristianos profesos parecen sentir vergüenza de este aspecto en su fe. Esto es, en parte, el resultado comprensible de ciertas interpretaciones dogmáticas de la profecía (incluido el Libro de Daniel) que a la postre, han resultado ser completa y vergonzosamente erróneas. Es cierto que la interpretación profética es un área bastante difícil, pero eso no debe obstaculizar nuestra visión de que el cristianismo está profundamente arraigado en la historia y en la profecía. Muchos de sus acontecimientos más importantes, como la crucifixión y la resurrección, se anunciaron proféticamente siglos antes. De hecho, a Jesús lo crucificaron porque afirmaba, como Daniel lo profetizó, que Él era el Hijo del Hombre (Mateo 26:64), el mismo que un día vendría con las nubes del cielo (Daniel 7:13). Con frecuencia les decía a Sus discípulos que los líderes religiosos de su época lo rechazarían, que lo crucificarían y que luego se levantaría de entre los muertos (ver,

por ejemplo, Mateo 16:21). Tales predicciones y su cumplimiento forman parte de la evidencia de que Jesús es el Hijo de Dios.

La cultura contemporánea occidental, esto lo sé muy bien, está tan subyugada por la visión naturalista del mundo, que siempre recibe con recelo, e incluso con burlas, cualquier afirmación sobre la existencia de una dimensión sobrenatural de la realidad. Cuando mencioné la resurrección al final de mi debate sobre El Espejismo de Dios con Richard Dawkins en Alabama, él respondió asombrado a lo que pensaba que era mi total ingenuidad: «Vaya, teníamos que caer en la resurrección de Jesucristo. Me resulta tan mezquina, trivial, atrasada, terrenal, tan indigna del universo.»

La opinión de este científico es que debemos elegir. O creemos en los milagros (y en la profecía bíblica), o creemos en la comprensión científica de las leyes de la naturaleza, pero no en ambos. Por supuesto, opina que una persona inteligente debe optar por la segunda opción. Afirma que (2006, pág. 187):

> El siglo XIX fue la última vez en que una persona culta admitió su creencia en milagros como el nacimiento virginal sin avergonzarse. Actualmente, muchos cristianos cultos son demasiado leales para negar el nacimiento virginal y la resurrección. Pero sienten vergüenza porque sus mentes racionales saben que es absurdo, así que prefieren que no les pregunten.

Él sentiría lo mismo por la profecía bíblica.

Sin embargo, su declaración es patente e inexcusablemente falsa. Existieron muchas personas cultas en el siglo XX, y también ahora en el XXI, que creen, sin avergonzarse y con todo su corazón, en la resurrección de Jesús. Estoy feliz de ser una de ellas. Además, mi mente racional me dice que, para una persona culta que valora la comprensión científica del universo, no es absurdo creer en el nacimiento virginal y en la, resurrección. La que resulta absurda es la visión ateísta del mundo, porque niega la validez de la racionalidad necesaria para hacer ciencia. De hecho, debatir con Richard Dawkins dos veces en público, debatir con él, en vivo, sobre los milagros bíblicos y analizar sus argumentos, me convencen más que nunca de que tanto la resurrección de Jesús como la profecía bíblica son verídicas.[12]

Como Keith Ward señala (Ward, 2008), el vocerío de los nuevos ateos no altera el hecho de que, hoy en día, son minoría los que poseen una cosmovisión naturalista, incluso entre los filósofos.

Ahora, volviendo al tema de este debate, la datación de Daniel, es importante aclarar que el desafiar la datación tardía del libro no solo depende de cuestionar la presuposición naturalista que esta encierra. Los Rollos del Mar Muerto en Qumrán proveen evidencias históricas que apoyan una fecha temprana para los textos.

Gerhard Hasel, una destacada autoridad en los Rollos, escribe:

> Puesto que Daniel ya era canónico en Qumrán alrededor del 100 a. C., ¿cómo llegó a serlo si se produjo solo medio siglo antes? Aunque no sabemos exactamente cuánto demoraban los textos en volverse canónicos, podemos suponer que, como Daniel se relató para formar parte de los libros canónicos, tenía más de cinco décadas de antigüedad, como lo sugiere la hipótesis de la datación de Macabeos. Tanto el estatus canónico como el hecho de que consideraran a Daniel como un «profeta» certifican la antigüedad de los escritos. La existencia de solo cinco décadas entre la producción completa de un libro bíblico y su canonización no parece razonable.[13]

Por tanto, la aceptación canónica del Libro de Daniel en Qumrán sugiere un origen anterior al segundo siglo a. C. En 1969, basado en las pruebas disponibles por ese entonces de los textos de Daniel de Qumrán, Roland K. Harrison ya había concluido (1969, pág. 1127) que la datación, en el siglo segundo del Libro de Daniel...

> Era totalmente imposible debido a la evidencia de Qumrán, en parte porque no hay indicios de que los sectarios recopilaran los manuscritos bíblicos que se encontraron en el lugar, y en parte porque no habría, en este último caso, suficiente tiempo para que una secta macabea distribuyera, venerara y aceptara los textos como canónicos.

Posteriormente, afirmó que, basándose en los manuscritos de Qumrán, «Ya no puede haber ninguna razón posible para considerar el libro como un producto macabeo».[14] Las publicaciones más recientes de Daniel confirman dicha conclusión.

Veremos a su debido tiempo que el relato y la explicación de Daniel sueño de Nabucodonosor también les habla a los escépticos; pero primero consideremos cómo responde Daniel a la revelación del sueño. Se sintió tan profundamente conmovido por el hecho de que el Señor se dignara a hablarle que registró su oración de gozosa alabanza y de acción de gracias:

> *Sea bendito el nombre de Dios de siglos en siglos, porque suyos son el poder y la sabiduría. Él muda los tiempos y las edades; quita reyes, y pone reyes; da la sabiduría a los sabios, y la ciencia a los entendidos. El revela lo profundo y lo escondido; conoce lo que está en tinieblas, y con él mora la luz. A ti, oh Dios de mis padres, te doy gracias y te alabo, porque me has dado sabiduría y fuerza, y ahora me has revelado lo que te pedimos; pues nos has dado a conocer el asunto del rey* (Daniel 2:20-23).

Esta es una oración de gratitud al Señor, por el don de la sabiduría y por ser

fuente de esta. El Nuevo Testamento se hace eco de ella cuando d apóstol Jacobo habla del mismo recurso:

> *Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos* (Santiago 1:5-8).

El contenido de la sabiduría que recibió Daniel es importante. Aprendió que Dios *muda los tiempos y las edades.* A primera vista resulta una afirmación extraña. Sin embargo, el capítulo anterior relata que las tácticas de dilación de los consejeros aumentaron la ira de Nabucodonosor. Su frase, *entre tanto que pasa el tiempo* (Daniel 2:9) da fe de ello. Está claro: esperaban que la ira del rey se aplacara poco a poco y comprendiera que lo que pedía era irracional. Pero Daniel y sus amigos sintieron que él no cedería hasta que no le contestaran la pregunta. Todas sus vidas estaban en peligro y esa fue la razón por la que Daniel les pidió que oraran. Ahora que el Señor había respondido a la oración y Daniel sabía tanto el contenido como el significado del sueño, podía comprender que los tiempos cambiaban como resultado de la intervención divina. El «tiempo» de la ira del rey solo acabaría cuando obtuviera su respuesta en términos de revelación divina.

Por supuesto, esto no es más que un ejemplo de un importante principio. Dios puede, y sí interviene, en los asuntos humanos como respuesta a la oración de fe. Por otra parte, Daniel percibió la soberana prerrogativa del Señor, al establecer o quitar reyes, en la historia. Vimos su primera experiencia en el capítulo 1, cuando Dios entregó a Joacim, rey de Judá, «en manos de» Nabucodonosor. Aunque para Daniel constituyó una experiencia traumática que no podía controlar, está claro que no la entendió como evidencia de un determinismo rígido que deja sin significado toda respuesta y responsabilidad humana. Ahora Daniel poseía datos y debía usarlos sabiamente.

CAPÍTULO 10

UNA SUCESIÓN DE IMPERIOS
Daniel 2

Daniel tenía ahora la información que Nabucodonosor necesitaba, de modo que se apresuró a pedirle a Arioc, el funcionario encargado de ejecutar a los aterrorizados futurólogos de Babilonia, que suspendiera la ejecución, y pidió una audiencia con el emperador (Daniel 2:24).

Fue un gesto típicamente generoso de Daniel. Conocía que estos «sabios» eran charlatanes, al menos en parte. Según cabe suponer, también eran superiores a él en rango. Un hombre de menos carácter, particularmente en aquella época, bien podría haberse sentido tentado a dejar que Arioc llevara a cabo las ejecuciones y eliminar así a la vieja guardia, lo cual habría dejado el camino libre a Daniel y sus amigos. En realidad, fueron estos mismos hombres, o sus sucesores, quienes algunos años más tarde, bajo el dominio Medo-persa, trataron de deshacerse de Daniel al echarlo a los leones. Sin embargo, incluso si Daniel hubiera sabido eso, algo nos dice que de todas formas los habría protegido.

Este es un principio muy importante. Daniel no estaba de acuerdo con estos hombres; se oponía implacablemente a su visión del mundo. Sin embargo, aunque era algo arriesgado, intervendría a favor de ellos para preservar sus vidas. Aquí tenemos una lección de verdadera tolerancia. No toleramos a las personas con quienes estamos de acuerdo; la misma palabra indica que la tolerancia es con las personas con las que no estamos de acuerdo. Pero apoyamos su derecho a mantener y expresar su cosmovisión, siempre y cuando no haya amenaza o incitación a la violencia. Sin embargo, en muchos países la tolerancia ha degenerado en una corrección política simplista y abarcadora: una actitud debilitante y muy peligrosa que impide que las personas digan lo que creen para evitar que alguien se ofenda. Es en sí la antítesis de la libertad de expresión y tiene un efecto paralizante en el debate social.

Arioc respetaba a Daniel lo suficiente como para asumir el riesgo y darle la oportunidad de probarse a sí mismo, de modo que se propuso conseguirle una audiencia con Nabucodonosor. ¿Y Daniel? Desde una perspectiva escéptica estaba arriesgando su vida. ¿Cómo podía estar seguro de que su visión en la noche había sido en verdad una revelación de Dios? ¿Conocía realmente el sueño de Nabucodonosor y su interpretación? Nabucodonosor no estaba de buen humor, y todo el mundo sabía lo que eso significaba: un rey irascible era una fórmula perfecta para que rodaran cabezas.

Y, sin embargo, mientras esperaba la citación imperial, Daniel se sentía confiado.

Su actitud realmente tiene sentido en vista de lo que Pedro expresa sobre la profecía. Si Dios diseñó la palabra profética escrita para transmitir Su propia voz, que se autentifica a sí misma, para que cuando la leamos podamos saber en lo profundo de nuestros corazones que es de Dios, entonces sería muy sorprendente que los receptores originales, como Daniel, no percibieran de forma similar, o aún más intensamente, su autenticidad.

Daniel ante el rey

Arioc llevó a Daniel ante el emperador y anunció que había *hallado un varón de los deportados de Judá, el cual daría al rey la interpretación* (2:25). Uno no puede evitar sonreír al ver cómo Arioc se atribuye el mérito del descubrimiento; aunque, para ser justos, en verdad se comportó de una forma muy franca al compartir la situación con Daniel.

Me encantaría haber estado allí para ver lo que ocurrió a continuación. Un joven deportado cautivo, quizás de apenas unos veinte años, comparece ante el hombre más poderoso de la Tierra que se encuentra sentado en un trono ricamente decorado, en un increíblemente opulento salón. Algunos registros históricos sugieren que había leones vivos encadenados a ambos lados del trono, para incrementar la impresión de poder supremo. Este joven tiene el coraje de estar allí solo porque Dios, su incomparable Rey celestial, es real.

Nabucodonosor va directamente al grano. ¿Podrás tú hacerme conocer el sueño que vi, y su interpretación? (2:26). La pregunta era acerca de la capacidad de Daniel, y se puede notar en ella un poco de incredulidad por parte del emperador. ¿Cómo podía un joven tener conocimiento sobre algo que todos los principales consejeros del palacio consideraban imposible? Daniel repite esta idea, como para dejarla bien clara en la mente de Nabucodonosor. *El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey* (2:27). La cosmovisión de esos futurólogos excluía *a priori* ese conocimiento. A pesar de la gran vergüenza que sentían, habían tenido que admitirlo ante el rey.

Hasta aquí, nada fuera de lo común. Pero Daniel no había terminado de hablar: *Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios, y él ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que ha de acontecer en los postreros días* (2:28).

Pero hay un Dios en los cielos... Magnífico, ¿no es cierto? Siento una gran admiración cuando pienso en la valentía de este hombre de pie en el antiguo salón del trono, dando testimonio sin pena de su fe. Dios había llamado a la nación hebrea a dar testimonio ante los gentiles, pero como nación habían fracasado. Sin embargo, por lo menos había alguien que sabía de la luz que los descendientes de Abraham estaban destinados a traer al mundo, y aquí la hizo brillar espléndidamente.

Hay un Dios en los cielos... Por supuesto, Nabucodonosor creía en dioses, en un sinnúmero de dioses. Su capital estaba llena de templos dedicados a ellos. Pero

ninguno como este, «que revela misterios». Y ninguno era un Dios que pudiera hablar directamente con el rey en un sueño y luego enviar a alguien para decirle lo que había soñado, y por qué.

Sin vacilar, Daniel procedió a describir el sueño. Primero, dejó en claro modestamente que Dios no se lo había revelado porque él fuera superior en inteligencia y sabiduría a los demás. El propósito era que el rey supiera y comprendiera que Dios se interesaba en él, y quería hacérselo saber.

Ahora, según el punto de vista de los sabios de Babilonia y los pensadores naturalistas de hoy, no hay un Dios que pueda revelar el curso futuro de la historia. En consecuencia, por definición, Daniel no podía tener ningún conocimiento especial. No podía conocer el contenido del sueño: todo lo que podía hacer era adivinar. Los sabios no se habían atrevido a hacerlo porque sabían que la probabilidad de obtener la respuesta correcta era sumamente pequeña. Si hubiera sido posible, habrían dado largas al asunto indefinidamente, en lugar de arriesgarse a fallar. El azar no estaba de su lado. Desde ese punto de vista, Daniel estaba arriesgando enormemente su vida. Si se equivocaba, la rabia del emperador no tendría límites, y la muerte sería rápida y terrible.

Pero Daniel no estaba adivinando, no se basaba en las probabilidades. Sabía lo que Nabucodonosor había soñado, y en pocos segundos Nabucodonosor comprendió que Daniel lo sabía. No dijo nada mientras escuchaba fascinado aquel joven delante de su trono, cuyas palabras recordaban el sueño que tanto había perturbado su mente y lo había mantenido despierto durante el resto de la noche.

Nabucodonosor había soñado con una estatua aterradora que era la imagen de un hombre colosal de un brillo casi insoportable. Era una estatua extraña, pues cuando Nabucodonosor la observó de la cabeza a los pies pudo distinguir que estaba compuesta de materiales diferentes. Su cabeza era de oro, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus muslos de bronce, sus piernas de hierro. Todo esto era bastante raro, pero los pies de la imagen eran lo más extraño. No parecían concordar con las otras partes, estaban hechos de una extraña mezcla de hierro y barro cocido. (Este es el origen de la expresión «pies de barro»). De inmediato daban una inquietante impresión de inestabilidad, a pesar de que la apariencia del coloso en general era aterradora. La inestabilidad se confirmó rápidamente. En el fondo de su visión, Nabucodonosor vio una piedra desprenderse de un monte y caer sobre los frágiles pies de la estatua, que se desmoronaron de inmediato. Entonces la estatua cayó al suelo y se desintegró rápidamente en pequeñas partículas similares a la paja, que fueron arrastradas por un poderoso viento.

El conocido poema de Shelley, «Ozymandias», recoge algo de esto:

> Conocí a un viajero de una tierra antigua
> Me dijo: «Dos grandes piernas hay en el desierto,
> Son de piedra y no tienen tronco. A su lado,

Medio hundido en la arena, yace un rostro destrozado...
Nada queda a su lado. Alrededor de las ruinas
De esa colosal destrucción, infinitas y desnudas
Las solitarias arenas se extienden a lo lejos...»

Pero en el sueño solo quedó la piedra; y Nabucodonosor pudo observar con escalofriante fascinación cómo poco a poco, pero inexorablemente, se convertía en una colosal montaña, que no dejó de crecer hasta que ocupó toda la Tierra. Nabucodonosor se sintió aplastado y asfixiado por la piedra. En ese momento se había despertado lleno de temor.

No es de extrañar que la visión lo asustara, y no es de extrañar que no quisiera contarla a sus sabios. Después de todo, ¿no era él, Nabucodonosor, el hombre más grande del imperio en todos los sentidos? Si el hombre más grande iba a ser derribado no era difícil imaginarse lo que podrían haber hecho las personas influyentes que existían en Babilonia si se les informaba sobre el contenido del sueño. A la manera del Oriente, bien podrían haberse adelantado a la interpretación y haber eliminado a Nabucodonosor para tomar el poder por sí mismos.

En el sueño había otros enigmas para Nabucodonosor. ¿Por qué los diferentes metales? ¿Y cuál era el problema con los pies del hombre? ¿Sufría el reino de Nabucodonosor de alguna inestabilidad que él desconocía? Y la terrible piedra: ¿qué amenaza representaba? Todo esto era muy aterrador para la mentalidad oriental, impregnada de la tradición de los sueños.

Nabucodonosor estaba consternado.

Sin embargo, de pie ante él había un joven que relataba confiadamente el sueño. ¿Cómo podía conocer su contenido, y mucho menos su significado? ¿Qué más sabía este joven? Nabucodonosor estaba fuera de su alcance. Entonces esperó con ansiedad por la interpretación que vendría a continuación.

La interpretación del sueño

Las primeras palabras de la interpretación, *Tú, oh rey*, deben haberlo golpeado como un martillo. El mensaje era en realidad para él. Después de todo, sus peores temores eran ciertos. ¿O no? Porque Daniel continuaba hablando:

> *Tú, oh rey; eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad. Y dondequiera que habitan hijos de hombres, bestias del campo y aves del cielo, él los ha entregado en tu mano, y te ha dado el dominio sobre todo; tú eres aquella cabeza de oro* (Daniel 2:37-38).

¿Qué era lo que escuchaba? Sonaba sorprendentemente positivo. ¡Entonces, él era

la cabeza de oro! Debemos hacer una pausa para considerar una implicación inmediata de esto. A menudo se nos dice que el lenguaje de Daniel es «apocalíptico»: un término que a menudo transmite la idea de desgracias y tristezas absolutas. Sin embargo, la valoración que hace Dios de Nabucodonosor en el sueño no era completamente negativa. Había algo glorioso y de oro en su reino, algo que se puede confirmar ampliamente con una visita al Museo Británico. Esto no significa que su reinado fuera impecable; lo contrario es lo cierto, como veremos cuando analicemos el capítulo 4 de Daniel. Sin embargo, sí había una gloria que Dios reconocía y afirmaba.

La declaración clave aquí es que Dios le había dado a Nabucodonosor su reino. Esto refleja el propio comentario de Daniel al comienzo de su libro:

> *En el año tercero del reinado de Joacim rey de Judá, vino Nabucodonosor rey de Babilonia a Jerusalén, y la sitió. Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios...* (Daniel 1:1-2).

Dios le dio el poder al rey de Babilonia, del mismo modo que se lo quitó al rey de Judá. No fue una decisión arbitraria. Daniel nos expondrá más adelante las profundas razones morales que explican este movimiento sísmico que aparta el poder de los reyes de Judá para iniciar lo que el propio Señor Jesús describe como *los tiempos de los gentiles*. Pero lo principal que Dios quería comunicarle a Nabucodonosor era que su gobierno y su autoridad se derivaban de Dios, provenían de Él.

Esta es, por supuesto, la posición cristiana, como se explica en el Nuevo Testamento. Los gobiernos y las autoridades en este mundo son *de parte de Dios*, como expresa Pablo (Romanos 13:1); y el deber general del cristiano es honrarlos como tales, apoyarlos y orar públicamente por ellos (1 Timoteo 2:1-2). Los cristianos no son subversivos; aunque cuando lleguemos a Daniel 6 comprenderemos que pueden surgir circunstancias en las cuales los creyentes deben desobedecer esos poderes, aunque Dios los haya instituido.

El que Nabucodonosor fuera la cabeza de oro, y no toda la imagen, indicaba que su gobierno no era ni absoluto ni eterno. Tendría sucesores. Entonces, ¿qué significaba el resto de la imagen? ¿Eran sus descendientes? No tuvo que esperar mucho la respuesta. Daniel continuó:

> *Y después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo; y luego un tercer reino de bronce, el cual dominará sobre toda la tierra. Y el cuarto reino será fuerte como hierro...* (Daniel 2:39-40).

De modo que la sucesión de metales no simbolizaba una dinastía fundada por Nabucodonosor. Representaba una serie de imperios mundiales que se extendían al futuro.

Quizás nos resulte difícil comprender qué tan inquietantes habrían sido esas ideas

para un emperador de la antigüedad como Nabucodonosor. Hasta ese momento no habían existido tantos imperios mundiales: Egipto y Asiria eran los únicos que ocupaban un lugar prominente en esa parte del mundo. Nabucodonosor no tenía por qué sospechar que su imperio no duraría para siempre. Sin embargo, este joven cautivo extranjero, que había terminado los estudios recientemente, no solo predecía que el poderoso Imperio babilónico que llevaba la impronta del genio de Nabucodonosor llegaría a su fin, sino que sería reemplazado por un reino inferior. En condiciones normales, esto hubiera sido suficiente para que el rey ejecutara a Daniel sumariamente por traición, pero no ocurrió así. La relación entre el emperador y Daniel había cambiado para siempre. Daniel tenía una autoridad que el rey no poseía, y una sabiduría que necesitaba desesperadamente.

¿Cuáles eran entonces los imperios representados en la imagen? Históricamente, sabemos que el Imperio babilónico dio paso sucesivamente a los imperios medo-persa, griego y romano. El mismo Daniel experimentó la primera transición, de Babilonia a Medo-Persia; la describe en los capítulos 5 y 6. Algunos eruditos que niegan el elemento de profecía predictiva en el Libro de Daniel y sostienen que se escribió en el siglo II a. C., en época de los macabeos, piensan que la secuencia de imperios en la imagen representa a Babilonia, Media, Persia y Grecia. Sin embargo, el mismo Daniel señala explícitamente que después de la transición del dominio de Babilonia, la ley que reemplazó a la ley babilónica fue la de los medos y los persas, no la ley de los medos (Daniel 6:8, 12). No solo eso, sino que en la propia visión de Daniel sobre el carnero y el macho cabrío (Daniel 8), se dice explícitamente que el carnero son los reyes de Media y de Persia, y que el macho cabrío es el de Grecia (Daniel 8:20-21).

La visión tiene que ver, entre otras cosas, con el tiempo. A Nabucodonosor se le informa que la visión es acerca de lo que ha de ser, se dice explícitamente que la secuencia de imperios en la imagen es una secuencia de tiempo (Daniel 2:29, 39). La historia nos muestra que el Imperio babilónico duró aproximadamente setenta años. Le siguió el Imperio Medo-persa que duró aproximadamente 200 años. Luego, el Imperio griego tuvo el poder por unos 130 años, antes de que Roma tomara el mando. Es interesante notar que la transición del Imperio griego al Imperio romano corresponde a la transición de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro, lo cual indica una cierta idoneidad de los metales para los respectivos imperios que simbolizan.[15]

El Imperio romano duró mucho tiempo en varias formas. El Imperio romano occidental duró hasta el año 476 d. C., pero el Imperio oriental (Bizancio, cuyos habitantes nunca dejaron de referirse a sí mismos como romanos, *rhomaioi)* duró otros 1000 años, y terminó formalmente con la caída de Constantinopla en 1453. El imperio entonces se fragmentó, pero dejó un legado que todavía está con nosotros. El latín, el primer idioma de la ciencia moderna, fue utilizado con ese propósito hasta el siglo XVIII, cuando otras lenguas más modernas lo suplantaron. El alfabeto latino se usa para la mayoría de las lenguas europeas, muchas de las cuales se derivan del latín, y el derecho romano ha tenido una profunda influencia en la jurisprudencia

contemporánea.

Sin embargo, lo importante en la imagen de Nabucodonosor no es tanto la identificación de los imperios, sino el carácter de su representación en la imagen misma. Vale la pena recalcar este punto, ya que a veces tal simbolismo ha sido interpretado superficialmente como un código. Es decir, los metales forman un código simple que identifica los imperios. De modo que cuando vemos oro, interpretamos Babilonia; cuando es plata, Medo-Persia, y así sucesivamente. Cualquier otro código, como los números 1, 2, 3... habría funcionado igual de bien.

Pero si ese fuera el caso, ¿por qué no usar simplemente los nombres de los imperios, sin ningún código? Los metales no son un código simple. Son símbolos que incorporan metáforas las cuales nos ayudan a comprender algún aspecto importante del imperio que representan. Así que, en el Libro de Apocalipsis en el Nuevo Testamento, cuando se le dice a Juan que *el León de la tribu de Judá... ha vencido* (Apocalipsis 5:5), y él se vuelve y ve un cordero en pie, los términos «león» y «cordero» no son simplemente códigos para identificar al Señor Jesús. Son metáforas usadas para decirnos algo acerca del Señor: que es de cierto modo como un león, y en otro sentido como un cordero. Es decir, los símbolos aportan significado.

Volviendo a Daniel, el punto aquí es que la visión dada a Nabucodonosor y las visiones posteriores que aparecen en el libro no tienen que ver solo con la simple predicción de la historia, sino también con la interpretación de esta.

Los metales, con sus diferentes fortalezas y valores relativos, destacan que los imperios difieren tanto en su valor relativo como en su fuerza relativa. Babilonia, la cabeza de oro, tenía un aura de esplendor, pero no era tan fuerte y eficiente como sería Roma, el reino de hierro. Cada sistema tenía sus fortalezas y debilidades, sus ventajas y desventajas. Los historiadores han dedicado mucho esfuerzo a la fascinante tarea de determinar por qué las civilizaciones surgen, florecen y luego decaen y mueren como las flores en un campo. Una lección de la imagen ha sido confirmada por la historia posterior: ningún sistema de gobierno tiene un valor absoluto. Todos tienen fortalezas y debilidades.

No habría sido fácil transmitir ese mensaje a un emperador como Nabucodonosor. Tampoco habría sido sencillo comunicarlo a alguno de los otros gobernantes de Babilonia, Medo-Persia, Grecia o Roma. Una razón es que la gran mayoría de estos gobernantes, si no todos, se consideraban elegidos por los dioses (y en casos extremos, se consideraban a sí mismos como dioses), de modo que su reinado era por definición el mejor que podía existir.

En épocas más recientes, muchas de las personas influyentes de este mundo, ya sea que afirmaran creer en lo divino o no, han estado demasiado convencidas de la naturaleza absoluta de su gobierno, a menudo con terribles consecuencias para sus ciudadanos.

Una y otra vez en el Libro de Daniel nos encontraremos cara a cara con líderes arrogantes y orgullosos, y esa arrogancia será una de las razones por las que sus reinos

no sobrevivirán. El historiador Herbert Butterfield, escribió (1957, página 82):

> Parece existir una ley fundamental de carácter muy solemne que se relaciona con esta cuestión del juicio; y cuando pienso en los antiguos profetas y recuerdo la limitada área de la historia que tenían a su disposición para hacer sus inducciones, siempre me sorprende la curiosa habilidad con la que parecen haber encontrado la fórmula a este respecto: una fórmula que ellos colocaban en una posición especial de prioridad. El juicio en la historia cae con más fuerza sobre aquellos que llegan a creerse dioses, que van en contra de la providencia y la historia, que confían en sistemas hechos por el hombre y adoran la obra de sus propias manos, y dicen que la fuerza de su brazo derecho les dio la victoria.

Que los imperios mundiales tengan un valor relativo, nos recuerda que debemos estar agradecidos por cualquier progreso que se haya alcanzado. Al mirar a las civilizaciones del pasado representadas en la imagen (babilónica, medo-persa, griega y romana) podemos ver que cada una de ellas contribuyó positivamente, y no solo negativamente, al florecimiento de la humanidad. Les debemos mucho con respecto al arte y la arquitectura, en las matemáticas, la medicina, la música y la literatura, en el derecho y la filosofía, en la ingeniería y la construcción de carreteras.

Si vivimos en una parte del mundo donde hubo mejoras en la forma en que se trata a sus ciudadanos, ciertamente deberíamos estar agradecidos. Por ejemplo, en Inglaterra, hasta no hace mucho, una persona podía ser ahorcada por robar una oveja, o ser deportada al otro lado del mundo por robar un chelín. Los niños ya no están obligados a trabajar en las minas, donde podían desarrollar neumoconiosis antes de cumplir los veinte años. Y ya no se permite la esclavitud, gracias a la valentía y la incansable campaña de William Wilberforce y otros. En algunos países hubo un progreso real en la legislación sobre los derechos humanos.

Sin embargo, por otro lado, todos los sistemas de gobierno han presentado defectos, muchos de ellos profundos y graves. Muchos emperadores han sido despóticos y crueles en su abuso del poder. La historia está llena de relatos de poderosos que se hacen ricos empobreciendo a sus súbditos. Aún hoy el trabajo infantil, los niños soldados y la esclavitud de todo tipo son manchas en el rostro de la civilización. No solo eso, sino que el siglo XX, en lugar de introducir un nuevo orden mundial de paz y prosperidad como muchos habían esperado, fue testigo del mayor derramamiento de sangre que todos los siglos anteriores.

La interpretación que hace Daniel del sueño no da igual importancia a cada uno de los imperios. El segundo y el tercer imperio son relegados a un solo versículo. Mucho más detalle se da cuando llegamos al cuarto reino de hierro, lo que indica que este reino es de particular importancia. Esto es lo que Daniel dice a Nabucodonosor:

> *Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo. Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido. Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas* [arameo, por la simiente de los hombres]; *pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro. Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir; y el sueño es verdadero, y fiel su interpretación* (Daniel 2:40-45).

Existe consenso entre los académicos respecto a que ciertos elementos de este texto son de difícil comprensión; en especial la extraña mezcla de hierro y barro cocido que formaba los pies y los dedos de la imagen. El cuarto imperio se caracteriza (al menos inicialmente) por la gran fuerza del hierro que *desmenuza y rompe todas las cosas* (v. 40). Sin embargo, al final, esa fuerza parece diluirse de una manera extraña, al mezclarse con el barro cocido, de modo que la imagen tiene una peligrosa inestabilidad sobre sus pies y dedos. ¡Enigmático!

La piedra y el reino

Antes de entrar en detalles, debemos notar algo muy obvio: la piedra no es parte de la estatua. Los metales se suceden como partes del mismo hombre; la piedra viene de otro lugar.

Si el simbolismo trasmite algo, sin duda es que no debemos pensar en el reino de Dios como uno de los imperios en la imagen o como un nuevo miembro que se añadiría al final de la secuencia. En particular, no es una fase conclusiva del gobierno mundial que se alcanza por el avance de la experiencia y la sabiduría humana. No es parte en absoluto del proceso político. Como indica la frase utilizada en relación con la piedra, *cortada, no con mano,* el reino de Dios es un reino sobrenatural (ver Hebreos 9:11) que reemplaza a todos los imperios del mundo y que es creado desde afuera por el poder de Dios.

Sin embargo, a lo largo de la historia, con demasiada frecuencia, las personas que

profesan el cristianismo han pensado que el sistema de gobierno existente en su nación, en su época, ha sido nada menos que el reino de Dios en la Tierra. En realidad, los conceptos mismos de la cristiandad y el Sacro Imperio romano encarnaron esa noción. Una creencia fundamental era el llamado «derecho divino de los reyes»: el monarca no estaba sujeto a ninguna autoridad terrenal, pues había obtenido su derecho a gobernar directamente de Dios.

Incluso hoy en día, a veces es difícil persuadir a los cristianos de que su propia forma de gobierno (por ejemplo, la democracia liberal occidental) no es el reino de Dios en la Tierra. Es muy fácil pensar que al fin lo hemos hecho bien. Además, es posible perder de vista por completo la dimensión sobrenatural. Una de las consecuencias del rechazo de lo sobrenatural por parte de la Ilustración fue que:

> Quedó poco espacio para el gran acontecimiento escatológico que los cristianos habían estado esperando desde hacía mucho tiempo, a saber, la segunda venida. La creencia en el retorno de Cristo sobre las nubes fue reemplazada por la idea del reino de Dios en el mundo, que sería introducido gradualmente a través de la obra exitosa de los esfuerzos misioneros en el extranjero y la creación de una sociedad igualitaria en casa. Junto con el prominente teólogo alemán del siglo XIX, Albrecht Ritschl, los defensores del Evangelio Social Norteamericano percibieron el reino de Dios como una realidad ética actual más que como un dominio que se introduciría en el futuro [...] no se consideraba que el reino venidero implicara la muerte y la resurrección, la crisis y la promesa, sino que era solo la consumación de las tendencias establecidas ahora. (Bosch, 2011, página 328.)

Como trasfondo de este tipo de pensamiento, se encuentra la noción de progreso que caracterizó a la Ilustración, y los grandes avances en la ciencia, la tecnología y la industria que tanta riqueza trajeron a Europa. Reinaba un optimismo desenfrenado en el potencial humano y la utopía estaba a la vuelta de la esquina. Pero la supuesta utopía marxista que surgiría del funcionamiento de las leyes inexorables de la historia se convirtió en una pesadilla, una carnicería humana que costó la vida de millones de personas. Por supuesto, no fue solo el marxismo. Los diferentes tipos de nacionalismo extremista han producido resultados similares. La historia nos ha enseñado una difícil lección: no hay camino al paraíso que eluda el problema del lado oscuro de la naturaleza humana.

El célebre psicólogo de Harvard, Stephen Pinker, cree que la violencia está disminuyendo concretamente como resultado del pensamiento de la Ilustración (Pinker, 2012); una idea que John Gray, profesor británico de historia del pensamiento europeo, refuta en su reseña del libro de Pinker. La reseña se titula *Stephen Pinker's Delusions of Peace* [Falsas ilusiones de paz de Stephen Pinker]. Gray expresa:

Como otros partidarios modernos de los «valores de la Ilustración», Pinker prefiere ignorar que muchos pensadores de la Ilustración han sido doctrinalmente antiliberales, y un buen número de ellos ha favorecido el uso a gran escala de la violencia política, desde los jacobinos que insistieron en la necesidad del terror durante la revolución francesa, hasta Engels que acogió con beneplácito una guerra mundial en la que los eslavos, «aborígenes en el corazón de Europa», serían aniquilados.

El concepto de que se puede construir un mundo nuevo a través de la aplicación racional de la fuerza es peculiarmente moderno, y alienta ideas de guerra revolucionaria y terror pedagógico que aparecen en una influyente tradición del pensamiento radical de la Ilustración. Desestimar esta tradición es muy importante para Pinker. Junto con los humanistas liberales en todas partes, Pinker considera que el núcleo de la Ilustración es un compromiso con la racionalidad. El que figuras prominentes de la Ilustración hayan favorecido la violencia como instrumento de transformación social es, para decirlo suavemente, incómodo.

Hay una dificultad más profunda. Como tantos evangelistas contemporáneos a favor del humanismo, Pinker da por sentado que la ciencia respalda la explicación de la razón humana por la Ilustración. Puesto que la ciencia es una creación humana, ¿cómo no van a ser racionales los seres humanos? Ciertamente la ciencia y el humanismo son una misma cosa. En realidad, es extremadamente curioso, aunque completamente típico del pensamiento actual, que la ciencia deba vincularse con el humanismo de esta manera. Al ser un método de investigación en lugar de una visión establecida del mundo, no puede haber ninguna garantía de que la ciencia vindicará los ideales de la Ilustración en cuanto a la racionalidad humana. La ciencia podría acabar demostrando que son irrealizables...

El esfuerzo de Pinker por fundamentar la esperanza de la paz en la ciencia es profundamente instructivo, pues atestigua nuestra permanente necesidad de la fe. No necesitamos la ciencia para saber que los humanos son animales violentos. La historia y la experiencia contemporánea proporcionan pruebas más que suficientes. Para los humanistas liberales, el papel de la ciencia es, en efecto, explicar esta evidencia. Acuden a la ciencia para demostrar que, a largo plazo, la

> violencia se reducirá; de ahí la panoplia de estadísticas y gráficos y la resuelta evitación de hechos inconvenientes.
>
> El resultado no es más creíble que el esfuerzo de los marxistas por demostrar la necesidad científica del socialismo, o el de los economistas del libre mercado por demostrar la permanencia de lo que hasta hace poco era aclamado como el largo período de auge económico. El largo período de paz es otra de esas falsas ilusiones, e igual de efímera.[16]

La interpretación que hace Daniel de la imagen de Nabucodonosor desafía directamente la perspectiva de Pinker. El gobierno del reino de Dios ciertamente debe ser una realidad ética en los corazones y las vidas de aquellos que creen en Él; pero Su reino, en su sentido más pleno, no vendrá como resultado de las tendencias actuales. La historia no alcanzará su meta prometida por medio de los procesos que actúan dentro de ella. Alcanzará su meta por la acción sobrenatural ejercida enteramente desde fuera de la Tierra. La Piedra caerá.

La imagen de una piedra habría sido especialmente apropiada para Nabucodonosor. En primer lugar, había pocas piedras naturales en los alrededores de Babilonia, por lo que sus edificios se construían principalmente con ladrillos de arcilla. La zona también estaba bajo constante amenaza de inundaciones. La piedra sugiere algo sólido y duradero.

En segundo lugar, se nos dice que la piedra fue cortada de un monte; y que después de destruir la imagen se convirtió en un «gran monte que llenó toda la tierra». El término «gran monte» habría sido muy familiar para Nabucodonosor. Era un término utilizado para describir al dios sumerio Enlil, que había sido desplazado por el dios Marduk de Nabucodonosor. Aquí tenemos un fragmento del famoso Himno a Enlil:

> Sin Enlil, el Gran Monte,
> ninguna ciudad sería construida, ningún establecimiento fundado;
> ningún establo sería construido, ningún aprisco instalado;
> ningún rey sería exaltado, no nacería ni un solo gran sacerdote...
> A los ríos, sus aguas de la crecida no los harían desbordar;
> los peces del mar no depondrían huevas en el juncal;
> las aves del cielo no construirían sus nidos en la ancha tierra;
> en el cielo, las nubes erráticas no darían su humedad;
> las plantas y las hierbas, gloria de la campiña, no podrían crecer;
> en el campo y en la pradera, los ricos cereales no podrían granar;
> los árboles plantados en el bosque montañoso no podrían dar sus frutos...[17]

Además, el nombre Enlil significa «Señor del viento». Estaba a cargo del cielo y los vientos, entre otras cosas. En su sueño, Nabucodonosor observó cómo el viento barrió los restos de la estatua pulverizada, y la combinación del viento y un gran monte bien pudo haber reforzado la impresión de que había algún tipo de referencia a una deidad.

Si esto es lo que la imagen sugirió a Nabucodonosor, ¿entonces qué debemos interpretar? ¿Estaba Dios hablándole con un lenguaje que él podía entender, pero poniéndolo en un contexto completamente nuevo mediante la interpretación dada por Daniel? Porque el sueño no era acerca de Enlil, un dios entre muchos, sino acerca del único Creador, el Dios del cielo. Entendido de esta manera, se podría considerar como similar al discurso de Pablo en Atenas, donde recordó a los filósofos lo que uno de los poetas griegos había dicho: *Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos*... (Hechos 17:28). El poema en cuestión se refería a un dios griego, pero Pablo lo consideró como una perspectiva útil que valía la pena citar. No estaba comprometiéndose con el pensamiento pagano, estaba señalando que, en algunas de sus ideas, estaban en el camino correcto. Su concepto de Dios necesitaba una adecuación, al igual que el de Nabucodonosor. Pablo y Daniel les indicaron el camino correcto.

Entonces, ¿qué es este «reino de piedra»?

Intentaremos responder a esta pregunta al examinar en primer lugar la manera en que la metáfora de la piedra se usa en la Escritura, particularmente en relación con el reino de Dios.

En el Nuevo Testamento encontramos por primera vez la metáfora de la piedra en relación con el cambio de nombre de Simón, uno de los discípulos originales. Jesús lo llamó Cefas, que es la palabra aramea para piedra, y que se traduce como Pedro, derivada del equivalente griego. Posteriormente, este mismo Pedro cita varias fuentes del Antiguo Testamento que describen a Jesús como una piedra:

> *Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, La piedra que los edificadores desecharon, Ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: Piedra de tropiezo, y roca que hace caer...*
> (1 Pedro 2:4-8, al citar a Isaías 8:14; 28:16.)

Pedro comprende que Jesús es la piedra que debía ser colocada en Jerusalén (Sion); una piedra que sería rechazada por los constructores: aquellos lideres que

decían ser los arquitectos de la nación de Israel. Sin embargo, se convertiría en la principal piedra del ángulo.

Por lo tanto, algunos sugieren que la caída de la piedra en Daniel 2 se refiere a la primera venida de Cristo al mundo, cuando anunció Su reino espiritual); un reino que crece gradualmente a medida que más y más personas entran en él mediante el nuevo nacimiento. Sin embargo, el aplastamiento de una estatua por una piedra que cae no parece de inmediato una manera natural de transmitir la idea de predicar el evangelio.

Hay una ocasión en la que Jesús se refiere a sí mismo como una piedra que desmenuza cuando cae. Ocurre en una parábola recogida por Lucas:

> *Comenzó luego a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó a labradores, y se ausentó por mucho tiempo. Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que le diesen del fruto de la viña; pero los labradores le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. Volvió a enviar otro siervo; mas ellos a éste también, golpeado y afrentado, le enviaron con las manos vacías. Volvió a enviar un tercer siervo; mas ellos también a éste echaron fuera, herido. Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás cuando le vean a él, le tendrán respeto. Mas los labradores, al verle, discutían entre sí, diciendo: Este es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra. Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña? Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros. Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Dios nos libre! Pero él, mirándolos, dijo: ¿Qué, pues, es lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo? Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará* (Lucas 20:9-18).

Aquí Jesús está pensando en que, como el Hijo del Dueño de la viña (Israel), sería rechazado y asesinado por los líderes religiosos en Jerusalén que decían ser los arrendatarios de la viña. El resultado sería que el Dueño finalmente vendría y los destruiría. Es en el contexto de esa venida que Jesús habla de la Piedra que cae y aplasta a sus enemigos.

En Sus palabras en el Monte de los Olivos, Jesús expone en detalle las implicaciones de esta parábola. Explicó a Sus discípulos que Jerusalén sería destruida; un acontecimiento que ocurrió en 70 d. C., cuando los romanos saquearon Jerusalén con gran violencia. Respecto a la nación de Israel predijo más: *Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan* (Lucas 21:24).

De esto se desprende que *los tiempos de los gentiles* (la época de la dominación

del mundo por los gentiles) llegarían a su fin. Su final estaría relacionado con el regreso de Cristo:

> *Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria. Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca* (Lucas 21:25-28).

Imagínese la colosal estatua tendida sobre su costado, con la cabeza a la izquierda y los pies a la derecha. Al agrupar toda la información anterior parece razonable concluir que nos da una cronología visual de «los tiempos de los gentiles», hasta el momento en que Cristo, la Piedra, regresa para establecer Su reino. Daniel y el Señor Jesús seguramente se refieren a algo todavía futuro para nuestro tiempo, algo que ocurrirá en la segunda venida de Cristo.

Otros detalles apoyan esta interpretación:

Primero, la piedra no golpea la imagen en la parte superior de las piernas. Que, en la cronología correspondiente, representaría las primeras etapas del Imperio romano cuando Jesús vivió y enseñó. No, la piedra golpea la imagen en los pies y los dedos; es decir, en las etapas finales de ese imperio, entre cuyos fragmentos todavía vivimos en Europa.

En segundo lugar, Daniel habla de ciertos reyes (plural) en cuyos días Dios establecerá Su reino. El Libro de Apocalipsis habla de manera similar sobre un grupo de reyes; curiosamente el mismo número que los dedos en los pies de la imagen, diez de los cuales parecen ceder su poder a un gobierno central que es destruido por la venida de Cristo.

Soy consciente de que algunos lectores ya se sentirán incómodos con la idea de que todavía ocurrirá una manifestación externa y visible del reino de Dios en la tierra. Para esos lectores, y todos los que están interesados en el asunto, analizo con mayor profundidad la naturaleza del, reino de Dios en el Apéndice A.

La inestabilidad de los gobiernos humanos

Ahora es necesario prestar más atención a otra importante característica de la colosal imagen en el sueño de Nabucodonosor: su inestabilidad. Si sus pies hubieran sido de hierro, probablemente habría tenido la fortaleza necesaria para no caer. Pero la extraña mezcla de hierro y barro cocido en los pies la hacía vulnerable. Como hemos visto, la piedra cayó sobre esos pies y derribó la imagen. Veamos de nuevo los versículos

relevantes:

> *Y el cuarto reino será fuerte como hierro; y como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará todo. Y lo que viste de los pies y los dedos, en parte de barro cocido de alfarero y en parte de hierro, será un reino dividido; mas habrá en él algo de la fuerza del hierro, así como viste hierro mezclado con barro cocido. Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de barro cocido, el reino será en parte fuerte, y en parte frágil. Así como viste el hierro mezclado con barro, se mezclarán por medio de alianzas humanas [arameo, por la simiente de los hombres]; pero no se unirán el uno con el otro, como el hierro no se mezcla con el barro* (Daniel 2:40-43).

Aquí se ponen de manifiesto varios aspectos: 1) el hierro es fuerte; 2) el barro cocido es frágil; 3) el hierro y el barro cocido no se mezclan. ¡Hasta aquí todo bien! La pregunta intrigante es: ¿qué quiere decir el texto respecto a la falta de cohesión del hierro y el barro cocido, particularmente con la referencia a la mezcla de uno con el otro por medio de alianzas humanas?

Como se ha indicado, el texto arameo no usa la expresión «alianzas humanas», sino que dice que «se mezclarán por medio de la simiente de los hombres». La expresión es oscura y se ha prestado a un amplio espectro de interpretaciones. ¿Podría ser una referencia a la forma en que el Imperio romano comenzó a debilitarse como resultado de la invasión de los godos, quienes finalmente se mezclaron con los romanos? ¿O podría referirse a la mezcla de diferentes tipos de gobierno, donde el hierro simboliza un gobierno más autocrático o incluso absolutista y compite con el barro cocido que simboliza la masa de la humanidad que participa en el gobierno del pueblo, la democracia?

Por supuesto, cualquiera que sea la interpretación correcta, es cierto que la invasión de tropas extranjeras contribuyó al debilitamiento y a la caída final de Roma. También es cierto que una de las inestabilidades del gobierno radica en la cuestión del liderazgo. Algunos (incluso hoy) favorecen al líder fuerte que toma decisiones como un autócrata y espera que todos los demás obedezcan. Otros prefieren el sistema democrático que da voz al pueblo (más exactamente, a sus representantes electos). Debido a la complejidad del comportamiento humano, no es difícil comprender que estos sistemas no son por necesidad mutuamente excluyentes. No solo generan sus propios problemas, sino que en cualquier sociedad dada pueden existir facciones, de tamaño considerable, cada una de las cuales aboga por un sistema diferente. Una mirada a cualquier periódico serio pondrá de manifiesto que el potencial para los conflictos es ilimitado.

La afirmación del Libro de Daniel es que existen valores absolutos y que estos

provienen de Dios mismo. ¿Podría ser que la prueba de fuego para el liderazgo sea su compromiso con los valores de Dios? Veremos que esta cuestión se plantea más de una vez en el libro cuando Daniel y sus amigos enfrentan a gobernantes absolutistas. Pero problemas similares ocurren por las decisiones de la mayoría democrática para alterar los valores bíblicos. En el mundo occidental de hoy, nos enfrentamos regularmente con una agresiva marginación secularista de la religión en general y de los valores cristianos específicos en particular. Si hay absolutos y la mayoría decide en contra de ellos, ¿dónde queda la minoría que los defiende?

Sin embargo, quizás la forma más importante de comprender este aspecto de la imagen se encuentra en la conocida frase «pies de barro». Esta frase se utiliza en relación con personas, particularmente de alto rango, para describir los defectos de su carácter, sobre todo las fallas ocultas que podrían finalmente provocar su caída. Los franceses lo llaman *la condition humaine.* El escritor Anthony Trollope la usó en una alusión memorable a la imagen del sueño en su *Fortnightly Review* [Revisión quincenal] del año 1865: «La mujer... comprende que su dios de cabeza de oro tiene un cuerpo de hierro y pies de barro».

El hombre colosal que Nabucodonosor vio tenía los pies de barro, lo cual nos alerta de inmediato sobre el problema que tienen todos los sistemas de gobierno. En grado diverso, todos sus ciudadanos tienen los pies de barro. Es decir, la debilidad fundamental que indica la imagen es una debilidad de la humanidad que le hace difícil a las personas gobernar. Es una debilidad que se ha debatido mucho en la política, y sobre la que se ha escrito mucho en la literatura. Todos somos conscientes de ella. El novelista G. K. Chesterton acertó cuando respondió a una petición del periódico *The Times* para que los lectores respondieran a la pregunta: «¿Qué está mal en el mundo?» Se cree que Chesterton escribió:

> Estimado señor,
>
> Yo.
> Atentamente,
> G. K. Chesterton[18]

El problema con la humanidad es la misma humanidad. La historia nos enseña una lección coherente: es obvio que hay algo malo en la naturaleza humana. En uno de los análisis más claros de esta realidad, Herbert Butterfield, después de la Segunda Guerra Mundial (1949, página 30), expresa:

> Me parece... que en lo que respecta a las relaciones entre la naturaleza humana y las condiciones externas del mundo, el estudio de la historia nos revela un hecho significativo... si se eliminaran ciertas salvaguardas sutiles en la sociedad, muchos hombres que han sido respetables toda su

> vida se transformarían al descubrir las cosas que entonces podrían hacer con impunidad. Según parece, hombres débiles se inclinarían a cometer delitos que habían sido previamente frenados por un cierto balance existente en la sociedad; y se puede generar una situación en la que las personas saquean y roban, aunque nunca antes en sus vidas habían sentido el deseo de hacerlo. Una huelga policial grande y prolongada, la existencia de una situación revolucionaria en una ciudad capital o la euforia de la conquista en un país enemigo probablemente muestren el lado oculto de la naturaleza humana en personas que, hasta ese momento, protegidas y guiadas por las influencias de la vida social normal, han proyectado una imagen respetable al mundo.

Butterfield concluye de esto:

> La diferencia entre la civilización y la barbarie es una muestra de lo que es esencialmente la misma naturaleza humana cuando se encuentra en condiciones diferentes. (Página 31.)
>
> Sin embargo, hay un punto que es fundamental. Nadie puede pretender que se ha eliminado el egoísmo y el egocentrismo en el hombre. (Página 35.)
>
> Si en una ciudad bien administrada se ha reducido considerablemente el delito, porque la policía lo ha frenado con éxito, nadie plantearía que ya no hay necesidad de la policía. Sin ella, la naturaleza humana básica reanudaría su actividad criminal. (Página 33.)

Butterfield continúa diciendo que los defectos no reconocidos de la naturaleza humana, como el orgullo, la codicia y el egoísmo, pueden producir una arrogancia moral peligrosa que convence a las personas de que tienen toda la razón, y de que otros están completamente equivocados. Butterfield expresa:

> ... me parece que solo el cristianismo ataca la sede del mal en el tipo de mundo que hemos estado considerando... Se enfoca precisamente en ese caparazón de arrogancia moral que, por la naturaleza de su enseñanza, tiene que destruir antes de poder hacer algo más con el hombre. Los seres humanos, cuanto más... incapaces son... de cualquier autoanálisis profundo, más probabilidades tienen de que su arrogancia moral se fortalezca, de modo que son precisamente aquellos de piel gruesa los que más seguros están de tener la razón... En el peor de los casos, esto nos lleva al falso mesianismo (ese engaño mesiánico) del siglo XX que se aproxima peligrosamente a la tesis: «Solo una pequeña guerra más

> contra los últimos enemigos de la justicia, y entonces el mundo será purificado, y podremos comenzar a construir el paraíso.» (Página 41.)

Tenemos que admitir de inmediato que la misma cristiandad en ocasiones ha sido culpable de tal arrogancia moral, cuando torturó y quemó herejes en un supuesto esfuerzo por «salvar» sus almas. Pero esa actitud también ha caracterizado a los grandes movimientos políticos, como el nazismo y el marxismo, con una gran pérdida de vidas humanas.

La crítica de Butterfield se aplica no solo a la política global sino también a los ciudadanos:

> Esa misma naturaleza humana, que en condiciones felices es frágil, en otras condiciones parece capaz de llegar a ser horrible, a menos que haya encontrado una manera de ponerse por encima de los efectos del viento y el clima. He visto a gente pequeña tan obstinada en sus pequeños reinos que me parece que han tenido la buena suerte de no haber sido reyes o primeros ministros, y que la paz o la guerra dependan de su estabilidad mental. (Página 44.)

> Por lo tanto, me parece que quizás para cualquier persona nada sea más exacto que la declaración de que «todos los hombres son pecadores y yo el principal de ellos»; o la tesis de que «Solo por la gracia de Dios ando yo». (Página 45.)

Butterfield finalmente recuerda las palabras de un obispo quien expresó que, si nos desarmáramos completamente, él tendría una opinión muy elevada de la naturaleza humana para pensar que alguien nos atacaría. Butterfield está en desacuerdo:

> Podría haber gran virtud en desarmarse y aceptar ser mártires por una buena causa; pero prometer que no tendríamos que sufrir el martirio en tal situación, o confiar en esa suposición, va en contra de la teología y la historia. Es esencial no tener fe en la naturaleza humana. Tal fe es una herejía reciente y funesta. (Página 47.)

Con estas últimas frases Butterfield ha señalado el mensaje central de la imagen de Nabucodonosor. Hay un profundo defecto en la naturaleza humana, pero los seres humanos todavía insisten perversamente en poner su fe en ella.

Uno de ellos fue Ludwig Feuerbach (1804-1872), cuya filosofía tuvo considerable influencia en Marx:

> Hemos reducido la esencia de Dios extra mundial, sobrenatural y sobrehumana a los componentes de la esencia humana, por ser sus

> partes constitutivas y fundamentales. Al final hemos vuelto al principio. El hombre es el comienzo de la religión, el hombre es el centro de la religión, el hombre es el fin de la religión. (1957, página 184 en el original en inglés.)
>
> El otro es de por si el mediador entre yo y la sagrada idea, la especie. *El hombre es el Dios para el hombre.* (Página 159 en el original en inglés.)

En el prefacio de su tesis doctoral, Karl Marx escribió (1955, página 15):

> La filosofía no oculta esto. La profesión de fe de Prometeo: «En una palabra, ¡yo odio a todos los dioses!», es la suya propia, su propio juicio contra todas las deidades celestiales y terrestres que no reconocen a la autoconciencia humana como la divinidad suprema.[19]

Marx no estaba dispuesto a reconocer a Dios como la fuente, el creador y el sustentador de la humanidad, pues reconocer la existencia de algún ser superior al hombre sería comprometer la autonomía absoluta de la humanidad:

> La religión es solo el sol ilusorio alrededor del cual el hombre gira mientras no gira sobre sí mismo... Para expresarlo sucintamente: el hombre es el ser más elevado para el hombre. (Páginas 15, 19 en el original en inglés.)

Esta visión, el rechazo de lo sobrenatural, está en la esencia del humanismo secular. En una de las primeras reuniones de la Conferencia Humanista Anual, en 1945, Arthur Briggs manifestó: «Un humanista es aquel que cree en el hombre como centro del universo.»[20] J. A. C. F. Auer, de Harvard, luego amplió esta definición:

> El hombre adoraría a Dios si sintiera que puede admirar a Dios. Pero si no, si Dios cae por debajo del nivel de excelencia moral que él, el hombre, estableció, entonces rechazaría su adoración. Eso es el humanismo, el hombre como la medida de todas las cosas, incluyendo la religión.[21]

Mucho más recientemente tenemos la definición de humanismo según la Sociedad Humanista Británica. En el momento de su redacción la expresaron de esta forma (en www.humanism.org.uk):

> El humanismo, en el sentido que nos interesa, es una visión del mundo que rechaza las creencias religiosas... simplemente diremos que los

> humanistas no creen en la existencia de un dios o dioses. Por «dioses» nos referimos a seres que, como los seres humanos poseen los atributos del intelecto y la voluntad, tienen creencias y conocimientos y pueden tomar decisiones a la hora de actuar, pero son inmensamente más conocedores y más poderosos que los seres humanos, y cuyo poder sobrenatural está detrás de algunas o todas las fuerzas naturales que vemos en acción en el universo.

Existe un uso más antiguo de la palabra «humanismo» que data del Renacimiento y es ejemplificado por hombres como Erasmo de Roterdam y Leonardo da Vinci. En ocasiones todavía se utiliza para describir las materias enseñadas por los que profesan «las humanidades»: el estudio de la literatura, de la filosofía, de las artes, del griego antiguo y de las lenguas romances y de la antropología filosófica. Y hoy en día, en un sentido aún más general, la preocupación práctica y compasiva por el bienestar de los demás se conoce como humanismo. Sin embargo, este no es el significado al que se refiere hoy la mayoría de los que se describen como humanistas.

En su libro sobre Feuerbach, el filósofo de Oxford M. J. Inwood escribe:

> Dios es en realidad la esencia del hombre mismo, abstraído de los hombres individuales, encarnados, y objetivado y adorado como una entidad distinta... Necesitamos sanar la fisura entre el cielo y la tierra, reemplazar el amor a Dios por amor al hombre y la fe en Dios por la fe en el hombre, para reconocer que el destino del hombre depende solo del hombre y no de fuentes sobrenaturales…[22]

Un ídolo es algo o alguien en quien los humanos depositan su confianza suprema, en lugar de ponerla en Dios. En consecuencia, la máxima de Feuerbach: «El HOMBRE es el Dios para el hombre», es pura idolatría. (Las mayúsculas son de él.) Y con eso estamos de vuelta en Babilonia, la ciudad que simboliza por excelencia la ilimitada fe secular de los seres humanos en sí mismos y en sus propios logros. La vasta imagen de un hombre vista por Nabucodonosor resume exactamente la esencia de esa filosofía idólatra. Como veremos en los capítulos siguientes del relato de Daniel, esta será la filosofía contra la que él tendrá que luchar.

Los humanistas contemporáneos pueden pensar que la máxima de Feuerbach es algo descarnada. Sin embargo, cuando se trata de identificar la fuente de los valores, la Sociedad Humanista es explícita:

> Considere la afirmación de que los seres humanos son la fuente de todos los valores. En un sentido, esta es una afirmación que los humanistas deben aceptar, pero el sentido necesita ser definido correctamente. Lo más obvio es que contrasta con la refutación hecha

> por muchos creyentes religiosos de que solo si tenemos un conjunto de reglas morales reveladas por una autoridad divina podemos saber cómo debemos vivir.

Depositar la fe en los seres humanos, y al mismo tiempo reconocer que tienen defectos, ha dado lugar en el pasado a grandiosos planes «científicos» para la mejora radical del ser humano. Por ejemplo, la siguiente declaración fue hecha en el Congreso del Partido Comunista en 1961:

> El Partido considera la educación del hombre nuevo como la tarea más difícil en la remodelación comunista de la sociedad. Hasta que no eliminemos de raíz los principios morales burgueses, entrenemos a los hombres en el espíritu de la moral comunista y los renovemos espiritualmente y moralmente, no será posible construir una sociedad comunista.

Esta declaración muestra la conciencia del Partido, aprendida quizás mediante la experiencia, de que no basta educar sistemáticamente a las personas en los principios de la ética marxista y exhortarlas a adaptar su conducta externa a la doctrina estricta de la teoría marxista. Lo que hacía falta era nada menos que la creación y la educación de un «hombre nuevo» mediante la renovación espiritual y moral.

El lenguaje de esta confesión es sorprendente. Es casi religioso y muy similar al del Nuevo Testamento que también habla de vestirse del «nuevo hombre» (Efesios 4:24).

Así como el marxismo habla de la necesidad de renovar espiritual y moralmente a las personas, si alguna vez se logra alcanzar una sociedad aceptable, de igual modo lo hace el Nuevo Testamento: *No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento*... (Romanos 12:2).

Estas semejanzas ponen de relieve las profundas diferencias entre el marxismo y el cristianismo, tanto en el diagnóstico de la causa fundamental del comportamiento deficiente del hombre como en la formulación de su cura. Para Marx, Dios y la religión eran parte del mecanismo que había conspirado y ayudado a perpetuar la alienación del hombre de los medios de producción. Por lo tanto, la cura para la alienación del hombre, y el camino a la renovación espiritual y moral y a la adecuada educación del «hombre nuevo» pasaba, entre otras cosas, por liberar a la humanidad de la «tiranía de Dios» y del mismo concepto de Dios.

Es un hecho conocido en la historia que, en lugar de lo que ellos consideraban la tiranía de Dios, los regímenes comunistas implementaron el control totalitario de todas las áreas de la vida, como si la fuerza pudiera cambiar el corazón de las personas y dar lugar a ese «hombre nuevo». Sin embargo, muchos de los que rechazan este totalitarismo imitan al marxismo toda vez que también rechazan a Dios como la

autoridad existente detrás de la moral, y como la fuente de la posible regeneración moral de la humanidad. Temen que la introducción de Dios en la ética simplemente imponga otra forma de autoridad totalitaria que disminuya la dignidad y la libertad humana. Afirman que desde un punto de vista moral se trata a los seres humanos como niños y no como adultos capaces de establecer y obedecer sus propias reglas éticas.

A la luz de estos temores, es adecuado investigar con precisión lo que el cristianismo expresa en realidad acerca de la causa de la debilidad moral de la humanidad, reconocida universalmente; y qué estrategia propone para producir su versión de lo que el Partido Comunista llamó «el hombre nuevo».

La visión de Nabucodonosor puede ser útil para orientarnos en la dirección correcta. En contraste con el hombre fatalmente imperfecto, la firme piedra tenía un origen sobrenatural. Esta yuxtaposición es importante porque sugiere que la única respuesta satisfactoria al defecto fatal del hombre es el poder sobrenatural de Dios que viene de fuera de nuestro mundo.

Vimos que Cristo cambió el nombre de uno de sus apóstoles de Simón a Pedro, «la piedra», para indicar el cambio fundamental que había ocurrido en su vida cuando, según sus propias palabras, había *renacido*... de una *simiente* que era *incorruptible* (1 Pedro 1:23) al confiar en Cristo, la Roca. Pedro se refiere, por supuesto, al «nuevo nacimiento» de la conversión cristiana. Jesús mismo discutió el tema con Nicodemo, un destacado teólogo en Jerusalén, en relación con el reino de Dios: *De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios* (Juan 3:3).

Es de vital importancia comprender que la solución cristiana al problema no es lo que mucha gente piensa. A menudo se afirma que la religión fija estándares increíblemente altos, y que esto conduce sin remedio a una obsesión psicológicamente enfermiza con la culpabilidad y el fracaso, lo cual socava la confianza en la posibilidad del desarrollo humano. Independientemente de que esto pueda ser verdad o no respecto a otras religiones, con certeza no es el caso del cristianismo. Porque el cristianismo comienza ofreciendo una nueva vida; nuevos poderes que permiten a la gente luchar contra la debilidad y el pecado.

El diagnóstico cristiano del nefasto defecto de la humanidad es radical. El pecado nos ha alejado de Dios y no podemos corregir el problema nosotros mismos. Pero la solución es igualmente radical. En Cristo, Dios ha tomado la carga del pecado sobre sí mismo en la cruz, para que mediante el arrepentimiento y la fe en Cristo podamos recibir una vida nueva y sobrenatural como regalo inmerecido.

La respuesta de Nabucodonosor

Hemos visto que Nabucodonosor estaba profundamente impresionado por el conocimiento que Daniel tenía de su sueño y por su interpretación. Para nosotros es difícil imaginar el impacto que debe haber tenido toda esta experiencia en su sistema.

Nabucodonosor había pensado que entendía y controlaba el mundo que lo rodeaba, y ahora comenzaba a ver que ni lo entendía ni lo controlaba. Además, había otra esfera de la que no había tenido consciencia hasta entonces: una esfera de la cual dependía inconscientemente para todo lo que consideraba como suyo. Para alguien que por mucho tiempo haya desconocido a Dios, e incluso haya negado su existencia, comprender que Dios es real es una experiencia humillante *y* aleccionadora. C. S. Lewis cuenta su experiencia:

> Un «Dios impersonal» está bien. Un Dios subjetivo lleno de belleza, verdad y bondad y situado dentro de nuestra propia cabeza, mejor aún. Una fuerza vital sin forma que brota de nosotros, un vasto poder que podemos aprovechar, lo mejor de todo. Pero Dios mismo, vivo, halando del otro extremo de la cuerda, tal vez acercándose a una velocidad infinita, como el cazador, rey y esposo... eso ya es otra cosa. Llega un momento en el cual los niños que han estado jugando a los ladrones se callan de repente: «¿Oímos unos pasos de verdad en el corredor? Llega un momento en el cual la gente que ha estado interesándose superficialmente en la religión («¡La búsqueda de Dios por el hombre!») se echa atrás repentinamente. ¿Y si lo encontráramos de verdad? ¡Nunca tuvimos la intención de que resultara así! Peor aún, ¿y si Él nos encuentra a nosotros? (Lewis, 1960, página 98).

Nabucodonosor se enfrentaba precisamente a eso: Dios lo había encontrado. No había duda al respecto. También conoció que en su reino había gente como Daniel, personas que él pensaba que estaban muy por debajo de él en estatus y poder, y que sin embargo sabían de este otro mundo. Personas que tenían contacto con ese mundo y disfrutaban de una sabiduría y una autoridad que iban más allá de todo lo que Nabucodonosor o sus bien pagados asesores conocían. Su reacción espontánea fue postrarse **y** adorar a Daniel; lo que habría provocado el asombro y un sentimiento de vergüenza en Daniel, estoy seguro:

> *Entonces el rey Nabucodonosor se postró sobre su rostro y se humilló ante Daniel y mandó que le ofreciesen presentes e incienso. El rey habló a Daniel' y dijo: Ciertamente el Dios vuestro es Dios de dioses, y Señor de los reyes, y el que revela los misterios, pues pudiste revelar este misterio* (Daniel 2:46-47).

Nabucodonosor había aprendido algo vital acerca del verdadero Dios: es único, la autoridad suprema sobre todos los reyes y puede hablar y revelar misterios.

Para nosotros hoy, estas lecciones son igual de importantes. Los nuevos ateos exigen pruebas de que existe un Dios sobrenatural; pero la autenticidad de su exigencia es cuestionable, pues parecen renuentes a prestar atención con seriedad a la evidencia

que se les ofrece. Lo que Daniel escribió es parte de esa evidencia, pero representa una amenaza tan directa al naturalismo que es muy poco probable que sea tomada en consideración. Cuando reflexiono sobre la falsa definición de fe que hacen los ateos, «creer cuando no hay pruebas», me siento tentado de decir que la «fe atea» bien podría definirse como una negativa deliberada a considerar pruebas que no conduzcan a las conclusiones ateas.

Esta parte de Daniel quebrantó la opinión de que este mundo es todo lo que existe. Daniel (y luego Nabucodonosor) afirmó que hay un Dios que revela secretos, y el secreto que se reveló se puede comprobar desde el lugar ventajoso que ocupamos en la historia. Es decir, ahora tenemos más pruebas que las que tenía Nabucodonosor de que Daniel tenía razón. Daniel predijo que habría una sucesión de cuatro imperios, tres de los cuales están explícitamente nombrados en su libro. Y *sí ha habido* una sucesión de cuatro imperios, todos con las características que Daniel les atribuyó.

Por extraño que parezca, el hecho mismo de que los pensadores ateos traten de desacreditar a Daniel al afirmar (aunque existe pruebas sólidas de lo contrario) que debió haber escrito su libro en el siglo II a. C., muestra que están preocupados, profundamente preocupados, de que él tenga la razón. No deben permitir que ese «pie divino» penetre en la puerta.

Este fue un suceso apasionante (y todavía lo es). Nabucodonosor tenía más que aprender de Dios, y Dios le enseñaría a su debido tiempo. Mientras tanto, promovió a Daniel a un cargo muy alto en la provincia de Babilonia, para ser su consejero supremo en el imperio. Daniel recomendó a sus amigos y obtuvo mejores puestos para ellos, y se debe inferir que estaban muy bien merecidos.

CAPÍTULO 11

CUANDO EL ESTADO SE CONVIERTE EN DIOS
Daniel 3

La historia de los tres amigos de Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego, y su terrible experiencia en el horno de fuego, es una de las más famosas de la Biblia y quizás de toda la literatura, que continúa en la preferencia de los niños que tienen la dicha de que sus padres se la enseñen. Registra cómo Nabucodonosor decidió construir una enorme estatua de oro en la planicie de Dura. Quizás estaba obsesionado con la idea de ser la cabeza de oro del sueño que había tenido y de aquí surgió el proyecto. No podemos asegurarlo, pero, si así fuera, está claro que había malinterpretado el mensaje. La estatua no solo era un recordatorio impresionante de que realmente gobernaba su imperio. Era más que eso. Al reunir a los altos funcionarios del reino en la base de la estatua, y ordenarles que se postraran ante ella, tenía la intención de consolidar su poder. Tal vez, el temor cada vez mayor en su corazón de que él mismo sería derrocado tarde o temprano, era otra consecuencia de la estatua que había visto en sueños.

La religión y el estado

La historia lo confirma una y otra vez: es común que un estado totalitario intente usar la religión para sus propios intereses al convertirse él mismo en el objeto de adoración. Este pasaje del Libro de Daniel enfatiza en tal aspecto. Hemos examinado la cuestión de los valores en Daniel 1, donde vimos que lo que hizo Nabucodonosor con los utensilios del templo de Jerusalén representa una tendencia omnipresente a absolutizar lo relativo. En Daniel 2, Dios le muestra al emperador que para Él ningún estado o sistema político posee valor absoluto. Pero ahora, en Daniel 3, el rey desafía este concepto cuando absolutiza su imperio y su gobierno al punto de insistir en recibir adoración como a un dios. De esta manera absolutiza lo que es relativo.

En los capítulos 1 y 3, Daniel llama nuestra atención sobre dos tendencias paralelas, pero a la vez opuestas, que ha observado durante su larga vida en la cúspide del poder. Los hombres y las mujeres no pueden vivir sin absolutos, aunque intenten relativizarlos. Por eso, normalmente, toman algo de valor relativo y lo absolutizan. Es decir, llegan a considerarlo el valor fundamental que determina su actitud hacia todo lo demás. Desde tiempos inmemoriales, los mayores candidatos obvios han sido el estado, el poder, las riquezas y el sexo. Aquí Daniel narra un incidente relacionado con los dos primeros aspectos y con sus tres amigos.

Daniel enumera con minuciosidad los principales grupos de funcionarios que debían asistir a la dedicación del ídolo. Los principales líderes políticos encabezan la lista, pero en especial, observamos que los magistrados estaban presentes. Una de las principales garantías de una sociedad es que posea cierto grado de independencia entre el sistema político y el poder judicial; de esta manera, existen un control y un equilibrio que impiden la corrupción y el extremismo. Nabucodonosor no tenía tiempo para tales delicadezas; insistía en que su camarilla se inclinara ante la estatua. Su autoridad debía estar incluso por encima de los jueces.

Cuando a un monarca absoluto como este se le mete en la cabeza la idea de probar su invencibilidad, de seguro otros sufrirán las consecuencias. Nosotros estamos acostumbrados a las democracias occidentales, así que responderíamos diciendo: «¡Sí, pero eso fue un extremismo totalitario; nunca nos sucederá algo así!» Bueno, tal vez deberíamos recordar la situación en el último siglo cuando era obligatorio darles a los líderes un estatus divino en países como Albania, Rusia, China y Camboya.

En cuanto al cristianismo, algunos de nosotros olvidamos con facilidad que en estos momentos la persecución arrecia en diversos lugares del mundo.

> Desde hace 27 años, el *International Bulletin of Missionary Research* [Boletín internacional de investigación misionera] publica un informe anual sobre el estado de las misiones a nivel mundial, que evalúa la realidad cristiana comparando las circunstancias del cristianismo con las de otros credos y analizando el comportamiento de las diversas expresiones cristianas durante al pasado reciente (y no tan reciente). El informe es interesante, algunas veces insólito y otras provocativo. El martirio es el reto del informe de 2011, que define «mártires» como «creyentes en Cristo que, al testificar, han perdido prematuramente sus vidas como resultado de la hostilidad.» El informe estima que, en la pasada década, hubo un aproximado de 270 nuevos mártires cristianos cada 24 horas, por tanto, «el número de mártires (en el período del 2000-2010) fue cerca de un millón».[23]

Por supuesto, el martirio es el último dentro de las variadas expresiones antagónicas contra el cristianismo, que incluyen la discriminación y el acoso. Un ejemplo en occidente es el progresivo reclamo secular de sacar a Dios del discurso público. Estas demandas de por sí ya son discriminatorias. Aumenta cada vez más la amenaza del retorno de la intolerancia de los regímenes totalitarios de tiempos muy recientes.

Daniel registra una situación bastante tensa. Aunque quizás muchos de nosotros nunca tendremos que enfrentar la muerte por testificar nuestra fe en público (tal vez aumenten las probabilidades de que esto ocurra), los principios que sus tres amigos defendieron se aplican a nosotros en diferentes niveles. Podemos aprender muchos

aspectos relevantes para nuestro testimonio cotidiano al estudiar el suceso.

A veces, cuando explicamos la historia de los tres amigos rescatados del horno de fuego, transmitimos la idea de que, como Dios los rescató y salieron ilesos, no sufrieron. Pero si reflexionamos por un momento veremos que no fue así. Ellos sí sufrieron, no dentro del horno, sino antes de que los arrojaran en este. Eran seres humanos como nosotros, quizás tenían familias, así que, inevitablemente se angustiaron desde el momento en que el emperador comunicó el edicto.

De seguro sintieron que esta prueba de lealtad al Señor era la más dura que habían enfrentado. De hecho, constituía la más difícil para cualquiera. Fue la prueba de coraje más severa. Por una parte, estaban la posición, la familia, las riquezas, la seguridad, la propia vida; y por otra estaba Dios. Ellos ya habían estado a punto de morir. En el capítulo 2 Nabucodonosor tomó la decisión de matar a todos los sabios, incluyendo a Daniel y a sus amigos, si no le decían lo que había soñado. Vivir o morir dependía por completo de una revelación divina. Esta vez era diferente: podían salvarse si se postraban ante la estatua. ¿Pero valía la pena? ¿En realidad hay algo más valioso que la vida humana? ¿Especialmente cuando esa vida es la *mía*? Imagínese que es uno de estos hombres y que tiene que explicarles la situación a su familia y a sus amigos. Podemos ver cómo tratarían de convencerle para que hiciera la voluntad del emperador.

> «Todos sabemos que esta idolatría es una falacia, en realidad lo que el emperador quiere es que reconozcamos su autoridad. ¿Qué importa si, por fuera, nos inclinamos ante él? Eso no significa que controle nuestra mente o nuestro corazón. Si hombres buenos como ustedes tres, gente de probada capacidad e integridad, se niegan a inclinarse y los ejecutan, la situación será peor. Ustedes son los mejores en el gobierno; si no se quedan allí para ejercer una influencia positiva en los niveles más altos del estado, ¿qué esperanza tenemos nosotros? Además, piensa en tu esposa y en tus hijos. ¿Qué harán cuando desperdicies tu vida en vano? No, recapacita, por nuestro bien, participa en la ceremonia como todo el mundo. Te necesitamos allí en los más altos niveles.»

Pero ellos no iban a inclinarse. Es verdad que la reverencia era un gesto externo, pero Nabucodonosor lo tomaba como una aceptación a su régimen idolátrico. Los tres amigos no estaban dispuestos a postrarse, costara lo que costara.

Con seguridad agonizaban mientras batallaban con estas cuestiones en su interior y enfrentaban la incomprensión de sus amigos o tal vez de sus propias familias. No tenemos detalles de cómo reaccionaron sus conocidos; sin embargo, no los necesitamos para saber que era una situación horrible para todos, y que se crecía con la llegada del día de la ceremonia.

Dejemos que Daniel lo describa:

> *El rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro cuya altura era de sesenta codos, y su anchura de seis codos [aproximadamente 27 x 2.7 metros o 90 x 9 pies]; la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia. Y envió el rey Nabucodonosor a que se reuniesen los sátrapas, los magistrados y capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias, para que viniesen a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado. Fueron, pues, reunidos los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces, y todos los gobernadores de las provincias, a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado; y estaban en pie delante de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor* (Daniel 3:1-3).

La escena era impresionante: la estatua enorme que el emperador había construido se erguía ante el paisaje. Por fuerza pensamos que era una estatua del hombre colosal que había visto en sueños. Con certeza, el mensaje era mostrarles a todos los dignatarios reunidos a sus pies, que Nabucodonosor era un superhumano. Era una expresión de idolatría y la mayor consecuencia de rechazar al Dios verdadero.

La gran orquesta estaba allí lista para tocar y el pregonero anunciaba en alta voz:

> *Mándase a vosotros, oh pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampona y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha levantado; y cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiendo* (Daniel 3:4-6).

Se hizo un gran silencio mientras el rey y sus nobles esperaban que la música comenzara. El uso de la música no era casual, ni tampoco el horno que era una grotesca y brutal amenaza de cremación instantánea para cualquiera que se rebelara. (El código de Hammurabi establecía la incineración para castigar diversos crímenes). La música, por el contrario, era para seducir. La música tiene el poder de influenciar los sentidos y desinhibir a las personas. La generación de los sesenta no fue la primera en descubrirlo: se conoce desde hace siglos. La música contemporánea puede desempeñar un papel similar, su vibración constante puede anestesiar la mente para que acepte la letra. El emperador lo sabía bien: disiparía cualquier duda haciendo que sus nobles se inclinaran, transportados por la música. Escuchar tales armonías desvanecería cualquier resistencia moral o intelectual. (Vale la pena preguntarnos: ¿en realidad apruebo las letras de la música que consumo?)

Al tener en cuenta los instrumentos mencionados hubo un momento en que se

llegó a pensar que Daniel debía ubicarse en el segundo siglo. Sin embargo, los estudiosos actuales tienen otra opinión. Alan Millard escribe:

> Las palabras griegas en el capítulo 3, que son nombres de instrumentos musicales, son más aceptables en el contexto del siglo sexto cuando se publicaron las listas de las raciones que se les asignaban a las personas que estaban en el palacio de Nabucodonosor. Junto a Joaquín, rey de Judá, había otras personas del Levante y de Anatolia, incluidos los griegos. En los textos de corte legal aparecen testimonios posteriores de griegos que vivían y que incluso poseían propiedades en Babilonia.

Millard prosigue con un comentario general sobre el lenguaje del libro que sería conveniente citar:

> Existen nuevos estudios sobre la historia del hebreo bíblico, especialmente a la luz de los Rollos del Mar Muerto, y las diferencias que aparecen entre los libros ya no se perciben como demarcadores de diferentes períodos. Aunque el hebreo de Daniel podría indicar una fecha del siglo II, también podría hacerlo para una anterior. La presencia de vocablos persas en un libro hebreo (y arameo) escrito en el período persa no es motivo para objeciones. (Hoffmeier y Magary 2012, página 278.)

El precio de la integridad espiritual

Parecía que todo iba a ocurrir sin novedades:

> *Por lo cual, al oír todos los pueblos el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampona y de todo instrumento de música, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado* (Daniel 3:7).

Quizás, debido al tamaño de la multitud, el rey no vio a las tres personas que permanecieron en pie cuando los demás se postraron ante la estatua de oro. Pero eso no duraría mucho:

> *Por esto en aquel tiempo algunos varones caldeos vinieron y acusaron maliciosamente a los judíos. Hablaron y dijeron al rey Nabucodonosor: Rey, para siempre vive. Tú, oh rey, has dado una ley que todo hombre, al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del*

> *salterio, de la zampona y de todo instrumento de música, se postre y adore la estatua de oro; y el que no se postre y adore, sea echado dentro de un horno de fuego ardiendo. Hay unos varones judíos, los cuales pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego; estos varones, oh rey, no te han respetado; no adoran tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado* (Daniel 3: 8-12).

¿Eran los acusadores las mismas personas que Daniel había salvado con anterioridad?

Si lo eran, su gratitud duró muy poco. Enseguida usaron el argumento antisemita: *Hay unos varones judíos...* y le dijeron una mentira, seguida de una verdad: *estos varones, oh rey, no te han respetado.* Era una inculpación absurda. El rey en persona les había otorgado sus posiciones en reconocimiento a su capacidad. Pero sí era completamente cierto que no servían a los dioses del emperador, ni se habían postrado ante la estatua de oro.

Tal afirmación enfureció al rey:

> *Entonces Nabucodonosor dijo con ira y con enojo que trajesen a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Al instante fueron traídos estos varones delante del rey. Habló Nabucodonosor y les dijo: ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios, ni adoráis la estatua de oro que he levantado? Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que, al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampona y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?* (Daniel 3:13-15).

Ahora la pelea era a muerte. En su desenfrenada ira, el emperador reveló lo que se escondía detrás de la ceremonia. No dijo: «¿y qué dios será aquel que os libre de mi dios?» El dijo: «¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos?» Así que, la estatua de oro era una representación del propio Nabucodonosor, como el texto señala varias veces: ¡él mismo la había levantado! Lo que ellos habían desafiado era el *poder* del emperador, y él les estaba dando otra oportunidad de reconocer que su autoridad era limitada ¡Cómo habían cambiado las cosas! En el capítulo anterior, vimos cómo Nabucodonosor mismo cayó delante de Daniel y le rindió honores; olvidó todo aquello cuando se enfureció con los jóvenes.

Estaba fuera de sí. Pero ellos se negaron a obedecer.

> *Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor*

> *diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librara. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado* (Daniel 3:16-18).

Rechazaron totalmente la afirmación del emperador de que su Dios no podía salvarlos. Estaban convencidos de que sí podía hacerlo y así se lo hicieron saber. Sin embargo, en un despliegue impresionante de coraje y de confianza en el Señor, también le señalaron que habían considerado la posibilidad de que no los librara. No podían aseverar lo que el Señor haría, era Su decisión. Pero, los librara o no, de todas formas, no iban a inclinarse ante la estatua. Era un asunto de principios morales.

Nadie había desafiado de esta manera a Nabucodonosor en toda su vida. Cuando comprendió que había un punto en el que era impotente contra estos hombres, su furia se desató por completo. Claro que podía matarlos, pero ese no era el problema. Lo que no podía hacer era obligarlos a inclinarse. Siempre pensó que los seres humanos harían cualquier cosa para salvar sus vidas. Su plan para que los nobles se inclinaran, se basaba en la creencia de que, para toda persona, la vida era lo más importante.

Para su asombro, descubrió que no siempre era el caso. Incluso, dentro de su propia administración había hombres, personas de habilidad probada y altos cargos, que le daban un valor relativo a sus vidas comparadas con el valor absoluto de Dios. La reacción del rey fue una cólera de impotente frustración.

Una de las principales lecciones que Dios había tratado de enseñarle a través del sueño (Daniel 2) era que su mandato tendría un final: otros imperios sucederían al suyo, y saberlo lo había perturbado profundamente. Tal vez su subconsciente lo llevó a construir la estatua de oro para evitar lo inevitable; pero lo que ahora tenía delante le parecía aún peor. Aunque estaba en el poder, su mandato era limitado, así como el ejercicio del mismo. No tenía autoridad sobre tres hombres que estaban dispuestos a sacrificar sus vidas por lo que creían. Era demasiado, no podía soportarlo.

El calor del horno no le parecía suficiente, así que lo calentaron a tal punto que los hombres que lanzaron a los tres amigos dentro del mismo se quemaron. Eso no le importaba al emperador, ya se había librado de los tres rebeldes.

O eso pensaba.

Rescatados del fuego

> *Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, y se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean*

> *en medio del juego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses. Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos de Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego* (Daniel 3:24-26).

Fue un momento muy dramático, él nunca había visto o imaginado algo así. Los tres amigos no habían muerto y el fuego que consumió a otros no los había afectado a ellos:

> *Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían* (Daniel 3:27).

La experiencia fue desconcertante, en particular la presencia de la misteriosa cuarta figura que se paseaba en el fuego, y que a Nabucodonosor le pareció *semejante a hijo de los dioses.* El emperador había emitido lo que consideraba un reto a los cielos: ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos? Descubrió horrorizado que había un Dios en las alturas que podía hacer eso a la perfección, uno que ignoraba por completo sus amenazas. Fue Él quien se identificó con los hombres dentro del fuego, los desató y los libró. Una vez más, el Señor había invadido el mundo del rey y exigía su atención.

> *Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios. Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; por cuanto no hay dios que pueda librar como éste. Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia* (Daniel 3:28-30).

No es sorpresa que fuera la manera de rescatarlos lo que impresionó a Nabucodonosor. Dios no solo había rescatado *del* fuego a los tres amigos, aunque podía hacerlo, como anteriormente ellos le habían dicho al emperador, sino que los había librado *dentro* del mismo. En realidad, habían sufrido, pero todo ocurrió antes de llegar al horno. Los horrores que habían anticipado y que con seguridad temían no llegaron a ocurrir.

Aquí hay un principio relevante: Dios es un gran libertador; pero no nos librará de

tener que elegir por nosotros mismos. No porque no pueda, sino porque quiere que nosotros nos fortalezcamos. Nuestro carácter se desarrolla en gran medida cuando tomamos decisiones responsables ante Él por nosotros mismos. Si Dios «decide» por nosotros, entonces nos deshumaniza y nos convierte, por así decirlo, en robots amorales.

Cuando los niños son muy pequeños, es frecuente que los padres tengan que decidir por ellos. Pero es triste cuando vemos que los padres tienen que decidir por los niños-adultos, porque a menudo es una señal de que algo falló en el desarrollo de su carácter.

Así que hay situaciones en las que el Señor, porque nos ama, permitirá que tengamos que tomar determinadas decisiones y elegir cómo procederemos. Sadrac, Mesac y Abed-nego tuvieron que decidir si lo ponían a Él en primer lugar; eso no significa que no tuvieran orientación. Ellos habían acumulado experiencia en cuanto a la confiabilidad de Dios y esta fue su orientación hasta el momento adverso, así que decidieron confiar en Él una vez más, sin importar lo que les costara. Entonces el Señor los reivindicó de modo convincente.

Por fuerza, nos preguntamos si había algunos en aquella gran multitud de funcionarios babilonios que, al ver a los tres hombres salir ilesos del fuego, desearon en sus corazones haber tenido el mismo coraje. Pero era demasiado tarde.

Nabucodonosor era un hombre cuyos impulsos iban de extremo a extremo. Algunas veces estaba furioso contra Dios, y otras amenazaba con matar y destruir no solo a individuos sino a naciones enteras si decían algo difamatorio contra ese mismo Dios.

También promovió a los tres amigos.

Con seguridad todos los altos funcionarios que presenciaron tal incidente lo relataron durante años. No cabe duda de que también les dio a Sadrac, Mesac, Abed-nego y al mismo Daniel muchas oportunidades de testificar sobre Dios.

En siglos posteriores a este suceso, muchos creyentes han enfrentado la amenaza de ser quemados vivos si no renuncian a su fe. Siempre lo recuerdo cuando camino por Broad Street en Oxford, frente a Balliol College, un lugar inadvertido por peatones y ciclistas: hay una cruz de piedra rodeada por un pequeño círculo de adoquines que marca el lugar donde los Mártires de Oxford, los obispos Ridley y Latimer y el arzobispo Thomas Cranmer, fueron inmolados por su fe: Ridley y Latimer el 16 de octubre de 1555, y Cranmer el 21 de marzo de 1556.

A estas cremaciones (y a muchas otras a lo largo de los años) no las acompañó una liberación sobrenatural. La promesa del Señor por boca de Isaías, de que las aguas no los ahogarán o el fuego no los quemará no debe entenderse como una garantía para los creyentes:

> *Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama*

> *arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador* (Isaías 43:2-3).

Él puede librar, pero no siempre decide hacerlo. Cuando no lo hace, nuestros corazones se llenan del coraje de los creyentes de épocas pasadas. En la estaca, las últimas palabras de Latimer fueron: «Tenga buen ánimo, maestro Ridley, y llénese de coraje porque este día encenderá tal lámpara en Inglaterra que estoy seguro, por la gracia de Dios, de que nunca se apagará.» Esa lámpara aún está encendida hoy en día.

Anteriormente, en este capítulo señalé que la historia de los tres amigos de Daniel está tan alejada de la experiencia cotidiana que resulta fácil pasar por alto su significado general. Pero todos los que seguimos a Jesús debemos tomar decisiones que pongan a prueba nuestros valores. De hecho, el desafío está presente en el propio mensaje del evangelio. En una ocasión, Jesús mismo describió la salvación como un banquete gratis para todo el mundo. Esto es el centro del evangelio: la salvación ni se gana ni se merece; es un don de la gracia de Dios que se recibe por la fe en Cristo.

Sin embargo, como D. W. Gooding señala:

> Aunque es gratis no significa que sea barata. Todo lo contrario. Este párrafo pronto explicará que la salvación es tan valiosa que, si recibirla como un regalo significa perderlo todo, tendríamos que ser muy tontos para no aceptar la pérdida.

Estas son las palabras de Jesús:

> *Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo* (Lucas 14:26-27).

Miles de cristianos enfrentan dicha elección a lo largo de sus vidas y aún al final de ellas la siguen enfrentando. Ellos, como Saulo de Tarso, ven claramente que la salvación es un regalo gratuito. También aprecian con claridad que confesar su fe en Cristo les costará sus carreras, su familia, sus amigos e incluso la vida misma; y tienen que decidir entre Él y la salvación, por un lado, y todo lo demás por el otro. Todos sus discípulos deben estar preparados para esa elección en algún momento. Ellos deben estar listos para «odiar», es decir, relegar, y si es necesario, abandonar todo lo demás (véase D. W. Gooding, 1987, página 268). Es esto lo que hace que la historia de Sadrac, Mesac y Abed-nego goce de fama en todas las épocas. Después de todo, la confesión esencial de la fe cristiana es que *Jesucristo es el Señor.* Esta porción de Daniel cuestiona cuán en serio lo afirmamos. Sus tres amigos, sin reservas, presentaron sus cuerpos como un sacrificio vivo. ¿Podría yo?

En mis visitas a Rusia, en particular durante los años inmediatos a la caída del

muro de Berlín, me encontré con personas que habían estado presas en el Gulag soviético. El primer hombre que conocí había pasada varios años detenido en un campo de trabajo en Siberia por el delito de enseñarles la Biblia a los niños. Me describió que había visto cosas que un hombre nunca debería ver. Lo escuché, pensando en lo poco que en re dad sabía de la vida, y me preguntaba cómo me habría comportado en su lugar. De repente, como si hubiera leído mis pensamientos, me dijo: «No habría podido enfrentarlo, ¿verdad?» Sonrojado, le respondí algo así como: «No, creo que no, usted tiene razón.» Luego sonrió y me dijo: «¡Ni yo tampoco! Yo me desmayaba cuando veía mi propia sangre, imagínese la de otro. Pero en el campamento descubrí esto: Dios no nos ayuda a enfrentar situaciones teóricas sino reales. Al igual que usted, yo no podía imaginar cómo hacerle frente al Gulag. Sin embargo, cuando estuve allí, Él vino a mi encuentro, exactamente como Jesús se lo prometió a los discípulos cuando los estaba preparando para la persecución y el martirio.»

Lo que les dijo es muy importante:

> *Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.* (Mateo 10:17-20).

Por supuesto, Jesús no dijo que Sus discípulos siempre enfrentarían situaciones sin ninguna preparación. Lo que declara no es excusa para que insultemos a una audiencia al no prepararnos para dar una conferencia. Jesús se refiere a situaciones donde los creyentes corren el riesgo de que los lleven ante los tribunales, los persigan, o algo peor, y no tengan tiempo para prepararse adecuadamente. Él promete darles el valor y la sabiduría para hablar lo correcto. Hoy día esa promesa tiene un gran significado para los creyentes en muchos lugares del mundo.

Se paga un precio muy alto por resistirse a la idolatría. Pero no es comparable al precio de rechazar a Dios, como veremos en el clímax de la primera mitad del libro cuando asistamos a la fiesta de Belsasar.

Aunque, primero, el rey Nabucodonosor tiene algo que decir.

CAPÍTULO 12

EL TESTIMONIO DE NABUCODONOSOR
Daniel 4

Los capítulos 2 y 3 de Daniel nos han llevado al mundo de la política del poder. Los capítulos 4 y 5 nos llevarán al mundo de la arquitectura, el arte y la belleza, lo cual también, en gran medida, formaba parte de la cultura babilónica.

El capítulo 4 es emitido en forma de declaración hecha por el emperador Nabucodonosor, en la cual testifica de su experiencia personal con Dios. Como un testimonio poderoso de un líder mundial sobre su fe en Dios, esta sección de Daniel es una notable obra de literatura, y debe haber atraído un interés considerable en el mundo antiguo, así como lo haría una declaración similar hecha por uno de los líderes mundiales de la actualidad. Los líderes mundiales (al menos en el occidente) no suelen «hacerle a Dios» como dice el dicho. Nabucodonosor lo hizo, y esto es lo que refirió:

> *Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación* (Daniel 4:1-3).

Es de suponer que Nabucodonosor dio permiso a Daniel para publicar su declaración. De hecho, es posible que el emperador quizás haya involucrado a Daniel en su redacción. Esto hace que surja la pregunta interesante de hasta qué punto Nabucodonosor llegó a conocer sobre lo que el mismo Daniel escribió. A nosotros nos gustaría saber más, pero no sabemos; y por lo tanto debemos contentarnos con imaginar lo sucedido a partir del texto que tenemos.

Al principio, Nabucodonosor declara que su propósito es que toda la Tierra (o al menos la parte sobre la que tuvo influencia) conozca la naturaleza de las señales y maravillas que Dios le ha mostrado. Nabucodonosor había comprendido que el reino de Dios existía y era eterno, a diferencia de todos los imperios terrenales, incluyendo Babilonia.

El emperador entonces relata otro de sus sueños. No se refiere al sueño anterior que es el centro de Daniel 2. Quizás el rey decidió concentrarse en este sueño en particular porque resultó ser el más decisivo en su vuelco hacia Dios. Nabucodonosor confiesa de inmediato que su sueño era tan perturbador que lo había llevado una vez más a consultar a sus expertos. Es curioso, pero esta vez él no trató de probarlos al

ocultarles el contenido del sueño. Les contó directamente de lo que se trataba.

Tal vez pensó que no valía la pena probarlos de nuevo, pues sabía cuán vacías eran sus declaraciones. Y como para confirmar esto, ellos expresaron que eran incapaces de interpretar el sueño. Fue un movimiento sagaz de su parte. En ese momento Daniel era un hombre muy anciano en la administración (Nabucodonosor lo llama *jefe de los magos)* y tenía un historial probado de exitosas interpretaciones de sueños. Por lo tanto, podemos imaginar que los consejeros preferían confesar su ignorancia en lugar de arriesgarse a que se probara que sus mejores presunciones estaban equivocadas por la sabiduría y el entendimiento superiores de Daniel. Una vez más su incapacidad era evidente.

Nabucodonosor prosigue a describir cómo Daniel finalmente se presentó ante él. Notamos que el nombre hebreo de Daniel no ha sido olvidado. Nabucodonosor lo usa aquí, pero también menciona su nombre babilónico, Beltsasar, y señala que se deriva del nombre de su dios (Bel o Merodac), y que Daniel era un hombre *en quien está el espíritu de los dioses santos.* El politeísmo de Nabucodonosor aún se puede apreciar. Él es un hombre que está en un proceso: aún confundido, sin embargo, con el deseo de testificar de lo que el Dios de Daniel ha hecho por él.

Nabucodonosor se dirige a Daniel con gran respeto mientras relata su sueño:

> *Beltsasar, jefe de los magos, ya que he entendido que hay en ti espíritu de los dioses santos, y que ningún misterio se te esconde, declárame las visiones de mi sueño que he visto, y su interpretación. Estas fueron las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama: Me parecía ver en medio de la tierra un árbol, cuya altura era grande. Crecía este árbol, y se hacía fuerte, y su copa llegaba hasta el cielo, y se le alcanzaba a ver desde todos los confines de la tierra. Su follaje era hermoso y su fruto abundante, y había en él alimento para todos. Debajo de él se ponían a la sombra las bestias del campo, y en sus ramas hacían morada las aves del cielo, y se mantenía de él toda carne.*
>
> *Vi en las visiones de mi cabeza mientras estaba en mi cama, que he aquí un vigilante y santo descendía del cielo. Y clamaba fuertemente y decía así: Derribad el árbol, y cortad sus ramas, quitadle el follaje, y dispersad su fruto; váyanse las bestias que están debajo de él, y las aves de sus ramas. Mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce entre la hierba del campo; sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra. Su corazón de hombre sea cambiado, y le sea dado corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por dicho de los santos la resolución, para que conozcan los vivientes que el Altísimo gobierna el reino de los hombres,*

y que a quien él quiere lo da, y constituye sobre él al más bajo de los hombres. Yo el rey Nabucodonosor he visto este sueño. Tú, pues, Beltsasar, dirás la interpretación de él, porque todos los sabios de mi reino no han podido mostrarme su interpretación; mas tú puedes, porque mora en ti el espíritu de los dioses santos.

Entonces Daniel, cuyo nombre era Beltsasar, quedó atónito casi una hora, y sus pensamientos lo turbaban. El rey habló y dijo: Beltsasar, no te turben ni el sueño ni su interpretación. Beltsasar respondió y dijo: Señor mío, el sueño sea para tus enemigos, y su interpretación para los que mal te quieren.

El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte, y cuya copa llegaba hasta el cielo, y que se veía desde todos los confines de la tierra, cuyo follaje era hermoso, y su fruto abundante, y en que había alimento para todos, debajo del cual moraban las bestias del campo, y en cuyas ramas anidaban las aves del cielo, tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte, pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra.

Y en cuanto a lo que vio el rey; un vigilante y santo que descendía del cielo y decía: Cortad el árbol y destruidlo; mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con atadura de hierro y de bronce en la hierba del campo; y sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias del campo sea su parte, hasta que pasen sobre él siete tiempos; esta es la interpretación, oh rey, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor el rey: Que te echarán de entre los hombres, y con las bestias del campo será tu morada, y con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes, y con el rocío del cielo serás bañado; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que conozcas que el Altísimo tiene dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere. Y en cuanto a la orden de dejar en la tierra la cepa de las raíces del mismo árbol, significa que tu reino te quedará firme, luego que reconozcas que el cielo gobierna. Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad.

Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor. Al cabo de doce meses, paseando en el palacio real de Babilonia, habló el rey y dijo: ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de

> *mi poder, y para gloria de mi majestad? Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo: A ti se te dice, rey Nabucodonosor: El reino ha sido quitado de ti; y de entre los hombres te arrojarán, y con las bestias del campo será tu habitación, y como a los bueyes te apacentarán; y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo tiene el dominio en el reino de los hombres, y lo da a quien él quiere.*
>
> *En la misma hora se cumplió la palabra sobre Nabucodonosor, y fue echado de entre los hombres; y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves. Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia* (Daniel 4:9-37).

El relato principal está claro. En su sueño Nabucodonosor ve un árbol hermoso que es fuente de alimento, protección y sombra para toda la tierra, tal es su tamaño colosal y exuberante fertilidad. Desde un punto de vista estético es agradable en todos los sentidos. Sin embargo, Nabucodonosor escucha una orden que viene «de arriba» de derribar el árbol, no de destruirlo por completo sino de dejar la cepa en la tierra.

El majestuoso árbol es símbolo de un hombre, y se evidencia en la declaración que su mente humana será cambiada y se le dará mente de animal por un período de *siete tiempos,* hasta que aprenda que *el Altísimo gobierna el reino de los hombres.*

Cuando Daniel escucha el sueño y se da cuenta de lo que significa para el emperador, el abatimiento y la consternación se perciben en su rostro. Nabucodonosor anima a Daniel a no preocuparse, por lo que se dispone a contarle al rey el significado del sueño. Como Nabucodonosor debe haberse dado cuenta, no se trataba de nadie más que de él mismo.

La naturaleza de la verdadera grandeza

Es notable que las tres etapas de la revelación de Dios a Nabucodonosor (en los capítulos 2, 3 y 4) se enfocan en algo de tamaño inmenso: un sueño de una imagen colosal, una estatua de oro real, y el sueño de un árbol gigantesco. Cada uno expresa algo sobre Nabucodonosor: él es la imponente cabeza de oro en la imagen del sueño, la *eminencia gris* que se oculta apenas detrás de la imagen de oro, y el gran árbol que aparece sobre la tierra. Nos da la impresión de que Nabucodonosor era un hombre grande en todo el sentido de la palabra. Como Daniel relata: *tú mismo eres, oh rey, que creciste y te hiciste fuerte, pues creció tu grandeza y ha llegado hasta el cielo, y tu dominio hasta los confines de la tierra*.

Nabucodonosor era un gran hombre a cargo de un enorme imperio cuya capital fue una de las maravillas del mundo antiguo, una ciudad inicialmente diseñada para reflejar los logros humanos, simbolizados en su famoso zigurat cuya cúspide penetraba los cielos. Daniel se asegura de que Nabucodonosor vea la conexión, ahora es el emperador cuya *grandeza ha llegado hasta el cielo*.

Como vimos antes, Nabucodonosor era un hombre muy grande. Al igual que sus ancestros ideológicos, los hombres de acción que conmovieron la antigua Babel, Nabucodonosor había logrado hacerse nombre para sí. Y, justo como en tiempos más antiguos, cuando Dios se inclinó a ver lo que motivaba a Babel y tuvo que juzgarla, ahora Dios se interesa en las motivaciones del rey de Babilonia, y, como resultado, tiene que disciplinarlo física y mentalmente. La interrogante es: ¿Cuáles son las cuestiones en riesgo?

El árbol era atractivo en extremo. Sus hojas eran bellas; brindaba protección, sombra y alimento a un vasto imperio. Una vez más notamos que esta es la valoración que Dios hace de Nabucodonosor; y está lejos del negativismo de tristeza y condenación que caracteriza algunas literaturas apocalípticas. Había algo positivamente glorioso sobre los éxitos de Nabucodonosor, y Dios los aprobó.

La imagen de un árbol hermoso es muy sugerente, ya que el primer mandamiento que se da sobre árboles en la Biblia en el relato de la creación tiene que ver con sus cualidades estéticas:

> *Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal* (Génesis 2:9).

Los seres humanos tienen un sentido estético que responde a la belleza natural de los árboles. Parte de la fama mundial de Babilonia tuvo que ver con sus jardines colgantes.[24] Sin duda ellos contenían una impresionante colección de árboles entre los que era un absoluto deleite caminar.

Más allá de los jardines, Babilonia estaba llena de expresiones arquitectónicas y artísticas de la imaginación estética de Nabucodonosor. El la había convertido en una

ciudad gloriosa. Además, se había asegurado de que todos supieran que él era el responsable de su magnificencia, al estampar su nombre en la gran mayoría de los ladrillos que se usaron. El señor Henry Rawlinson expresa: «He examinado los ladrillos que pertenecían quizás a cientos diferentes de pueblos y ciudades en las cercanías de Bagdad, y nunca he encontrado alguna otra inscripción que la de Nabucodonosor, hijo de Nabopolasar, rey de Babilonia».

Los árboles no solo son agradables desde un punto de vista estético, sino que según Génesis son también *buenos para comer*. Y el gran «árbol», que era Nabucodonosor, había provisto alimento para su imperio. Él había llenado su imperio de innumerables cosas para sus ciudadanos, cosas que imaginaba que contribuirían a una vida plena en todos los niveles. Su propia descripción de su estado de ánimo cuando tuvo el sueño es reveladora: *Yo Nabucodonosor estaba tranquilo en mi casa, y floreciente en mi palacio* (Daniel 4:4). La palabra aquí que se traduce como «floreciente» está relacionada a la palabra hebrea que se usa para denotar el follaje exuberante de un árbol (ver, por ejemplo, Salmos 92:12-14).

Tal vez Nabucodonosor incluso imaginó que él era un verdadero árbol de vida, en el centro de un jardín en el medio de la Tierra. Esta simbología trae a la memoria de inmediato y de forma poderosa el recuerdo de un jardín más antiguo: el jardín del Edén. De acuerdo al relato de Génesis, Dios plantó ese jardín, y puso a los primeros humanos en él como sus encargados para que lo cuidaran.

Esto debería ser suficiente para mostrarnos que Dios no estaba disciplinando a Nabucodonosor porque era un excelente arquitecto y diseñador de ciudades que había construido una ciudad magnífica y la había adornado con hermosos jardines. Dios no está en contra del florecimiento cultural humano en términos de uso creativo de la estética. Por el contrario, se lo dio a los primeros humanos y los animó a usarlo. Hizo lo mismo con Nabucodonosor.

No, el emperador no estaba siendo disciplinado porque había utilizado su sentido estético para crear una ciudad maravillosa. De hecho, cuando el rey aprendió su lección, Dios no solo le devolvió toda la gloria que había perdido, sino que le dio aún más.

Para ver cuál era el verdadero problema, pensemos en ese otro árbol en el jardín del Edén, el árbol del conocimiento del bien y el mal. Los seres humanos no solo poseen un sentido estético sino también un sentido moral. Somos seres morales. La falta de Nabucodonosor estaba en la esfera de la moral. Podríamos expresar que él se concentró en el árbol de vida y descuidó el significado del árbol del conocimiento del bien y del mal. Daniel expresa hasta donde alcanza la esencia de su interpretación del sueño:

> *Por tanto, oh rey, acepta mi consejo: tus pecados redime con justicia, y tus iniquidades haciendo misericordias para con los oprimidos, pues tal vez será eso una prolongación de tu tranquilidad* (Daniel 4:27).

Según al análisis que Dios hace de su vida, Nabucodonosor tenía tres faltas de carácter principales. Las dos primeras eran que había descuidado la justicia y no había mostrado suficiente misericordia hacia los oprimidos. Dios consideró estas faltas tan graves que el emperador tendría que pasar un período de disciplina que incluiría perder su razón y ser excluido de la compañía humana a comer hierba como los bueyes. Al final sería restaurado, pero no hasta que se diera cuenta de que Dios gobierna en los reinos de los hombres.

En tercer lugar, como muchos hombres poderosos Nabucodonosor era culpable de un orgullo desmedido. Junto a su falta de integridad moral y misericordia humanitaria, este rasgo alimentó la ambición de crear un legado estético que llevara el sello inconfundible de su nombre. ¿Cuántos dictadores, del pasado y del presente, han robado y oprimido a los pobres para construir enormes edificios para glorificar sus propios nombres?

Una actividad de recreo que mi esposa y yo disfrutamos es visitar las casas señoriales de Gran Bretaña. Sus grandes diseños, habitaciones espaciosas llenas de muebles exquisitos, y paredes cubiertas con pinturas famosas, dan gran placer. Caminar en sus magníficos jardines durante la primavera es un puro deleite. Pero no podemos dejar de recordar que muchas de esas grandes propiedades son botines de guerra, o el fruto del trabajo de miles de personas mal pagadas y explotadas.

Sin embargo, enfaticémoslo una vez más, ya que parece lo contrario por la impresión que han dado algunas personas a través de los siglos. El cristianismo no considera que disfrutar las cosas bellas esté incorrecto en sí mismo. Después de todo, Dios creó nuestro sentido estético, y a la mayoría de nosotros nos gusta estar rodeados de flores y colores. La monotonía nos deprime.

El uso adecuado de nuestro sentido estético debe guiarnos a Dios mismo, quien es la fuente suprema de belleza. Pero si nuestro sentido estético (a alguna otra cosa) se convierte en nuestro amo, puede crear una separación entre nosotros y Dios y conducirnos a más maldad. De hecho, de acuerdo al relato de Génesis, esta fue precisamente la forma en que el veneno del pecado entró en el mundo por primera vez. El hombre y la mujer fueron alentados por el enemigo a separarse de Dios y seguir sus sentidos, con la falsa promesa de que serían *como Dios, sabiendo el bien y el mal* (Génesis 3:5). Nabucodonosor ahora enfrentaba esa misma situación.

Nosotros también la enfrentamos. Esta es una era hedonista, y se nos anima por todos lados a seguir nuestros deseos, cualesquiera que sean, a «hacer lo que queramos». Dios es representado como el Gran Inhibidor, y las personas son animadas a deshacerse de esos «dioses que no existen» que reprimen el éxito humano. El único límite en el comportamiento es el que establecen las leyes del lugar, en términos de causarles daño a otros, aunque la forma en que se debe medir esto es otro asunto.

A través de Daniel, Dios le dio a Nabucodonosor una oportunidad de arrepentirse y arreglar sus caminos, pero él no la tomó. Un año después de su sueño el juicio de

Dios se ejecutó contra él. Ocurrió cuando el rey estaba admirando la excelente vista panorámica de su gran ciudad desde la cima de su mundo, el tejado del palacio real. Su corazón se llenó de orgullo y se dijo a sí mismo (o a aquellos que lo rodeaban): ¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad? (Daniel 4:30). En ese preciso momento una voz del cielo le anunció su destino, y el desafortunado rey descendió a la oscuridad de un extraño tipo de locura.

Ha existido mucha especulación sobre la naturaleza de lo que afligió la mente de Nabucodonosor. Algunos han sugerido que fue *zoantropía*, una enfermedad mental donde la persona se imagina que es un buey y se comporta como tal. Otros han sugerido una enfermedad mental similar, *licantropía*, en la que la persona afligida se considera un lobo (una enfermedad que, sin duda, propició historias sobre hombres lobos). Lo que fuera, el texto de Daniel atribuye su aparición a la intervención directa de Dios, y enfatiza su aspecto conductual: Nabucodonosor comenzó a vivir como un animal y finalmente fue expulsado de la compañía humana.

Durante este tiempo, Daniel nos relata dos visiones que tuvo, en las cuales ve extraños animales compuestos que tienen ciertas características humanas. Hay una pregunta que surge de todo esto y es muy importante y altamente relevante para nuestro debate mientras pensamos en la fuente de la moralidad: ¿cuál es la naturaleza de la relación entre los seres humanos y los animales?

Humano y animal, ¿cuál es la diferencia?

La Biblia insiste en que los seres humanos son únicos, ya que fueron hechos a la imagen de Dios. Para usar la terminología bíblica, *Dios es espíritu*, (Juan 4:24); los seres humanos estamos compuestos de espíritu y carne; los animales son carne.

Peter Singer, bioético de la Universidad de Princeton, está en desacuerdo por completo, y atribuye muchos de nuestros problemas contemporáneos en la ética práctica a la perspectiva bíblica de que los seres humanos son una creación especial. Singer considera esta perspectiva como un «especismo» injustificado que debe ser rechazado. Según el *Oxford English Dictionary*, especismo se define como «discriminación o explotación de ciertas especies de animales por los seres humanos, basado en la presuposición de la superioridad de la raza humana». Curiosamente, a primera vista, el especismo puede parecer lo opuesto a la exaltación de Nabucodonosor de sí mismo sobre todas las demás criaturas de su reino.

Singer escribe:

> «Lo que sea que suceda en el futuro, es probable que resulte imposible restaurar por completo la perspectiva de santidad de la vida. Los fundamentos filosóficos de esta perspectiva han sido derribados. Ya no podemos basar nuestra ética en la idea de que los seres humanos son

> una forma especial de creación hechos a la imagen de Dios, distintos de los demás animales, y poseedores únicos de alma inmortal. Nuestra mejor comprensión de nuestra propia naturaleza ha cruzado el abismo que una vez se pensó que existía entre nosotros y otras especies, así que ¿por qué debemos creer que el mero hecho de que un ser sea miembro de la especie *Homo Sapiens* le confiere a su vida un valor único y casi infinito?»[25]

John Gray (2003, p. 37) piensa de forma similar:

> «En los últimos 200 años la filosofía ha sacudido la fe cristiana. No se ha librado del error cardinal del cristianismo, la creencia de que los humanos son radicalmente diferentes del resto de los animales».

De esta forma Singer y Gray cuestionan la distinción entre humanos y animales, y consideran cualquier estatus especial para los seres humanos como un ejemplo de especismo y, por lo tanto, algo que se debe desaprobar.[26]

Ahora bien, solo es justo señalar que esto no significa que tales filósofos piensan necesariamente que los seres humanos no tienen valor. De hecho, Singer ha escrito un libro desafiante, *The Life You Can Save* [La vida que usted puede salvar], y es uno de los principales portavoces de los derechos de los animales, quien ha sido un exitoso reconocido en frenar algunos de los crueles excesos de la cría industrial. Sin embargo, lo que esto significa es que ellos consideran a los seres humanos como parte de la naturaleza y que, por lo tanto, deben ser respetados como lo debe ser toda la naturaleza (con lo cual, hasta el momento, la mayoría de los teístas estarían de acuerdo), pero solo hasta ahí. Por consiguiente, los seres humanos pertenecen a una etapa (posiblemente temporal) en la continuidad del proceso de evolución animal, y a consecuencia deben ser respetados solo en la medida en que este estatus les otorgue valor moral (con lo que los teístas no estarían de acuerdo).

En una entrevista a un periódico australiano, Singer declaró que el pertenecía a la tradición intelectual del utilitario Jeremy Bentham, quien expresó en una ocasión:

> «Desde una perspectiva ética, todos estamos al mismo nivel, ya sea que nos paremos en dos pies, o cuatro, o ninguno».[27]

Y según Singer, en esta premisa de la continuidad de las especies animales es lógico pensar que, en ciertas circunstancias, los seres humanos pueden ser menos valiosos que otros animales. Aquí hay dos ejemplos para dar una idea de su punto de vista:

> «No existe razón para pensar que un pez sufre menos cuando muere en

> una red que lo que un feto sufre durante un aborto, por lo tanto, el argumento para no comer pescado es mucho más fuerte que el argumento contra el aborto» (1995, p. 209).
>
> «La vida de un recién nacido es de menos valor que la vida de un cerdo, un perro o un chimpancé» (1979, págs. 112-113)

Para llegar a una perspectiva tan radical (una opinión, pudiéramos expresar, tan abominable por completo a la intuición moral común) Singer niega que hay un Creador. Niega que los seres humanos somos criaturas especiales hechas a la imagen de Dios, y niega la existencia de un alma. Como su razón principal para hacer esto, él ofrece «nuestra mejor comprensión de nuestra propia naturaleza», y afirma que la ciencia ha cruzado el abismo entre nosotros y otras especies, de modo que la pertenencia al *homo sapiens* se reduce a «un mero hecho».

En un análisis más detallado, la perspectiva de Singer tiene su base en un mal entendimiento profundo de la enseñanza bíblica. Él imagina que Dios hizo a los humanos para ser árbitros de todo, *así que pueden hacer todo lo que quieran,* incluso la explotación de animales. Sin embargo, esta no es la perspectiva bíblica. Los seres humanos, hechos a la imagen de Dios, son responsables delante de Él como mayordomos, aun por su actitud hacia los animales y su uso de la tierra.

Existen muchos pasajes bíblicos que indican el cuidado de Dios por los animales. Jesús habla de las aves cuando son alimentadas por nuestro Padre celestial (Mateo 6:26). El día de reposo, Sábat, era para que lo disfrutaran tanto los animales como los humanos, y si las personas encontraban el buey o el asno del enemigo extraviado debían devolverlo al dueño, y rescatarlo si estuviera en dificultades (Éxodo 20:10; 23:4-5, 12). Y no se le debía poner bozal al buey que trilla (Deuteronomio 25:4).

Esta última declaración se cita dos veces en el Nuevo Testamento (1 Corintios 9:9; 1 Timoteo 5:18). Pablo deriva de allí el principio de que el obrero merece su salario. En la primera cita, Pablo pregunta: ¿Tiene Dios cuidado de los bueyes? lo que Singer utiliza para expresar que Pablo pensaba que Dios no se preocupa por los animales. Pero este no puede ser el caso. Como rabino, Pablo tomaba la ley con mucha seriedad. Él no negaría la comprensión original del mandamiento, una actitud humana hacia los animales, sino que la está aplicando en un sentido más amplio a los humanos.

Singer también cita la maldición de la higuera (Marcos 11:12-22) como un ejemplo de la indiferencia de Jesús hacia las plantas. ¿No era irracional maldecir el árbol por no tener frutos cuando, como Marcos lo expresa claramente, *no era tiempo de higos*? Sin embargo, un poco de investigación muestra que Singer estaba lejos de esta realidad. El problema se aclara de forma más satisfactoria en un debate llamado *The Barren Fig Tree* [La higuera estéril] publicado hace muchos años por W. M. Christie, un ministro de la Iglesia de Escocia en Palestina bajo el régimen mandatorio británico. En primer lugar, señala la época del año en que se cree que debe haber

ocurrido el incidente. (Si como es probable, Jesús fue crucificado el 6 de abril del 30 d. C, esto ocurrió durante los primeros días de abril). Christie continua:

> «Ahora, los hechos relacionados con la higuera son estos. Hacia finales de marzo las hojas comienzan a aparecer, y en aproximadamente una semana el follaje está completo. Simultaneo a [esto], y en ocasiones antes, aparece una cosecha de pequeñas perillas, no los higos reales, sino una especie de fruto primero. Crecen hasta el tamaño de las almendras verdes y en esa condición algunos campesinos y otros cuando están hambrientos los comen. Cuando llegan a su madurez indefinida se caen».

Estos precursores del verdadero higo se llaman *taqsh* en el árabe de Palestina. Su apariencia es como el presagio de la apariencia del verdadero higo completamente formado, unas seis semanas después. Así que, como Marcos señala, el tiempo de los higos no había llegado. Pero si las hojas aparecen sin ningún *taqsh*, es una señal de que no habrá higos. Dado que Jesús encontró *solo hojas*, es decir, hojas sin ningún *taqsh*, él supo que «era una higuera sin ninguna esperanza, infructífera», y así lo expresó. Usted no critica a un jardinero, mucho menos a un agricultor, por cortar un árbol como ese.

F. F. Bruce describe la maldición de la higuera estéril como una parábola de la vida real, que enfatizaba la parábola de la higuera expresada en Lucas 13:6-9 sobre la necesidad de arrepentirse y llevar frutos morales. La maldición de la higuera, así como la parábola de la viña, es un símbolo del pueblo de Israel, que corre el riesgo de ser juzgado. Es también razonable inferir que Jesús, sabiendo de antemano que Sus discípulos se sorprenderían por el rápido efecto que tuvo su maldición, usó esta higuera para provocar su reacción y así hacer más memorable la lección sobre la fe.

La perspectiva de Singer, de que la manera de obtener un trato más humano hacia los animales es deshacerse de la enseñanza bíblica sobre la naturaleza especial de los seres humanos, obviamente está errada, cuando vemos los criterios extremos a los que ha conducido (por ejemplo, infanticidio). Me gustaría sugerir que la verdadera respuesta está exactamente en la dirección opuesta. Es recuperar la enseñanza bíblica de que los seres humanos son llamados excepcionalmente a ser mayordomos responsa de la creación. No estamos aquí para explotarla y destruirla, sino ocuparnos de ella y cuidarla. De hecho, Dios se toma tan en serio gobierno delegado que parte de su juicio final implicará *destruir a los destruyen la tierra* (Apocalipsis 11:18).

De la oscuridad intelectual a la luz

El castigo de Nabucodonosor está claramente relacionado con su orgullo. Su intelecto, que se había elevado con altanería hasta el cielo, se oscureció, y su comportamiento

descendió al de un animal. Era una criatura extraña que merodeaba los campos a donde había sido confinado en Babilonia por siete largos años. ¿Tenemos aquí un eco del jardín del Edén, donde se originó la primera tentación al orgullo humano en un extraño animal con características humanas, una serpiente que hablaba?

El descenso de Nabucodonosor a la oscuridad intelectual de la conducta animal es por supuesto un caso extremo, pero sin duda ilustra un principio general importante. El oscurecimiento del intelecto es un asunto que se registra en el Nuevo Testamento, cuando Pablo describe cómo d rechazo a Dios al final tiene un efecto negativo en la mente, Él habla de aquellos que:

> *Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios...* (Romanos 1:21-22).

La mención de «gracias» aquí es fundamental. Decir «gracias» a alguien indica cierta dependencia de esa persona. Expresar gratitud a Dios es como un reconocimiento de la deuda y dependencia que tenemos para con Él. Es aquí donde los humanos en su orgullo tienden a equivocarse. Ellos no reconocen que son dependientes de alguien superior a ellos. *No tenemos amo,* es su clamor. Nabucodonosor era uno de ellos.

Pablo afirma que el rechazo a Dios tiene un efecto perjudicial sobre la razón. Muchos ateos, que piensan que su posición es un oasis de la razón y la lucidez, protestarían fuertemente. Es importante para mí aclarar que no estoy sugiriendo que los ateos no pueden pensar. Sin embargo, algunos, en particular aquellos de la marca «Nuevo Ateísmo», hacen una gran conmoción de lo que piensan, que creer en Dios hace daño a la mente. Sus descripciones de la creencia religiosa (como «virus de la mente») no son poco común. No se les ocurre que pudiera ser todo lo contrario.

Cuando se trata de pensar en Dios, ¿por qué algunas personas racionales, inteligentes parecen volverse irracionales? Por ejemplo, algunos de ellos persisten en declarar que Jesús nunca existió, aun cuando el peso abrumador de la erudición histórica antigua afirma lo contrario. Ellos insisten en ofrecer al público una opción entre Dios y la ciencia, cuando la lógica elemental debe mostrarles que la teología y la ciencia no son alternativas sino complementarias. Dios es una explicación en términos de agencia, y la ciencia en términos de mecanismo y ley. Me resulta fácil explicar esta distinción a la mayoría de los adolescentes.

Además, muchos ateos persisten en asegurar que el ateísmo no es un sistema de creencia, al mismo tiempo que proclaman *creerlo.* Ellos han decidido que la fe (cristiana) significa creer donde no hay evidencia, y luego se niegan a considerar cualquier evidencia importante que se les ofrezca.

Mi punto es que ellos no tolerarían tal superficialidad en otros, pero no parecen

ser capaces de ver eso en sí mismos. Algo les ha pasado a sus mentes. Su rechazo a pensar en Dios les ha llevado a la oscuridad intelectual. Como un agricultor astuto en Irlanda me declaró hace muchos años: «Si un hombre no puede ver la razón, entonces la razón no es su problema».

Es probable que Nabucodonosor fuera más arquitecto e ingeniero que científico. Fue su concepto orgulloso de sí mismo como creador y objetivo de las maravillas estéticas de Babilonia lo que lo llevó al fracaso. Ahora estaba descendiendo a tal punto en la oscuridad que estaba perdiendo toda disciplina de sí mismo, su cabello creció como plumas de águila y sus uñas como garras de ave.

Hay gradaciones en ese descenso. Cuando los seres humanos rechazan a Dios, mueren espiritualmente, y esa muerte mete la mano, arruina, distorsiona, tuerce y al final destruye todo lo que conforma la vida humana, desde la moral hasta la estética, desde las relaciones familiares hasta el trabajo.

Solo tenemos que pensar en algunos ejemplos de lo que se acepta como arte o entretenimiento en la actualidad para entender que el rechazo a Dios conduce a la muerte de la cultura civilizada. Lleva a la inversión de labores; donde la gran cantidad de desechos se celebra como arte de *vanguardia*, y la inmoralidad evidente se aplaude como teatro maravilloso. La oscuridad es tal que hay poca o ninguna comprensión o apreciación de que ha sucedido, el hombre ha descendido al nivel de un animal.

Revertir esto es lo que se entiende por «arrepentimiento», que en griego es *metánoia*, «cambio de mente». Implica alzar nuestros ojos y mente hacia el cielo, exactamente lo que Nabucodonosor hizo al final del período de su disciplina:

> *Mas al fin del tiempo yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo, y alabé y glorifiqué al que vive para siempre, cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces? En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; y fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo Nabucodonosor alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas, y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia* (Daniel 4:34-37).

Dos veces Nabucodonosor declara que su *razón le fue devuelta*. Por siete años, como Daniel había predicho que sucedería, él había estado en un oscurecimiento mental. Pero ahora la locura se había ido, su capacidad de razonamiento regresó y, probablemente para su gran asombro (ya que este era el antiguo Cercano Oriente),

incluso fue restaurado a su gloria anterior.

Nabucodonosor creyó que había encumbrado sobre su pueblo e imperio. Él descubrió que, junto a todos los demás habitantes del mundo, él no era nadie comparado con Dios. Al final, fue llevado a ver cuán grande es Dios, e inclinó su cabeza y su corazón para honrarlo y alabarlo por la rectitud y justicia de Sus caminos.

Nabucodonosor llegó a admitir que la humillación severa que Dios le dio era correcta y necesaria para llevarlo a la comprensión real de la naturaleza del reino de los cielos y Su dominio eterno.

Por supuesto, habría sido más agradable aprender esta lección sin atravesar siete años de oscuridad intelectual y comportamiento extraño; pero mejor aprenderla de esa forma que no aprenderla nunca. Para Nabucodonosor, acercarse a la fe en Dios no significó un abandonó de la razón; en un sentido bien literal fue un retorno a la razón.

Nos gustaría saber cuál fue la respuesta al testimonio del emperador. ¿Se publicó por primera vez como parte del Libro de Daniel, o circuló de forma independiente? Desafortunadamente, al menos hasta ahora, no nos es dado saber.

Por supuesto, el camino de fe de Nabucodonosor es único para él. Su época nos puede parecer remota, y quizás nos sea difícil encontrar relación con él o sus circunstancias. Sin embargo, su experiencia contiene principios con una aplicación directa para nosotros hoy.

Tal vez yo no edifiqué Babilonia, pero tendré menos logros que me tentarán al orgullo. No hay nada malo en disfrutar las cosas estéticamente hermosas de la vida, pero es posible que nuestra complacencia en ellas pueda apartar nuestros ojos de la necesidad de ser considerados con otros que no son tan afortunados.

Si se nos ha dado capacidad intelectual, talento artístico o musical, perspicacia para los negocios, o aptitud en miles de cosas, cuán fácilmente pensamos que de alguna manera somos la fuente. Además, lo mismo puede decirse de nuestra actitud hacia la capacidad espiritual. El apóstol Pablo estaba muy consciente del peligro aquí. En su famoso «himno» al amor como virtud suprema, escribe:

> *Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve* (1 Corintios 13:1-3).

Estamos acostumbrados a la situación donde alguien tiene el talento para los deportes o las artes, pero está profundamente equivocado en su comportamiento moral. La habilidad natural no necesariamente indica buen carácter; en cierto sentido es independiente del carácter. Lo que podemos encontrar difícil de entender es, como

Pablo expresa, que lo mismo sucede en el ámbito espiritual. Podemos tener muchos dones de Dios, pero si no mostramos amor en nuestro carácter, *esos dones de nada nos sirven.*

Esto es muy importante. Es triste expresarlo, el mundo cristiano no está exento de la competencia insistente que proclama en efecto: «Mi don es más importante que el tuyo». Dios reparte los dones como El quiere y organiza el cuerpo que es la iglesia de tal manera que los dones prominentes no son necesariamente los más importantes (1 Corintios 12:18-26). Además, aunque no todos los dones están disponibles para mí, el desarrollo del carácter sí lo está. Es más, como Pablo señala, un día los dones ya no serán necesarios. Todo lo que quedará será el carácter. Es una pregunta que debe hacerse con humildad: ¿qué me quedará cuando los dones se hayan ido?

En la iglesia primitiva, como en la actualidad, las personas hacían fila detrás de sus maestros y predicadores favoritos. Unos decían *Yo soy de Pablo* y otros *Yo soy de Apolos* (1 Corintios 3:14). Pablo fue fuerte en su reprensión al pensamiento sectario insipiente:

> *¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios. Así que, ninguno se gloríe en los hombres... ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?* (1 Corintios 3:5-6, 21; 4:7).

No somos la fuente de nuestros dones; no los merecíamos. No se nos dieron para alimentar nuestro orgullo, sino para ser usados para el beneficio de otros, así como nuestro. Si no los utilizamos en amor, quizás sean de servicio y valor para los demás, pero a nosotros no nos servirán de nada.

El sistema de valores de Nabucodonosor estaba errado. El nuestro puede estarlo también. Estoy seguro de que hemos notado que cuando nos dejamos llevar por el orgullo, nuestra conducta puede descender rápidamente al tipo de lucha brutal por posición que es evidente en el reino animal. Entonces corremos el riesgo de ser derribados.

CAPÍTULO 13

LA ESCRITURA EN LA PARED
Daniel 5

Antes se pensaba que Daniel 5 tenía poco o ningún respaldo histórico, por la simple razón de que no había una constatación independiente de la existencia de un monarca llamado Belsasar. Sin embargo, todo esto cambió, con el hallazgo de los llamados Cilindros de Nabonido, que ahora se encuentran en el Museo Británico.

Traducción

Soy Nabonido, rey de Babilonia, patrón de Esagila y Ezida, devoto de los grandes dioses. E-lugal-galga-sisa, el zigurat de E-gish-nu-gal en Ur, el cual Ur-Nammu, un exrey, construyó, pero no lo terminó (y) su hijo Shulgi terminó su edificación. En las inscripciones de Ur-Nammu y su hijo Shulgi leí que Ur-Nammu construyó ese zigurat, pero no lo terminó (y) su hijo Shulgi terminó su edificación.

Ahora que el zigurat se había envejecido, emprendí su construcción sobre los cimientos que Ur-Nammu y su hijo Shulgi hicieron siguiendo el plan original con betún y ladrillo cocido. Lo reconstruí para Sin, el señor de los dioses del cielo y del inframundo, el dios de dioses, que vive en los grandes cielos, el señor de E-gish-nu-gal en Ur, mi señor.

Sin, señor de los dioses, rey de los dioses del cielo y del inframundo, dios de dioses, que vive en los grandes cielos, cuando entre con gozo en este templo, que el bienestar de Esagila, Ezida y Egishshirgal, los templos de su gran divinidad, esté siempre en sus labios. Y que el temor de su gran divinidad esté en el corazón de su pueblo, para que no pequen contra su gran divinidad.

Que sus fundamentos [de los templos] se establezcan como los cielos. En cuanto a mí, Nabonido, rey de Babilonia, sálveme del pecado contra su gran divinidad, y deme vida por muchos días. Y en cuanto a Belsasar, mi hijo primogénito, mi propio hijo, que el temor de su gran divinidad esté en su corazón, y que no cometa ningún pecado; que disfrute de felicidad en la vida.

Nabucodonosor murió en el 562 a. C. y le sucedió Amel-Marduk del 562-560, el Evil-merodac de Jeremías 52:31 y 2 Reyes 25:27. Este a su vez fue sucedido por Mergal Shar-usar (Nergal-sharezer) del 560-556. Luego de él vino su hijo Labasi-Marduk que fue derrocado después de seis meses por un grupo de conspiradores, entre los que estaba Nabonido, quien sería el último rey caldeo.

Nabonido hizo corregente a su hijo Belsasar, le confió el reinado durante una ausencia de diez años en Arabia; de modo que Belsasar era técnicamente el segundo gobernante del reino. Esta es la razón por la cual solo fue capaz de ofrecer la posición de tercer gobernante en el reino a quien pudiera leer la escritura en la pared. La descripción de Nabucodonosor en Daniel 5, como el «padre» de Belsasar, es consistente con el uso antiguo en el Cercano Oriente, donde significa «antepasado» en lugar de progenitor inmediato. De hecho, se cree que la madre de Nabonido, Adad-guppi, era una hija de Nabucodonosor; así que Belsasar habría sido su nieto. (Ver la Biblia de Estudio Arqueológico, 2011, págs. 1393-1394).

Por la evidencia extra bíblica pareciera que Babilonia cayó ante las tropas persas sin ofrecer batalla en la ausencia de Nabonido. Heródoto registra en sus *Historias* (1190-1191) cómo las tropas persas lograron el acceso a la ciudad al desviar temporalmente el cauce del Río Éufrates.

¿Un banquete apropiado para un rey?

El relato del banquete de Belsasar es una de las partes más conocidas del Libro de Daniel. Ha sido pintado de forma maravillosa por Rembrandt y llevado a la música en el célebre oratorio por William Walton. De allí viene la frase memorable [en inglés] *la escritura está en la pared*, y le da un clima trágico espectacular a la primera mitad del Libro de Daniel.

Ya hemos notado que los vasos que Nabucodonosor saqueó del templo en Jerusalén e instaló en el museo de sus tesoros, constituyen el eje del drama final del Imperio babilónico. Vimos en nuestro estudio de Daniel 1 que estos utensilios son una expresión de valores, y nos conducen a una de las ideas principales que domina la primera mitad del libro. Este tema ahora llega al final de su trayectoria, y esos vasos de oro de Jerusalén son colocados sobre las mesas en el deslumbrante pero fatídico banquete que se ha conocido como el *Festín de Belsasar*.

Algunos han sugerido que Belsasar hizo su banquete para expresar su confianza en que Babilonia era impenetrable, aun cuando sabía que, en ese mismo momento, las tropas de Ciro estaban justo fuera de las murallas de la ciudad.

No sabemos el motivo, solo se nos comenta que el rey Belsasar *hizo un gran banquete a mil de sus príncipes.* Por lo tanto, esta es una historia sobre comida, y como tal, tiene un paralelo con el relato del capítulo 1, donde Daniel y sus amigos se niegan a comer la comida real.

El alimento obviamente es una parte importante de la vida, esencial para la supervivencia física. En el capítulo anterior de Daniel vimos como parte de la función de Nabucodonosor, como árbol de vida en el jardín de Babilonia, era proveer alimento para su vasto imperio. En nuestro disfrute de los alimentos tenemos mucho en común con los animales: por ejemplo, los perros parecen apreciar la comida tanto como nosotros. Sin embargo, lo trágico es que no todos los líderes de los países ven como su responsabilidad actuar como «árboles de vida» y se enriquecen de manera cruel a espaldas de una población hambrienta.

Comer es mucho más que satisfacer un apetito físico, aunque esto es de vital importancia. De hecho, cuando se mencionan los árboles por primera vez en el Libro de Génesis, se expresa que eran *agradables a los ojos y buenos para comer*. El orden es interesante, primero lo estético, y luego lo nutritivo. Daniel 4 ha llamado nuestra atención a lo primero. Ahora Daniel 5 se enfocará en lo segundo, aunque en estrecha conexión con lo primero.

La dimensión estética de nuestra alimentación es una de las características que nos distingue de los animales. Por supuesto, si tenemos prisa, podemos llenarnos al tragarnos de un bocado, sin mucho protocolo, una lata de frijoles cocidos, de la misma manera que nuestro perro devora un pedazo de carne que se le tira. Pero todos sabemos que existe una manera mejor y más agradable de comer. De hecho, en eso radica la fascinación de los incontables programas de televisión sobre la preparación de alimentos. Aquellos de nosotros que no somos expertos, nos sorprendemos por la belleza estética que los cocineros especializados pueden crear con una comida compuesta de los ingredientes más comunes. Y la mayoría de nosotros disfrutamos esas ocasiones especiales en que una comida ha sido preparada con detalle y de forma artística, los diversos platos balanceados de forma cuidadosa, y las velas y las flores puestas sobre la mesa.

Podemos estar seguros de que la sala de banquete de Belsasar era un espectáculo magnífico, que incluía los mejores asientos para mil príncipes relucientes a la luz de un candelabro bien adornado. Estéticamente, estaba tan perfecto como la corte real podía hacerlo. Como expresa el texto: era un *gran banquete*.

Sin embargo, una comida puede implicar mucho más que la estética. La fiesta de Belsasar con certeza lo hizo. El momento crucial llegó cuando el rey Belsasar bebía delante de los mil nobles. Cuando probó el vino, claramente algo le ocurrió. Llamó a los sirvientes y les ordenó que trajeran los vasos de oro del templo para adornar su fiesta. Puede sonar como un capricho, pero es obvio que era algo que había estado trabajando en su mente y en su corazón durante mucho tiempo.

Por lo que Daniel le responde al final, es evidente que Belsasar conocía de los vasos de Jerusalén. Sabía que Nabucodonosor los había tratado con respeto, y sabía exactamente dónde se encontraban cuando decidió llevarlos a su banquete. Eran magníficos: los mejores productos de los maestros artesanos de Israel. ¿Por qué deberían quedarse en un museo? ¿Por qué no usarlos para aumentar la belleza

espléndida de su festín?

Pero esa no fue la única razón por la que los mandó a buscar, de hecho, puede que no haya existido siquiera una razón. El verdadero motivo tenía que ver con el Dios por cuya gloria se habían hecho esas copas. Belsasar conocía de las experiencias sobrenaturales de Nabucodonosor con el Dios que estaba detrás de esos vasos. Sabía que al final él había llegado a adorar y honrar a este Dios como el Dios del cielo. Tenía conocimiento de todo esto y, sin embargo, lo rechazó: lo rechazó con tanta vehemencia que decidió repudiar a Dios públicamente en un gesto de blasfemia deliberada.

No podemos dejar de preguntarnos lo que sus nobles pensaron mientras miraban los vasos relucientes dispuestos en las mesas frente a ellos. De seguro muchos de ellos también sabrían lo que esos vasos representaban. Es difícil imaginar que cuando Belsasar invitó a sus príncipes a beber en ellos, no les informara de sus intenciones precisas. Después de todo, ¿cuál era el objetivo en hacer que las personas usaran los vasos si no sabían lo que estaban haciendo? Belsasar seguramente quería que ellos lo supieran, para que estuvieran tan comprometidos como él en su rechazo al Dios vivo.

Y así sus nobles se unieron a él para llevar esos vasos sagrados a sus labios y beber en nombre de los dioses babilónicos, cuyos ídolos, sin duda, llenaban el pasillo alrededor de ellos. Eso mostraría a los poderes de las tinieblas de Babilonia lo que Belsasar realmente pensaba del Dios de Israel. Les mostraría lo que él esperaba que hicieran si retenían su favor. El hecho de que creyeran o no que había alguna realidad en sus dioses, era irrelevante. Los vasos de los que bebían eran utensilios sagrados, no para ser usados en nada excepto para la adoración al único Dios verdadero; así que Belsasar y sus nobles estaban unidos en un acto deliberado de sacrilegio. Para Belsasar, nada era sagrado, excepto probablemente él mismo, su posición, su riqueza y su poder.

La escritura en la pared

Belsasar y sus invitados no estaban preparados para lo que sucedió entonces, aunque quizás debían haberlo estado. Algunos años antes, Nabucodonosor había preparado una ceremonia donde había insistido en que se diera adoración a su imagen de oro, solo para que su horno de fuego ardiente quedara reducido a la impotencia por el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego. En vista de esto, era una verdadera locura ahora usar los vasos de Dios en la adoración a los ídolos.

En un instante la celebración de su lujoso banquete se volvió un puro terror. Cada ojo vio lo que parecía una mano humana, que escribía sobre lo encalado de la pared del palacio, iluminada por el candelabro. El vino dejó de fluir. Belsasar se conmovió hasta lo más profundo. Palideció, su cuerpo comenzó a estremecerse de forma incontrolada y sus rodillas daban una contra la otra.

Años antes, cuando Daniel y sus amigos habían resistido el intento de hacerles beber el vino en la corte del rey, esto les había hecho lucir mejor en apariencia y

condición física que los otros compañeros. Ahora era el emperador quien perdía su color, como resultado de su beber desinhibido y blasfemo. El Dios que Belsasar no creía que existía, había atravesado todas sus débiles defensas y finalmente había obtenido toda la atención del rey. Debe haber sido aterrador para él descubrir de esta manera que el Dios en quien él no creía, era el que estaba allí.

Belsasar convocó con prisa a sus consejeros, y les prometió en su locura, fortunas incalculables de riqueza y posición si podían leer la escritura en la pared. Estaba desesperado por saber lo que decía. Ellos lo intentaron, pero no pudieron comprenderla.

Eso era extraño, porque podían ver la escritura con mucha claridad a la luz de la lámpara. Reconocían la escritura, y en un sentido las palabras les eran muy familiares. Eran palabras asociadas con pesos, medidas y dinero, minas, siclos y tiempos. Pero ni la luz del candelabro ni la de sus intelectos eran suficientes para hacerles ver lo que significaba la inscripción.

Imagine la escena hoy día, si en un banquete de estado apareciera una mano y escribiera en libras y peniques, o en euros, o dólares y centavos. La escritura sería reconocible, en el sentido de que los símbolos serían familiares. El problema sería darles significado. Por supuesto, el sensato se daría cuenta de que el dinero no es lo mismo que el valor, como lo atestigua la expresión «valor por dinero, o por lo que las diferentes personas hacen con su dinero. En realidad, el dinero solo es un símbolo de valor; y el valor monetario de algo puede tener una dimensión altamente subjetiva o relativa a ello. Sin duda, la escritura en la pared haría que la multitud reunida pensara en valores. ¿Y la mano sobrenatural? ¿Existe un reino más allá de este que está interesado en valores? ¿Tiene ese reino una escala de valores que debemos conocer?

Belsasar, y probablemente muchos de sus invitados, conocían la respuesta porque Nabucodonosor se las había enseñado. Incluso había escrito sobre esto, como vimos en Daniel 4. Pero ahora los príncipes podían en verdad sentir la respuesta como nunca antes la habían sentido. Lo sobrenatural había interrumpido su mundo, y percibían la presencia maravillosa de la Fuente de valor supremo, Dios mismo. Ellos también sabían que lo habían deshonrado. La respuesta instintiva de Belsasar provocó consternación en todo el amplio salón.

Entra la reina (o es posible que fuera la reina madre), llevada a la sala de banquete por la conmoción. Ella no había estado presente en el festín. Se acercó al emperador y le pidió que se calmara, que ella conocía la persona indicada para preguntarle sobre la inscripción que ahora dominaba la habitación. Ese era Daniel, quien por supuesto, tampoco había estado en el banquete. Por cierto, el hecho de que la reina tuviera que indicarle a Belsasar quien era Daniel indica que el rey apenas lo conocía. Esto no debe sorprendernos, en vista del odio de Belsasar hacia Dios. Habría tenido sus razones para alejarse del hombre que había sido el instrumento para llevar a Nabucodonosor a la fe en el único Dios.

Cuando llamaron a Daniel, vino de inmediato y fue conducido para enfrentarse al

emperador aterrorizado, quien repitió insolentemente las palabras de la reina. Le ofreció a Daniel riqueza y la tercera posición más poderosa en el imperio. Es evidente que Belsasar todavía pensaba que podía comprar cualquier cosa.

Sin embargo, para Daniel estaba muy claro lo que sucedía, y rechazó con dureza las lisonjas del rey. Bajo las circunstancias adecuadas, Daniel habría estado preparado para aceptar altos cargos, pero no estaba interesado en ser enriquecido por un hombre que había devaluado tan abiertamente al único y verdadero Creador y Dios viviente. Era importante para él de quién aceptaba el poder y la autoridad.

Los mil príncipes escucharon con temible fascinación mientras Daniel ahora llevaba al tembloroso potentado en un viaje condenatorio a través el laberinto de su mente y le mostraba lo que la luz física del candelabro y la débil luz de las mentes de sus consejeros no habían podido revelar. La luz de Daniel era espiritual. Venía de Dios:

> *El Altísimo Dios, oh rey, dio a Nabucodonosor tu padre el reino y la grandeza, la gloria y la majestad. Y por la grandeza que le dio, todos los pueblos, naciones y lenguas temblaban y temían delante de él. A quien quería mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba. Mas cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en su orgullo, fue depuesto del trono de su reino, y despojado de su gloria. Y fue echado de entre los hijos de los hombres, y su mente se hizo semejante a la de las bestias, y con los asnos monteses fue su morada. Hierba le hicieron comer como a buey, y su cuerpo fue mojado con el rocío del cielo, hasta que reconoció que el Altísimo Dios tiene dominio sobre el reino de los hombres, y que pone sobre él al que le place. Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto; sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido, e hiciste traer delante de ti los vasos de su casa, y tú y tus grandes, tus mujeres y tus concubinas, bebisteis vino en ellos; además de esto, diste alabanza a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben; y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste* (Daniel 5:18-23).

Belsasar no solo iba a ser juzgado; sabría por qué Dios lo estaba juzgando. Era una acusación devastadora. Daniel le recordó algo que él sabía muy bien: Nabucodonosor había llegado a reconocer que la fuente de su majestad, grandeza y poder era Dios y no él mismo. Dios lo había humillado cuando su orgullo había alcanzado lo mejor de él, y lo llevó al nivel de un animal herbívoro que nadie quería. Tal vez Belsasar había observado con asombro a su desventurado abuelo, si eso era lo que Nabucodonosor era. Quizás también había visto cómo Dios tuvo misericordia del

hombre; y cómo cuando Nabucodonosor entendió, realmente lo hizo, que todo lo que poseía era un regalo divino, le fue devuelta su cordura y recuperó su gloria anterior.

Ya sea que lo hubiera visto o no, Belsasar sabía todo esto. Y eso era de suma importancia. El conocía sobre la transformación de la vida de Nabucodonosor; y aun así había decidido insultar y deshonrar públicamente al Dios que había sido responsable de esto. En un acto de rebeldía suicida, decidió usar los vasos sagrados de Dios en el servicio de la misma idolatría que sabía que Dios odiaba. Los había usado para alabar a *dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben.* Los vasos simbólicos sagrados también eran de oro, pero el Dios de Daniel no era un dios de oro. Él no era un Dios material en absoluto. Él era el Dios Creador vivo y verdadero, que *veía, oía* y *sabía*. Y ahora Belsasar conocía que Dios sabía.

El tembloroso rey también sabía que había llegado muy lejos. Sería difícil imaginar una violación más espectacular del primer mandamiento: *No tendrás otros dioses delante de mí.* Siglos antes, la mano de Dios había escrito los Diez Mandamientos en dos tablas de piedra y las había dado a Moisés, el gran legislador. La mano ahora había escrito de nuevo: esta vez sobre la pared del palacio de Belsasar. En ese mismo momento la vida del rey fue puesta en esa misma mano. La luz de la revelación inmovilizó al rey en su inquebrantable resplandor, y era más de lo que podía soportar.

A este punto debió percibir que la escritura contenía su destino. Y, claro, Daniel de inmediato le explicó el veredicto de Dios:

> *Entonces de su presencia fue enviada la mano que trazó esta escritura. Y la escritura que trazó es: MENE, MENE, TEKEL, UPARSIN. Esta es la interpretación del asunto: MENE: Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin. TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto. PERES: Tu reino ha sido roto, y dado a los medos y a los persas.* (Daniel 5:24-28).

El veredicto fue inequívoco y definitivo. Pero, ¿por qué no lo habían entendido? En el alfabeto español hay dos tipos de letras: consonantes y vocales. La escritura en la pared estaba en un idioma cuya forma escrita solo contenía consonantes. Las vocales tenían que ser puestas por el lector. Esto no es necesariamente tan difícil como parece. Por ejemplo, en español no es difícil entender lo que significa MCHS GRCS PR T MNSJ. Por otra parte, colocar diferentes vocales podría alterar el significado, y Daniel utilizó esta flexibilidad para interpretar las palabras en términos de las raíces verbales que se encuentran detrás de los sustantivos. La escritura en la pared, sin duda, tenía que ver con valores, como sugerían las formas nominales. Daniel usó las formas verbales para interpretar la escritura como una evaluación del valor moral de Belsasar.

La ecuación era devastadoramente simple: el sistema de valores de Belsasar era

contrario por completo a lo que debía haber sido. Al usar los vasos sagrados para su banquete, él mostró cuán hedonista era. Sus propios placeres y deseos eran sus valores supremos. Con la misma acción, le había quitado todo valor a Dios. Ahora Dios había respondido al hacer lo mismo con él. No había nada más que indicar.

Fue un momento excepcionalmente solemne. La Biblia deja claro que el juicio por lo general viene *después* de la muerte: *Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio* (Hebreos 9:27). Es muy inusual que una persona reciba el veredicto de una forma tan espectacular y sobrenatural *antes* de la muerte (así como tener que enfrentar al juicio después de su muerte).

El cerebro de Belsasar inflamado por el alcohol entró en un estado irracional. A pesar del hecho de que acababa de ser juzgado y sentenciado por Dios, su Creador y Juez, continuó con la locura como si nada fuera a cambiar. Insistió en llevar a cabo la payasada de investir a Daniel con el alto cargo, y proclamarlo el tercer gobernante en un reino que, aunque él no lo sabía, le quedaban solo unas horas de existencia.

> *Entonces mandó Belsasar vestir a Daniel de púrpura, y poner en su cuello un collar de oro, y proclamar que él era el tercer señor del reino* (Daniel 5:29).

Fue un momento dramático. Ahora estaban dos gobernadores de Babilonia en la sala de banquete, el segundo y el tercero. Uno se llamaba Belsasar, y el otro Beltsasar. Los nombres de los hombres eran virtualmente los mismos, y sus significados muy similares («Que Bel [Marduk] proteja al rey» y tal vez «Que nuestra Señora [la esposa de Marduk] proteja al Rey»). Quizás por eso Belsasar decidió dirigirse a Daniel por su nombre hebreo, cuando la reina le informó que era Daniel, llamado Beltsasar, el que debía ser llamado. ¡El rey podría haber sido reacio a dirigirse al hombre que estaba delante de él usando algo que sonaba muy parecido a su propio nombre real!

Marduk (Bel), quien quizás bien pudo haber sido el objeto principal de culto esa noche, había fracasado en proteger a Belsasar. Por otra parte, al usar el nombre hebreo de Daniel, Belsasar estaba pronunciando las palabras *Dios es mi juez,* pues eso es lo que Daniel significa. Esa noche fatídica, Daniel fue el intérprete de la evaluación escrita y medida de Dios hacia Belsasar. El mismo nombre de Daniel pudiera verse como parte del proceso judicial. Años antes, el antecesor de Belsasar, Nabucodonosor, había intentado suprimir la identidad de Daniel al darle otro nombre. Había fallado. La identidad de Daniel, como un hombre leal a Dios, había emergido no solo sin perjuicio, sino mejorada.

Así que, esa noche en el palacio, estaban dos hombres con nombres muy similares, pero con identidades diferentes por completo. Uno había decidido rechazar a Dios, el otro seguirlo. Daniel también habría recordado aquellos primeros días en que él y sus amigos habían determinado no comprometerse con la idolatría, y protestaron

contra la comida y el vino que se servía en la mesa del rey. Ellos estaban preparados para arriesgarlo todo en lugar de comprometer su creencia de que Dios era absolutamente santo, Él era su valor supremo. Tal vez incluso entonces Daniel pudo prever que el resultado lógico del compromiso era el tipo de escena que ahora tenía ante él en la mesa del rey. Sabía que Dios una vez más había reivindicado su posición.

No pasaría mucho tiempo antes de que la sala de banquete estuviera desierta. La dinastía de Nabucodonosor, que alguna vez fue la cabeza de oro, sería derribada y los persas tomarían el poder, como Dios lo había anunciado. Aún sobre las mesas brillaban aquellos vasos de oro, que habían dado testimonio silencioso de los valores reales y absolutos. Si Belsasar solo hubiera escuchado; si tan solo hubiera abierto su mente para entender. Pero él y sus príncipes habían ignorado el mensaje de los vasos de oro y sufrieron la consecuencia inevitable. Dios intervino y escribió su destino sobre la pared del palacio. En unas pocas horas Belsasar sería un cadáver, de ningún valor en absoluto.

Mientras observaba por última vez la escritura en la pared, Daniel también pudo haber meditado en la ironía de que, como joven cautivo, había comenzado su estudio del idioma en esa misma ciudad, y ahora acababa de interpretar una inscripción para el rey. Y mientras pensaba en el mensaje de la escritura, bien pudo haber reflexionado en que, aunque hubo un costo, su rechazo a la idolatría había resultado en una ganancia ilimitada. Lo que vio en la sala de banquetes demostró que el costo de rechazar a Dios era incalculablemente desastroso.

El dedo de Dios

El candelabro en la sala de banquete se quedó sin aceite, y la escritura fue cubierta por oscuridad. Sin embargo, la mano que escribió sobre la pared en Babilonia aquella noche escribiría de nuevo, esta vez sobre el suelo de la ciudad de Jerusalén. El apóstol Juan describe la ocasión como previa a una famosa afirmación que Jesús hizo:

> *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida* (Juan 8:12).

Justo antes de la declaración, el Evangelio de Juan detalla un intento de los líderes religiosos de entrampar a Jesús. Como ya hemos notado, habían capturado a una mujer en el acto de adulterio y con crueldad la habían traído a Jesús: *Poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo de adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?* (Juan 8:3-5).

Los líderes religiosos habían leído una «escritura», la escritura de la ley manifiesta por el dedo de Dios. Esta condenaba el adulterio: hasta ahí podían ver. Así que expusieron a la mujer a la luz de la ley, pensaron que obligarían a Jesús a

contradecirla al negarse a aplicar el castigo requerido de apedrearla.

Jesús respondió inclinándose y escribiendo con su dedo en tierra. Juan no nos refiere lo que Jesús escribió. Lo que nos relata es que ellos continuaron pidiéndole una respuesta. Finalmente, Jesús *se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra* (vv. 7-8).

El efecto fue dramático: *Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros; y quedó solo Jesús, y la mujer que estaba en medio* (v. 9). Habían hecho brillar la luz de la ley en la vida de la mujer, y estaban listos para apedrearla. Pensaban que no tenían nada que temer de la ley. Sin embargo, sin darse cuenta habían llegado ante la presencia de una luz mucho más fuerte que la ley: una luz que penetró aún las conciencias insensibles, la Luz del mundo. ¿Podría haber sido la escritura de Jesús la que los condenó de pecado, como la escritura en la pared de Belsasar? Los acusadores de la mujer se sintieron expuestos, condenados y avergonzados. No podían soportar una luz como esa, así que se alejaron hacia las tinieblas.

La mujer aún permanecía en la presencia de Jesús. Eso era lo extraño. Ella se sentía tan culpable como los líderes religiosos que se habían marchado. Sin embargo, pudo ver que Jesús la había protegido, no solo de su actitud cruel sino también de la muerte por apedreamiento. Él lo había hecho de una manera muy gentil y sensible, entonces ¿qué le diría ahora? Ella claramente sintió que podía esperar con seguridad en la Luz y ver.

Al final, Él se dirigió a ella y expresó: *Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?* Su respuesta firme fue: *Ninguno, Señor.* La corta respuesta de Jesús es una declaración de perdón magnífica: *Ni yo te condeno; vete, y no peques más* (Juan 8:10-11). Él no excusó su pecado. A partir de entonces su vida sería diferente, pero esa energía emanaría del hecho de que el Señor la había perdonado. La luz que había alejado a los religiosos hipócritas y culpables había iluminado el camino para su perdón. Esta aún tiene ese efecto.

Hoy no solo tenemos el testimonio silente de algunos vasos de oro simbólicos. Jesucristo, Dios mismo, ha venido al mundo. Entró en los hogares de las personas y comió y bebió con ellos, para que pudieran ver de cerca el oro puro de una vida sin mancha de pecado y sin la sombra de un pensamiento pecaminoso. Sin embargo, así como Daniel fue rechazado en su tiempo, lo fue el Señor Jesús. Tomaron esa vida en toda Su hermosura, y la clavaron a una cruz. Pusieron una corona de largas espinas en Su frente, y se burlaron ante Su declaración de que era el Mesías Rey. Cubrieron Su rostro con vil saliva. Sacudieron los puños y afirmaron: «No te queremos». No lo valoraron.

Pero esa fue su evaluación, no la de Dios. El Señor Jesús no fue otro que el eterno Hijo de Dios. Dios, el Padre Eterno, lo levantó de la muerte por el poder de Dios, el Espíritu Eterno, y le dio el nombre que es sobre todo nombre (Filipenses 2:9). En ese

nombre el perdón está disponible gratuitamente para todos los que se arrepienten y confían en El como Señor. ¡Qué noticia tan buena y magnífica es esta!

La misma mano que escribió la ley en las tablas de piedra para Moisés, escribió sobre la pared en Babilonia y en la polvorienta tierra de Jerusalén. Y escribe aún, en corazones arrepentidos y creyentes. Pablo describe la forma en que los creyentes cristianos proclaman su fe:

> *Siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón* (2 Corintios 3:3).

Es la naturaleza de esa escritura la que hace que muchos confíen en Jesucristo como Señor.

El juicio de Dios y nuestra responsabilidad

Hemos llegado al final de la primera mitad del Libro de Daniel, y con ella, al fin del Imperio babilónico. Uno de sus temas principales ha sido el testimonio de Daniel y sus amigos ante el emperador Nabucodonosor, que concluye con su reconocimiento de Dios como Señor de señores y Rey de reyes. Fue una transformación notable de un potentado pagano; pero trágicamente, no tuvo efecto en el hombre que sería el último rey del imperio: Belsasar. Nabucodonosor recibió disciplina y al final Dios lo restauró, mientras que Belsasar pereció en la invasión medo-persa. Esto hace que muchas personas se pregunten sobre la equidad del procedimiento involucrado. ¿Por qué el trato diferente?

De forma similar, en el Nuevo Testamento, Pablo describe cómo, a pesar del fuerte antagonismo hacia Jesús y su persecución a los cristianos, se le hizo misericordia, como él mismo declara: *Lo hice por ignorancia, en incredulidad* (1 Timoteo 1:13). En contraste, cuando el rey Herodes, poco después de ordenar la muerte del apóstol Jacobo, dio un gran discurso al pueblo, y ellos respondieron ovacionándolo como un dios, de inmediato fue juzgado por Dios (Hechos 12:2, 21-23).

Dios se reveló a Nabucodonosor a través de una sucesión de eventos sobrenaturales, la interpretación de Daniel del sueño de la imagen, la intervención en el horno de fuego, el sueño del árbol y sus consecuencias. Nabucodonosor tuvo una revelación personal directa. Por el contario, Belsasar conocía la evidencia de lo sucedido a Nabucodonosor y probablemente lo que este le había enseñado.

Estas consideraciones nos muestran que los juicios de Dios no son arbitrarios. Belsasar no actuó en ignorancia. Como Daniel enérgicamente le señaló, él era responsable de su actitud y comportamiento. Actuó en contra de la evidencia que tenía. Esto debe enfatizarse, ya que una forma extrañamente determinista de pensar puede deformar la comprensión de algunas personas de las providencias de Dios en la

historia, en donde el juicio y la misericordia de Dios son vistos como decisiones arbitrarias que no dependen de la actitud del individuo. Eso no puede ser cierto, ya que contradice la moralidad del carácter de Dios.

Tampoco podemos argumentar que Belsasar fue un mero títere en las manos de Dios porque Daniel ya había predicho la desaparición del Imperio babilónico. Tal pensamiento asume que la relación de Dios con el tiempo es la misma que el nuestro, y que su conocimiento previo implica causalidad. Esto no puede ser así, ya que los juicios de Dios se basan en tratar a Belsasar y a todos los demás como seres morales responsables.

Por supuesto, en la naturaleza misma de las cosas, habrá diferencias entre los tipos de evidencia dadas a diversas personas en diferentes momentos. Por ejemplo, los primeros discípulos de Jesús fueron testigos oculares de su vida, muerte y resurrección. Los otros millones, como yo, que llegamos después, confiamos en su testimonio, así como en nuestra experiencia personal, la cual, por supuesto, de forma inevitable diferirá en gran medida de la de ellos. Jesús mismo comentó sobre esta situación. Aquí está el relato como lo registra Juan:

> *Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino. Le dijeron, pues, los otros discípulos: Al Señor hemos visto. El les dijo: Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.*
>
> *Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!*
>
> *Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron* (Juan 20:24-29).

Por lo tanto, está claro que no todo el mundo puede tener la misma clase de evidencia de testimonio. Debemos señalar que algunos ateos contemporáneos como A. C. Grayling han utilizado la historia de Tomás para reforzar su argumento idiosincrásico de que la fe significa creer sin evidencia. Él toma lo que Jesús expresó: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron». Esta es una conclusión asombrosa para un filósofo, cuya especialidad es el análisis de la lógica de argumento. Lo que Jesús está declarando es que no todos tienen la evidencia de la *visión física.* Pero la visión física no es el único tipo de evidencia admisible. La declaración siguiente en el

Evangelio de Juan (¿Cómo es que Grayling no ve esto?) señala la otra evidencia:

> *Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre* (Juan 20:30-31).

El registro del apóstol Juan de las señales que Jesús hizo constituye evidencia sobre la que se puede basar la fe en El. Por supuesto, la *vida en Su nombre* que Jesús promete a aquellos que creen en Él, es también evidencia poderosa y confirmatoria de que Sus declaraciones son verdad.

Otro aspecto importante de la evidencia es su dimensión moral, que se puede apreciar en la historia de Belsasar. Abordaremos este tema a través del relato de Jesús de un hombre rico y su vecino, un hombre pobre (ver Lucas 16:19-31). El hombre rico convirtió su vida en un banquete perpetuo (¿quizás no muy diferente a la de Belsasar?). Él parecía considerar el mandamiento de *amar al prójimo como a uno mismo* sin importancia, e ignoró al empobrecido Lázaro en su puerta. Después de la muerte se encontró excluido de la presencia de Dios; mientras que Lázaro disfrutaba de la comunión con nada menos que Abraham, el padre de los fieles.

Jesús describe cómo el rico llamaba a Abraham para que enviara a Lázaro de la muerte y tratara de advertir a sus hermanos. La respuesta de Abraham fue: *A Moisés y a los profetas tienen; óiganlos.* A esto el rico respondió: *No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.* Y Jesús contestó: *Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán, aunque alguno se levantare de los muertos* (Lucas 16:29-31).

David Gooding señala la importancia de entender con exactitud por qué Abraham rechazó la petición del hombre rico. No era que Dios estaba determinado a no darle a los hermanos más evidencia para que vinieran al arrepentimiento. Era que ellos necesitaban ver que su descuido de la ley de Dios era un rechazo a la evidencia que ya se les había dado, un rechazo tan serio que los excluiría de la presencia de Dios para siempre (1987, pág. 277):

> «Y eso era un asunto moral, a fin de cuentas, una cuestión del carácter moral de Dios. Por lo tanto, la evidencia más grande posible en el asunto fue la declaración sencilla de Su Palabra dirigida a la conciencia moral y juicio de los hermanos. Y así es con nosotros. Si nuestro juicio moral es tan irresponsable que puede menospreciar las advertencias bíblicas de nuestra culpa delante de Dios... ninguna cantidad de apariciones nos convencería de que en lo personal estábamos en peligro de perdición a menos que nos arrepintiéramos».

La gravedad de descuidar la ley de Dios fue una parte importante de la lección

que recibió Nabucodonosor en Daniel 4, en particular el mismo mandamiento al que se ha hecho referencia (ver Éxodo 20:4). Belsasar también sabía todo sobre esto, pero lo rechazó deliberadamente. Había tomado una decisión, y ninguna otra evidencia lo habría ayudado.

En el actual debate sobre la existencia de Dios, los así llamados Nuevos Ateos siempre citan la famosa frase de Bertrand Russell, que si Dios le preguntara por qué no creía en Él, Russell respondería: «No hay suficiente evidencia; no hay suficiente evidencia». Sin embargo, los mismos Nuevos Ateos no parecen dispuestos a considerar evidencias importantes cuando se les ofrecen; y cuando se les pregunta qué tipo de evidencia encontrarían convincentes, son notablemente impredecibles. Podemos concluir que ninguna cantidad de evidencia los convencería, ya que se han persuadido de que no existe evidencia. En una entrevista para *New Statesman* [El nuevo hombre de estado], Richard Dawkins parece expresar justo eso:

> «No creo en duendes, hombres lobos, amuletos, Thor, Poseidón, Yahvéh, Alá o la Trinidad. Por la misma razón en cada caso: No existe la más mínima evidencia para ninguno de ellos, y la carga de evidencia está con aquellos que desean creer».[28]

Además, la blasfemia, lejos de ser algo del pasado, podemos notar que se anima activamente en algunos círculos ateos. Aquí tenemos un fragmento del llamado «Reto de la blasfemia» tomado del sitio web de nada menos que la Fundación Richard Dawkins.[29]

> «El reto de la blasfemia» premia a los participantes por demostrar que no creen a través de YouTube. *The Rational Response Squad* [La brigada de respuesta racional] ha lanzado una campaña de $25 000 para animar a los jóvenes a renunciar de manera pública a la creencia en el Dios celestial del cristianismo. Llamada «Reto de la blasfemia», esta campaña anima a los participantes a cometer lo que la doctrina cristiana califica como el único pecado imperdonable: la blasfemia contra el Espíritu Santo. (El «Espíritu Santo» es una presencia invisible que los cristianos creen que habita en la Tierra como representante de Dios.) Los participantes que graben su blasfemia y la publiquen en YouTube recibirán un DVD gratis del exitoso documental *The God Who Wasn't There* [El Dios que no estaba allí], que por lo general cuesta $24,98. *The Beyond Belief Media* [Los medios de comunicación sobre lo increíble], el distribuidor... ha donado 1001 DVD a *The Rational Response Squad* [Brigada de respuesta racional] para el reto. Más de 160 participantes ya blasfemaron al Espíritu Santo y ganaron DVD gratis durante la fase de prelanzamiento del «Reto de la blasfemia» [...]

> Aunque cualquiera puede participar, *The Rational Response Squad* [La brigada de respuesta racional] está enfocada en alcanzar a una población joven. Para dar a conocer el «Reto de la blasfemia», entre los jóvenes, hoy *The Rational Response Squad* [La Brigada de Respuesta Racional] comienza una campaña de publicidad en Internet enfocada en veinticinco sitios populares entre adolescentes como Xanga, Friendster, Boy Scout Trail, Tiger Beat, Teen Magazine, YM, CosmoGirl y Seventeen».

¿No es extraño encontrar esto en el sitio web del profesor titular de Oxford de la *Public Understanding of Science* [Compresión pública de la ciencia]? Me pregunto qué ocurriría si la mano del banquete de Belsasar escribiera de nuevo en la pared en una reunión pública de ateos donde se presenta tal actividad blasfema. Muchos de estos jóvenes que han sido persuadidos a participar no entienden qué es la blasfemia contra el Espíritu Santo. Esto no es sorprendente, pues la llamada «*The Rational Response Squad* [La brigada de respuesta racional]» parece no entenderlo tampoco. Además, el hecho de que se ofrecen incentivos más bien le quita valor al mensaje.

Sin embargo, no terminemos de forma negativa. El beber blasfemo de Belsasar en nombre de los ídolos del panteón de Babilonia está en marcado contraste con el privilegio que tienen los cristianos de expresar su lealtad y adoración a Dios como su Rey a través de un acto de beber ceremonial y diferente. El Señor Jesucristo les pide que se reúnan regularmente con otros creyentes para celebrar el nuevo pacto que les une por la eternidad.

CAPÍTULO 14

LA LEY DE MEDIA Y DE PERSIA
Daniel 6

Daniel 6 nos introduce a un mundo nuevo: el mundo del dominio medo-persa. En relación con el sueño de Nabucodonosor, marca la transición del reino de oro al de plata (Daniel 2:32, 39); del dominio de Babilonia sobre Babilonia al dominio medo-persa sobre Babilonia:

> *La misma noche fue muerto Belsasar rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino, siendo de sesenta y dos años* (Daniel 5:30-31).

Alee Motyer (1993) escribe sobre este suceso:

> En octubre de 539 a. C., Ciro avanzó hacia la baja Mesopotamia y ocupó el territorio alrededor de Babilonia, de modo que dejó el asalto a la ciudad para el final. Al ver el curso que tomaban los acontecimientos, Nabónido de Babilonia abandonó su ciudad y la dejó a cargo de su hijo Belsasar... la toma de Babilonia fue tan fácil y sin derramamiento de sangre como sugiere Daniel 5.

Nos enfrentamos aquí a un rompecabezas histórico. ¿Quién era Darío de Media? Después de todo, como expresa Motyer, y está bien documentado en tabletas como el Cilindro de Ciro, fue Ciro quien tomó el control del reino.

El problema es que desde un punto de vista histórico el único Darío que conocemos reinó de 522 a 486 a. C.; mientras que hay evidencia histórica y arqueológica de que Ciro conquistó el imperio en el año 539, y Darío lo sucedió. El mismo Daniel se refiere a Darío y a Ciro en 6:28, y a Ciro en 10:1, por lo que sin duda tenía conocimiento de ambos nombres.

Algunos eruditos creen que Darío es simplemente otro nombre para referirse a Ciro. De modo que leen 6:28 como: «Daniel prosperó durante el reinado de Darío, es decir, el reinado de Ciro el persa», aunque otros expertos consideran que esta interpretación no es natural. Otra sugerencia es que Darío fue un rey subordinado, nombrado por Ciro para gobernar Babilonia. Esta idea se apoya lingüísticamente en que: a) Daniel 9:1 (NBLH) afirma que Darío fue «constituido rey», y utiliza un verbo pasivo en lugar de uno activo, como pudiera ser «se hizo rey»; y b) porque Daniel 5:31 (NBLH) expresa que Darío «recibió el reino», una forma inusual de describir a un conquistador. También se argumenta que Daniel nunca se refiere a Darío como rey de

Medo-Persia, solo como gobernante de Babilonia.

Tal vez la resolución satisfactoria de este problema requiere del tipo de descubrimiento arqueológico que se hizo con relación a Belsasar. En vista de esto, sin duda sería imprudente acusar a Daniel de ignorancia de los hechos históricos.

En todo caso, vemos que ahora Daniel servía a un nuevo rey en Babilonia. Ni la ciudad ni el paisaje habían cambiado. Pero la cultura había cambiado en algunos sentidos, uno de los cuales se destaca aquí; la ley.

El propósito de la ley

Como hemos visto, el tema de los valores morales domina la primera mitad del Libro de Daniel. En la segunda mitad, en la que ahora nos adentramos, una de las ideas más importantes es la ley. El orden en que aparecen estos dos temas principales es lógico: las leyes se basan en valores morales, pero no son lo mismo que ellos. Las leyes son decretos (del estado) con el propósito de mantener los valores. Para que sean eficaces y para asegurar su cumplimiento, normalmente están respaldadas por un sistema de tribunales y autoridades del orden público. El capítulo 5 nos hablaba de una evaluación escrita que hizo Dios de un hombre. El capítulo 6 nos hablará de una ley humana escrita, promulgada por hombres de poder para desacreditar a un hombre íntegro.

Pero primero examinemos brevemente el contexto más amplio.

En la introducción llamamos la atención sobre la estructura paralela de las dos mitades del libro, y observamos en particular la forma de estas dos mitades. Cada una contiene una parte introductoria, seguida por dos partes que van de la mano:

PARTE A	PARTE B
Capítulo 1	Capítulo 6
Corte babilónica	**Corte medo-persa**
Daniel se niega a comer la comida del rey.	Daniel se niega a obedecer la orden del rey y abstenerse de orar a Dios.
Él y sus amigos son vindicados.	Él es vindicado.
DOS IMÁGENES	**DOS VISIONES DE BESTIAS**
Capítulo 2	Capítulo 7
La imagen del sueño de Nabucodonosor.	Cuatro bestias.
Capítulo 3	Capítulo 8
La estatua de oro de Nabucodonosor.	Dos bestias.
DOS REYES DISCIPLINADOS	**DOS ESCRITOS EXPLICADOS**
Capítulo 4	Capítulo 9
La disciplina y la restauración de Nabucodonosor.	La profecía en el libro de Jeremías sobre la destrucción y la restauración de Jerusalén.
Capítulo 5	Capítulo 10–13
La «escritura en la pared» y la destrucción de Belsasar.	La «escritura de verdad» y la destrucción final «del rey».
El fin de la supremacía babilónica.	El fin de la historia mundial.

En este esquema, el primer capítulo de la primera mitad de Daniel se asemeja al primer capítulo de la segunda mitad. Ambos describen escenas judiciales en la ciudad de Babilonia, bajo diferentes regímenes: en el capítulo 1, el babilónico; en el capítulo 6, el medo-persa. Ambos implican una protesta: el capítulo 1 nos cuenta cómo Daniel y sus amigos se negaron a participar de la comida y el vino en el palacio, presumiblemente por su asociación con la idolatría (como se observa en Daniel 5); en el capítulo 6, Daniel se niega a obedecer el edicto del emperador que prohibía que las personas oraran a algún dios o a alguien que no fuera él. Las protestas no son exactamente iguales, porque si lo entiendo correctamente, el capítulo 1 implica negarse

a participar de cualquier ceremonia pagana para no hacer concesiones a la idolatría. Daniel 3 también trata la misma cuestión: la negativa a inclinarse ante la imagen idólatra de Nabucodonosor. Sin embargo, en ningún momento vemos que Nabucodonosor trate de evitar que Daniel y sus amigos practiquen su propia religión de acuerdo con su conciencia. Eso lo trata de hacer Darío en el capítulo 6; y aquí tenemos el primer caso (pero no el último) registrado por Daniel donde un monarca pagano prohíbe la adoración de Dios.

Podemos comparar los dos capítulos, como sugiere David Gooding (ver Apéndice C para el cuadro completo):

Capítulo 1	Capítulo 6
Nabucodonosor coloca con reverencia los utensilios de la casa de Dios en el templo de su ídolo.	Darío prohíbe la oración a Dios por treinta días.
Daniel y otros se niegan a caer en las inmundicias paganas.	Daniel se niega a dejar de practicar la religión judía.
Los funcionarios de la corte se muestran comprensivos.	Los funcionarios de la corte intrigan contra él.
Se confirman las capacidades físicas y mentales de Daniel y sus colegas.	Se demuestra la lealtad política de Daniel al rey.
Son promovidos a altos cargos.	Daniel vuelve a ocupar su alto cargo.

El instrumento que los funcionarios envidiosos usaban para atacar a Daniel era *la ley de Media y de Persia.* La frase aparece tres veces aquí, e indica que el tema central del capítulo es la imposición de la ley para negar a Daniel el derecho a practicar su propia fe y adorar a Dios según la ley de Moisés. Esta cuestión de la ley se retoma en las partes que siguen. En el capítulo 7 hay una descripción de un poderoso rey que *pensará en cambiar los tiempos y la ley* (Daniel 7:25). Este rey es juzgado por un tribunal celestial, en el cual los *libros fueron abiertos* (7:10). El capítulo 8 habla de otro rey poderoso (*el cuerno pequeño*) que detiene el continuo sacrificio que la ley de Moisés requería de Israel (8:9-12). En el capítulo 9, Daniel confiesa que el desastre que le había sobrevenido a Jerusalén se debía a que su nación no había guardado la ley de Moisés. Finalmente, en la última parte de Daniel (capítulos 10-12), leemos una vez más sobre un rey que pone fin al continuo sacrificio, un rey cuyo *corazón será contra el pacto santo* (11:28).

De modo que la ley, tanto la ley del Estado como la ley de Dios, es un tema que abarca la segunda mitad del libro. Así es como Daniel lo presenta:

> *Pareció bien a Darío constituir sobre el reino ciento veinte sátrapas, que gobernasen en todo el reino. Y sobre ellos tres gobernadores, de los cuales Daniel era uno, a quienes estos sátrapas diesen cuenta, para que el rey no fuese perjudicado. Pero Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu superior; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino. Entonces los gobernadores y sátrapas buscaban ocasión para acusar a Daniel en lo relacionado al reino; mas no podían hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel, y ningún vicio ni falta fue hallado en él. Entonces dijeron aquellos hombres: No hallaremos contra este Daniel ocasión alguna para acusarle, si no la hallamos contra él en relación con la ley de su Dios* (Daniel 6:1-5).

La ley de Dios y las leyes del estado

Daniel parece haber llamado la atención de Darío muy rápidamente. Sin duda el rey era lo suficientemente sabio y astuto para averiguar, tan pronto como le fue posible después de la conquista de Babilonia, quienes habían sido las personas verdaderamente capaces en la administración anterior. El resultado fue que Daniel pronto se encontró en una de las tres primeras posiciones del nuevo reino, el triunvirato, al que los 120 sátrapas tenían que rendir cuentas. No pasó mucho tiempo antes de que Daniel se distinguiera de tal forma que Darío pensó en promoverlo a un puesto aún más alto, y darle el control diario de todo el reino.

Darío debió haber manifestado su intención, ya fuera deliberadamente o sin darse cuenta, y esto provocó una ola de celos entre la élite administrativa que culminó en su intento de desacreditar a Daniel ante el emperador. Fue una de esas intrigas repugnantes y comunes que infestan j las altas esferas del poder.

Sin embargo, los envidiosos funcionarios no tenían nada lo suficientemente sólido como para presentar una queja ante el emperador. Esto es llamativo, pues es muy fácil destruir el prestigio de un hombre mediante la difamación. Los sátrapas eran hombres de poder, y en un antiguo imperio del Cercano Oriente esos hombres tenían maneras y medios para reunir información. Era como si el MI6 y la CIA espiaran a Daniel y no pudieran encontrar nada. Esto nos hace pensar: ¿Y si intentasen lo mismo conmigo? ¿Saldría limpio como Daniel? Este nivel de integridad personal es en verdad muy impresionante y, por desgracia, extremadamente raro.

Lo que se distingue en particular es la fidelidad de Daniel en su trabajo. Había sido fiel a la administración babilónica, y ahora era igualmente fiel a la medo-persa. El Nuevo Testamento considera la fidelidad como una característica distintiva y esencial de un verdadero siervo: *Se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel* (1

Corintios 4:2).

Al no poder encontrar ninguna debilidad o falla en el trabajo de Daniel, llegaron a la conclusión de que tendrían que proceder de otro modo: utilizar de alguna manera en su contra sus convicciones religiosas personales. Se centraron entonces en la ley de su Dios; por lo que es evidente que conocían muy bien su lealtad a El. Una vez más, esto resulta asombroso. Cuando era estudiante, Daniel había decidido que no ocultaría su fe, *y* que daría testimonio de ella, aunque hacerlo lo perjudicara. Testificaría **y** dejaría el resultado a Dios. Los sátrapas conocían lo que él creía y sabían que no tenía ningún efecto negativo en la calidad de su trabajo.

Esto representa un desafío para todos nosotros. En el mundo contemporáneo (occidental), existe una gran presión para privatizar la expresión de la creencia religiosa, incluso para aboliría completamente. Existe la convicción generalizada de que el naturalismo es el sistema de creencias por defecto; ¡e, irónicamente, el teísmo cristiano no tiene cabida en las mismas academias que primero fundó! Daniel estaba preparado para nadar contra la corriente. ¿Lo estamos nosotros?

Entonces se confabularon para urdir un plan. Afilaron sus garras, las escondieron en el guante de terciopelo de la adulación obsequiosa y fingieron ante el rey estar preocupados por el estado de la nación. Fue una actuación brillante.

> *Entonces estos gobernadores y sátrapas se juntaron delante del rey, y le dijeron así: ¡Rey Darío, para siempre vive! Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes han acordado por consejo que promulgues un edicto real y lo confirmes, que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, oh rey, sea echado en el foso de los leones. Ahora, oh rey, confirma el edicto y fírmalo, para que no pueda ser revocado, conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada. Firmó, pues, el rey Darío el edicto y la prohibición* (Daniel 6:6-9).

Lo expresado a Darío combinaba una verdad a medias con la adulación. La media verdad era la afirmación de que todos los altos funcionarios estaban de acuerdo con el plan. Pero Daniel, que era el más importante ante los ojos de Darío, no fue consultado. El plan en sí había sido ideado para apelar a la autoestima de Darío, como una manera de consolidar su poder. Después de todo, él era el rey y el representante oficial de los dioses. ¿En verdad era algo sencillo centrar la adoración del pueblo sobre sí mismo como un dios? Si era solo por un mes, no existiría el peligro de una reacción religiosa violenta de los sacerdotes o del pueblo. Todo por el bien del Estado y la unidad de la nación. Y así sucesivamente...

No debemos dejar de notar que aquí hay una evolución. Belsasar, en su acto blasfemo, había adorado a sus dioses de metal y madera, pero no se había erigido en un

dios para ser adorado. Darío sí lo hizo. Y aunque no insultó a Dios del mismo modo que Belsasar, su acción representa un empeoramiento. Es parte de una tendencia que ha continuado a través de la historia, y que se mantendrá en el futuro: el movimiento hacia la deificación del hombre (ver 2 Tesalonicenses 2:4).

También debemos notar que la idea de un límite de tiempo para la prohibición de la práctica religiosa, o incluso para la persecución, es un aspecto recurrente en la segunda mitad de Daniel. En el capítulo 7, al rey que desea cambiar la ley (de Moisés) se le dará el control hasta «tiempo, y tiempos, y medio tiempo» (7:25). En el capítulo 8, el continuo sacrificio se detiene por 2.300 tardes y mañanas (8:14). En el capítulo 9 Daniel comprende, según la profecía de Jeremías, que el período del cautiverio en Babilonia es de setenta años. Él recibe una visión de un período de siete veces setenta años, decretados para su pueblo hasta la restauración de Jerusalén. En la última parte del libro leemos de una oposición de veintiún días que retrasó la entrega del mensaje a Daniel; y finalmente, al hablar sobre «el tiempo del fin», Daniel escuchó una voz que preguntaba: «¿Cuándo será el fin de estas maravillas?» La respuesta fue «tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo» (12:4, 6-7).

Sin duda hay muchas preguntas intrigantes relacionadas con estos períodos de tiempo, y diversas han sido las respuestas. Pero independientemente de cuáles sean esas respuestas, es justo decir que cuando hay discriminación, opresión y persecución, la pregunta más importante en la mente de los que las padecen es: «¿Cuánto durará?» El que los conspiradores sugirieran un plazo de treinta días puede indicar que sospechaban que no pasaría mucho tiempo antes de que Daniel desobedeciera el edicto, y entonces habrían logrado su objetivo. Los leones devorarían a Daniel mucho antes de que los treinta días hubieran transcurrido. Darío se dejó llevar por la adulación y firmó el documento: «Conforme a la ley de Media y de Persia, la cual no puede ser abrogada» (6:8, 12, 15).

Daniel se enteró de lo que estaba sucediendo. Tan pronto como supo que el edicto había sido firmado, se fue a casa a orar. Enfrentaba exactamente los mismos problemas que sus tres amigos habían enfrentado antes. La posición de Daniel, su autoridad, su familia (si tenía una), sus posesiones y su vida estaban en juego. No hay información sobre las discusiones que pudo haber tenido con la familia o los amigos antes de llevar a cabo esta acción decisiva.

Había definido su posición y no iba a renegar de ella ahora. Entró a su habitación de la planta alta, la cual tenía sus ventanas abiertas hacia Jerusalén, y con toda la confianza puesta en su Dios «se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes» (Daniel 6:10). La oración frecuente a Dios (no solo una, sino tres veces al día) era un aspecto no negociable de la expresión de su fe. Él seguiría orando, con ley o sin ley. ¡Qué acto tan poderoso y valiente fue el haberse arrodillado!

Al colocarse de frente a Jerusalén, Daniel actuaba según lo que el rey Salomón de Israel había dicho en la dedicación del templo de Dios en Jerusalén (de donde se

tomaron los vasos mencionados en los capítulos 1 y 5). Salomón oró públicamente a Dios por los que serían deportados de Israel:

> *...y ellos volvieren en sí en la tierra donde fueren cautivos; si se convirtieren, y oraren a ti en la tierra de los que los cautivaron... y oraren a ti con el rostro hacia su tierra que tú diste a sus padres, y hacia la ciudad que tú elegiste y la casa que yo he edificado a tu nombre, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, su oración y su súplica... y harás que tengan de ellos misericordia los que los hubieren llevado cautivos* (1 Reyes 8:47-50).

Daniel hizo como el rey Salomón había sugerido y oró hacia Jerusalén, una ciudad que hemos oído nombrar desde el principio. Daniel vivió *en* Babilonia, y fue fiel en el servicio a sus gobernantes; pero el secreto de su integridad y su fidelidad es que no vivió *para* Babilonia. Vivió para otra ciudad, en el espíritu de Abraham y los patriarcas que esperaban «la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hebreos 11:10). Daniel vivió por todo lo que Jerusalén representaba. Sabía que el futuro estaba allí y no en Babilonia. Aunque Nabucodonosor la había conquistado, Dios no había terminado con Jerusalén. Sus promesas se cumplirían. Ciertamente, como el mismo Daniel nos dirá más adelante en el capítulo 9, sería a través de Jerusalén y no de Babilonia que un día Dios traería al mundo al Rey Mesías, el Salvador.

Si habitamos en una ciudad, sabemos *en qué* ciudad vivimos. Pero ya sea que vivamos o no en una ciudad, sería bueno hacer una pausa y preguntarnos: *¿para qué* ciudad vivo?

Entonces, con plena confianza, Daniel fue a su ventana abierta, se arrodilló y oró hacia Jerusalén. El secreto de la vida y el testimonio de Daniel es que siempre tuvo una ventana abierta hacia Jerusalén. Sabía que había un Dios en el cielo que lo oiría. Sin embargo, había otros que también podían oírlo. Previendo lo que sucedería, los conspiradores habían acordado reunirse bajo la ventana de Daniel, lo que indica que desde hacía mucho conocían de la regularidad de sus oraciones.

Luego de escuchar las oraciones, las peticiones y las súplicas de Daniel a Dios, se apresuraron a informar al rey Darío. Primero le recordaron cuidadosamente el edicto; y él confirmó que lo había firmado y que era inmutable. Luego dejaron correr su veneno: «Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, oh rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición» (Daniel 6:13).

Una vez más, esta era una engañosa verdad a medias. La primera parte era falsa, y tanto ellos como el rey lo sabían. Daniel era completamente leal a Darío. La investigación realizada por los conspiradores había demostrado que Daniel obedecía al rey concienzudamente. Luego jugaron la carta de la etnia, con lo que probablemente insinuaban que Daniel era más leal a sus orígenes étnicos que a Darío. En el segundo

punto estaban en lo cierto: Daniel no obedecía la nueva ley contra la libertad religiosa.

El rey estaba devastado. Al instante se dio cuenta de que había sido engañado para que aprobara la ley. Ahora comprendía lo que debía haber visto al principio, que a los sátrapas no les interesaba promover la deidad de su majestad. Solo querían librarse de Daniel. Pero Darío no estaba de acuerdo. Pasó el resto del día explorando todas las vías para poder salvar a Daniel, solo para chocar constantemente con lo mismo: el carácter irrevocable de la ley de Media y de Persia. Frustrado, después de muchas horas sin lograr nada, enfrentó de nuevo la insistencia de los conspiradores que le recordaban que debía poner en práctica la ley.

El gobierno y el imperio de la ley

Aquí hemos llegado al núcleo de la diferencia entre los conceptos medo-persa y babilónico del imperio de la ley. El Imperio babilónico, bajo Nabucodonosor y sus sucesores, había sido una monarquía absoluta. Esto se manifiesta en el capítulo 5, cuando Daniel describe el reinado de Nabucodonosor a Belsasar en los siguientes términos: «A quien quería mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba» (Daniel 5:19). Nabucodonosor se consideraba a sí mismo por encima de la ley. En esencia, hacía lo que quería. Darío no podía hacerlo. La suya era una monarquía constitucional. El también estaba sujeto a las leyes. Entonces, una ley que a Nabucodonosor no le habría preocupado en lo absoluto impedía ahora que Darío librara a Daniel de la trampa.

Esto no significa que no hubo ley en Babilonia. Los monarcas o dictadores que hacen lo que desean a menudo tienen las leyes más represivas para los demás. Babilonia no era el peor de los casos. En la esfera legal, su cultura estuvo muy influenciada por el trabajo de un rey anterior, Hammurabi (1792-1750 a. C.), que elevó a Babilonia al rango de capital mundial. También fue él quien hizo de Marduk una de sus principales deidades, para legalizar su dinastía (ver Roux, 1992, página 202).

Hammurabi era un apasionado de la justicia y del estado de derecho, y es célebre por la promulgación de su famoso código legal:

> Hacer prevalecer la justicia en el país.
> Destruir al impío y al mal.
> Que el fuerte no oprima al débil.

Hacia el final de su reinado, había ordenado colocar en los templos su código legal escrito en estelas de piedra. Una de ellas, que contiene 282 leyes, ha sobrevivido en buenas condiciones y se encuentra en el Louvre de París.

Una de las funciones más antiguas de las leyes es establecer límites a los poderes del gobierno; y a primera vista, la monarquía constitucional medo-persa parecería un paso de avance respecto a una monarquía absoluta, aunque todavía estaba lejos de la

democracia desarrollada posteriormente en Grecia. No había separación de poderes. En esencia, eran las mismas personas que legislaban, gobernaban y juzgaban. Pero sin duda era un paso en la dirección correcta. Al menos en teoría, ofrecía alguna protección contra los excesos de un déspota.

En muchas partes del mundo, especialmente en Occidente, la igualdad ante la ley es algo que ahora se considera como uno de los derechos humanos básicos de los ciudadanos de una democracia. Los orígenes de esta importante tradición no se encuentran en Medo-Persia sino mucho antes, en la patria de Daniel, Israel. Era un principio fundamental del pueblo de Israel que todas las personas estaban sujetas a la ley sin importar su estatus. A través de Moisés, Dios dio leyes que rigen el comportamiento de todos, incluido el rey:

> *Y cuando se siente sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta ley... y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Jehová su Dios, para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra; para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos, ni se aparte del mandamiento a diestra ni a siniestra; a fin de que prolongue sus días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel* (Deuteronomio 17:18-20).

Era la igualdad bajo una ley dada por Dios, y refleja el profundo e importante principio de la igualdad misma, que se remonta a la enseñanza bíblica de que los seres humanos son hechos a imagen de Dios.

Lejos de ser una ley dada por Dios, esta ley de Media y de Persia inventada por los funcionarios envidiosos contradecía la moralidad básica. Un sistema legal que había sido diseñado para la protección de los ciudadanos (y del emperador) se utilizaba incorrectamente para discriminar a Daniel y privarlo de lo que se suele considerar como un derecho humano universal.

El imperio que siguió al medo-persa fue el griego. Y fue el filósofo griego Aristóteles quien dividió la ley en dos tipos: la ley natural, que está determinada por nuestra comprensión de quiénes somos, nuestra naturaleza humana; y la ley positiva, que se determina simplemente por la voluntad del legislador. Desde este punto de vista, la ley ideada por los conspiradores medo-persas era una ley positiva. Estaba en conflicto con lo que las naciones más civilizadas considerarían como el derecho de Daniel a practicar su fe según su conciencia. Pero no solo era contraria a la ley natural, también era contraria a la ley del Dios de Daniel; y, por supuesto, esta había sido la motivación original para ponerla en práctica.

Debemos estar agradecidos de que, en muchos casos, si no en la mayoría, no hay conflicto entre la ley de Dios, la ley natural y la ley del Estado. En realidad, esta última a menudo se basa en gran medida en las dos primeras. El tema central de este capítulo

es la estructura legal de un choque de dos leyes con el fin de comprometer a un individuo.

Darío pronto descubrió lo que muchos otros, con menos poder que él, han descubierto: una vez que una ley está en los estatutos, es casi imposible derogarla. En realidad, ese es el propósito de tener la ley: no debe ser fácil ignorarla o eludirla. Los medo-persas insistieron en esto hasta tal punto que ni siquiera el principal signatario de una ley podía derogarla. Aquí se utilizó para tender una trampa a Daniel. En una ocasión posterior fue utilizada por el rey medo-persa Asuero para proteger a los judíos en época de la reina Ester (Ester 8:8).

Un ejemplo contemporáneo de la ir reversibilidad de una ley una vez que se ha aprobado es la histórica sentencia en el caso Roe contra Wade, en 1973, que legalizó el aborto en Estados Unidos. Jane Roe fue un seudónimo dado para la protección de esta mujer, pero ahora es bien sabido que su nombre es Norma McCorvey. Veinte años más tarde se convirtió en cristiana y cambió de opinión sobre el aborto. Pero no podía hacer revertir la ley, a pesar de que ella era la persona en cuyo nombre había sido redactada.

Lo sucedido a Daniel nos indica que, en manos de hombres sin escrúpulos, lo que debería ser una fortaleza de la ley puede convertirse en una debilidad, y nos alerta una vez más sobre el mensaje central del sueño: ningún sistema humano de gobierno es perfecto.

Una ley más alta

Cuando echaron a Daniel en la cámara de ejecución, un foso con leones hambrientos, Darío, atormentado e impotente, tuvo por lo menos la valentía de decirle: «El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre» (Daniel 6:16). Esta declaración muestra que el rey era consciente de la constante expresión que hacía Daniel de su fe. ¿Cómo pudo haberlo olvidado cuando los conspiradores sugirieron la ley por primera vez? ¿Cómo pudo haber sido tan tonto como para no ver que tenían a Daniel en su mira? ¿Acaso la adulación recibida había afectado tanto su juicio?

Agobiado por tales preguntas, el rey pasó la noche sin dormir, sin comida ni entretenimiento. Se levantó al amanecer y personalmente fue al foso de los leones. Con ansiedad, pero con un grado notable de esperanza, exclamó: «Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?» (6:20). Su corazón debió haber saltado de alegría cuando escuchó la fuerte respuesta de Daniel: «Oh rey, vive para siempre. Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo» (6:21-22).

Darío estaba encantado; entonces actuó rápidamente contra los conspiradores. Ordenó echarlos al foso junto con sus familias, y los leones los despedazaron.

¿Y qué ocurrió con la ley de Media y de Persia que no podía ser revocada? ¿Cómo fue Darío capaz de ignorarla completamente y actuar de esta manera? Lo que

sucede a continuación implica que Darío vio en la sorprendente supervivencia de Daniel una señal de que había una ley más alta que la ley de Media y de Persia, la ley de Dios, y que cuando ambas se enfrentaban, esta última debía ser obedecida. Darío emitió un decreto y lo envió a todo su imperio:

> *Paz os sea multiplicada. De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin. El salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones* (Daniel 6:25-27).

Curiosamente, no se menciona aquí ninguna sanción contra los que no cumplieron. Por desgracia, hubo momentos en la historia donde el poder gobernante ha tratado de imponer la religión por la fuerza, y esto ha resultado en el mismo tipo de tiranía que la imposición del paganismo o del ateísmo. (Para una discusión sobre el cristianismo y el uso de la violencia, ver mi libro *Disparando contra Dios*, capítulo 2.)

La historia de Daniel en el foso de los leones ha cautivado a los niños a lo largo de los siglos, y con razón. Es una historia emocionante con una fuerte dimensión moral: valentía frente a un peligro extremo, la asombrosa liberación de la amenaza que representaban unos animales salvajes y la reivindicación final de una posición de principios. Sin embargo, no es una fantasía. Y como hemos visto, está lejos de ser solo una historia para los niños. Es un análisis de la naturaleza de la ley, de su uso y su abuso.

En realidad, relata el primer intento de prohibir la práctica de la religión judía. La forma en que se hizo tiene una relevancia inmediata para el mundo contemporáneo. En muchos países podemos observar el creciente uso de la ley (positiva) para discriminar a los creyentes en Dios.

Tomemos, por ejemplo, esta declaración del juez Samuel B. Kent del Tribunal de Distrito de Estados Unidos para el Distrito del Sur de Texas en su sentencia de 1995 respecto a que cualquier estudiante que mencione el nombre de Jesús en una oración de graduación recibiría una sentencia de cárcel:

> Y no se equivoquen, el tribunal va a tener un Alguacil de Estados Unidos presente en la graduación. Si algún estudiante ofende a este tribunal será arrestado sumariamente y enfrentará hasta seis meses de encarcelamiento en la cárcel del condado de Galveston por desacato al tribunal... Cualquiera que viole estas órdenes... va a desear haber muerto de niño cuando este tribunal llegue al final de esto.[30]

En junio de 2011, el juez federal de Distrito, Fred Biery, dictó la siguiente sentencia que prohibía la oración:[31]

> En consecuencia, se ORDENA que el Distrito Escolar Independiente de Medina Valley y sus funcionarios, agentes, servidores *y* empleados, así como todas las personas que actúen de concierto con ellos, tienen prohibido permitir que se incluya una oración (como se define a continuación en el párrafo b) en la ceremonia de graduación del 4 de junio de 2011 de la Escuela Secundaria de Medina Valley. Más específicamente:
>
> a) El Distrito eliminará los términos «invocación» y «bendición» del programa de ceremonias para la graduación. Estos términos se sustituirán por «observaciones introductorias» y «observaciones finales».
>
> b) El Distrito, a través de sus funcionarios, dará instrucciones a los estudiantes previamente seleccionados para realizar la «invocación» y la «bendición» para que modifiquen sus observaciones y estas sean declaraciones de sus propias creencias y no una forma de guiar a la audiencia en la oración. A estos estudiantes, y a todas las demás personas programadas para hablar durante la ceremonia de graduación, se les indicará que no pueden introducir una oración, es decir, que no pueden pedir a los miembros de la audiencia que «se paren», «participen en la oración» o «inclinen sus cabezas», no pueden terminar sus observaciones con «amén» o «en nombre de (una deidad) oramos», y no pueden trasmitir de otro modo un mensaje que comúnmente se entendería como una oración, ni usar la palabra «oración» a menos que se use en la expresión de la creencia personal del estudiante, y no para a animar a otros, que pueden no creer en el concepto de oración, a participar y creer en este concepto. Los estudiantes, al declarar sus propias creencias personales, pueden expresarse a través de acciones como arrodillarse en dirección a La Meca, usar un *yarmulke* o un *hiyab* o hacer el signo de la cruz.
>
> c) El Distrito, a través de sus funcionarios, revisará las observaciones ya corregidas de los estudiantes y hará los cambios necesarios para garantizar que dichas observaciones cumplan con esta orden, e informará a los estudiantes que no deben desviarse de las observaciones aprobadas al hacer sus presentaciones.
> Debido a que esta acción legal busca hacer cumplir las normas

> constitucionales fundamentales, se ORDENA además que se renuncie al requisito de seguridad de la Regla Federal de Procedimiento Civil 65(c) y que este mandamiento judicial entre en vigencia inmediatamente y se aplique mediante el encarcelamiento u otras sanciones por desacato al Tribunal si no es obedecido por los funcionarios del Distrito y sus agentes.

Esto recuerda a Darío.

CAPÍTULO 15

LA LEY DE LA SELVA
Daniel 6

Los emperadores mesopotámicos pensaban que cazar leones era el deporte de los reyes. Las representaciones de estos animales en cerámica azul vidriada eran bastante comunes en las edificaciones babilónicas. Este animal era un enérgico símbolo del poder imperial.

Se sugiere que Asurnasirpal trató de emular a Gilgamesh, el héroe mitológico de Mesopotamia, quien demostró su destreza al matar él solo una manada de leones. Una asociación como esta reforzaba el derecho del rey a gobernar, pues lo relacionaba con un pasado glorioso y demostraba de manera simbólica su valentía y su fuerza.

Utilizar un foso de leones como cámara de ejecución resolvía dos problemas a la vez: deshacerse de oponentes molestos y mantener a los leones del palacio bien alimentados. Sin embargo, debe haber un misterio más profundo en todo esto. El libro de Daniel muestra un gran interés por los animales y su comportamiento. En el capítulo 4, Nabucodonosor se porta como un animal por siete años consecutivos; y los capítulos 7 y 8 incluyen visiones de animales extraños. El presente capítulo no nos dice simplemente que los leones eran el método preferido de ejecución en aquel entonces: nos cuenta que Dios libró a Daniel del poder de estas fieras. Darío albergaba la esperanza de que Dios lo libraría, y cuando regresó al foso por la mañana, Daniel le dijo que Dios había enviado a Su ángel para cerrar la boca de las fieras.

Política de fuerza

Las personas que rechazan lo sobrenatural toman el pasaje de los ángeles que inmovilizan a los leones como pura leyenda. Sin embargo, como he argumentado en otra obra, *Disparando contra Dios*, capítulo 7, rechazar lo sobrenatural es, en principio, anticientífico y, de hecho, irracional. El citado relato debe tomarse en serio como un análisis sobre el poder, porque la situación descrita está relacionada con la política de fuerza. Inicia con un grupo de conspiradores que esgrimen las leyes para ejercer poder sobre Daniel, y al mismo tiempo quitarle al rey el poder de salvaguardarlo. Por otra parte, el poder de Dios hace nulo el de los leones para hacerle daño a Daniel, pero no lo hace con los conspiradores.

Por supuesto, la ley en sí misma no tiene poder; por eso necesitamos el cuerpo de policías. Las personas ignoran las leyes cuando estas no se imponen. La historia lo demuestra con bastante claridad. Los sátrapas eran los agentes del orden, pero tenían

menos poder que el emperador. Su complot era astuto, pues estaba basado en establecer una ley para destruir a Daniel y a su vez impedir cualquier maniobra del rey para obstaculizarlos.

Es imposible hacer lo mismo con los leones. Ellos, al igual que otros animales, actúan por instinto. ¡No existe una ley que les prohíba devorar a los seres humanos! Si un león le muerde la cabeza a un guarda del zoológico, no llevamos el animal a los tribunales, ni lo sometemos a juicio o le dictamos una sentencia. Los humanos son seres morales, no así los leones.

Tampoco podemos poner en vigor leyes que les impidan a estos animales luchar y matarse unos a otros. Sí, los leones tienen patrones observables de comportamiento, pero no se reúnen a conformar leyes para gobernarse, como nosotros. Funcionan bajo el principio de la supervivencia del más fuerte. Dictar leyes y hacer que se cumplan concierne únicamente a los humanos.

Esto plantea una pregunta muy interesante y de mucha relevancia: ¿de dónde viene el concepto del derecho, tal como lo conocemos? ¡Es imposible que provenga del mismo principio de la supervivencia del más fuerte!

Los sátrapas afirmaban que actuaban según la ley. Pero ella, como la de los leones de la selva, era la supervivencia del más fuerte. Según estos celosos administradores, Daniel no merecía sobrevivir, así que conspiraron para matarlo. Realmente no les interesaba el derecho o la moralidad genuinos. Aunque eran seres morales, se comportaban como animales amorales. Daniel amenazaba su territorio, así que decidieron eliminarlo.

Fracasaron por completo cuando ellos mismos fueron arrojados al foso de los leones como resultado de la severa justicia de Darío. La ley de la selva se impuso a través de la venganza y tristemente para los sátrapas, sobrevivieron los animales más grandes y más fuertes.

Podemos ver en acción el principio de la supervivencia de los más fuertes en muchas áreas de la vida. Hemos llegado a observarlo en la política y en los negocios, pero la filosofía de «todos contra todos» ejerce su influencia más allá. En la primera mitad del siglo XX, este principio fue el centro de la ola del darwinismo social que originó programas de eugenesia a ambos lados del Atlántico. Y el peligro continúa entre nosotros. El relativismo posmoderno ha calado profundo en la mente de muchas personas, y esto ha erosionado los conceptos de la verdad, la moral y el valor de la vida humana. Adiciónele eso al culto del *yo,* y usted avanza hacia la ingeniería de una sociedad egocéntrica, que define la verdad y la moralidad de forma que solo «yo» logre sobrevivir.

Aunque su lealtad al emperador estaba probada, Daniel estaba listo para nadar contra la marea del politeísmo y expresar su convicción de que había un solo Dios verdadero, el Dios del cielo, a quien adoraba. No abandonaría su posición, aunque el emperador se lo ordenara. Eso provocó que lo acusaran de ser arrogante, estrecho de mente, intransigente y antisocial. ¿Cómo podía creer que solo él tenía la razón y que

los demás estaban equivocados? ¿Quién se creía que era? Suena bastante familiar, ¿no es cierto?

La historia siempre ha sido la misma. En el Imperio romano, por ejemplo, existía una tolerancia generalizada hacia la religión. Usted podía adorar a cualquier dios siempre y cuando también estuviera dispuesto a unirse al culto del emperador, o de las deidades estatales cuando la ceremonia pública lo exigiera. Los cristianos no estaban dispuestos a hacerlo y, en consecuencia, lanzaban a muchos de ellos, por simple entretenimiento público, en ese enorme foso de leones llamado Coliseo.

¿Por qué el cristianismo sigue provocando oposición? Porque afirma que es único. Jesús dijo: «Yo soy... la verdad» (Juan 14:6); y esa declaración enfurece a los que afirman que no hay verdad (absoluta). Para ellos, representa la más alta expresión de intolerancia.

La verdadera tolerancia

¿Qué significa *tolerancia*? Hago la pregunta porque me parece que una de las cosas que realmente amenaza la libertad humana es la comprensión contemporánea de la tolerancia. Digo contemporánea, porque el antiguo y buen sentido de la tolerancia ha sido cambiado por algo insidioso y peligroso. El significado original de la expresión «te tolero» expresada por Voltaire, fue famosa (quizás demasiado): «Desapruebo lo que dices, pero defendería hasta la muerte tu derecho de decirlo.»

La tolerancia defiende el derecho a tener convicciones, a emitir juicios sobre lo correcto o no, que son diferentes de los de otros. También respalda el derecho a expresar tales opiniones sin temor. La palabra proviene del latín *tolerare*, que significa «soportar, sobrellevar, resistir las dificultades». La tolerancia no exige que aceptemos las opiniones, las creencias y los estilos de vida de los demás; sino que aprendamos a vivir sin obligarlos a ser como nosotros. El filósofo del siglo XVII, John Locke, abogó por la tolerancia para proteger a los partidarios religiosos de la coerción estatal. Como debemos recordar tal coerción, fue una de las razones por las que los Padres Peregrinos pusieron rumbo hacia la América.

La verdadera tolerancia está basada en una serie de principios; pero incluye ser capaz de soportar las diferencias y las personas, así como saber cuándo hacer críticas. La verdadera tolerancia emite juicios sin censurar. Por lo tanto, puede ser intolerante con el fanatismo (tanto religioso como secular) que inhibe la verdadera libertad. Un ejemplo clásico de la opinión de que la tolerancia es errónea fue expresado por el teólogo francés Jacques Bénigne Bossuet, que en 1691 escribió: «Tengo el derecho de perseguirte porque yo tengo la razón y tú estás equivocado.» Tal visión es, por supuesto, ofensiva, y la tolerancia basada en principios se cuida de insultar siempre que sea posible. Sin embargo, no siempre puede evitarse la ofensa, especialmente cuando se trata de la verdad.

Pero la nueva tolerancia es diferente por completo porque sostiene que no debo

expresar desaprobación ante cualquier aspecto del comportamiento o las ideas de los demás para no ofenderlos. La nueva tolerancia desaprueba todos los absolutos excepto este: tolerar la opinión de todos. Usted debe, entonces, ser intolerante con la intolerancia. Esto significa que la crítica está prohibida, y hay que reemplazarla por una aceptación y alabanza ilimitadas, o por el silencio. La nueva tolerancia es intolerante con lo viejo, y de hecho lo niega. Para decirlo de otra manera: la vieja tolerancia aceptaba la existencia de otros puntos de vista sin estar de acuerdo con ellos; la nueva tolerancia insiste en aceptar las opiniones de por sí y no su mera existencia.

Dicha tolerancia actúa como un ácido que no solo disuelve la libertad y el florecimiento humanos, sino que también disuelve la verdad *y* la moralidad; debe aceptar que otros puntos de vista son tan verdaderos como el suyo. Si no se nos permite emitir juicios o tener convicciones, entonces lo único que queda es descender a una especie de neutralidad ética. Al final, la tolerancia se convierte en un sinónimo de aprobación incondicional. Hemos perdido nuestras dimensiones humanas de la virtud *y* la verdad. En ese sentido, nos hemos vuelto simples animales. (Para un estudio mucho más detallado de la tolerancia ver D. A. Carson, 2012.)

A primera vista, esto parece estar bastante alejado de la corte medo-persa. Los sátrapas no estaban dispuestos a tolerar ni a Daniel ni a la tolerancia que Darío le tenía. Lo significativo de la historia es que hay una poderosa motivación para incorporar en la legislación aplicable una nueva tolerancia que apela al estado para imponer su punto de vista. No escucha la advertencia del filósofo del siglo XIX John Stuart Mill sobre la tiranía de la opinión pública que estigmatiza y silencia las creencias minoritarias y disidentes.

La influencia de este tipo de pensamiento puede observarse en la Declaración sobre los Principios de Tolerancia de la UNESCO:

> La tolerancia consiste en el respeto, la aceptación y el aprecio de la rica diversidad de las culturas de nuestro mundo, de nuestras formas de expresión y medios de ser humanos.

El sociólogo británico Frank Furedi señala:

> Para la UNESCO, la tolerancia se convierte en una sensibilidad expansiva y difusa que ofrece automáticamente el respeto incondicional a diferentes culturas y puntos de vista.

Como señala Furedi (2011, págs. 8-9), esto priva a la tolerancia de cualquier objeto específico, y alienta a los «niños a “tolerar la diversidad” o Tolerar las diferencias”». Y continúa:

> Semejante pedagogía evita conscientemente la motivación a los niños para que desarrollen su capacidad de hacer razonamientos o juicios

morales.

El resultado es que acrecentamos la incertidumbre moral, en lugar de disminuirla.

A ninguno de nosotros le gusta estar expuesto a hablar sobre lo que nos ofende; y es cierto que algunas personas no conocen la diferencia entre criticar las ideas de las personas y atacarlas. Sin embargo, el peligro ahora es que el deseo de estar completamente aislado de cualquier tipo de ofensa nos conduzca a nunca hacer debates sustanciosos que sean instructivos para todos los que participan.

Domar la lengua

Finalmente, debemos terminar esta exposición con algo que nos afecta a todos. Cuando pensamos que los seres humanos se comportan como animales, existe el peligro de pensar que solo los demás lo hacen, pero no nosotros. Sin embargo, la Biblia señala que nosotros mismos necesitamos usarla de forma práctica.

El apóstol Jacobo alude al problema que todos tenemos con nuestras lenguas:

> *Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así* (Santiago 3:7-10).

La comparación resulta aleccionadora. Podemos domesticar con éxito animales salvajes; sin embargo, fallamos con nuestras lenguas. Santiago nos desafía como creyentes a enfrentar el vergonzoso hecho de que podemos aparentar piedad todo el tiempo, «bendecimos al Dios y Padre», pero a la vez podemos usar la lengua para destruir a otro ser humano, hecho a la imagen de Dios.

Motivados por una pasión animal para impedir que Daniel se convirtiera en «el mandamás», los sátrapas conspiraron para obtener una ley que lo juzgara por transgredir con su lengua (cuando oraba). Entonces, con sus lenguas, lo destruirían en su informe a Darío. ¿Qué sucede si hay una situación inversa, cuando existe una ley que detiene lo que la gente hace con sus lenguas? En algunos países existen leyes contra el llamado «discurso racista y de odio». El tema plantea todo tipo de preguntas: si tales leyes logran su objetivo, o si en cambio, obstruyen el debate moral basado en la razón.

En los aspectos más sencillos de nuestra vida cotidiana, nos resulta difícil controlar el pequeño animal salvaje en nuestras bocas. Podemos (con razón) criticar el comportamiento maquiavélico de los sátrapas; pero ¿cuántas veces en la iglesia han existido disputas sobre aspectos triviales que se han tratado como cuestiones de

principio o de doctrina? ¿No hemos visto familias cristianas enfrentarse en procesos judiciales por una herencia? Como dice Santiago, «esto no debe ser así».

El apóstol Pedro, conocido en todo el mundo como el discípulo que usó su lengua para negar al Señor, nos dice que hay un recurso sobrenatural para tratar con ella: «... siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre» (1 Pedro 1:23). No es suficiente aplicar nuestra ley personal para controlar la lengua. Necesitamos el recurso del Espíritu de Dios, que se implanta en nosotros cuando nos arrepentimos y confiamos en Jesucristo como Señor y Salvador. Precisamos el poder de Dios para que podamos obedecer las enseñanzas de Pedro: «No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición» (1 Pedro 3:9).

Domar la lengua no es hacer un voto de silencio. La idea de testificar sin palabras es muy engañosa. El método de comunicación de Dios es Su Palabra, y solo será creíble si está respaldado por un estilo de vida coherente; pero no basta con eso. Para explicar la Palabra, es necesario usar las palabras

No hay opción para los cristianos, estamos llamados a ser testigos de Cristo. Para la mayoría de quienes testifican, eso representa derribar la barrera del miedo. Pedro puede ser de gran ayuda y aliento para nosotros. El miedo lo paralizó y lo llevó a negar a Cristo. Pero ese no fue el final de su testimonio. Cristo no solo lo perdonó; poco después le dio la fuerza para vencer su temor y levantarse en Jerusalén en el día de Pentecostés, predicar poderosamente el evangelio y testificar sobre la iglesia cristiana. Daniel también, sin importar el temor que haya sentido, recibió fuerzas de Dios para mantener su testimonio a pesar de las maquinaciones de los sátrapas.

El miedo puede paralizar nuestra lengua cuando debemos usarla para testificar. Pedro les señala algo a aquellos de nosotros (a todos nosotros) que a veces sienten temor e incluso vergüenza, en especial si, como Daniel, nos enfrentamos a una situación difícil.

> *¿Y quién es aquel que os podrá hacer daño, si vosotros seguís el bien? Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis, sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo. Porque mejor es que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal* (1 Pedro 3:13-17).

Debemos estar dispuestos a defender el mensaje cristiano, ese es nuestro llamado. Para hacerlo, por supuesto, necesitamos saber cuáles son los fundamentos de nuestra esperanza. Lo cual necesita que reflexionemos y discutamos nuestras razones para creer que Jesús es el Señor, el Hijo de Dios. También significa responder a malentendidos y tergiversaciones, que pueden conducirnos a situaciones en las que sintamos temor.

Por ejemplo, una táctica que se utilizó contra los cristianos en el primer siglo fue acusarlos de fomentar la actividad antiestatal. El Libro de los Hechos registra una ocasión en la que Pablo estaba predicando en Tesalónica. Algunos judíos se pusieron celosos de su éxito, reunieron a una multitud, llevaron a algunos de los creyentes de allí ante las autoridades y dijeron:

> *Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá... contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús* (Hechos 17:6-7).

Los romanos no aprobaban a los sediciosos políticos, de esos que, «trastornan el mundo entero». Pero las acusaciones eran falsas, y era importante que Lucas explicara por qué.

Podemos tener miedo de aquello que las personas pensarán de nosotros. Por mucho que sepamos, siempre encontraremos que algunos preguntarán por cuestiones sobre las que nunca hemos pensado, y no podremos responderles de inmediato. ¡Pudiera resultar aterrador, pero la peor manera de combatirlo es pretender saber lo que no sabemos! Nunca deberíamos tener miedo de ser honestos, confesar nuestra ignorancia y expresar que tenemos que pensarlo.

También podemos temerle a lo que algunas personas puedan hacernos. A Daniel lo amenazaron con echarlo en el foso debido a sus oraciones. A Pedro y a Juan los arrestaron por predicar en Jerusalén, y los llevaron al Sanedrín, el más alto tribunal de la ley judía. Sin embargo, le dijeron al tribunal exactamente aquello que los gobernantes religiosos no querían escuchar:

> *Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos* (Hechos 4:11-12).

La exclusividad enfureció al concilio, y muchos todavía están ofendidos. Les prohibieron a los apóstoles que predicaran en el nombre de Jesús. Se negaron a hacerlo y los encarcelaron. En esa ocasión Dios los liberó de manera sobrenatural para que predicaran de nuevo. Pero no siempre lo hace. Sabemos que, a Pedro, finalmente, lo crucificaron por su fe, y a Juan lo desterraron a la isla de Patmos.

Lo que los libró (y nos librará) del temor no fue poseer muchos conocimientos,

sino la exhortación de Pedro: «Sino santificad a Dios el Señor en vuestros corazones». La clave para superar los temores es depender de Cristo y entregarle el lugar más sagrado como el principal valor en nuestras vidas.

Ese fue el secreto, por todos conocido, del testimonio de Daniel cuando enfrentó la amenaza de animales salvajes, tanto felinos como humanos. Su conocimiento de Cristo era, por supuesto, mucho menor que el nuestro. La confianza en el Señor resucitado fue lo que le permitió a Pablo batallar «contra fieras» (del tipo humano) en Éfeso (ver 1 Corintios 15:32).

Para concluir, Pedro resume que nuestro oponente es un «león» bastante peligroso:

> *Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo* (1 Pedro 5:8-9).

Pasamos ahora de los animales de carne y hueso en el foso de los leones a los fantásticos y surrealistas de los primeros sueños de Daniel.

CAPÍTULO 16

LAS CUATRO BESTIAS
Y EL HIJO DEL HOMBRE
Daniel 7

El resto del Libro de Daniel consiste de cuatro visiones que él vio: dos en el período babilónico, y dos en el medo-persa. Las dos primeras visiones ocurrieron durante el reinado de Belsasar, así que son anteriores a los acontecimientos del capítulo 6. Las dos segundas visiones fueron dadas a Daniel después de esos sucesos. De ahí que las dos primeras rompan la secuencia cronológica de la narración. Esto nos muestra que la principal preocupación de Daniel en este punto no es la cronología. Las visiones están relacionan aquí por razones lógicas, que se hacen evidentes cuando las vemos en el contexto de la estructura más amplia del libro. Ya hemos visto que se agrupan de manera espontánea en dos parejas: el capítulo 7 es paralelo al capítulo 8 y el capítulo 9 con la sección final del libro, capítulos 10-12.

Daniel data su primera visión en el primer año del reino de Belsasar, así que ocurrieron alrededor de diez años antes del fatídico banquete que se registra en el capítulo 5. Cuando leemos el capítulo 7, nos percatamos por completo del final de la vida de Belsasar y de su imperio; y pudiera ser que una de las razones para que Daniel incluya los detalles del capítulo 7 en este punto es que quisiera que tuviéramos en mente toda la historia de Belsasar. Porque si al principio de su reinado Belsasar comenzó a mostrar el tipo de carácter que exhibió al final, no es de sorprender entonces que la primera visión de Daniel refleje el mal que asecha bajo tal política de fuerza. El hecho de que Daniel tuvo que ser llamado al banquete por Belsasar, quien entonces no parecía reconocerlo, muestra que quizás fue desplazado gradualmente por esta nueva administración que no se mostró simpática hacia su hablar y caminar con Dios, como lo había hecho Nabucodonosor.

Tal marcado rechazo habría planteado nuevas interrogantes en la mente capaz y piadosa de Daniel sobre lo que el futuro depararía. Hasta este punto, él había disfrutado una carrera espectacular. Es cierto que esta había tenido sus momentos de peligro, pero por lo general, él había disfrutado de gran estima y la protección del mismo emperador. No obstante, esa estima se estaba evaporando, y podemos imaginar con facilidad a Daniel comenzando a darse cuenta de que la inestabilidad de los poderes terrenales se debía, en parte, a su extrema vulnerabilidad al orgullo y al mal que podría surgir en la naturaleza humana.

Con certeza, Daniel había aprendido esto y mucho más de la visión del hombre

colosal dada a Nabucodonosor. Pero eso solo era una parte de la historia. Había otro aspecto, más siniestro, relacionado a los corredores de poder, que había experimentado en tiempo real por medio de su trabajo. En esta visión y en la siguiente, Dios intervino para revelárselo.

Estas visiones se refieren a un zoológico de animales extraños y aterradores. La primera de ellas, en el capítulo 7, es de cuatro bestias salvajes, que reflejan cuatro imperios. Como tal, forma un sorprendente paralelo con la estatua de cuatro partes vista en la visión de Nabucodonosor en el capítulo 2. Ambas visiones se concentran, en particular, en el cuarto imperio y su destrucción final. Por lo tanto, sin duda, no es irracional considerar que estas visiones representan dos formas diferentes de ver los mismos cuatro imperios.

En el capítulo 2, dos de los imperios son específicamente identificados. Se le declara a Nabucodonosor: *Tú eres la cabeza de oro* (2:38). Las palabras *después de ti* (2:39) se refieren claramente al Imperio Medo-persa y al resto. En el capítulo 7 no se hace ninguna identificación. Eso no es de sorprender si estamos en lo cierto al asumir que las bestias representan los mismos imperios que en el capítulo 2.

La imagen de las bestias no se utiliza como un código solo para identificar los imperios (pues ya sabemos lo que son), sino más bien para expresarnos más sobre la naturaleza de los imperios, que en varias formas se comportan como bestias.

En el capítulo 2 los metales que representan los imperios difieren en valor y fuerza. En el capítulo 7 las bestias que representan los imperios difieren en su ferocidad animal. Lo que es llamativo desde el primer momento es que mientras que el cuarto reino en el capítulo 2 se caracteriza por su debilidad, en el capítulo 7 ese reino está marcado por su fuerza, su abominable fuerza. Por lo tanto, la segunda visión no es simplemente una repetición de la primera.

David Gooding (1981) resume las principales similitudes y contrastes de la siguiente manera:

Capítulo 2	Capítulo 7
Un estudio de todo el curso del poder imperial gentil.	Un estudio de todo el curso del poder imperial gentil.
Cuatro imperios en la forma de un hombre.	Cuatro imperios en forma de bestias salvajes.
La debilidad fatal: una mezcla incoherente de hierro y arcilla en los pies.	La horrible fuerza: una mezcla aterradora de destructividad animal con inteligencia humana.
El hombre entero destruido por la piedra, cortado por el poder divino.	La última bestia destruida y el dominio universal dado al Hijo del Hombre.
El establecimiento del reino mesiánico universal.	

El capítulo 7 se divide de forma natural en cuatro partes, cada una introducida por una frase similar:

1. *Miraba yo en mi visión de noche...* (versículo 2)

Se presentan tres bestias.

2. *Miraba yo en las visiones de la noche...* (versículo 7)

La cuarta bestia temible y su juicio y destrucción.

3. *Miraba yo en la visión de la noche...* (versículo 13)

La venida del Hijo del Hombre, y los santos que reciben el reino.

4. *Las visiones de mi cabeza me asombraron* (versículo 15)

La explicación de la visión. La cuarta bestia y su juicio y destrucción.

Las cuatro bestias

Daniel vio un gran mar, azotado por fuertes vientos, del cual emergieron cuatro bestias extrañas, surrealistas, una tras otra. La imagen de un mar turbulento en algunas ocasiones la encontramos en la Biblia representando a las incalmables naciones de la tierra (ver Isaías 17:12; Apocalipsis 17:15), y luego a Daniel se le declara que representan imperios que salen de la Tierra (Daniel 7:17). El comienzo de la visión

refleja la narrativa de Génesis de la creación, donde leemos que *el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas* (Génesis 1:2). La palabra hebrea para *Espíritu* es la que se puede usar para aliento o viento. Pero en la visión de Daniel, el viento y el mar no son un preludio para hacer de la Tierra un hogar adecuado para los seres humanos, sino del surgimiento de una secuencia de animales que representan imperios mundiales inclinados cada vez más a la destrucción.

La simbología animal aquí está claramente diseñada para transmitir un mensaje muy diferente del que proyecta las secciones metálicas del hombre colosal. Sin embargo, hay elementos importantes en común. Por ejemplo, vemos que la impresión que transmite el hombre colosal no es del todo misteriosamente apocalíptica y cargada de muerte. Lo mismo ocurre aquí hasta cierto punto, aunque la imagen en su conjunto es más sombría.

Así como la variedad de metales en el sueño de Nabucodonosor indica los diferentes valores de los sucesivos imperios, los diversos animales en el sueño de Daniel denotan lo que probablemente se describa mejor como la «ferocidad animal» relativa de esos imperios. Por ejemplo, al primer animal se le da un corazón humano. Los animales siguientes se vuelven cada vez más brutales, el cuarto es rapaz en extremo. Tiene los ojos de la inteligencia humana pero no muestra el menor indicio de la compasión humana.

La perspectiva es clara: desde un punto de vista, los imperios parecen animales salvajes. Pero, a diferencia de los humanos, los animales no se restringen por consideraciones morales, ya que no son seres morales. Los imperios tienden a comportarse así, como bloques de poder sin moral. La impresión general de la visión es de las oscuras entrañas de la política: las maniobras por poder, con cada vez menos escrúpulos, hasta que desaparece el sentido de humanidad y compasión bajo la despiadada ansia de dominación.

Por supuesto, no todos los animales salvajes se comportan de la misma manera. No son todos igual de peligrosos; y aquellos que lo son, no necesariamente son peligrosos todo el tiempo. Por ejemplo, un domador de leones puede caminar entre ellos después de que han tenido una buena comida, pero no cuando están hambrientos. Por lo general los animales salvajes tampoco son peligrosos con su propia especie, con excepción de las luchas de poder para aparearse o para ser el líder.

La primera bestia en el «zoológico» de Daniel es un extraño híbrido de un león y un águila. Como vimos antes, existe evidencia arqueológica para el símbolo de un león en representación de Babilonia, para no mencionar la experiencia de Daniel en el foso de los leones (que en este momento aún no ha ocurrido). La misma simbología aparece también en las escrituras del profeta Jeremías (4:7; 50:17) y en Ezequiel (17:3). La referencia a un león cuyas alas fueron arrancadas, y se puso de pie como un humano y se le dio corazón humano puede representar el progreso de Nabucodonosor (aunque errático), a una actitud más humana (al menos según los estándares antiguos).

El segundo animal es un oso, que representa el Imperio Medo-persa. Algunos

académicos sugieren que, el ser levantado por un lado indica la supremacía dentro del Imperio de los persas sobre los medos; y que las tres costillas posiblemente sean Babilonia, Lidia y Egipto. El leopardo con alas transmite la impresión de gran velocidad, que encaja bien como símbolo para el Imperio griego dirigido por Alejandro Magno, quien conquistó país tras país con legendaria rapidez. Las cuatro cabezas del leopardo pudieran hacer alusión al hecho de que, en su muerte, el imperio de Alejandro se dividió en cuatro partes. Estas fueron gobernadas por cuatro de sus generales respectivamente: Casandro tomó el control de Macedonia y Grecia, Seleuco tomó el mando de Siria y la parte superior de Asia, Lisímaco gobernó Asia Menor y Tracia y Tolomeo, Egipto y Arabia.

Luego hay una pausa. *Después de esto miraba yo en las visiones de la noche...* Toda la atención de Daniel ahora se enfoca en una cuarta bestia terrible (Daniel 7:7): *Tenía unos dientes grandes de hierro; devoraba y desmenuzaba, y las sobras hollaba con sus pies.*

A diferencia de los otros, el cuarto reino no es semejante a ningún animal nombrado, sino que es descrito como diferente de todos los otros. Tenía diez cuernos. Daniel vio como otro cuerno pequeño creció entre ellos, y desplazó a tres de ellos. Al mirar más de cerca, Daniel pudo ver que este cuerno extraño y pequeño tenía ojos humanos, y una boca que *hablaba grandes cosas* (7:8). Era surrealista por completo.

Una vislumbre del cielo

Mientras observaba, la escena cambió. Se encontró mirando otro mundo, la habitación misma del trono del universo, el cielo. Era un espectáculo vertiginoso y asombroso, mientras miraba la figura majestuosa del Anciano de Días que tomaba Su lugar en el trono que lucía como un fuego ardiente. El trono tenía ruedas que eran de fuego, y un río de fuego salía de delante de él. La santidad de Dios es absoluta, Él es fuego consumidor (Hebreos 12:29). No se intenta describir a Aquel que está en el trono. Se nos dice simplemente que *se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia* (Daniel 7:9).

La imagen transmite un sentido de pureza sin mancha y sabiduría del Juez que se sienta resplandeciente en Su trono ante una multitud indescriptiblemente grande: *diez mil veces diez mil*\ ¡cien millones! Fue una visión abrumadora, una visión de la corte suprema del universo. Se abrieron los libros, indicando que la sesión estaba a punto de comenzar, cuando la atención de Daniel fue atraída una vez más por el sonido de las grandes palabras del cuerno, la temible cuarta bestia. Increíble, en la misma presencia de Dios, el Juez supremo, todavía insistía en que se le escuchara. No se presentan detalles del juicio posterior. Se lleva a cabo la sentencia, la bestia es aniquilada, y su cuerpo destruido por el fuego. Las otras bestias no sufren el mismo destino. Les es quitado su poder: *Pero les había sido prolongada la vida hasta cierto tiempo* (7:12).

Hay una pausa antes de que Daniel reanude su descripción al repetir la frase:

Miraba yo en las visiones de la noche... Ahora le sigue un pasaje de mucha trascendencia para toda la revelación bíblica:

> *Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, y para que todos los pueblos, y naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido* (Daniel 7:13-14).

Daniel quedó perturbado en gran manera por lo que vio, y quiso conocer su significado. Se acercó a uno de aquellos que estaban allí parados, probablemente un miembro de la corte celestial, y le preguntó la verdad sobre la visión. Le respondió: *Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra. Después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre* (7:17-18).

Dios no siempre librará

No es sorprendente que Daniel, con buena razón, estuviera especialmente interesado en la cuarta bestia, con su espantoso cuerno pequeño. Mientras continuó observando, algo sin precedentes y terrible sucedió: *este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía* (7:21).

Era una perspectiva aterradora. Esta cuarta bestia, con todo su horrendo poder, no solo lucharía, sino que vencería a los santos. Hasta aquí, en el Libro de Daniel, cuando el estado amenazó a Daniel y a sus amigos con la muerte, Dios, de forma sobrenatural, intervino y los liberó. Es cierto que los tres amigos de Daniel le expresaron a Nabucodonosor que Dios podía no librarlos del horno de fuego ardiente; aunque en esa ocasión lo hizo. Daniel y sus amigos no solo sobrevivieron; sino que fueron capaces de desempeñar una función principal en la nación, sin comprometer los principios de su fe.

Ahora Dios le revela a Daniel que sus tres amigos habían estado en lo cierto cuando expresaron que Dios no siempre librará a Su pueblo del sufrimiento y de la opresión. Enemigos poderosos y despiadados se levantarían un día, de forma rotunda le harían la guerra al pueblo de Dios, los tratarían con brutalidad y los matarían. El cuerno de la cuarta bestia representa uno de esos enemigos. (El símbolo de un cuerno se usa en la Biblia para denotar poder; ver, por ejemplo, Deuteronomio 33:17; Zacarías 1:18-19). Como señalamos arriba, el cuerno de la cuarta bestia tiene ojos, que simboliza la perspectiva e inteligencia humanas, junto a la fuerza animal brutal. En particular, carece de corazón humano: es un genio terrible, malo y despiadado.

Muchas de las peores atrocidades que el mundo ha conocido, fueron (y aún son)

cometidas por personas sumamente inteligentes, en cuyas manos están las palancas del poder político, testigo: la Alemania nazi. No debemos perder de vista que uno de sus principales blancos fue la nación que dio a luz a Daniel. No debemos ignorar el hecho de que el siglo XX fue el más sangriento en la historia, con millones de personas que perecieron para satisfacer el deseo animal de poder en las dictaduras tanto de derecha como de izquierda. Los crímenes de Hitler, Stalin, Mao y Pol Pot van más allá de nuestra comprensión. Millones de personas perecieron en las manos de tales bestias: cristianos, y aquellos de otras religiones y de ninguna.

Entonces, ¿qué podemos pensar cuando consideramos los muchos creyentes fieles que han estado y están siendo sometidos a todo tipo de horribles torturas y métodos de exterminación que las bestias humanas despiadadas pueden idear, y, sin embargo, Dios parece no hacer nada?

Por supuesto, Daniel no duda en plantear esta cuestión varias veces. El capítulo 8 nos relata sobre un rey insolente que *causará grandes ruinas, y prosperará, y hará arbitrariamente¸ y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos* (8:24). Esto perturbó a Daniel, y continúa perturbándonos a nosotros. ¿Cómo podemos encontrarle sentido a esto? Si Dios puede librar a Su pueblo, ¿por qué no lo hace? Si Dios puede prevenir el sufrimiento, ¿por qué no lo hace? El problema del mal moral es ineludible. ¿Cuál es la respuesta a esto?

La visión da tres respuestas:

1. Habrá un juicio.
2. El Hijo del Hombre vendrá.
3. Los santos recibirán el reino.

Habrá un juicio

Sin importar los detalles, el mensaje clave está claro: este mundo no va a ser pisoteado y destrozado por regímenes brutales y sin moral para siempre. Llegará un día cuando Dios pondrá fin a las máquinas de guerra estatales, las bombas terroristas, el mal consumado de la opresión totalitaria, las cámaras de gas, los campos de exterminio, y otros innumerables e infames instrumentos de muerte. Habrá un juicio.

El hecho de que habrá un juicio es de suprema importancia; y enfatizo este punto, pues hay algunos que dicen que mientras menos se diga sobre estos temas, mejor. Después de todo, ellos argumentan: Dios es un Dios de amor; y hablar de juicio es grotesco y anticuado. No podrían estar más equivocados, como lo muestra un pequeño pensamiento.

Mucho antes de que Daniel fuera exiliado a Babilonia, los poetas hebreos escribieron muchos salmos que en años posteriores serían cantados con gran sentimiento por el desterrado pueblo de Israel. Aquí hay un ejemplo:

Decid entre las naciones: Jehová reina. También afirmó el mundo, no

> *será conmovido; juzgará a los pueblos en justicia. Alégrense los cielos, y gócese la tierra; brame el mar y su plenitud. Regocíjese el campo, y todo lo que en él está; entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento, delante de Jehová que vino; porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con su verdad* (Salmos 96:10-13).

El poeta imagina toda la creación celebrando que Dios viene a juzgar la Tierra. Lejos de que el juicio futuro sea un concepto sombrío y negativo, es exactamente lo contrario. Es causa de gozo, y la razón es obvia. Cuando se sufre injusticia, discriminación, hostigamiento, o persecución drástica, el pensamiento de la mente es: ¿Cuánto durará esto? ¿se podrá hacer algo al respecto?

Los seres humanos ansían la justicia, sin embargo, muchos de ellos nunca la experimentan en esta vida. Lo que Daniel nos confiesa es que esto no es el final. No, un día la justicia suprema se cumplirá. Se han registrado todos los horrores y maldades a los que los seres humanos han sido sometidos por las bestias que han asechado las selvas de poder. Cuando la asombrosa corte celestial se siente, y Dios, el Anciano de Días, presida, los libros se abrirán y la justicia justa, racional y medida será hecha.

El Hijo del Hombre vendrá

En la visión de Nabucodonosor en el capítulo 2, la enorme estatua inestable fue destruida por una piedra sobrenatural que al final llenó toda la tierra: lo inestable y temporal fue reemplazado por lo absolutamente estable y permanente. Ahora, en el capítulo 7, una bestia en extremo poderosa y feroz es destruida, y *uno como un hijo de hombre,* un ser humano, toma el reino para siempre (7:13-14).

El simbolismo transmite un fuerte mensaje. Las bestias de políticas de fuerza, aunque se creen a veces invencibles, no reinarán para siempre. Un humano perfecto, el Hijo del Hombre, vendrá finalmente con toda autoridad para vencer a las bestias y reinar en perfecta justicia. La ley de la selva cesará para bien. Estas son buenas noticias en verdad. Esto ofrece esperanza real y gloriosa a una sociedad desesperada.

Además, vivimos en un tiempo privilegiado de la historia, en el sentido de que sabemos quién es el Hijo del Hombre. Mucho después de la época de Daniel, Él visitó la Tierra y llevó a cabo el programa de Dios para la historia. Él, por supuesto, no es otro que el Señor Jesucristo. Usó el título de *Hijo del Hombre* como una descripción única de sí mismo.

Daniel nos habla del Hijo del Hombre en el contexto del juicio. No nos declara de forma explícita que el Hijo del Hombre será el Juez final, aunque esa es la implicación razonable. El Señor Jesús hace manifiesta esta función:

> *Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo, para*

> *que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán. Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre* (Juan 5:22-27).

El juicio de Dios será llevado a cabo por iguales. Son humanos los que han pecado; será un humano perfecto quien juzgará.

No mucho después de haber expresado estas palabras, Jesús fue arrestado en Jerusalén y juzgado por blasfemia ante el tribunal supremo religioso, el Sanedrín. El punto crucial del interrogatorio llegó cuando el sumo sacerdote, actuando como juez, lo puso bajo juramento para obligarlo a responder una pregunta, de hecho, la pregunta de todas las preguntas:

> *Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; y además os digo, que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo* (Mateo 26:63-64).

Todos los miembros del Sanedrín sabían que Jesús estaba declarando ser Aquel que Daniel, su propio profeta, había visto: Aquel a quien se le daría el gobierno, Aquel que sería servido y adorado por todas las naciones y pueblos, cuyo reino sería universal y eterno. Jesús estaba declarando ser el Mesías judío prometido (Cristo), el Rey. Ellos se pusieron extremadamente furiosos ante lo que consideraban la mayor blasfemia. Lo estaban juzgando: la idea de que Él los juzgaría le parecía ridícula. Pero era la verdad. Pues, aunque era humano, Jesús nunca fue solo humano. Él es *uno como hijo de hombre*, el Hijo del Hombre que es el Hijo de Dios. El título Hijo del Hombre que aparece en este contexto, en Daniel implica la deidad de Jesús, y no solo Su humanidad.

Aquellos jueces no se dieron cuenta (entonces) de que habían arrestado y juzgado al Juez de todo el universo. Si solo lo hubieran escuchado, lo habrían sabido, pero se negaron a escuchar. En cambio, como un grupo de animales salvajes enloquecidos, lo calumniaron, lo azotaron, se burlaron de Él, lo coronaron con espinas, y lo clavaron en una cruz. Pero, Jesús les declaró que no siempre permanecerían en ignorancia con respecto a quien Él era.

Dios cerró las bocas de los leones por Daniel. No hizo lo mismo por Su Hijo. Jesucristo, el perfecto Hijo del Hombre en quien no había pecado, nos amó tanto que

dio Su vida por nuestros muchos pecados. Por lo tanto, Él es el único digno de tomar todo el gobierno y el poder, para el alivio y gozo eterno e inmenso de todo el gemido de la creación (ver Romanos 8:22). Esta es la gran historia que solo le da sentido a la historia. Hace veintiséis siglos, Daniel vio en una visión al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo. Seis siglos después Jesús declaró al Sanedrín que ellos verían al Hijo del Hombre a la diestra de Dios y viniendo en las nubes del cielo. Él no hablaba de una visión, sino de la realidad. No expresó cuándo sucedería..., pero sucederá.

Esteban, el primer mártir cristiano, también vio al Hijo del Hombre glorificado poco después de la crucifixión. Cuando Esteban llegó al final de su poderosa y valiente defensa del evangelio ante el Sanedrín, miró a los cielos y expreso: *He aquí\ veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios* (Hechos 7:56). El mismo Sanedrín que había escuchado la declaración personal de Jesús de que era el Hijo del Hombre ahora se vio obligado a escuchar una vez más esa declaración. Produjo el mismo efecto. Otra vez sintieron una rabia asesina, y apedrearon a Esteban hasta la muerte.

El hecho de que Jesús es el Hijo del Hombre le ha permitido a Daniel, a Esteban, y a incontables otros a través de los tiempos, enfrentar ese tipo de hostilidad severa. Lo único que puede estabilizar la mente y fortalecer el corazón de los creyentes para enfrentar todas las fuerzas que la brutalidad anti-Dios puede reunir, es una visión definida de Aquel a quien se le
ha dado todo el poder sobre la Tierra y el cielo y quien un día regresará al planeta que lo rechazó.

Los santos recibirán el reino

La palabra *santo* significa uno que es «apartado», y por lo tanto, «consagrado», «santo». Se refiere a aquellos que, como Daniel, son apartados porque ellos a su vez han apartado a Dios como su Señor, honrándolo sobre todos lo demás. Tales personas al final compartirán en Su reino. (Ver apéndice A para un debate detallado del concepto bíblico de «reino».)

Fiel a esta visión, el mismo Hijo del Hombre confesó a Sus discípulos que al final participarían en Su reino de una forma muy especial:

> *De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel* (Mateo 19:28).

Algunos eruditos toman el término *santos* para aplicarlo exclusivamente a la nación judía, de la cual Daniel era parte. Sin embargo, Pablo deja bien claro que el término se aplica en un sentido más amplio. En primer lugar, el término *santo* se aplica

a los creyentes judíos, pero a través de la cruz de Cristo tanto judíos como no judíos tienen la misma posición:

> *Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor* (Efesios 2:18-21).

Esto significa que todos los creyentes, sin importar el trasfondo étnico, compartirán en ese reino, como Pablo recordó a la iglesia multirracial en Corinto: ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? (1 Corintios 6:22).

Pero ¿cómo esto es posible? Si han sido asesinados por un enemigo bestial, ¿Cómo es posible que los santos reciban el reino, como Daniel declara? Con esa pregunta llegamos a la esencia de este asunto. Si la muerte es el fin, si no hay otra vida, entonces una cosa es segura: los santos nunca recibirán el reino. Es esencial comprender las implicaciones de esto. Es natural que nos sintamos preocupados ante la dificultad que tenemos en ocasiones en saber qué decir a las personas que se han vuelto agnósticas o ateas por el fracaso en resolver el problema del mal. Sin embargo, es importante ver que el ateísmo en sí no tiene la respuesta a esta cuestión. La mayoría de las personas no obtienen justicia en esta vida; y si la obtienen, según el ateísmo, como no hay vida después de la muerte, nunca recibirán justicia.

Sin embargo, el ateísmo está equivocado. La muerte no es el fin. Ya casi al final del libro, Dios le revela a Daniel que habrá resurrección de la muerte (Daniel 12:2, 13). En el capítulo 7 no hay una mención explícita de la resurrección, aunque la visión de 100 millones de personas de pie ante el trono de Dios conduce a la pregunta obvia: ¿Cómo llegaron allí? La respuesta bíblica no nos la da Daniel, sino el apóstol Juan, quien ve:

> *Una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos* (Apocalipsis 7:9).

A Juan se le declara quiénes son:

> *Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios... y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos* (Apocalipsis 7:14-17).

La escena en Apocalipsis coincide con la descrita en Daniel. Vastas multitudes observarán el juicio de la bestia que ha eliminado a millones. No solo se hará justicia: sino que se verá hacerla, por los hombres y mujeres que fueron víctimas de injusticia aquí en la Tierra. Ellos no sufrirán más. Han sido resucitados para pararse ante el trono de Dios. Y Dios mismo enjugará sus últimas lágrimas.

Esta es una imagen poderosa: enjugar las lágrimas tiene que hacerse con mucho cuidado por la extrema sensibilidad del ojo humano, es por esto que por lo general limpiamos nuestras propias lágrimas. Esto nos declara que Dios es sensible al lamento de nuestro corazón y al dolor acumulado de nuestra experiencia. Al final, Dios quitará nuestra herida y dolor y lo reemplazará con algo inimaginablemente glorioso.

El apóstol Pablo confirma esta esperanza. Él experimentó liberación sobrenatural en múltiples ocasiones, pero no fue librado del sufrimiento o la ejecución bajo la «bestia» que fue Nerón, el diente de hierro (Daniel 7:19) quien al final decapitó a Pablo. Antes de que eso sucediera, consciente de que estaba llegando al fin, escribió una carta desde su prisión en la capital de hierro para animar a sus compañeros creyentes:

> *Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro* (Romanos 8:18, 35-39).

Pablo nos pide que esperemos. Dios nos ama, y nos llevará a nuestro destino, incluso si tenemos que dejar este mundo con muchas preguntas y circunstancias sin resolver.

Una visión del futuro

Daniel aún deseaba saber más sobre el cuarto reino. En particular, ¿qué significaban los diez cuernos, y el cuerno pequeño con ojos y una boca que hablaba grandes cosas e hizo guerra con los santos y prevaleció?

Llegamos ahora a cuestiones sobre las que existen diferentes opiniones, incluso aun entre aquellos que, como yo, estamos convencidos de la inspiración y autoridad de

la Escritura. Algunos consideran que no debemos preocuparnos con detalles en tales profecías, sino más bien contentarnos con los principios generales. Después de todo, ellos señalan, y no sin justificación, que la interpretación de los detalles de la profecía es muy difícil y muchas veces conduce a un dogmatismo impropio y a una discusión no cristiana.

Con certeza los principios generales son importantes. Ya hemos visto que hay un sentido en el cual la abominable persecución a los cristianos por parte de regímenes despiadados, como la representada por la cuarta bestia que Daniel describe, ha estado sucediendo por siglos. A este nivel, entonces, la profecía contiene gran esperanza de que un día Dios juzgará y destruirá a tales poderes del mal. Ese principio es de gran valor, y sería bastante tonto permitir que los desacuerdos sobre los detalles nos detuvieran de creer y predicar tales principios generales.

Sin embargo, nada de esto significa que no pueda haber también diferentes niveles de cumplimiento de la profecía bíblica; algunas de las cuales son mucho más detalladas y específicas que otras. Un ejemplo claro de esto lo vemos en la profecía de «la simiente». En Génesis, Dios predijo que la simiente de la mujer destruiría la cabeza de la serpiente: *Y pondré enemistad entre ti y la mujer*; *y entre tu simiente [literalmente semilla] y la simiente suya [semilla]; ésta te herirá en la cabeza*, *y tú le herirás en el calcañar* (Génesis 3:15).

Eva dio a luz un hijo, pero él no era la simiente prometida en el sentido más completo. Luego, a Abraham y a Sara se les declaró que todas las naciones del mundo serían benditas a través de su simiente. Ellos tuvieron un hijo, pero él tampoco era la simiente en todo su sentido. Más tarde, al rey David se le prometió que Dios establecería su simiente y le daría un reino que duraría para siempre. David tuvo un hijo, quien tampoco era la simiente prometida en su sentido más completo. Finalmente, leemos que Cristo es la simiente prometida (Gálatas 3:16).

A través de toda la historia obtenemos cumplimientos parciales de esta profecía, que hace que se mantenga viva la fe. Sin embargo, esto no cambia el hecho de que hay un cumplimiento final y completo distinto de los parciales. Podemos notar también que las predicciones tienden a ser cada vez más específicas mientras más nos acercamos a su cumplimiento.

De forma similar, aquí en Daniel tenemos el principio general de que los creyentes serán perseguidos por regímenes inteligentes pero inhumanos. Eso no significa que no haya nada más específico en el detalle de la profecía. Debemos tomar los detalles con seriedad al mismo tiempo que tratamos de evitar ser demasiados dogmáticos.

Si estamos en lo correcto al pensar que la cuarta bestia corresponde al reino de hierro de la imagen del sueño, el Imperio romano, entonces, Daniel por definición recibió una visión de los acontecimientos futuros a su tiempo. ¿Qué eventos?

Una forma en la que me parece útil proceder es dar un paso hacia atrás por un momento y reunir los conceptos principales. Ellos serían los siguientes:

1. Una bestia inmensamente poderosa con diez cuernos y un cuerno pequeño que habla grandes palabras
2. La bestia hace guerra contra los santos y prevalece.
3. El Hijo del Hombre viene en las nubes del cielo.
4. La corte celestial juzga a la bestia y la destruye.
5. Los santos reciben el reino.

Podríamos entonces preguntar razonablemente: ¿hay algún otro lugar en la Biblia donde leamos algo similar a esto? ¡Sí hay! En el Libro de Apocalipsis encontramos la siguiente descripción de un bestia inmensamente poderosa:

> *Me paré sobre la arena del mar*; *y vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos; y en sus cuernos diez diademas; y sobre sus cabezas, un nombre blasfemo. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono, y grande autoridad. Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal fue sanada; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia, y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella? También se le dio boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y se le dio autoridad para actuar cuarenta y dos meses. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar de su nombre, de su tabernáculo, y de los que moran en el cielo. Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.* (Apocalipsis 13:1-8).

Notamos las muchas características que esta bestia tiene en común con la bestia de Daniel:

1. Tiene diez cuernos que se dice que son diez reyes (Daniel 7:24 comparar con Apocalipsis 17:12).
2. Emite palabras altivas.
3. Hace guerra contra los santos y prevalece.
4. Su autoridad es limitada. Daniel: tiempo, tiempos y medio tiempo, probablemente tres tiempos y medio. Apocalipsis: cuarenta y dos meses, tres años y medio.
5. La bestia en Apocalipsis combina características de las primeras tres bestias en la visión de Daniel: era como un leopardo, sus pies como de oso, y

su boca como la de un león.

Estas similitudes son notables. Además, la bestia en Daniel es juzgada en el contexto de la venida del Hijo del Hombre en las nubes del cielo. La bestia en Apocalipsis es destruida con la venida desde el cielo a la Tierra del que monta el Caballo Blanco, quien se dice que es el Verbo de Dios, el Rey de reyes y Señor de señores.[32]

Daniel y Apocalipsis están con certeza describiendo lo mismo, en un lenguaje simbólico muy similar. Surge la pregunta: ¿cuál es la realidad de la cual la bestia es un símbolo? Para responder esto, debemos preguntarnos si la Escritura habla en alguna otra parte sobre algo como esto, en un lenguaje no simbólico. El pasaje que de inmediato viene a la mente es 2 Tesalonicenses 2, donde Pablo escribe sobre la venida de Cristo:

> *Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si juera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos* (2 Tesalonicenses 2:1-10).

Pareciera que Pablo aquí está describiendo en lenguaje claro lo que Daniel y Apocalipsis describen en una forma simbólica, la forma final del poder mundial que será destruido por la venida de Cristo. No es de sorprender que haya habido tanta especulación sobre lo que esto significa en realidad. En cada generación han existido los que declaran que son capaces de identificar los detalles, solo para que sus teorías queden desacreditadas por acontecimientos, o reemplazadas por aquellos que vienen después de ellos.

En 2 Tesalonicenses, Pablo no usa la descripción metafórica *bestia,* sino que habla de un *hombre de pecado*. Sin embargo, Apocalipsis le da un número a la bestia, el famoso número 666, y se nos declara que es *número de hombre* (Apocalipsis 13:18). Una vez más, ha habido infinitas suposiciones sobre quién será este líder poderoso. Esta especulación me resulta claramente infructuosa. Si tenemos que imaginar de quién se trata, por definición es probable que nos equivoquemos, pues la Escritura enseña que el *hombre de pecado* será revelado por el poder satánico. Cuando llegue el tiempo no habrá necesidad de adivinar quién es. El código 666, probablemente una gematría, será un cheque simple, no un rompecabezas complejo.

Una gematría es un número que se forma al adicionar juntos los números que representan las letras del nombre según un esquema acordado. Así, por ejemplo: A=l, B=2, y así sucesivamente. Por lo tanto, un muchacho en el mundo antiguo podría haber tallado en un árbol: «Amo a la joven cuyo número es 53», y habría dejado a los otros descubrir, por un proceso de prueba y error de sustituir letras por números, que su nombre era Julia.

Como con muchos de los símbolos en Apocalipsis, lo importante no es a *quién* representa el símbolo, sino *qué* es en sí mismo, el número de hombre. Es decir, la bestia no representa una idea abstracta de poder, sino un ser humano real. Y quizás esto es lo más abominable. Según 2 Tesalonicenses, el poder del estado será concedido a un hombre que se opone a Dios.

Jugar a ser Dios siempre ha sido una tentación para los líderes poderosos. Pablo señala en su tiempo que *el misterio de la iniquidad ya estaba en acción* (2 Tesalonicenses 2:7). No se estaba refiriendo a la ley del estado. Los romanos estaban orgullosos de su ley, la cual imperaba en su imperio de un extremo al otro, y la cual todavía forma las bases de algunas leyes europeas. Pablo se refería a la iniquidad *espiritual:* ese desafío a Dios que caracterizó a los emperadores romanos (y a muchos antes de ellos), quienes creyeron que eran dioses y exigieron que debían ser adorados.

Eso concuerda con otro detalle en la descripción de la cuarta bestia: *Y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y medio tiempo* (Daniel 7:25). Daniel ya había experimentado un choque entre la ley de su Dios y la ley del estado, ingeniada por los agentes del poder del mal. Esta visión expresa que su experiencia no sería la última de su tipo. De hecho, lo peor está por venir. Darío prohibió la adoración a Dios por un mes. Bajo la cuarta bestia, la prohibición durará mucho más, tres *tiempos* y medio, por lo general se entiende que significan tres años y medio.

Lo que es más, esta bestia pensará en *cambiar los tiempos*; es decir, los tiempos establecidos para las fiestas y ceremonias que Israel celebraba como parte de su adoración a Dios, una cuestión que se registra en la siguiente visión de Daniel.

Así que la cuarta bestia puede verse como la manifestación final de la rebelión humana contra Dios. Tanto 2 Tesalonicenses como Apocalipsis señalan que el hombre-bestia se alimenta del oscuro poder de Satanás y que es un maestro del engaño. Esta

información no está contenida en la descripción de Daniel. De hecho, el relato en Apocalipsis es más detallado que el de Daniel en otros muchos aspectos. Nos narra además que la bestia tiene siete cabezas, y presenta una segunda bestia que *ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia... Y engaña a los moradores de la tierra...* (Apocalipsis 13:12-14). También nos declara:

> *Y los diez cuernos que has visto, son diez reyes, que aún no han recibido reino; pero por una hora recibirán autoridad como reyes juntamente con la bestia. Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la bestia. Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá...* (Apocalipsis 17:12-14)

Así que, como nos percatamos con la profecía de *la simiente*, mientras más cerca estemos del tiempo del cumplimiento, más detalles se nos darán. Si los ponemos todos juntos, emerge una descripción de extraordinaria disposición política, donde los diez reyes o líderes ceden su autoridad a un líder de inmenso poder y autoridad. La implicación es que, quienesquiera que sean estos diez líderes, existen al mismo tiempo; y ya sea voluntario u obligatorio, entregan las riendas de su poder a un solo dictador, el hombre de pecado. Dado que parece tener poder sobre todo el planeta, lo que se prevé aquí es nada menos que un gobierno mundial. (Es por esto que, incidentalmente, la identificación en años anteriores con diez naciones europeas estaba errada por completo.)

¿Un futuro gobierno mundial?

Nunca hemos visto algo así en la historia, pero está lejos de ser una idea descabellada. En los últimos tiempos las naciones han sentido la necesidad de formar organizaciones internacionales, como las Naciones Unidas, con el objetivo de ayudar a equilibrar el poder, vigilar el mundo y mantener la paz. Sin embargo, la ONU ha tenido un récord mixto; y algunos líderes de mucha influencia han sugerido, y aun lo hacen, que la única solución real para los problemas políticos y sociales del mundo es un gobierno internacional.

En 1946, después de la Segunda Guerra Mundial, Albert Einstein escribió (1956, pág. 138):

> Debe crearse un gobierno mundial capaz de resolver conflictos entre naciones por decisión judicial. Este gobierno debe basarse en una constitución clara que sea aprobada por los gobiernos y las naciones, y que le da la disposición única de armas ofensivas.

La idea del gobierno mundial ha existido por mucho tiempo:

> «Gobierno mundial» se refiere a la idea de toda la humanidad unida bajo una autoridad política común. Podría decirse que no ha existido hasta ahora en la historia de la humanidad, pero las propuestas para una autoridad política mundial unificada han existido desde tiempos antiguos, en la ambición de reyes, papas y emperadores, y los sueños de poetas y filósofos.[33]

Por ejemplo, en la Edad Media el poeta, filósofo y estadista italiano Dante Alighieri (1265-1321), argumentó que era posible eliminar la guerra si:

> «Toda la tierra y todo lo que los humanos pueden poseer fuera una monarquía, es decir, un gobierno bajo un solo legislador. Puesto que lo posee todo, no desearía poseer nada más, y así, tendría a los reyes contentos dentro de las fronteras de sus reinos, y mantendría la paz entre ellos. (*Convivio* [El banquete] 169.)

El filósofo alemán, Immanuel Kant, sostuvo que la razón sugería la formación de *«un estado internacional (civitas gentium)*, que necesariamente continuaría creciendo hasta abrazar a todos los pueblos de la Tierra» (*Perpetual Peace*) [Paz perpetua], 1795, pág. 105). Sin embargo, Kant tenía fuerte reservas sobre una monarquía mundial. Pensaba que una unión federal de estados libres e independientes «sigue siendo preferible que una amalgama de naciones separadas bajo un solo poder que ha anulado al resto y ha creado una monarquía universal».

Su razón para dudar era: «Porque las leyes pierden progresivamente su impacto a medida que el gobierno aumenta su rango, y despotismo vacío, después de aplastar los gérmenes de la bondad, finalmente caerá en la anarquía» (pág. 113). Kant consideraba que un «despotismo universal» terminaría «en el cementerio de la libertad» (pág. 114).

A la luz de las visiones de Daniel, estas palabras tienen una nota escalofriante. La opresión de la cuarta bestia feroz suena mucho como el «cementerio de la libertad». Es por esta razón que el mensaje de Daniel 7 es de gran importancia. Parece que Daniel está expresando que la forma final de gobierno será un gobierno mundial de terrible fuerza, abiertamente hostil al máximo hacia Dios.

Quisiera reiterar que no estoy tratando de identificar el último estado mundial, y mucho menos quién será su líder. No lo sé. En cualquier caso, como ya mencioné, cuando llegue el momento, no habrá necesidad de especular, será muy obvio. ¿Por qué, entonces, debemos preocuparnos con tales detalles? Por lo que sabemos, estos acontecimientos pueden estar en un futuro lejano, así que ¿cómo pueden ser relevantes para nosotros?

Existen al menos dos respuestas para esto. En primer lugar, hace veinte siglos

estos acontecimientos estaban, por definición, aún más distantes de lo que están ahora. Sin embargo, Pablo creyó que era importante aún en aquel entonces, hablar con los cristianos de Tesalónica sobre el hombre de iniquidad. El expresa las razones: *Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad (2* Tesalonicenses 2:7). Había una creciente hostilidad hacia aquellos que, debido a su fe en el único Dios Creador *y* verdadero, se negaron a ofrecer su pizca de incienso en el altar de César y adorarlo.

Pablo advierte que debemos prestar especial atención a tales tendencias en la historia. Ellas no suceden por inocencia. Nos conducirán inexorablemente a la mayor hostilidad hacia Dios preparada por el estado que el mundo ha visto. Génesis nos relata, por supuesto, que la guerra contra Dios comenzó hace mucho tiempo, en los albores de la historia humana; pero en el mundo occidental hemos vivido para ver un aumento de la hostilidad abierta no solo hacia Dios, sino también a la expresión pública de la creencia en Él. Un gran efecto negativo de la Ilustración fue la propagación de la idea de que todo conocimiento verdadero era factual, libre de valores y objetivo.

En contraste con los hechos, los valores se consideraban subjetivos, en esencia una cuestión de gusto. Creció entonces la convicción de que la creencia religiosa pertenecía al plano de los valores privados más que a la verdad pública. Si se une esto a la creciente noción de que los seres humanos son autónomos y emancipados, se obtiene una potente receta para desterrar a Dios. En la actualidad, los Nuevos Ateos mordaces y demagogos anuncian que la ciencia, con su confianza en la razón y la evidencia, no deja espacio para creer en Dios, ya que, como falsamente asumen, la fe en Él no tiene base probatoria.

Con lo que solo puedo describir como poca visión, ellos agitan la hostilidad al acusar al cristianismo de gran crueldad y violencia. Al hacer tales acusaciones, no toman en cuenta lo que seguramente deben saber: que Jesús mismo prohibió la violencia en Su nombre; y que la peor violencia en la historia se ve en los asesinatos en masa perpetrados por regímenes ateos en el siglo XX. (Para más detalle ver mi libro *Disparando contra Dios*)

Pensar en eso siempre me recuerda lo que un intelectual ruso me expresó en la década de 1990: «Pensamos que podíamos deshacernos de Dios y conservar un valor para los seres humanos, pero descubrimos que era imposible.»

Estas son grandes cuestiones; el hecho mismo de que estén en la esfera pública significa que podemos usarlas como puente para hacer que las personas piensen en Dios y en la libertad humana. Daniel nos muestra a lo que conduce finalmente el intento de eliminar a Dios: no a libertad, sino a incalculable opresión. Ateos como Nietzsche vieron esto de forma muy clara, la «muerte de Dios» no nos conduciría a la libertad humana sino al nihilismo y la pérdida de todo, incluso de significado. Estas cuestiones necesitan traerse de nuevo al discurso público. No solo eso, los que seguimos a Cristo necesitamos saber que esto sucederá, si queremos mantener nuestra valentía y la profesión pública de nuestra fe. Como hemos visto con Daniel, si estamos

en un viaje en territorio desconocido, y el sendero se hace tan estrecho, empinado y difícil que comenzamos a pensar que hemos perdido el camino, y consideramos volver atrás, es muy útil tener un mapa que muestre que debemos esperar que el camino se torne difícil en este mismo punto, y que por lo tanto debemos seguir adelante. La Biblia es ese mapa para los tiempos, y debemos seguir sus instrucciones para navegar por los períodos escabrosos de la historia, así como por los tranquilos.

En nuestro estudio de Daniel 2 advertimos el peligro de pensar que el reino de Dios en la Tierra al final será establecido por una sociedad permeada de enseñanza cristiana, de modo que el mundo y sus estructuras gubernamentales se convertirán en cristianos. El «mapa» bíblico nos muestra lo opuesto totalmente, tanto en el capítulo 2 como aquí en el capítulo 7. El reino de Dios en su sentido exterior llegará con el retorno sobrenatural de Cristo para oponerse a la bestia y su reino.

Prepararse para el futuro

Con seguridad alguien dirá: ¡podemos prepararnos para este tipo de cosas sin todos los detalles extraños sobre cuernos y cabezas! Eso me lleva a la segunda razón para tales predicciones en la Escritura. El apóstol Juan describe cómo Jesús sacó del templo a los cambistas de dinero durante la Pascua en Jerusalén:

> *Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantaras? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho* (Juan 2:18-22).

Los discípulos de Jesús no le encontraron sentido a esta predicción hasta que el evento real ocurrió; entonces ellos se acordaron y esto estimuló su fe en El.

Justo antes de la crucifixión, para confortar a Sus discípulos, Jesús les confesó que Él partiría, y luego explicó por qué: *Y ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis* (Juan 14:29).

Estos dos ejemplos del Evangelio de Juan se refieren a acontecimientos muy específicos. El valor de estas predicciones solo se percibió en el tiempo de los acontecimientos, no antes. Por lo tanto, podríamos esperar que algunos de los detalles en Daniel, y Apocalipsis, serían solo comprendidos en el tiempo de su cumplimiento.

Daniel afirma expresamente que algunas de sus profecías serán selladas (es decir, no serán entendidas) hasta el tiempo del fin (Daniel 12:4). Así que no podemos, de hecho, no debemos esperan entender todos los detalles, una consideración que nos ayudaría a mantener un equilibrio entre tomar las profecías y sus detalles con seriedad

y entender su contenido general sin ceder a la especulación descabellada.

A través de los siglos, este capítulo de Daniel ha sido una fuente de esperanza real para millones de personas que han experimentado persecución y han sufrido por su fe en Dios. Sin importar lo poderosas que puedan ser las bestias, cuando han hecho lo peor, solo pueden matar el cuerpo. No pueden destruir la persona que usted es:

> *Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos. A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos* (Mateo 10:28-33).

Daniel nos narra que hay un cielo del cual el Hijo del Hombre un día vendrá. Como humano perfecto, tomará las riendas del gobierno de las bestias de la tierra. Habrá un juicio, donde se hará justicia. La última expresión cruel de hostilidad hacia Dios y a su pueblo será destruida, y los santos, aquellos que se han aferrado a Dios a pesar de los obstáculos abrumadores, incluso el martirio, recibirán el reino.

Al final de esta, la más poderosa de las visiones, Daniel registra su honesta reacción: *Mis pensamientos me turbaron y mi rostro se demudó; pero guardé el asunto en mi corazón* (Daniel 7:28). Sin importar lo fuerte y profundo de nuestra fe, sin importar lo real que sea nuestra experiencia con Dios, seguimos siendo seres humanos acosados por la fragilidad, y simplemente no podemos pensar en lo que está en esta visión sin ser perturbados, como tampoco pudo Daniel.

Daniel guardó esto en su corazón. Consideró todo esto y pensó en las preguntas que surgieron. Y nosotros también debemos hacer lo mismo, pues también tenemos preguntas. Y seremos desafiados: ¿cómo podemos estar seguros del futuro? Está todo bien cuando cantamos himnos cristianos en la iglesia, pero ¿qué sucede cuando somos minoría, quizás solo uno, y enfrentamos antagonismo brutal por causa de nuestra fe en Dios? Escuchemos el consejo dado por un hombre que enfrentaba esto. Para capacitarlo para la batalla, Pablo le escribió una carta a su joven amigo Timoteo:

> *Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio, en el cual sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está presa. Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna. Palabra*

> *fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará. Si fuéremos infieles, él permanece fiel; El no puede negarse a sí mismo* (2 Timoteo 2:8-13).

Acuérdate de Jesucristo, resucitado de los muertos... Esta es la clave para la esperanza. La muerte no es el fin: es un hecho de la historia que Jesús ha resucitado y está vivo para siempre. Años atrás, Pablo había dicho a los filósofos de Atenas que la resurrección de Jesús era la evidencia suprema de que el sería el Juez en el día futuro:

> *Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos* (Hechos 17:30-31).

El día del juicio ha sido establecido. La evidencia está disponible para que todos la consideren. (La resurrección de Cristo, con sus consecuencias, es el acontecimiento histórico base para nuestra fe. La fe, en el sentido cristiano, está basada por completo en la evidencia, no es un creer ciego.) El Señor Jesús ha resucitado. Con esa certeza, la confianza de Pablo fue ilimitada hasta el final, mientras se preparaba para su última batalla con el *imperio de hierro* de su época:

> *Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida.* (2 Timoteo 4:6-8).

La visión del capítulo 7 confrontó a Daniel, como nos confronta a nosotros, con algunas realidades severas. ¿Cómo debemos reaccionar a ellas? Esta es una pregunta importante. Hubo creyentes a través de la historia que han sentido que la única forma de responder al mal adherido a las estructuras gubernamentales de este mundo, es retirarse a un lugar aislado o a un monasterio.

Aun cuando estaba muy perturbado por la visión, Daniel no reaccionó aislándose. El continuó sirviendo al emperador de Babilonia, y sobrevivió para servir en el nivel más alto en el Imperio Medo-persa. Quizás una razón para esto es que las visiones de los capítulos 2 y 7 se equilibran entre sí. El capítulo 2 es más positivo y afirmante (aunque reconoce errores y debilidades); el capítulo 7 es más negativo y no afirmante (aunque reconoce algunas cosas positivas). El Nuevo Testamento nos presenta el mismo equilibrio. Al escribir durante el tiempo de Nerón, Pablo expresa que por un

lado las autoridades son instituidas por Dios: los gobernantes no son un terror para la buena conducta sino para la mala, y debemos respetarlos (ver Romanos 13:1-7). Por otro lado, como vimos anteriormente, Pablo no duda en expresar que el «misterio» que conduce al hombre de pecado ya está operando en la misma sociedad romana (2 Tesalonicenses 2:7). Pablo es en extremo realista cuando se trata del mal endémico en el gobierno, sin embargo, no exhorta a los creyentes a aislarse, sino que los anima a vivir una vida productiva en la sociedad como ciudadanos y cristianos modelos.

Por supuesto, hay momentos en que es difícil mantener este balance. De hecho, Daniel y los apóstoles estaban preparados para desobedecer a las autoridades que usurpaban el lugar que solo Dios debe ocupar. Necesitaremos toda la sabiduría que Dios puede darnos para cumplir el mandato de nuestro Señor de que debemos ser sal y luz en nuestra sociedad (Mateo 5:13-14). Parte de esa sabiduría se encuentra en el libro de Daniel.

CAPÍTULO 17

LA VISIÓN DEL CARNERO Y DEL MACHO CABRÍO
Daniel 8

Algunos años después de haber tenido la visión de las cuatro bestias, Daniel tuvo otra visión. Esta vez eran dos animales: un carnero y un macho cabrío. Es obvio que la misma guarda una relación muy estrecha con la anterior pues mantiene la temática de los animales; pero existen diferencias evidentes, por ejemplo, en cuanto al número de animales. En el capítulo 7, no se identifica ninguno de ellos. En el capítulo 8 se nos dice que el carnero es el Imperio Medo-persa, y que el macho cabrío es el Imperio macedonio (o griego) que lo sucedió. Si estamos en lo cierto al identificar los cuatro animales en el capítulo 7 con los imperios del capítulo 2, es decir, Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma, entonces el capítulo 8 aborda los dos del medio.

Daniel vio la visión cuando estaba en la importante ciudad oriental de Susa (el Irán moderno) a unos 250 km al este de Babilonia, en la provincia de Elam. Se encontraba junto al río (o canal) de Ulai, cuando vio en la orilla un carnero de dos cuernos que se movía en todas las direcciones, el cual era tan poderoso que ningún otro animal podía pararse delante de él y nadie podía recuperarse de sus golpes. Hacía exactamente lo que quería; esto fue así hasta que un macho cabrío vino corriendo por el oeste con tanta rapidez que sus patas apenas tocaban el suelo. Tenía un cuerno prominente entre sus ojos y atacó al carnero, rompió sus cuernos y lo pisoteó. Este segundo animal alcanzó un poder sin precedentes. Se hizo muy fuerte pero en la cumbre de su dominio, su cuerno se rompió y fue reemplazado por otros cuatro cuernos.

Mientras Daniel observaba los cuernos, vio que otro salía de uno de ellos. Al principio era pequeño, pero creció rápido hasta hacerse enorme, de modo que desafió el cielo y echó por tierra una parte del ejército de los cielos y de las estrellas. Suspendió el sacrificio continuo y profanó el santuario. Entonces Daniel escuchó a unos santos seres que preguntaban cuánto tiempo duraría esta violenta profanación hasta que el santuario fuera restaurado de nuevo. Les dijeron que serían 2.300 tardes y mañanas. La persecución era terrible, mas no duraría para siempre.

Antes de entrar en detalles, debemos detenernos para captar la impresión general de esta visión. Alude constantemente al poder; dice del carnero y del macho cabrío que no ... *había quien escapase de su poder* (8:4, 7). Esto se parece a las palabras de Nabucodonosor cuando amenazó a los tres amigos de Daniel: *¿Y qué dios será aquel*

que os libre de mis manos? (3:15).

En la estructura del libro, los capítulos 3 y 8 son paralelos.

Capítulo 3	Capítulo 8
Nabucodonosor piensa que ningún dios puede librar a los judíos de su mano.	El carnero y el macho cabrío: nadie puede escapar de su poder.
Les ordena que adoren al dios de él.	El poder del cuerno pequeño que suspende la adoración de los judíos a su Dios, y que desafía a la propia Divinidad.
Los judíos lo desafían.	
Son librados del horno.	Finalmente, el Señor vindica Su santuario y Su verdad.
Dios muestra que puede librar.	

Luego, *uno con apariencia de hombre* le revela la visión a Daniel (8:15); esta persona es Gabriel. Podemos decir que la explicación resulta sencilla porque muestra un esquema muy claro de lo que sucede. Se identifican ambos animales: el carnero es Medo-Persia, y el macho cabrío es Grecia. El gran cuerno del macho cabrío es Alejandro Magno (356-323 a. C.), un genio militar, discípulo de Aristóteles, autor de una serie de conquistas relámpagos que lo llevaron a gobernar un vasto imperio que abarcó desde Grecia hasta India. El macho cabrío que derrota al carnero predice la batalla de Issos en 333 a. C., en la que Alejandro derrotó a los ejércitos de Darío III. Alejandro murió en Babilonia en el palacio de Nabucodonosor, diez años más tarde, a los treinta y dos años y en el apogeo de su poder, quizás sin saber que un hombre en esa misma ciudad había escrito una profecía sobre él casi 300 años antes. A su muerte, no tenía un sucesor legítimo, **y** los generales que él había designado como sátrapas se enrolaron en cuarenta años de lucha. Al final, el imperio se dividió en cuatro partes, que cada uno de ellos administró. Casandro gobernó Macedonia y Grecia; y Lisímaco, Tracia y Asia Menor, lugares de particular importancia para nuestro estudio. Seleuco quedó a cargo del norte de Siria, Mesopotamia y las regiones al este; y Ptolomeo ocupó el sur de Siria, Palestina y Egipto.[34] Las constantes guerras entre estos dos reinos afectaba a Judea porque estaba localizada geográficamente entre ellos. (En Daniel 11 ofrecemos otros detalles.)

Los cuatro cuernos del macho cabrío que sustituyeron al primero que se rompió simbolizan, sin dudas, los cuatro reinos. Por lo que Daniel describe, el cuerno pequeño que salió de uno de los cuatro y que profanó el santuario no puede ser otro que el rey seléucida, Antíoco IV, quien reinó desde 223-187 a. C. La descripción del *cuerno pequeño* se ajusta muy bien a lo que conocemos de su persona, ya que parece haber

sido un hombre mezquino y servil, que usó el engaño y la astucia para establecer y expandir su centro de poder (Daniel 8:25). En particular, ganó el control en la *tierra gloriosa* cuya capital era Jerusalén, la ciudad natal de Daniel. Las atrocidades que cometió allí contra el pueblo judío fueron horribles, tanto que aparece en las fuentes rabínicas como *harashá,* «el inicuo».

Debemos recordar que vemos estos acontecimientos en el pasado, mientras que en la época de Daniel todavía pertenecían al futuro. Como hemos dicho con anterioridad, Daniel no era un historiador que estaba comunicando sus experiencias en el siglo II a. C. Fue un profeta en el siglo VI a. C., que recibió una revelación especial del Señor sobre lo que deparaba el futuro. Recibió suficiente revelación sobre sucesos del porvenir para entender que cuanto le sucedería a su pueblo en el transcurso de la historia sería terrible. En la primera visión supo que la cuarta bestia feroz se refiere a un emperador que; *pensará en cambiar los tiempos y la ley* y que vencería al pueblo de Dios. Ahora sabe que este *cuerno pequeño* pisoteará al pueblo de Israel y a algunos de sus líderes y que *causará grandes ruinas... y prosperará, y hará arbitrariamente, y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos* (8:24).

No solo eso, sino que también contaminaría el mismo santuario en Jerusalén, al prohibir el holocausto continuo, que era una pública expresión de la devoción de Israel a Dios y que el Señor mismo había ordenado. Así que, el *cuerno pequeño* desafiaría no solo al Señor sino también a Su ley, al igual que la cuarta bestia del capítulo 7.

En estas tres primeras secciones de la segunda mitad del libro comienza a surgir un patrón. En primer lugar, Daniel registra su propia experiencia de la ley Medo-persa que se promulgó para obligarlo a desobedecer la ley de su Dios. Luego, registra una visión anterior, de un rey feroz en el cuarto imperio que *pensará en cambiar los tiempos y la ley*. Luego ve otra visión: otro poderoso rey del tercer imperio impide que el pueblo de Dios obedezca la ley al prohibir la ceremonia pública del holocausto. Es un patrón que muestra el deterioro de las actitudes de los reyes paganos hacia el Señor y Su ley.

Fue una visión tan espantosa que dejó a Daniel consternado y enfermo durante varios días. Cuando vemos en los registros históricos posteriores lo que realmente sucedió bajo el dominio de Antíoco IV, no es de extrañar que Daniel estuviera tan afectado por las visiones. De hecho, el insolente desafío que Antíoco lanzó contra Dios fue tan grave y tan significativo, que forma parte del tema principal de la última visión de Daniel.

Hay otra razón para enfatizar en Antíoco que pudiéramos pasar por alto en una primera lectura. Se le explica a Daniel que la visión no es solo para la época de este emperador, sino que también es *para el tiempo del fin* (8:17).

El futuro y más allá

Eso de inmediato plantea la interrogante: ¿cómo puede la descripción de un rey

seléucida en el siglo II a. C. estar relacionada con los tiempos del fin? La respuesta es, sin duda, que la figura de Antíoco y los horrores que perpetró apuntan de forma simbólica al futuro. En el tiempo del fin surgirá otro líder como Antíoco, que hará cosas similares. Antíoco lleva en sí la simiente de un mal que gestará y dará su terrible fruto en tiempos ulteriores. Por tanto, este emperador y los acontecimientos de su tiempo son un prototipo o un modelo de pensamiento futuros, para que tanto Daniel como nosotros podamos imaginarnos lo que está por venir, y seamos conscientes de tendencias análogas en nuestros días.

De hecho, al leer lo que Gabriel le explica a Daniel inevitablemente tenemos la impresión de que algo mucho más lejano y más siniestro que Antíoco está a la vista.

Gabriel al referirse a los cuatro reinos, explica:

> *Y al fin del reinado de éstos, cuando los transgresores lleguen al colmo, se levantará un rey altivo de rostro y entendido en enigmas. Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza propia; y causará grandes ruinas, y prosperará, y hará arbitrariamente, y destruirá a los fuertes y al pueblo de los santos. Con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá, y sin aviso destruirá a muchos; y se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será quebrantado, aunque no por mano humana* (Daniel 8:23-25).

Al leer este pasaje es casi como si viéramos, *a través* de Antíoco y de su época, un escenario mucho más grande y, por desgracia, más terrible en el futuro, cuando un rey audaz y feroz, tan engañador, astuto y poderoso como Antíoco se levantará contra el Príncipe de príncipes y al que Dios destruirá con poder sobrenatural.

Tal descripción está relacionada conceptualmente con otro pasaje que ya hemos examinado: 2 Tesalonicenses 2:1-10 (ver el capítulo anterior). El paralelo es sorprendente. Tanto el rey astuto en la visión de Daniel, como el hombre de pecado, obtienen su poder de una fuente oscura. Se exaltan contra el Señor, luchan contra Cristo, que es el Príncipe de los príncipes; *y* Dios en persona los derrota con poder sobrenatural.

Por lo tanto, todas las profecías de Daniel 2, 7 y 8 (y también, como veremos, 9 y 11) se refieren a esta manifestación final de un gobierno malvado que Cristo destruirá en Su venida. Esto significa que tenemos varias perspectivas de ese tiempo, al igual que poseemos cuatro Evangelios en el Nuevo Testamento que nos dan cuatro perspectivas sobre los acontecimientos históricos que constituyen la base de la fe cristiana.

Podríamos pensar también en la forma en que los astrofotógrafos toman por separado tres imágenes monocromáticas de una galaxia a través de filtros rojos, verdes y azules y luego las combinan para formar una impresionante fotografía a color. Las visiones de Daniel nos presentan imágenes separadas que, al juntarlas, muestran una

idea general del todo. Antíoco no es más que un prototipo de lo que sucederá en el futuro.

La propagación de la cultura griega

Puesto que Antíoco IV juega un papel central como modelo del pensamiento futuro, resulta importante que tengamos una panorámica de su época ya que encierra muchos aspectos de interés. Pero tendremos que conformarnos con un pequeño esbozo.

Uno de los legados de las conquistas de Alejandro fue la difusión de la cultura griega en una extensa área, lo que conllevó a «un nuevo tipo de civilización de múltiples naciones unificadas culturalmente por un mismo idioma».[35] Alejandro introdujo lo que se conoce como la Edad Helenística (del 323 al 30 a. C.). Fue una época que desarrolló una cultura elevada y seductora. En particular, el período comprendido entre el año 280 y el 160 a. C. produjo una larga lista de lumbreras intelectuales que sentaron las bases de disciplinas que, con el tiempo, llegarían a convertirse en la ciencia de nuestros días.

Por ejemplo, uno de mis héroes es el matemático Euclides (alrededor del 300 a. C.). Sus fascinantes visiones sobre los axiomas de la geometría me inculcaron el amor por el método axiomático.

Esta es la época del astrónomo Aristarco de Samos (310-230 a. C.) que presentó el primer modelo heliocéntrico conocido del sistema solar con un correcto orden de los planetas en relación al sol 1800 años antes de que Copérnico presentara su trabajo. ¡Brillante!

Arquímedes (287-212 a. C.) hizo sustanciales aportes a las matemáticas; logró un cálculo muy aproximado del número *pi*. Su amigo Eratóstenes de Cirene (276-195 a. C.), el tercer bibliotecario en jefe de la gran biblioteca de Alejandría, fue un polímata (matemático, geógrafo, astrónomo, teórico de la música, poeta y atleta). ¡Y no solo fue geógrafo, sino que fundó la geografía como disciplina! Fue el primero en construir tablas trigonométricas y en calcular la circunferencia y la inclinación de la tierra con notable precisión.

También estaba Hiparco (190-120 a. C.), que clasifica como el astrónomo observacional más grande de la antigüedad; se basó en la sabiduría de Babilonia y desarrolló un método para predecir los eclipses solares.

Antes que mi predilección por la ciencia me desvíe completamente del tema, debo mencionar al historiador Polibio (200-118 a. C.), conocido por sus *Historias* que abarcaron el período de 264-146 a. C. Desarrolló la idea de la separación de poderes en el gobierno, que de hecho influyó al redactarse la Constitución de Estados Unidos de América.

A Dionisio Tracio (170-90 a. C.) se le atribuye la primera gramática que existe de la lengua griega. Fue una época de progreso para los filósofos epicúreos y estoicos, y

un período artístico que produjo obras tan famosas como la *Venus de Milo.*

El museo de Alejandría, con su gran biblioteca, era un centro líder de investigación y un lugar de encuentro para académicos y escritores. Calimaco, el principal poeta griego del siglo III a. C., tuvo la responsabilidad de catalogar sus aproximadamente 500.000 rollos. Otras ciudades, además de Alejandría, tenían bibliotecas bastante extensas. En la Isla de Rodas, por ejemplo, había famosas escuelas de retórica y filosofía.

Muchos griegos viajaban al extranjero como comerciantes y mercenarios, y se establecían en Alejandría y otras ciudades que Alejandro había fundado. Construyeron gimnasios, teatros, escuelas de lucha y todo tipo de clubes. La ley griega era la base de la economía y la actividad política. Los lugareños reconocían que la creciente adopción de la cultura helenística les resultaba ventajosa ya que la misma era un sello de la clase dominante. Algunos adoptaban nombres griegos y cursaban estudios en las escuelas de gramática.

Adonde fuera la cultura griega, allí iba también su religión. Los templos helenos llegaron, incluso, al extremo este de Irán. Los griegos itinerantes se encontraron con las religiones orientales, que incluían la adoración babilónica de Marduk e Istar y, como resultado, las creencias se combinaron. Muchos consideraban que solo había un dios, aunque se usaran muchos nombres para describirlo. Las religiones misteriosas que ofrecían algún tipo de salvación personal florecieron por todo el imperio, al igual que la magia y el ocultismo. En el este, por extraño que parezca, los gobernantes seléucidas alentaron el resurgimiento de Babilonia, lo que conllevó a un interés renovado por la antigua religión y la escritura cuneiforme; hubo un renacimiento de la cultura de Nabucodonosor.

Todo esto comienza a parecemos familiar. Es importante que nos demos cuenta de que la época helenística tiene muchas cosas en común con la nuestra. No debe sorprendernos, ya que nuestra civilización contemporánea les debe mucho a los griegos.

Ahora, nos centraremos específicamente en el reino seléucida del que procedía Antíoco IV. Su capital estaba en Antioquía, y cubría una vasta zona geográfica que comprendía Asia Menor, Mesopotamia e Irán. Este territorio era un crisol muy complejo; su tamaño y diversidad lo hacían difícil de controlar, sus muchas facciones provocaban un gobierno débil.

Fueron épocas de incesantes luchas y tensiones, marcadas por la cercanía cada vez mayor de los invasores romanos, que al final anexarían Grecia a su imperio. El padre de Antíoco, Antíoco III, fue expulsado de Grecia después que los romanos lo derrotaron en la Batalla de las Termopilas en 191 a. C. Los romanos le impusieron un tratado invalidante que incluía el pago de indemnizaciones y el abandono de los territorios de Asia Menor, lo que frustró sus ambiciones de emular a Alejandro Magno. Dirigió sus ideas de conquista militar hacia el sur, y en el 198 a. C. derrotó a los egipcios en la Batalla de Panio, cerca del nacimiento del Río Jordán; de esta manera

derrocó el gobierno ptolemaico en Judea.

Inicialmente, Antíoco III les concedió a los judíos cierta autonomía. Josefo registra que los dejó vivir «según las leyes de sus antepasados». Sin embargo, desarrolló un programa de helenización que incluía colocar ídolos paganos en el templo judío. No es de sorprender que los judíos protestaran; Antíoco retrocedió en su empresa.

Su hijo, Antíoco IV, que ocupó el trono en el 175 a. C. y gobernó a los judíos hasta el 164 a. C., era muy diferente a su padre. Fue el primer rey seléucida en acuñar su reclamo a la divinidad en las monedas del reino. Eligió el título de *Epífanes* para expresar su creencia de que era «dios manifestado». Sin embargo, como resultado de su comportamiento excéntrico e insólito, con frecuencia lo parodiaban como *Epímenes*, el «loco».

Antíoco Epífanes

Para consolidar su poder en su vasto imperio multicultural, Antíoco impulsó el proceso de helenización. Parte del mismo era crear una religión para todos, por la fuerza si fuera necesario. El rechazo a las demás divinidades y la exclusividad de la devoción a un solo Dios profesada por los judíos era algo intolerable para él. Al hacerlo, siguió inconscientemente el camino de muchos emperadores anteriores, incluyendo a Nabucodonosor cuando construyó la estatua de oro y a Darío cuando proclamó su edicto. Como veremos a continuación, Antíoco llegaría mucho más lejos.

Conmocionó a los judíos cuando alentó a los pueblos de la región mediterránea a adorarle como el dios cananeo Baal, una divinidad de la naturaleza que agrupaba en sí la suma de toda la idolatría a la que ellos se oponían. Antíoco estaba tratando de forzarlos a contraer compromisos con lo que, siglos antes, les había costado los «años de la langosta» exílicos.

Algunos judíos aceptaron el compromiso, de hecho, lo acogieron con agrado. Los libros apócrifos de los Macabeos constituyen una fuente muy importante de la historia de este período. Nos cuentan lo que pasó desde la perspectiva judía tradicional:

> *Por aquel tiempo aparecieron en Israel renegados que engañaron a muchos diciéndoles: «Hagamos un pacto con las naciones que nos rodean, porque desde que nos separamos de ellas nos han venido muchas calamidades.» A algunos del pueblo les gustó esto, y se animaron a ir al rey, y éste les dio autorización para seguir las costumbres paganas. Construyeron un gimnasio en Jerusalén, como acostumbran los paganos; se hicieron operaciones para ocultar la circuncisión, renegando así de la alianza sagrada; se unieron a los paganos y se vendieron para practicar el mal.* (1 Macabeos 1:11-15, DHH).

Es evidente que estos «rebeldes» creían que se estaban perdiendo la diversión, e incluso atribuían sus desgracias a estar separados de los gentiles (bajo Abraham, presumiblemente). La cultura y el estilo de vida griegos les resultaban muy atractivos porque dictaban muchas menos exigencias morales que la ley de Moisés, y les permitía dar rienda suelta a sus impulsos y deseos. También abría un nuevo mundo de entretenimientos y de deportes que hasta ahora no conocían; y eso sin mencionar el estímulo intelectual del libre intercambio de ideas, sin tener que comprometerse con ninguna cosmovisión específica. No solo las personas del vulgo acogieron con beneplácito la ola de helenización, sino también a un grupo de líderes encabezados por nada menos que el sumo sacerdote Jasón, quien había abandonado la creencia de que su Biblia (nuestro Antiguo Testamento) era la verdadera revelación de Dios.

Era el sabor atractivo de la libertad. Y Antíoco se los ofrecía.

Muchas personas hoy día comparten el mismo concepto de libertad, por el cual se apartan de Dios. Insinúan que el Señor quiere sofocar su autoexpresión, su creatividad y su florecimiento. Quieren ser libres de cualquier autoridad superior a la del hombre, y piensan que la sociedad secular puede darles esa independencia.

El ideal griego en la vida era la búsqueda del bien (la felicidad), como lo es hoy para muchos, y pusieron énfasis en la razón humana como el vehículo para lograrlo. Para ellos, el hombre era la medida de todas las cosas. Numerosos judíos se lo creyeron, por eso hoy poseemos una versión cristianizada:

> Un Jesús reconfortante, con una cruz intrascendente, que habita un reino de otro mundo, un espíritu privado, limitado a su interior, un Dios de bolsillo, una Biblia espiritualizada y una iglesia de evasión. Su meta es una vida feliz, cómoda y exitosa, la cual se obtiene por el perdón de una pecaminosidad abstracta a través de la fe en un Cristo no histórico. (Costas, 1982, página 80.)

La religión griega era todo lo opuesto a lo que los judíos tradicionales profesaban. Sus dioses no eran más que proyecciones mitológicas (freudianas, podríamos decir) del deseo humano, del miedo, de la codicia, de la envidia y de la ira. Los judíos ortodoxos creían en la revelación, algo que los griegos no podían comprender, ni tampoco un sinnúmero de personas en la actualidad.

Al igual que otros gobernantes, Antíoco tuvo dificultades para unificar un amplio y difuso grupo de pueblos y religiones. También era bastante consciente de que las lealtades religiosas son muy profundas; apreciaba que el centro de gravedad de los judíos era su Dios, y no él. Su lealtad al Señor y su revelación, sin dudas, trascendían cualquier devoción que pudieran ofrecerle a un rey humano y a sus decretos. Su primer mandamiento, *No tendrás dioses ajenos delante de mí* era una provocación directa a un rey que se hacía llamar «dios manifestado». Antíoco odiaba y estaba decidido a

destruir esta religión nauseabunda. Quería por cualquier medio atraer esa lealtad religiosa hacia su persona. Así que, como el voluntarioso Nabucodonosor y el inconsciente Darío, intentó hacerlo, lo que trajo horribles consecuencias para la pequeña provincia de Judea.

Cuando regresaba de una de sus campañas contra Egipto invadió Jerusalén; profanó con premeditación el templo judío al entrar en el lugar santo, y quitar el altar de oro donde el sumo sacerdote oraba, el candelero de oro y muchos de los preciosos vasos de oro y de plata.

Estas cosas no se enumeran en la visión donde se profana el santuario, pero obligatoriamente pensamos en el comienzo de la historia de Daniel, cuando Nabucodonosor sustrajo algunos de los recipientes y se los llevó a Babilonia. Cuán importantes se volvieron en el banquete de Belsasar. Ahora, Antíoco se estaba metiendo con ellos; pero lo peor estaba por suceder.

Unos años después, este emperador envió una gran fuerza expedicionaria a Jerusalén, la atacó, y hubo un gran derramamiento de sangre. El libro de Macabeos describe el edicto que emitió después del suceso:

> *Antíoco hizo publicar en todo su reino un decreto. Todos los pueblos de su Imperio debían abandonar sus costumbres particulares, para formar un único pueblo. Todas las naciones paganas acataron el decreto del rey y, en Israel mismo, muchos aceptaron este culto. Sacrificaron a los ídolos y ya no respetaron el Sábado. El decreto que imponía costumbres extranjeras llegó a Jerusalén y a toda Judea. Según él, se suprimían las víctimas consumidas por el fuego, los sacrificios y otras ofrendas en el Santuario. Se debía tener por días ordinarios no sólo los sábados, sino también las fiestas sagradas. Ya no debían tener por sagrado el Santuario y sus ministros, sino que debían dedicarse altares, recintos sagrados y templos a los ídolos. Tenían que sacrificar cerdos y animales impuros y no debían hacer a sus hijos el rito de la circuncisión. En resumen, tenían que mancharse con toda clase de impurezas y profanaciones, de tal modo que olvidaran la Ley y cambiaran todas sus costumbres. Al final, el decreto decía: «El que no cumpla la orden del rey morirá».*
>
> *El rey comunicó esta obligación a todas sus provincias y los inspectores nombrados por él recorrieron el país de Judea. Debían procurar que se ofrecieran sacrificios en todas las ciudades* (1 Macabeos 1:41-51, BL).

Antíoco prohibió las prácticas religiosas judías a un nivel que ni siquiera los intrigantes funcionarios de Darío podrían haber imaginado. Suprimió la observancia del Sábat, la celebración del ciclo anual de festividades judías y como Daniel había

predicho: *Por él fue quitado el continuo sacrificio.* En esta ceremonia diaria se ofrecía en holocausto un animal entero como símbolo de la devoción única de Israel al Señor: *Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.* Antíoco no podía tolerar eso, así que lo prohibió. Entonces hizo sacrificios paganos en el altar, lo cual era una completa abominación para los judíos. (Esto aparecerá nuevamente en Daniel 9.)

Como Nabucodonosor y muchos otros antes y después de él, Antíoco odiaba a las personas que no se inclinaban ante él; estaba decidido a doblegar ese espíritu. Por lo tanto, no contento con la prohibición de los sacrificios, mandó a suprimir la lectura de la ley de Moisés, y ordenó recoger y quemar todas las copias. Llegó aún más lejos: prohibió, bajo pena de muerte, la observancia de la ley. Proscribió la práctica judía de la circuncisión, y llegó a matar a los bebés judíos que habían sido circuncidados. Los colgaba del cuello de sus madres para luego arrojarlos desde las murallas de Jerusalén.

Esta frenética locura anti-Dios alcanzó su máxima expresión el vigésimo quinto día del mes de Quisleu (el mes de diciembre para nosotros) en l año 167 a. C. En un acto final de suprema y estudiada blasfemia, Antíoco dedicó el templo de Jerusalén a Zeus, el dios olímpico griego. Nunca antes les había ocurrido algo así a los judíos. Nabucodonosor, Belsasar y Darío habían desafiado al Señor, pero nunca habían hecho algo parecido. Este acto entraba en una categoría totalmente nueva. Para los judíos era la más grande abominación de las abominaciones y llegó a conocerse como *La abominación desoladora* (ver Daniel 9:27 y Mateo 24:15).

Daniel afirma que algo muy parecido ocurrirá en el tiempo del fin, y en el lenguaje literal de Pablo, leemos:

> *... y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios* (2 Tesalonicenses 2:3-4).

Antíoco se acercó mucho a esto, pues, en su rabia megalomaníaca, entró en el templo y lo profanó.

Pero el Señor no hizo nada. ¿Cómo pudo un politeísta pagano hacer lo que le vino en ganas en el terreno más sagrado de la Tierra, desafiar al Dios vivo que había puesto su nombre allí, abolir Sus mandamientos, revertir sus ordenanzas y al final, salirse con la suya?

Parecía que no quedaba rastro del Creador en el universo. Con seguridad, Antíoco se regodeó triunfante frente a la idea de haber desterrado a Dios del mundo. ¿Cómo podría alguien en su sano juicio aferrarse a esa religión, cuando, de hecho, no había nada en ella? Fue un momento devastador para los judíos fieles.

Sin embargo, Antíoco ni siquiera se imaginaba la profunda ira que había provocado. El enojo estalló en lo que hoy llamamos la Revuelta de los macabeos con

su líder Judas Macabeo («Judas el martillo»). Este hombre era uno de los cinco hijos del sacerdote Matatías, que vivía en Modi'ín, un pueblo a unos diez kilómetros de Jerusalén. Fue el mismo Matatías quien encendió la llama de la resistencia al matar a un judío que estaba a punto de ofrecer un sacrificio a los dioses paganos y al oficial del rey que estaba presente. Matatías y su familia huyeron a las montañas y formaron una banda de guerreros que estaban decididos a revertir los males que Antíoco les había ocasionado.

La campaña subsiguiente es, históricamente, muy compleja. El grupo de resistencia luchó no solo contra la ocupación seléucida, sino también contra todos los cómplices entre los judíos; de modo que a veces el conflicto se asemejaba a una guerra civil. En el 164 a. C., tres años después que Antíoco profanó el templo, Judas y sus guerreros recuperaron Jerusalén por completo, excepto una ciudadela fortificada de Antíoco llamada Acra, construida sobre una colina sobre el área del templo. Judas eligió a sacerdotes íntegros para limpiar el santuario y construir un nuevo altar con piedras sin labrar. Hicieron una ceremonia, que aún hoy día se celebra, para dedicar de nuevo el templo. Es la fiesta de *Janucá* (dedicación) que dura ocho días, a partir del 25 de Quisleu en el calendario judío.

Dios manifestado

Casi dos siglos más tarde, el Príncipe de los príncipes estaba en Jerusalén caminando por los recintos del templo en la columna de Salomón cuando se celebraba la *Janucá.* Juan nos relata lo que sucedió:

> *Y le rodearon los judíos y le dijeron: ¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Jesús les respondió: Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ellas dan testimonio de mí; pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre uno somos.*
> *Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios* (Juan 10:24-33).

En el mismo lugar donde Antíoco, que se hacía llamar *Epífanes* «dios manifestado», ahora estaba Jesús y les decía: *Yo y el Padre uno somos*, y los judíos

estaban horrorizados. ¿Es posible que la *Janucá* se estuviera repitiendo? Solo había dos respuestas: o era una completa blasfemia, o era verdad. Decidieron que era una blasfemia, y tomaron piedras para matarlo. Poco tiempo después el tribunal religioso judío lo mandó a ejecutar a manos de los romanos

Pero esta vez se equivocaron. Jesús les dijo que, por haberlo rechazado como su legítimo Rey, iban a sufrir otro período de exilio y una nueva destrucción de su ciudad; pero que Él regresaría un día, y les mencionó una profecía de Daniel como señal de ese regreso:

> *Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes... porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá... E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días... aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria* (Mateo 24:15-30).

Es obvio. Para Jesús, el cumplimiento de la profecía de Daniel era un suceso futuro, y lo relacionó con Su regreso como el glorioso Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo. De esta manera, nos muestra que Daniel 7 y 8 hacen referencia a un mismo hecho.

Así que, en un día futuro, otro hombre estará presente en el lugar donde Antíoco blasfemó a Dios, y donde Jesús aseveró serlo. Para obtener el éxtasis del servilismo global, dicho personaje futuro afirmará ser el Ser supremo del universo. En este punto, el desafío humano hacia el Creador llegará al punto máximo de anarquía espiritual. La mentira de la serpiente en Edén parecerá ser la verdad: *El día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal* (Génesis 3:5). Parecerá que, finalmente, el hombre triunfó sobre Dios.

Cuando este sujeto reclame ser Dios, no lo hará como un teísta. Estas, sin dudas, son las palabras de un antiteísta. Él no creerá que existe un Ser sobrenatural, Creador del cielo, de la tierra y Señor de la historia: rechazará todo eso. Su fe estará centrada solo en sí mismo como el pináculo del proceso evolutivo, el punto clímax de la historia, el superhombre biológico. Sacará provecho de la más poderosa de las emociones humanas, la devoción religiosa, para mejorar su propia posición y poder. Será alguien muy inteligente (tendrá *ojos como de hombre* en Daniel 7:8) y poseerá un poder sin precedentes mucho mayor que el de Nabucodonosor, Darío, Alejandro, o los césares, que parecían invencibles en sus días. Este hombre de consumada maldad rechazará al Dios sobrenatural del cielo. Irónica y tristemente, el poder que él poseerá para engañar y cautivar al mundo vendrá del tenebroso reino sobrenatural del propio

diablo, aunque tal persona lo crea o no.

Pero su dominio no perdurará. Será temporal, al igual que los otros imperios terrenales. De la misma forma que Judas Macabeo limpió el santuario en tiempos de Antíoco, Daniel 8 predice que el santuario será restaurado después de 2.300 días (unos seis años y medio). Jesús confirmó esto al afirmar que después de un horrible período de tribulación extrema, regresaría en poder y gloria, destruiría al hombre inicuo y establecería Su reino.

Esto es lo que conocemos hasta ahora. No hay mucho más que queramos decir sobre la época de Antíoco. Murió en el mismo año que el templo se volvió a dedicar, y por un tiempo Judas Macabeo pudo mantener una especie de paz. Cuando murió, cinco años más tarde, su hermano Jonatán le sucedió. Se hizo amigo del nuevo rey, Alejandro Balas, quien lo eligió como sumo sacerdote en Jerusalén, alrededor del año 153 a. C., dando inicio a lo que se conoce como la dinastía de los asmoneos. Pero Jonatán no era descendiente de Aarón, como la ley de Moisés estipulaba para los sumos sacerdotes, y esto provocó la separación del partido tradicional, que se constituyó en una oposición poderosa, más tarde conocida como los fariseos.

Jonatán fue traicionado, murió y su hermano Simón lo reemplazó. A este último lo asesinaron en el 135 o 134 a. C. El siguiente fue Juan, su hijo, conocido por Juan Hircano I. No tenía el celo de su abuelo, quien había incitado el levantamiento. En el fondo era un saduceo; negaba lo sobrenatural y tenía la cosmovisión a la que su abuelo, su padre y sus tíos se habían opuesto con tenacidad.

Las ideologías anti-Dios continuarán

¿Qué debemos aprender de todo esto? La imposición por la fuerza de una religión pagana, la profanación de los lugares sagrados y el consecuente derramamiento de sangre debido a la resistencia, en cierto modo nos parece muy distante, especialmente en el mundo occidental.

Pero la historia aún no ha terminado. Daniel insiste en que debemos prestar atención, porque algo muy similar, pero a mayor escala, sucederá de nuevo. Durante algunos años, en Occidente hemos disfrutado de un período histórico de inusual tranquilidad. Vivimos en una cultura más o menos cristiana la cual propicia el desarrollo de muchas instituciones que permiten que la vida florezca en relativa paz. Sin embargo, en el último siglo, hubo más derramamiento de sangre en el mundo entero que en todos los siglos intermedios juntos, leñemos que comprender que una gran parte de ese derramamiento de sangre ha sido consecuencia directa de las ideologías anti-Dios, impuestas por poderosos dictadores. Stalin, Mao y Pol Pot sobrepasan con creces a Antíoco Epífanes en cuanto a los millones de personas que mataron. La ira de Hitler contra el pueblo judío, y su asesinato de millones de ellos, ha sido incomparable. Si sustituimos la cultura pagana que impuso el Estado en la época de los seléucidas por el ateísmo de Estado de tiempos más actuales, la motivación de

Antíoco para perpetrar sus asesinatos aún sigue vigente.

De hecho, Enver Hoxha, líder de la República Popular Socialista de Albania, que prohibió todas las formas de religión, evoca fuertes recuerdos de Antíoco. El artículo 37 de la Constitución albanesa de 1976 estipula: «El Estado no reconoce religión alguna y se encarga de fomentar el ateísmo con el fin de implantar la visión del mundo del materialismo científico en su población». El Código Penal de 1977 impuso penas de prisión de tres a diez años para «la propaganda, producción, distribución o almacenamiento de literatura religiosa».

También podríamos pensar en *Juche*, la ideología estatal oficial de Corea del Norte. De acuerdo con la Enciclopedia del Nuevo Mundo:

> Kim Jong-il ha explicado que la doctrina es parte del kimilsungismo, de su fundador y padre, Kim Il-sung. El principio central de la ideología Juche desde la década de 1970 ha sido que «el hombre es amo de todo y lo decide todo». [...] Juche literalmente significa «cuerpo principal» o «sujeto»; se traduce en fuentes norcoreanas como «independiente» y como «espíritu de autosuficiencia».
>
> La teoría Juche es un tipo de ideología política, pero se basa en la deificación y la mistificación de Kim Il-sung (1912-1994). Sus características religiosas o pseudoreligiosas distinguen la ideología Juche de todas las demás formas de marxismo, incluyendo el marxismo leninismo de la antigua Unión Soviética, el neomarxismo europeo, el maoísmo e, incluso, el estalinismo. La ideología Juche define a Kim como el «eterno jefe de Estado», un libertador mesiánico de la humanidad, y describe a Corea del Norte como una nación escogida, y a los norcoreanos como un pueblo elegido que tiene la misión de liberar al mundo. Mientras que el miedo y el terror se usan para dominar externamente a las masas en un estado totalitario, la ideología Juche es una herramienta para la dominación interna de sus mentes...[36]

En el siglo XXI esta es la ideología de un país que tiene en su corazón la deificación de un líder: Kim Il-sung. Es igual a lo que encontramos el mundo antiguo. Citamos la Enciclopedia una vez más:

> Su lugar de nacimiento y los lugares donde llevó a cabo sus actividades son sitios sagrados en donde los norcoreanos hacen peregrinaciones. Su retrato está colgado en la pared de cada hogar y la gente empieza el día con la lectura de sus palabras. Con frecuencia llevan a cabo reuniones de reflexión en que las personas se arrepienten de sus actos equivocados o pensamientos y comportamientos infieles, tomando las palabras de

> Kim como texto sagrado. Sobre la base de la deificación de Kim, Corea del Norte se caracteriza a sí misma como la nación escogida, y educa a los norcoreanos en la creencia de que son personas elegidas que tienen la misión de «liberar a la humanidad».
>
> Como una pseudoreligión, la ideología Juche define el sistema de valores de las personas, da sentido a su vida y sus actividades, y establece normas para la vida cotidiana. Está presente en todos los aspectos de la vida social y cultural de los norcoreanos y el acceso a la información fuera del país está estrictamente controlado. La glorificación de Kim se refleja también en la Constitución. Cada párrafo del prefacio de esta comienza con frases de admiración hacia dicho líder, y construye la adoración a Kimen el sistema legal. En otras palabras: poner en duda a Kim Il-sung, tener una opinión crítica o una actitud infiel hacia esta ideología está sujeto a un castigo legal.
>
> La ideología Juche estructura un sistema de creencias en el cual las personas pueden, en lo externo, elegir su apoyo al gobierno totalitario. Aquellos que no están dispuestos a aceptar el sistema de creencias son considerados como «traidores», y cualquier intento de desviarse de esta norma es sancionado según las leyes. En realidad, la ideología Juche se impone sobre sus súbditos por medio del terror y del miedo. En tal sentido, la ideología política de Corea del Norte es un excelente ejemplo del totalitarismo.

Uno de los aspectos aterradores del totalitarismo es el nivel de engaño y de manipulación que emplea para que la gente no conozca la verdad. Al respecto, debemos tener en cuenta algo que se dice sobre *el cuerno pequeño* en Daniel 8. Cuando llegó al poder, *echó por tierra la verdad* (Daniel 8:12). En la subsiguiente explicación de la visión, se nos dice que «con su sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá».

Observamos también que Pablo se refiere a la venida del hombre de pecado (inicuo) en los siguientes términos:

> *Inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos* (2 Tesalonicenses 2:9-10).

La relación entre el poder y la verdad es muy importante, en particular en el mundo contemporáneo donde existe una fuerte corriente de relativismo posmoderno,

una actitud que tiene sus raíces en el antiguo escepticismo griego. Muchas personas están más interesadas en sus propios sentimientos, o en lo que «les conviene», que en lo que es cierto. Pero se paga un precio por rechazar la verdad.

Después de abandonar el marxismo, Arthur Koestler escribió (1950, pág. 68):

> Mi educación partidista había equipado mi raciocinio con amortiguadores y defensas elásticas tan elaborados que todo lo que veía y oía era transformado automáticamente para adaptarse a un patrón preconcebido

El relativismo debilita la resistencia intelectual y moral al totalitarismo y nos hace vulnerables a la manipulación y al engaño; de modo que al final la «verdad» que creemos la dictan aquellos que tienen el poder. Por supuesto, esto es algo horrible que degrada a los seres humanos. Soy consciente de que muchos responderán a los ejemplos que he mencionado diciendo: «Bueno, sí, pero estas cosas extremas están pereciendo y desaparecerán porque son insostenibles. ¿Por qué pensar que podrían ocurrir de nuevo? Ya somos bastante civilizados como para participar en tal violencia. ¿Por qué debo tomar a Daniel en serio cuando sugiere que no solo volverá a suceder, sino que será a una escala intensificada y global?»

Comprendo la reacción, porque que veo parte de ella en mí mismo. Es una idea reconfortante pensar que hemos superado del todo este tipo de cosas. Sin embargo, la realidad me dice que hay otro lado de la historia. Ciertas cosas no han muerto. La violencia continúa, aunque Steven Pinker afirme lo contrario (ver el capítulo 10). Ahora mismo, hay guerras estallando en diferentes partes del mundo, y las naciones occidentales están participando en algunas de ellas. Nos guste o no, una buena parte del terrorismo internacional está ligado al fundamentalismo religioso extremo.

Además, hay un aumento del ateísmo agresivo a nivel intelectual y propagandístico. En las sociedades occidentales secularizadas existe una presión masiva para marginar, si no exterminar, las creencias religiosas. Las leyes de las naciones se utilizan cada vez más para discriminar a los creyentes, tal como lo hicieron en los días de Darío.

En muchos de nuestros países todavía no se ha utilizado la fuerza de manera obvia; pero sería ingenuo suponer que nunca se utilizará. Cuán fácilmente olvidamos de lo que se trataba el experimento comunista. ¿No fue el camarada Khrushchev quien afirmó que pronto mostraría al mundo los últimos restos del cristianismo ruso? Me pregunto por qué pensé en esto al leer las palabras de Steven Weinberg, cuando animaba a los científicos a contribuir aportando «*todo* lo que podamos para debilitar el dominio de la religión». Este toque de totalitarismo pudiera parecer solo una nubecilla en el cielo. Pero las nubecillas muestran hacia dónde sopla el viento, y no hace mucho soplaba en la dirección del Gulag.

Quiero subrayar que muchos de nosotros que no somos ateos compartimos la

antipatía de los nuevos ateos ante los evidentes males perpetrados en nombre de la religión.[37] Sin embargo, en esencia, su programa ateísta es igual, si no más peligroso, aunque en la superficie resulte atractivo para muchos; y ocurre por las mismas razones que los nuevos ateos avanzan contra la religión (con menos fundamento). Por ejemplo: Dawkins advierte (contra la evidencia, por lo menos en el caso del cristianismo): «Las enseñanzas de la religión moderada son una invitación al extremismo» (2006, pág. 342). Por la misma razón, ¿no sería prudente que él escuchara su propio consejo y que advirtiera lo mismo sobre las enseñanzas del ateísmo moderado? Después de todo, hay una gran conexión entre la Ilustración y la violencia de los siglos XIX y XX.

El diagnóstico bíblico (reflejado en la imagen del sueño de Nabucodonosor) es que la raza humana está llena de maldad. Esta afirmación no es sorprendente, a la luz de nuestra experiencia común, aunque se le oponen personas cuyas mentes están llenas de nociones súper optimistas de «progreso». John Gray, experto en la historia del pensamiento europeo, insiste (2007, página 198):

> La necesidad fundamental es cambiar la visión dominante de los seres humanos, que se perciben como criaturas buenas, inexplicablemente cargadas de una historia de violencia y opresión. Aquí llegamos a la cima del realismo y su principal obstáculo para la opinión predominante: su afirmación de que los defectos humanos son innatos. Casi todos los pensadores premodernos dieron por hecho que la naturaleza humana es inalterable y defectuosa, y tanto en esto como en otras cuestiones se acercaron a la verdad del asunto. No podemos creer ninguna teoría política que asuma que los impulsos humanos son por naturaleza benignos, pacíficos o razonables.

En la siguiente declaración clave de San Pablo conocemos la fuente de tal maldad:

> *Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron* (Romanos 5:12).[38]

Esto dice, en primer lugar, que todos hemos heredado una naturaleza caída, pecadora y mortal. En segundo lugar, que todos hemos pecado individualmente. El pecado es universal. Observamos que Pablo afirma que el «pecado» entró en el mundo y no «los pecados», porque no se refiere a los pecados particulares, sino al pecado como principio. Es una actitud que consiste en un egoísmo profundo, en el que el ser humano opone su propia voluntad a la del Creador.

John Gray señala (2007, página 36):

> Los regímenes totalitarios del siglo pasado personificaron algunos de los sueños más audaces de la Ilustración. Algunos de sus peores crímenes se cometieron en favor de ideales progresistas, mientras que, incluso los regímenes que se consideraban enemigos de los valores de la iluminación, proyectaron transformar la humanidad por medio de la ciencia, cuyos orígenes están en el pensamiento de la Ilustración. La percepción occidental continúa ignorando el papel de la Ilustración en el terror del siglo XX.

Ciertamente es un aspecto que el nuevo ateo no percibe, y no es difícil entender la razón. El argumento de Dawkins para prohibir la enseñanza de la religión conduciría a prohibir la enseñanza del ateísmo a causa de los horrores que ha provocado, incluso dentro de la memoria viva de muchas personas.

No es casual que un debate en vivo entre los cuatro líderes, Dawkins, Dennett, Harris y Hitchens, se titule *Los cuatro jinetes.* Sin dudas, se trata de una alusión a los «cuatro jinetes del Apocalipsis», que describe este libro de la Biblia y que son: la conquista, la guerra, el hambre y la muerte (Apocalipsis 6:1-8). Uno se pregunta si la elección de dicho epíteto evidencia aún más su ignorancia del libro que intentan destruir. Espero que sí, porque algunas declaraciones de estos «jinetes» son bastante escalofriantes. Por ejemplo, la siguiente afirmación de Sam Harris suena como un presagio de muerte (2005, páginas 52-53):

> Algunas propuestas son tan peligrosas que puede ser ético matar a las personas que creen en ellas.

Podríamos preguntarnos si, al final, los nuevos ateos tendrán autoridad de decidir cuáles son esas proposiciones peligrosas y quién ejecutará la sentencia. En ese caso, ¡ay del mundo si llegaran a obtener el poder político! ¿Sombras de la bestia?

Las visiones de Daniel resultan más creíbles cada día.

CAPÍTULO 18

JERUSALÉN Y EL FUTURO
Daniel 9

Las dos últimas visiones dadas a Daniel aparecen a continuación. Ambas tienen que ver con escritos. El primero es el libro del profeta Jeremías, que Daniel había estado leyendo, y el segundo es el *libro de la verdad* cuyo contenido es comunicado a Daniel por un mensajero angelical. A diferencia de las dos visiones anteriores, que describían animales simbólicos, estas son mucho más prosaicas y narran acontecimientos futuros con un estilo histórico práctico.

Ambas visiones datan de la época del Imperio Medo-persa. En la primera, se pasa de los días de Belsasar al primer año de Darío el medo, y se vuelve a la secuencia cronológica del libro que se detuvo en el capítulo 6. Como sabemos, Darío había sido engañado para que aprobara una ley destinada a impedir que Daniel orara a su Dios. Daniel se negó a acatarla, y continuó con su práctica diaria de orar frente a una ventana que se abría hacia el oeste, en dirección a Jerusalén. Está claro que la ciudad amada, de la cual Nabucodonosor lo había llevado cautivo, ocupaba un lugar permanente en el corazón de Daniel.

¿Qué pasaría con Jerusalén? En ella se centraban las promesas de Dios; aun así, Dios no parecía haberle dicho mucho a Daniel sobre el futuro de la ciudad, por lo que sus visiones debieron ser muy inquietantes. La primera habla de un rey malvado que deseaba cambiar los tiempos y la ley, y que vence a los santos. La segunda habla de un cuerno pequeño que detiene el continuo sacrificio en el templo de Jerusalén y pisotea el santuario. ¿Por qué no se menciona explícitamente a Jerusalén en ninguna de estas visiones? La situación parecía desalentadora para la ciudad, sin embargo, en las visiones se decía que el malvado rey sería destruido y que los santos recibirían el reino. ¿Cómo se resolvería esto?

Pensamientos similares debían haber sido comunes en la mente de Daniel; y quizás por esa razón colocó una visión después del capítulo 6 y la otra antes del capítulo 9, para que leyéramos Daniel 9 teniendo en cuenta el trasfondo correcto. Hasta este momento, solo había mencionado explícitamente el nombre de *Jerusalén* dos veces, aunque su visión anterior, acerca de la profanación del lugar santo, es una referencia directa a *la ciudad*. La profanación aparece de nuevo en este capítulo, esta vez en relación con la historia más general de la ciudad. En la primera parte del capítulo 9 encontramos a Daniel orando por la ciudad desolada de Jerusalén y su porvenir. En la segunda parte, en la famosa profecía de los «setenta sietes», Dios le

revela lo que está reservado para la ciudad en el futuro.

El capítulo 9 es la cuarta parte de la segunda mitad del libro. Se encuentra en marcado contraste con la cuarta parte de la primera mitad, el capítulo 4. Cada uno de estos capítulos se refiere a una ciudad. El capítulo 9 es sobre Jerusalén, y el capítulo 4 sobre Babilonia. Babilonia era grandiosa, una de las maravillas del mundo antiguo. Por el contrario, Jerusalén estaba desolada, su gloria había desaparecido.

Nabucodonosor fue el arquitecto de Babilonia, pero, como hemos visto, estaba tan lleno de orgullo por sus logros que Dios lo disciplinó. Fue expulsado de la sociedad humana y se comportó como un animal por un período de siete «tiempos», o años, y luego fue restaurado a su antigua gloria.

En respuesta a la humilde oración de Daniel sobre las desolaciones sufridas por Jerusalén a causa de su rebelión, Dios le comunicó que finalmente habría una restauración. Sin embargo, dado que un privilegio mayor implica una mayor responsabilidad, la restauración requeriría un período, no de siete tiempos, sino de setenta veces siete tiempos.

El contraste se ve así:

Capítulo 4	Capítulo 9
La gloria de Babilonia. Se advierte a Nabucodonosor que merece ser castigado.	Las desolaciones de Jerusalén. Los pecados de Israel han traído sobre ellos el castigo que Moisés y los profetas habían advertido.
Nabucodonosor persiste en su orgullo y es castigado por un período de siete tiempos. Luego es restaurado.	El pecado continuado de Israel traerá desolaciones adicionales que durarán setenta veces siete tiempos. Jerusalén será restaurada.

Hemos señalado en el capítulo 4 que la historia de la Biblia es, en cierto sentido, la historia de dos ciudades: Jerusalén y Babilonia. El asunto no es tanto la ciudad *en* la que vivimos como la ciudad *para* la que vivimos. Daniel vivió en Babilonia; pero, a fin de cuentas, vivió para Jerusalén y para todo lo que ella representaba. Como Abraham antes que él, *esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios* (Hebreos 11:10). Aunque sirvió fielmente a Babilonia, el centro de gravedad de su vida era su fe en Dios, y todo lo que hizo fue una muestra de esa confianza y ese compromiso.

Una prueba de lo anterior fue el interés de Daniel por *los libros*. Los cautivos habían traído consigo preciados rollos de la Escritura, que eran un apoyo vital para la vida de Daniel. Como ya hemos visto, él era un hombre que oraba regularmente, y

también era un hombre de *los libros*. En realidad, la oración de Daniel en este capítulo muestra que se había sumergido en lo que llamamos el Antiguo Testamento, hasta donde se había escrito en aquella época y estaba disponible para él. En esta ocasión Daniel había estado leyendo lo que Jeremías el profeta hebreo había predicho recientemente sobre el cautiverio, en particular sobre su duración:

> *Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos: Por cuanto no habéis oído mis palabras, he aquí enviaré y tomaré a todas las tribus del norte, dice Jehová, y a Nabucodonosor rey de Babilonia, mi siervo, y los traeré contra esta tierra y contra sus moradores... Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años. Y cuando sean cumplidos los setenta años, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación por su maldad, ha dicho Jehová, y ala tierra de los caldeos...* (Jeremías 25:8-12).

La respuesta de Daniel es muy instructiva:

> *...yo Daniel miré atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años. Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza* (Daniel 9:2-3).

Orar con la Escritura

Aquí apreciamos de inmediato la convicción de Daniel de que lo escrito por Jeremías era la Palabra del Señor. Este es uno de los secretos a voces de su vida y su testimonio. Creía que la Escritura era la Palabra del Dios viviente. Esta convicción sigue siendo el secreto de cómo vivir en «Babilonia* sin que «Babilonia» viva en uno. Así como Dios había revelado a Daniel el sueño de Nabucodonosor y su significado para el futuro en el capítulo 2, de igual modo Daniel creyó que Dios había revelado también el futuro a Jeremías.

Al darse cuenta de que los setenta años especificados por Jeremías casi habían transcurrido, muchas preguntas venían a su mente. ¿Qué significaba realmente la profecía? ¿Estaba a punto de ser restaurada su amada ciudad de Jerusalén? Si era así, no había muchas señales de ello. En cualquier caso, ¿por qué medios se lograría? Incluso podría haberse preguntado si su alto cargo le permitiría ayudar de alguna manera. Solo podemos especular. Lo que sí nos dice es que volvió su rostro a Dios para buscarlo en la oración. Es decir, no expresa simplemente que buscó la sabiduría y la guía de Dios en el asunto. Es más que eso: se puso a buscar a Dios.

La importancia de esto no se puede exagerar. Daniel no solo creía que Dios le

había hablado a Jeremías, también creía que era posible que Dios le hablara a él. Para él, había una relación íntima entre los rollos (la Biblia) y el contacto vivo con Dios mismo. Dios no solo había hablado a través de Su Palabra; Su voz todavía podía oírse a través de lo que había hablado. Maravillosamente, este sigue siendo el caso.

Hemos visto que Daniel desafió a los dioses materiales de Babilonia en el nombre del Dios sobrenatural de la creación, el Dios que está allí. En el capítulo 2 discute el tema de la revelación y muestra que es perfectamente consciente de las cuestiones relacionadas (irónicamente) con el origen de su propio trabajo. ¿Es esta una verdadera profecía, escrita en el siglo VI a. C.; o es simplemente la historia, recogida por escrito en el siglo II? Daniel también nos brinda varios ejemplos espectaculares de liberación sobrenatural, y muestra mucho interés en las formas en que Dios confirma Su existencia. En el capítulo 9 nos lleva a considerar la más importante de todas: la autoautenticación de Dios a través de Su Palabra.

Toda la Escritura es inspirada por Dios, expresa el Nuevo Testamento (2 Timoteo 3:16). Por lo tanto, debemos esperar pruebas externas, corroborativas, de la historia, la arqueología y las disciplinas afines, pero al final la Palabra de Dios se autenticará al ser percibida como la Palabra de Dios por lo que expresa, por su coherencia interna y veracidad. Sin caer en el sentimentalismo ni en el exceso de imaginación, cuando nos relacionamos con la Palabra de Dios podemos sentir por momentos en nuestro espíritu y nuestro corazón la misma presencia de Dios, y saber que nos habla.

Puedo recordar las preguntas que me hacía acerca de la inspiración bíblica en mis comienzos como estudiante en Cambridge. No era que yo no creyera que Dios había inspirado la Escritura. Lo creía, y esa era la causa de mi problema. Si la Biblia era en verdad la Palabra de Dios, ¿por qué no la encontraba más interesante? Ciertamente, si Dios estaba detrás, ¿no debería estar obteniendo más de ella? Además, noté que muchos de mis amigos cristianos también manifestaban estar de acuerdo con la doctrina de la inspiración, pero pasaban muy poco tiempo leyendo y pensando en el libro que decían que era de inspiración divina. Parecía haber aquí una profunda inconsistencia, que los afectaba tanto a ellos como a mí.

Esto comenzó a preocuparme, y busqué el consejo de un amigo y mentor, mucho mayor que yo, cuya comprensión de la Escritura era profunda. Una tarde me invitó a un estudio bíblico que fue suficiente para transformar mi actitud. Porque lo que vi en mi amigo fue la actitud de Daniel, un deseo de buscar a Dios en Su Palabra, y de dedicar tiempo a hacerlo.

El Señor Jesús advirtió a algunas personas religiosas en Su tiempo: *Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida* (Juan 3:39-40). Mi amigo no cometió ese error. Buscó a Dios *a través* de Su Palabra, y me mostró cómo hacer lo mismo.

Me di cuenta de que había sido demasiado superficial en mi enfoque. Después de

todo, estaba dispuesto a pasar horas tratando de entender algunas cuestiones de matemáticas, y sin embargo solo unos minutos con un pasaje de la Biblia. Lo que comprendí fue la necesidad de ser paciente, de dedicarle tiempo motivado por el deseo de escuchar a Dios a través de Su Palabra. Dios es una persona, no un simple conjunto de proposiciones; y, por lo tanto, hay una diferencia entre buscar conocimiento acerca de Dios y buscar a Dios mismo.

En años más recientes, tuve que hablar en el funeral de un amigo de toda la vida, de mis días en Cambridge. Era más joven y ciertamente nunca pensé que muriera antes que yo. Unas semanas antes de su muerte, le pregunté qué le gustaría que dijera en su funeral. Sin vacilación, respondió: «Anímalos a hacer lo que hicimos cuando éramos estudiantes. Diles que lean la Palabra de Dios juntos, que la discutan, que piensen en ella, que oren por ella y que sirvan a Dios hasta que aparezca Su rostro». Hizo una pausa y añadió: «Entonces tendrán algo que decir».

Eso sintetiza con precisión la actitud de Daniel. Daniel sirvió a Dios hasta que vio Su rostro y oyó Su voz, y entonces tuvo algo que decir, algo que todavía mantiene su vigencia veinticinco siglos después de haberlo escrito.

La oración de Daniel, recogida en el capítulo 9, contrasta con la actitud de Nabucodonosor en el capítulo 4. Mientras admira a Babilonia, la ciudad que había construido, el orgullo de Nabucodonosor se desborda al contemplar su propio genio. Su mente se eleva fuera de control y Dios lo hace descender al nivel de un animal. Por el contrario, en Daniel no hay ni una pizca de orgullo mientras contempla humildemente las ruinas de su amada ciudad, Jerusalén, devastada por Nabucodonosor.

Su oración es una de las grandes confesiones en la Escritura, y notamos que tiene tres partes. Primero se dirige a Dios directamente en segunda persona: «Tuya es, Señor...» (versículos 4-7). Luego habla indirectamente del Señor en tercera persona: «De Jehová nuestro Dios es el tener misericordia...» (versículos 8-14). Por último, se dirige directamente a Dios una vez más (versículos 15-19):

> *Ahora, Señor*; *Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impíamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. Tuya es, Señor, la justicia...* (Daniel 9:4-7).

Daniel está junto a su pueblo mientras confiesa su pecado. Utiliza todas las palabras que conoce para enfatizar el abismo en que la nación había caído. Habían *pecado, cometido iniquidad, actuado impíamente, habían sido rebeldes, se habían*

apartado, no habían obedecido, incurrieron en una rebelión, no anduvieron en las leyes de Dios... Dos veces describe su situación «como confusión de rostro» (9:7-8). No justifica su comportamiento, y reconoce que Dios les había hablado una y otra vez a través de los profetas, a todos, a los líderes y a la gente común, y simplemente se habían negado a escuchar.

Como resultado, una calamidad devastadora y sin precedentes había acontecido al pueblo y a su ciudad. Debían haberlo sabido, pues Moisés mismo, su gran legislador, lo había predicho hacía tiempo. Moisés les había comunicado grandes promesas de bendición, si obedecían los mandamientos de Dios. Dios guardaba Su pacto, y mostraba misericordia a los que lo obedecían. Pero si no lo obedecían, una calamidad caería sobre ellos:

> *Pero si no me oyereis, ni hiciereis todos estos mis mandamientos, y si desdeñareis mis decretos, y vuestra alma menospreciare mis estatutos, no ejecutando todos mis mandamientos, e invalidando mi pacto... Pondré mi rostro contra vosotros, y seréis heridos delante de vuestros enemigos; y los que os aborrecen se enseñorearán de vosotros... Y si aun con estas cosas no me oyereis, yo volveré a castigaros siete veces más por vuestros pecados. Y quebrantaré la soberbia de vuestro orgullo, y haré vuestro cielo como hierro, y vuestra tierra como bronce...*
> *Si anduviereis conmigo en oposición, y no me quisiereis oír, yo añadiré sobre vosotros siete veces más plagas según vuestros pecados. Enviaré también contra vosotros bestias fieras... Haré desiertas vuestras ciudades, y asolaré vuestros santuarios...ya vosotros os esparciré entre las naciones... Y pereceréis entre las naciones, y la tierra de vuestros enemigos os consumirá* (Levítico 26:14-38).

Al haber estudiado los libros, Daniel conocía todo esto. Ya hemos visto que su propio libro contiene muchas de estas palabras. Uno no puede evitar comparar la advertencia de *siete veces* más castigos por la transgresión, que aparece en Levítico, con los *siete tiempos* de Daniel 4 y los *setenta años* y las *setenta semanas* de Daniel 9. Ahora la calamidad ya había ocurrido y el futuro se veía muy sombrío, si es que había un futuro.

Sin embargo, había un rayo de esperanza. Dios era un Dios de misericordia. Estaba preparado para responder positivamente a Su pueblo, si se arrepentían:

> *Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, por su prevaricación con que prevaricaron contra mí... y entonces se humillará su corazón incircunciso, y reconocerán su pecado. Entonces yo me acordaré de mi pacto con Jacob... yo no los desecharé, ni los*

> *abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos; porque yo Jehová soy su Dios. Antes me acordaré de ellos por el pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las naciones, para ser su Dios. Yo Jehová* (Levítico 26:40-45).

Daniel se aferra a esa promesa, y no podemos dejar de conmovernos ante la profunda pasión con la que continúa:

> *Ahora pues, Señor Dios nuestro, que sacaste tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa, y te hiciste renombre cual lo tienes hoy; hemos pecado, hemos hecho impíamente. Oh Señor, conforme a todos tus actos de justicia, apártese ahora tu ira y tu furor de sobre tu ciudad Jerusalén, tu santo monte; porque a causa de nuestros pecados, y por la maldad de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de todos en derredor nuestro* (Daniel 9:15-16).

Daniel ahora ruega con toda la sinceridad y la energía que posee. Abandona la primera persona del plural, *nosotros*, y se convierte en un hombre que habla por sí mismo. Nadie está junto a él, y solo, magníficamente, suplica sin reserva por la pura misericordia de Dios:

> *Ahora pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo, y sus ruegos; y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor. Inclina, oh Dios mío, tu oído, y oye; abre tus ojos, y mira nuestras desolaciones, y la ciudad sobre la cual es invocado tu nombre; porque no elevamos nuestros ruegos ante ti confiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias* (Daniel 9:17-18).

Daniel sabe en su corazón que si algo va a suceder será debido únicamente a la misericordia y la gracia de Dios. Pero no se cohíbe, sino que expresa todo lo que siente, y alcanza un crescendo en su conmovedor y desesperado ruego en staccato:

> *Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo* (Daniel 9:19).

La tensión emocional es evidente. Daniel no solo se preocupa por Jerusalén, también lo hace por la reputación de Dios en el mundo. Sí, hay profundas razones morales por las que Dios ha permitido la desolación de Jerusalén y la profanación del lugar santo. Sin embargo, hay más que eso. Daniel debe haber conocido otro trágico episodio en la historia anterior de su pueblo. Al haber perdido el sentido de la gloria de Dios y su compromiso con Él, el pueblo de Israel pensó que el arca del pacto, símbolo

físico de la presencia de Dios, podía salvarlos de los filisteos. No fue así. El arca fue capturada por los filisteos, y Dios permitió que *se traspasara la gloria* (ver 1 Samuel 4). Sin embargo, la historia no terminó allí. El Dios que estaba detrás del arca era real, y procedió a demostrarle esta realidad a los filisteos. Cuando pusieron el arca en el templo de su dios, a la mañana siguiente encontraron su estatua derribada, en pedazos en el suelo, delante del arca.

Por lo tanto, Daniel pone su fe en el hecho de que Dios es real, a pesar de la rebelión de Judá y el pecado. Sin duda Dios se vindicaría en relación con Jerusalén; el mundo debía conocer que Dios es real.

Daniel nunca olvidaría esta oración. Más adelante recuerda vivamente cuándo terminó, y cómo terminó (Daniel 9:21). Fue en el horario en que normalmente se habría ofrecido el sacrificio de la tarde, cuando el templo todavía funcionaba en Jerusalén. Este sacrificio consistía en un holocausto entero, que simbolizaba la devoción incondicional de Israel a Dios, *amándolo con todo su corazón, su mente y su fuerza*, una actitud que acababa de mostrar Daniel en su oración.

Dios responde a la oración de Daniel

Lo que sucedió después fue impresionante. Cuando Daniel terminaba su oración, se le acercó un hombre volando y aterrizó a su lado. Daniel lo identifica como Gabriel. Lo había visto anteriormente en la visión recogida en el capítulo 8: *Se puso delante de mí uno con apariencia de hombre* (Daniel 8:15). Daniel estaba tan asustado que se postró sobre su rostro y luego entró en un sueño profundo. Entonces percibió que Gabriel lo tocaba y lo hacía ponerse de pie. (Algo similar sucederá de nuevo en la visión descrita en el capítulo 10.)

Gabriel se dirige a Daniel por su nombre y le informa que al principio de su oración él, Gabriel, había sido convocado para transmitir un mensaje a Daniel, un mensaje de sabiduría y entendimiento, porque Daniel era *muy amado* (9:23).

Daniel había comenzado su oración expresando: *Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos* (9:4). Ahora Gabriel le dice que Dios lo ama mucho. Es difícil imaginar lo que esas palabras deben haber significado para Daniel. Recibir un mensaje tan personal, trasmitido por un mensajero especial del mundo del más allá, debe haber sido enormemente reconfortante.

Conocemos de Gabriel solo en relación con tres personas en la Escritura: Daniel, con quien se encuentra dos veces; Zacarías, el padre de Juan el Bautista; y María, la madre de Jesús. Lucas lo describe como *un ángel del Señor*, y Gabriel mismo le dice a Zacarías: *Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios; y he sido enviado a hablarte, y darte estas buenas nuevas* (Lucas 1:11, 19).

El contexto en Lucas es que Zacarías, un sacerdote, se encontraba en el templo de Jerusalén, y de pie ante el altar del incienso conducía la oración de la nación, entonces

vino Gabriel a anunciarle que sería el padre del precursor del Mesías: *Tu oración ha sido oída, y tu mujer Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan* (Lucas 1:13). Zacarías no puede creer el mensaje porque, como él dice, tanto él como su esposa son viejos. Por su incredulidad, Gabriel hizo que quedara temporalmente *mudo y no pudiera hablar (Lucas* 1:20).

El contraste con Daniel no podía ser mayor. Daniel se encontraba cautivo en Babilonia, la ciudad y el templo en Jerusalén estaban en ruinas; y sin embargo él cree que Dios puede responder a su oración. Zacarías no estaba desterrado, la ciudad y el templo prosperaban. Estaba orando, pero la incredulidad se anida en su corazón. No cree en la capacidad de Dios para revertir los procesos de la naturaleza y permitir que él y su esposa tengan un hijo; ¡una actitud que cambió drásticamente cuando Elisabet quedó embarazada!

Por último, Gabriel viene a Nazaret, *a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David* (Lucas 1:27). A Daniel se le dijo que era muy querido, y ahora Gabriel le dice a María que ella es muy favorecida. María recibe el mensaje más asombroso que pueda existir. Gabriel le anuncia la venida al mundo, no de un ángel o un profeta, sino de Dios mismo:

> *Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá Jin* (Lucas 1:31-33).

Por lo tanto, en cada caso, las visitas de Gabriel implican profecías sobre importantes intervenciones sobrenaturales en la historia. En Daniel 8 se habla del tiempo del fin, cuando el *cuerno pequeño* quitará el continuo sacrificio e incluso se levantará contra el Príncipe de príncipes, pero será quebrantado, *aunque no por mano humana* (Daniel 8:25), es decir, sobrenaturalmente. En el capítulo 9 Gabriel anuncia un largo período de setenta semanas que tendrán que transcurrir *para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos* (9:24).

De modo que Gabriel es elegido por Dios para anunciar a Zacarías el nacimiento del último y más grande profeta, Juan el Bautista, que preparará el camino para la venida del Señor Mesías. Y, como Gabriel finalmente le dice a María, el Señor será el que llevará el nombre de Jesús, y cumplirá el mensaje de Gabriel en Daniel 9. El expiará la iniquidad, y finalmente traerá justicia eterna, como se indica en Daniel 7 y 8.

Esta es una gran historia, la Gran Historia, y, en respuesta a la oración de Daniel en un momento en que parecía como si todo se hubiera agotado, el mensaje de Gabriel la lleva a un gran salto adelante.

La preocupación de Daniel por Jerusalén es recompensada. Podemos sentirnos conmovidos por su pasión, pero en el fondo de la mente de algunos lectores podría

existir la idea de que esto, después de todo, es el Antiguo Testamento, y ahora que Jesús el Rey ha llegado, la preocupación por el pueblo de Israel, por Jerusalén y su futuro es algo del pasado. Esta sería una deducción falsa. Examinaremos el tema en detalle en el Apéndice A. Por el momento, basta con notar que el Señor Jesús mostró inmensa preocupación por Jerusalén y su pueblo. Lloró cuando anunció a la ciudad las devastadoras consecuencias de no aceptarlo como el Mesías. En sus palabras en el monte de los Olivos predijo su caída y la destrucción del templo de Herodes por los romanos, lo cual finalmente ocurrió en el año 70 d. C. Advirtió sobre las desolaciones y el cautiverio de la nación, que se prolongarían en el futuro hasta Su venida:

> *Porque habrá gran calamidad en la tierra, e ira sobre este pueblo. Y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan... Entonces verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria* (Lucas 21:23-27).

Aquí tenemos muchas alusiones a Daniel. Los capítulos 7 y 8 mencionan la acción de trillar y pisotear, equivalentes de hollar; en el capítulo 7, la venida del Hijo del Hombre; y la serie de bestias en el capítulo 7 son las potencias mundiales gentiles que abarcan los tiempos de los gentiles hasta el tiempo del fin.

Así como Daniel vio el tiempo del fin a través de la lente de los abominables hechos de Antíoco Epífanes (el Imperio griego, 168 a. C.), de igual modo nuestro Señor vio el tiempo del fin a través de la lente de la destrucción del templo (por el Imperio romano, 70 d. C.). En realidad, en las palabras del Monte de los Olivos, a veces es difícil saber si se está leyendo sobre el año 70 d. C. o sobre el tiempo del fin, o sobre ambos a la vez, particularmente en la versión de Mateo 24.

En una conversación privada, Jesús les dice a Sus discípulos que el templo será destruido, y ellos preguntan:

> *Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?* (Mateo 24:3).

Los discípulos asociaron la destrucción del templo con el regreso de Cristo. La respuesta del Señor a sus preguntas fue dada en esos términos porque hay aspectos del primer suceso que se repiten en el momento del segundo.

Jesús cita el cumplimiento de una de las predicciones de Daniel como un suceso clave en el futuro:

> *Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel... habrá entonces gran tribulación... E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días... Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo... y verán al Hijo del*

Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria (Mateo 24:15-30).

En Daniel hay tres referencias a una abominación desoladora. De este futuro poder malvado escribe:

1. *Y... hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador*; *hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador* (9:27).

2. *Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora* (11:31).

3. *Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días* (12:11).

No se nos dice en detalle qué cosa es la abominación, pero, como mencionamos antes, la idea proviene probablemente de la profanación del templo por parte de Antíoco, cuando lo dedicó a Zeus y ofreció un cerdo en el altar. Como vimos en el capítulo 16, ese incidente es un presagio del tiempo del fin. Por lo tanto, Daniel 9 tiene el mismo objetivo final que las visiones de Daniel 7 y 8.

CAPÍTULO 19

LAS SETENTA SEMANAS
Daniel 9

Si nos preguntamos qué añade Daniel 9 a lo que podemos aprender los capítulos 2, 7 y 8, la respuesta obvia es: la famosa profecía de «setenta semanas» en 9:24-27:

> *Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador* (Daniel 9:24-27).

Existe mucha controversia y desacuerdo respecto a la interpretación de esta profecía, incluso entre los expertos. Sería insensata la persona que piense que ha llegado a una conclusión definitiva sobre el tema. Por tanto, me limitaré a examinar algunas de las cuestiones que considero útiles para entender este texto, tan debatido durante generaciones, y a dar mis propias conclusiones, sin ser muy dogmático, espero. Dejaré la mayoría de los puntos de vista alternativos para que el lector interesado los investigue, pues un análisis adecuado de todos ellos (incluso si yo fuera competente para hacerlo) duplicaría el tamaño de este libro.

Lo primero que noto es que las setenta semanas, sean lo que sean, representan la suma de siete semanas, sesenta y dos semanas y, finalmente, otra semana. La RVR1960 (citada arriba) no pone un punto final después de *habrá siete semanas*, como lo hace la versión ESV en inglés, mientras que la NVT traduce el texto (versículos 25-26):

> *Habrá siete semanas desde la promulgación del decreto que ordena la reconstrucción de Jerusalén hasta la llegada del príncipe elegido. Después de eso, habrá sesenta y dos semanas más. Entonces será reconstruida Jerusalén, con sus calles y murallas. Pero cuando los tiempos apremien, después de las sesenta y dos semanas, se le quitará la vida al príncipe elegido. Este se quedará sin ciudad y sin santuario...*
>
> [N. del T.: El orden en que se expresa la idea y la puntuación no son iguales en la NIV (inglés) y la NVI (español). En realidad, la traducción que hace la RVR60 se asemeja a la de la NIV en inglés, y la traducción de la English Standard Versión (ESV) se parece a la de la NVI en español, excepto que en la ESV después de «but in a troubled time» hay punto y seguido, y en la NVI «pero cuando los tiempos apremien» pertenece a la oración siguiente («Entonces será reconstruida Jerusalén, con sus calles y murallas. Pero cuando los tiempos apremien, después de las sesenta y dos semanas»).]

La palabra «semana» es una traducción de la palabra hebrea para «siete», como se muestra aquí, de modo que la primera pregunta es: ¿a qué unidades de tiempo se refiere? Algunos sostienen que debemos ver estos períodos como simbólicos, no ligados a ninguna cronología en particular. Sin embargo, muchos otros piensan que la semana se refiere a un período de siete años, por lo que el período total sería de 490 años. Esto significa que, dejando a un lado cualquier otra consideración, es poco probable que la traducción que hace la RVR1960 sea correcta. Porque si el Mesías iba a aparecer después de cuarenta y nueve años (siete sietes), pero no se le quitaría la vida hasta que transcurrieran otros 434 años (sesenta y dos sietes), ¡esto implica que viviría por más de cuatro siglos![39] Sin duda la interpretación más natural aquí es la que hace la RVR60: el Mesías aparece después de sesenta y nueve sietes, es decir 483 años (si estos son años).

La siguiente pregunta es: ¿cuándo comienza el período de setenta sietes? Daniel habla de un período «desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén» (9:25). El regreso del cautiverio en Babilonia, para restaurar la ciudad de Jerusalén, es un tema prominente en la Biblia, y se mencionan varios decretos respecto a sus diferentes etapas.

Esdras comienza su profecía refiriéndose a un decreto de Ciro que autorizaba el regreso de los cautivos a su propio territorio y les permitía la reconstrucción de su templo (ver Esdras 1). Se menciona una larga lista de repatriados que inicialmente regresaron a sus propios pueblos y luego se reunieron en Jerusalén para reconstruir el templo. Inmediatamente reiniciaron el holocausto diario (Esdras 3:2), lo cual muestra la importancia de esta ceremonia para la identidad de la nación. Luego comenzaron a

reconstruir el templo, pero pronto tuvieron problemas con adversarios locales que eran lo suficientemente poderosos como para detener temporalmente el trabajo.

Finalmente, Artajerjes llegó al poder en Medo-Persia, y los adversarios de los judíos le escribieron quejándose:

> *Sea notorio al rey, que los judíos que subieron de ti a nosotros vinieron a Jerusalén; y edifican la ciudad rebelde y mala... Ahora sea notorio al rey, que si aquella ciudad fuere reedificada, y los muros fueren levantados, no pagarán tributo, impuesto y rentas, y el erario de los reyes será menoscabado* (Esdras 4:12-13).

Su carta era engañosa, pues los repatriados se habían dedicado a reconstruir el templo y no la ciudad, como señala Esdras cuidadosamente. La respuesta de Artajerjes fue rápida: *Ahora, pues, dad orden que cesen aquellos hombres, y no sea esa ciudad reedificada hasta que por mí sea dada nueva orden* (Esdras 4:21). Tuvieron que detener el trabajo, y no hubo más actividad hasta el segundo año de Darío.

La reconstrucción comenzó de nuevo y fue una vez más objeto de las críticas del gobernador: ¿Quién os ha dado orden para edificar esta casa y levantar estos muros? (Esdras 5:3). Esto pone de manifiesto que el templo era el problema. Para aclarar las cosas, el gobernador escribió al rey Darío, quien encontró la autorización original en los archivos y lo confirmó en su respuesta. No solo le indicó al gobernador que no se inmiscuyera en el trabajo en el templo, sino que también ayudara con el costo de la reconstrucción con los ingresos reales. Con este decreto real, la reconstrucción del templo cobró nuevos bríos, y finalmente se completó (ver Esdras 6).

Esdras se ganó la confianza del emperador Artajerjes, y algún tiempo después fue enviado, junto a otros, a Jerusalén con una considerable ayuda real para el mantenimiento del templo. Sin embargo, la ciudad de Jerusalén todavía estaba en ruinas, y cuando Nehemías, un judío que se encontraba en la corte de Artajerjes, lo supo, se angustió profundamente. Al igual que Daniel, comenzó a orar por la situación.

Aunque su oración es más breve que la de Daniel, se basa en el mismo profundo sentido del amor de Dios, y Su voluntad de traer a Su pueblo de nuevo a su tierra, siempre y cuando se arrepintieran (Nehemías 1:4-11). Al final de su oración, ruega específicamente por una conversación crucial que tendría con Artajerjes. Nehemías era copero del rey, una posición de mucha confianza. En esencia, era responsable de la seguridad del monarca, y en aquellos días el veneno era un método muy utilizado para eliminar personas. Por lo tanto, su trabajo le permitía un contacto regular con el rey. Luego de encomendar el resultado a Dios, se acercó a Artajerjes y no intentó ocultar su tristeza. El emperador lo notó y le preguntó por la causa de su pesar. Mostrar tal emoción en presencia de un emperador era algo arriesgado. Nehemías estaba aterrorizado, pero se armó de valor y mencionó a Jerusalén. El astuto rey fue directamente al grano: ¿Qué cosa pides? (Nehemías 2:4). Con un toque encantador de

humanidad Nehemías escribe: *Entonces oré al Dios de los cielos, y dije al rey: Si le place al rey... envíame a Judá, a la ciudad de los sepulcros de mis padres, y la reedificaré* (2:4-5).

Era una petición enorme y atrevida. Sin embargo, tal era el carácter y el comportamiento de Nehemías que el emperador (con su reina presente) accedió a ella.

Uno se pregunta si el rey recordó su carta, escrita años antes, con respecto a esa misma posibilidad: *Y no sea esa ciudad reedificada hasta que por mí sea dada nueva orden* (Esdras 4:21). La nueva orden, que permitía la reconstrucción de Jerusalén, fue emitida en el mes de Nisán en el año veinte del rey Artajerjes (es decir, marzo del 444 a. C.). Fue un momento histórico. Los planes de Dios para Jerusalén avanzaron notablemente: la ciudad sería reconstruida, y las setenta semanas comenzaron a correr. (En el próximo capítulo me referiré a otra opinión sobre el punto de partida de las setenta semanas.)

Por lo tanto, en una primera cifra aproximada (independientemente de lo que signifiquen los detalles concretos de la profecía de Daniel), 490-7= 483 años; y esa cantidad de años a partir de ese decreto nos llevaría a la primera mitad del siglo I d. C. En realidad, nos lleva a la década de los años 30 d. C., lo cual es extraordinario pues Daniel expresa que en ese momento se le quitará la vida al Mesías (Daniel 9:26). Ciertamente esto se cumplió cuando Jesús de Nazaret, que afirmaba ser el Mesías de Dios, fue muerto al ser crucificado en Jerusalén, alrededor del año 30 d. C.

Solo hemos hecho un cálculo aproximado según el calendario gregoriano que ahora está en uso; e incluso así es evidente que estamos en presencia de algo intrigante. Sin embargo, la situación se torna más interesante aun cuando comprendemos que el calendario gregoriano puede no ser apropiado para el cálculo. Una forma de ver esto es notar que Daniel manifiesta que el sacrificio y la ofrenda serían prohibidos durante la mitad de la última semana, es decir, durante tres años y medio. En el capítulo 16 vimos que se había establecido un límite al poder de la fiera bestia para pisotear el lugar santo de un *tiempo*, *y tiempos*, *y medio tiempo*; y notamos que el Libro de Apocalipsis dice que la ciudad santa será hollada por un período de *cuarenta y dos meses* (Apocalipsis 11:2). El siguiente versículo en Apocalipsis habla de dos testigos que, a pesar de todos los intentos de destruirlos, reciben el poder de profetizar durante *mil doscientos sesenta días*. En el capítulo siguiente de Apocalipsis leemos acerca de una mujer que está protegida del poder de la serpiente durante *mil doscientos sesenta días* (Apocalipsis 12:6). Posteriormente, se dice que este período de tiempo es de cuarenta y dos meses (13:5). Si, como parece razonable, estos períodos son idénticos en duración, entonces *un tiempo* sería un año de 360 días: es decir, un año lunar.

Esto concuerda con los cálculos babilónicos y judíos. Por ejemplo, ya en el Libro de Génesis encontramos que desde el decimoséptimo día del segundo mes hasta el decimoséptimo día del séptimo mes transcurrieron 150 días (Génesis 7:11; 8:3-4). Curiosamente, Sir Isaac Newton se refiere a esta cuestión (1728, página 71):

> Todas las naciones, antes de conocer la duración exacta del año solar, contaban los meses por el ciclo de la luna, y los años por el regreso del invierno y el verano, la primavera y el otoño; y al hacer los calendarios para sus fiestas contaban treinta días para un mes lunar y doce meses lunares para un año, llevados a los números redondos más cercanos, de donde surgió la división de la eclíptica en 360 grados.

Observemos que Newton dice: «Llevados a los números redondos más cercanos». Eso es porque doce ciclos lunares toman 354 días. Lo cual significa que el año lunar es poco más de once días más corto que el año solar, y parece que alrededor de la época del cautiverio babilónico se añadió un mes adicional (intercalar) de treinta días (*Yeadar*) para hacer la corrección necesaria (al igual que tenemos un año bisiesto de 366 días cada cuatro años, pues el año solar es en realidad un poco más de 365 días). También debemos señalar que la palabra «mes» proviene del latín *mensis*, y esta del griego *mén* relacionada con la palabra «luna». Su equivalente hebreo, *jódesh*, significa «luna nueva».

Entonces, a partir de esto:

- los 69 sietes, o 483 años de 360 días, equivalen a 173.880 días;
- 1 año solar = 365,24219879 días;
- de modo que 173.880 días = 476,067663 años solares = 476 años + 24,7 días.

Al utilizar el conocido calendario gregoriano, si partimos del comienzo del mes de Nisán en el 444 a. C. y añadimos 476 años más 25 días, entonces llegamos al mes de Nisán en el año 33 d. C.

Las dos fechas para la crucifixión de Jesús que más a menudo aparecen en los escritos académicos son el año 30 y el año 33 d. C. Una razón para ello es que en esos dos años el 14 de Nisán, día en el cual el Cordero pascual fue asesinado, cayó un viernes. Recientemente, el científico de Cambridge Sir Colín Humphreys, en un trabajo junto al astrofísico Graeme Waddington de Oxford, calculó que Jesús murió el 3 de abril de 33 d. C. (Humphreys, 2011). El trabajo de Humphreys implica la idea de que Jesús habría usado el calendario lunar, inventado en la etapa del cautiverio, como se mencionó anteriormente. Estos hallazgos han tenido una amplia aceptación[40] y muestran que la profecía de Daniel en el siglo VI a. C. resulta ser una predicción extraordinariamente exacta del momento en que *se quitará la vida al Mesías* (Daniel 9:26).

Y, por supuesto, incluso si «Daniel» hubiera sido un escritor del siglo II, algo que no acepto, y hubiera conocido la fecha histórica del edicto para reconstruir Jerusalén, Daniel 9 todavía es una predicción real y extremadamente exacta. Siendo así, se nos podría perdonar el pensar que nuestro cálculo hace que la idea del siglo II sea aún menos sostenible, pues a menudo se asocia con un rechazo naturalista de la posibilidad

de la profecía predictiva.

Desafortunadamente, las discrepancias sobre la interpretación de la septuagésima semana tienen a veces el efecto de oscurecer la validez, la exactitud y la importancia de la profecía mesiánica de las primeras sesenta y nueve semanas, aun cuando son dos cuestiones lógicamente independientes. Lo importante es comprender que de cualquier forma que interpretemos la última semana de la profecía, la asombrosamente exacta predicción de la muerte del Mesías contenida en Daniel 9 es una poderosa prueba del carácter sobrenatural de la Escritura, y, por supuesto, una prueba adicional de la veracidad de la afirmación de Jesús de ser el Mesías.

CAPITULO 20

LA SEMANA SETENTA
Daniel 9

Existen dos interpretaciones principies de la última semana que aparece en la profecía de Daniel de las setenta semanas. La primera, llamada con frecuencia «la visión tradicional», es que la septuagésima semana sucede inmediatamente a las primeras sesenta y nueve. La segunda sostiene que la septuagésima semana es un acontecimiento del futuro, de modo que hay una brecha temporal imprecisa entre ella y las primeras sesenta y nueve.

Lo factible de la primera opinión es que aborda las setenta semanas como un período continuo sin introducir una brecha «antinatural». Sin embargo, resulta problemático darle sentido en términos históricos. Por ejemplo, Daniel recibe la siguiente explicación:

> *Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos* (Daniel 9:24).

Podemos afirmar con certeza que la muerte de Cristo expió la iniquidad; pero resulta difícil ver cómo se cumplen todos los demás sucesos en el período de siete años después de su muerte. La situación en Israel y en Jerusalén, en vez de mejorar, empeoró de forma acelerada, lo que trajo consigo la destrucción del templo por los ejércitos de Tito en el 70 d. C. y la subsiguiente dispersión que duró siglos.

Además, si la septuagésima semana sigue inmediatamente a las primeras sesenta y nueve, debemos preguntarnos a qué se refiere Daniel cuando escribe:

> *Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador* (Daniel 9:26-27).

Parece que no hay sucesos en la historia de la época que encajen en esta descripción. Por ejemplo, el sacrificio y la ofrenda continuaron en Jerusalén años después de la muerte de Cristo, hasta la destrucción de la ciudad en el 70 d. C., mucho más de siete años después de la crucifixión. Explicarlo resulta cada vez más difícil.

Nótese que el argumento anterior se basa en empezar las setenta semanas a partir del decreto de Artajerjes en el 444 a. C. Algunos estudiosos datan las setenta semanas a partir del primer decreto que este rey le dio a Esdras, aunque el mismo se refiere a la reconstrucción del templo y no de la ciudad. Calculan que las sesenta y nueve semanas llegan hasta el momento de la unción y el bautismo del Señor. Toman la semana setenta como algo inmediato, donde la muerte de Cristo ocurre en la mitad de la semana (alrededor de tres años y medio después de su bautismo), y de esta forma, por supuesto, después de las sesenta y nueve semanas. Así, el fin de la septuagésima semana se fecha durante el martirio de Esteban y el llamado del apóstol Pablo. El pacto en Daniel 9:27 se considera como *el nuevo testamento* que Cristo hizo con sus discípulos en la Última Cena.

Esta visión confiere gran peso al valor predictivo de las primeras sesenta y nueve semanas. Sin embargo, su interpretación de la semana setenta me parece (en lo personal) algo forzado. Por ejemplo, la semana se habría completado mucho antes de la destrucción de la ciudad, y el pacto que Cristo hizo no se limitó a siete años.

Examinemos otra interpretación que surge de un texto paralelo a Daniel 8 en el cual la visión abarca los sucesos desde la época de Antíoco Epífanes, y los usa como una simbología para estudiar los tiempos del fin, cuando suceden cosas similares. ¿Pudiera pasar lo mismo en el caso de Daniel 9?

Veamos una vez más este importante pasaje:

> *Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador* (Daniel 9:26-27).

Supongamos que tomamos al Mesías muerto para referirnos a la muerte de Jesús el Mesías, y que nos preguntaran qué sugiere la siguiente declaración: *Y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario*. Pudiéramos responder que lo tomamos, naturalmente, como una descripción de la destrucción de Jerusalén y de su templo por Tito en el año 70 d. C.

Entonces cabe preguntarnos: ¿a qué se refiere el resto del pasaje? Las abominaciones y desolaciones nos recuerdan a Daniel 8, y también 11:31, como

veremos más adelante. Estos dos pasajes tienen una doble referencia: una es Antíoco Epífanes y la otra es el tiempo del fin. ¿Pudiera ser que Daniel 9 hace algo similar, pero se refiere al tiempo del fin a través de las lentes de los 70 d. C.? Es decir, el *príncipe que ha de venir* es Tito, quien destruirá Jerusalén; y seguirá un período indefinido de guerra *hasta el fin.* Entonces, esa persona que sigue en la frase *por otra semana confirmará el pacto con muchos*, no es Tito, sino alguien que, como él, profanará el santuario en Jerusalén; la encarnación final del poder gentil: el hombre inicuo de 2 Tesalonicenses.

Es discutible que existe evidencia en Daniel 9 de que la semana final no empieza inmediatamente después de las primeras sesenta y nueve. Hay una brecha dentro del tipo de visión profética futura que hemos visto en otras partes de Daniel. Algo que apoya este punto de vista es que el Señor mismo enseñó a Sus discípulos sobre:

- la destrucción de Jerusalén, seguida por un período indefinido de *guerras y rumores de guerras* (Mateo 24:6). Comparar con Daniel 9:26 *hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones.*
- cómo Jerusalén *será hollada por los gentiles* (Lucas 21:24);
- la *abominación desoladora* de Daniel (Mateo 24:15) en relación con Su segunda venida.

El Libro de Apocalipsis también se refiere a un período relacionado con el regreso de Cristo durante el cual la ciudad santa es pisoteada (hollada) (11:2). Puesto que alude a la profanación del santuario, los abusos contra el pueblo, contra la ciudad y la persecución violenta que conduce al regreso de Cristo, es obvio que *terminar la prevaricación y traer la justicia perdurable* que promete Daniel 9:24, son hechos que no ocurrieron en los años 33, 70 d. C. o cualquier tiempo posterior hasta el presente.

Como revela la visión de Daniel 7, Dios no juzga, los santos no reciben el reino, ni se establece la justicia eterna, hasta que vean al *Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo* (Mateo 24:30). Esto encaja con lo que el apóstol Pablo les comunicó a los filósofos en Atenas sobre Jesús al expresarles: volverá y *juzgará al mundo con justicia* (Hechos 17:31). De manera similar, el apóstol Pedro enseñaba que Cristo cumpliría la promesa de la justicia durante Su regreso, en los nuevos cielos y la nueva Tierra (ver 2 Pedro 3:11-13).

Me imagino que cualquiera que lea lo que he escrito pudiera decir: «Aunque tenga razón, ¿qué sentido tiene pensar en un período de siete años que representa un futuro lejano?, una etapa tan corta no debiera parecemos relevante; ¡pensar en ello solo provoca que nos desviemos de la vida cristiana en el mundo de hoy! ¿No son estas especulaciones las que desprestigian al cristianismo? ¿Por qué no las evitamos y nos concentramos en lo que es más relevante?»

Entiendo tal opinión. Si pensar en el Libro de Daniel nos conduce a especular constantemente y no produce una vida como la de él, no hemos comprendido ni su mensaje ni su llamado a vivir para Dios como sal y luz en el mundo. Sin embargo, creo

que Daniel fue un profeta que habló la Palabra de Dios. Daniel 9 es parte de esa Palabra, así que debo examinarla como tal. Por supuesto que no debo extralimitarme y dedicar toda la vida a analizar una pequeña porción de la Palabra de Dios e ignorar el resto. Significa que debo otorgarle su debida importancia a Daniel 9, y no tenerlo como algo irrelevante.

Hay varias cosas que me parecen importantes. La primera es que la profecía de las setenta semanas fue la respuesta de Dios a la preocupación que Daniel tenía por la ciudad de Jerusalén, la cual llevaba el nombre de Dios y le daba reputación en el mundo. Por una parte, Dios estaba preparando a Daniel para que comprendiera que tomaría tiempo tratar con el problema del pecado de Israel (y, de hecho, con el pecado del mundo). Por otro lado, Dios le estaba asegurando a Daniel que esta ciudad recuperaría sus riquezas un día. El Señor Jesús les repitió este mensaje a Sus discípulos, que se preocuparon mucho al oírle describir el devastador futuro que le esperaba a Jerusalén por haberlo rechazado como Mesías. También les dio esperanza: los tiempos de la dominación gentil y la profanación de la ciudad terminarían un día y obtendrían la redención.

Asimismo, el apóstol Pablo estaba preocupado por su pueblo y por su nación. Les escribió a los cristianos en Roma:

> *... que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque desea- rayo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne* (Romanos 9:2-3).

Note que aquí Pablo no expresa su preocupación por la iglesia, aunque siempre tenía carga por los problemas de la misma. Estaba desconsolado porque su propia nación, Israel, con todos los privilegios que Dios le había dado, tales como los patriarcas, la ley, los pactos, las promesas, e incluso ser la nación del Mesías, había rechazado a Cristo. Al igual que Daniel, se preguntó qué deparaba el futuro, y también vio que habría un día en que su nación recuperaría las riquezas perdidas.

Pablo se apropia de una profecía de la época de Daniel, y espera su cumplimiento:

> *...ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados* (Romanos 11:25-27, ver Isaías 59:20-21).

Toda la revelación bíblica nos parece una flecha de tiempo que indica el regreso futuro del Mesías en Su poder y Su gloria. Esta fue la principal esperanza que Jesús dio a sus discípulos en privado:

> *Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí*

mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan 14:3).

Esa esperanza futura tenía por objetivo formar el carácter de los discípulos (como se formó el de Daniel): *Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro* (1 Juan 3:3).

Alguien podría opinar: «Bueno, sí, yo entiendo la esperanza de la venida de Cristo. Es un asunto muy importante. El problema está en el detalle de que simplemente no veo la necesidad de preocuparme por los siete años de la profecía».

Tal vez una analogía nos ayude. Hay un período de tres días en la historia pasada que es de suma importancia para millones de personas, para mí y para mis lectores. Es, por supuesto, el tiempo de la muerte y resurrección de Cristo. Usted puede entender esto de inmediato porque los acontecimientos más significativos en la historia del planeta ocurrieron durante esos tres días. Lo que importa no es su duración, sino lo que sucedió en él. Aun así, los acontecimientos históricos deben ocupar un período específico de tiempo.

Entonces, comprendemos que el mismo razonamiento se aplica al futuro. Supongamos, por ejemplo, que usted está hablando con una joven que le dice: «Hay un día del próximo año, el 14 de septiembre, que es muy importante...» Supongamos que la interrumpe y le dice: «¿Cómo un período de veinticuatro horas de aquí a un año va a ser tan importante?» Ella responde: «¡Es que esa es la fecha de mi boda!» Me parece que pudiera sentirse avergonzado, porque vería que la importancia no radica en la duración del tiempo, sino en el suceso que tendrá lugar.

Lo mismo sucede, a mi entender, con la septuagésima semana de Daniel, y con el período de *tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo* que Daniel menciona (12:7) y que también aparece en Apocalipsis (12:14). Lo importante no es el período de tiempo requerido, sino lo que sucede en el mismo. Por supuesto que el tiempo sí es importante. De hecho, parece ser que en tal período ocurrirá una persecución feroz que será motivo de preocupación para sus víctimas directas; de la misma forma que lo era el cautiverio babilónico para Daniel.

Las profecías de Daniel de los últimos tiempos parecen centrarse en lo que Pablo describe como el gobierno del *inicuo*. Será un líder extremadamente inhumano, recibirá un poder diabólico, y será tan arrogante que intentará ocupar el lugar de Dios. Por tanto, el tiempo que durará su cruel dominio será motivo de gran preocupación para los que estén inmersos en esto. No sabemos cuándo ocurrirá todo esto; pero, aunque no nos afecte, es importante que lo sepamos. De hecho, si Pablo insistía en hablarles del tema a los nuevos conversos en el primer siglo (ver 2 Tesalonicenses 2:5), ¿no deberíamos tomárnoslo más en serio en el siglo XXI?

Esos acontecimientos futuros no son más que la cosecha de ideas, actitudes, movimientos de pensamiento e ideologías que, desde la antigüedad, han impregnado a la sociedad a lo largo de la historia. En nuestro tiempo, el naturalismo secularista, con su rechazo a Dios, la devaluación de la vida y la dignidad humanas, es algo muy

peligroso. Tenemos que reconocerlo por lo que es, y explicar lo que representa a todos los que están dispuestos a escuchar.

Podríamos ahondar más, pero no aquí. El Libro de Apocalipsis nos ofrece más información sobre los movimientos de pensamiento y cultura que recogerán su cosecha al final de los tiempos. El comentario adicional pertenece a un estudio de ese libro y no a Daniel. Sin embargo, debemos saber que no comprenderemos todo lo que está escrito en estos textos. Hay muchas cosas que permanecerán ocultas. El propio Daniel lo dice en la última sección de su libro.

Aspectos para la datación del libro

David Gooding señala (1981) que la colocación intencional de Daniel 9 paralela a Daniel 4 en la estructura principal del libro, hace improbable que el libro se escribiera en la época de Antíoco IV en el siglo II a. C. Las observaciones de Gooding son tan importantes que lo cito ampliamente:

> Por varias razones, es difícil pensar que estos capítulos se escribieran y que se constituyera su simetría durante la persecución de Antíoco a los judíos. En primer lugar, no critican la cultura que de una manera tan formidable construyó Babilonia. Más bien representan al constructor de Babilonia como un majestuoso árbol que Dios mismo creó para preservar y deleitar a sus súbditos. Su pecado radica únicamente en su orgullo. Así que no es probable que el capítulo 4 se escribiera por primera vez en el momento en que la cultura gentil, en forma de helenismo, que hasta entonces había penetrado de forma pacífica en Palestina, se hubiera convertido en uno de los principales males contra los que los macabeos luchaban, y fuera considerada como apostasía (1 Macabeos 1:11-15; 2 Macabeos 4:9-17).
>
> En segundo lugar, Nabucodonosor era quien había desolado a Jerusalén, había destruido el santuario y se había llevado el oro y la plata a Babilonia. Sin embargo, el capítulo 9 no le atribuye ninguna culpa por las desolaciones pasadas o actuales de Jerusalén; toda la culpa recae en la persistencia de Israel en pecar. Es difícil pensar que el capítulo 4 inicialmente se escribió y se contrapuso al capítulo 9 cuando Antíoco IV llegó a Jerusalén y de manera insolente entró en el santuario y «se adueñó... de la plata, el oro, los objetos de valor» y «partió para su patria» o cuando, dos años más tarde, su director de impuestos después que «habló a la gente con palabras de paz para engañarlos [...] cayó de repente sobre la ciudad, y descargó un terrible golpe... Saquearon la ciudad, la incendiaron... Pusieron allí gente mala y renegados de la

fe...» (1 Macabeos 1:20-24, 29- 34). En realidad, si el capítulo 4 hubiera afirmado que Nabucodonosor prosperó de forma ininterrumpida mientras Jerusalén estaba desolada, y que más tarde afrontó un destino horroroso, podríamos suponer que ocurrió en una época en que Antíoco todavía estaba floreciendo, y Jerusalén estaba desolada. El libro de 2 Macabeos 6:12-16 insta a los lectores judíos a no entristecerse por las desolaciones de Jerusalén, sino que «consideren que no sucedió esto para destrucción, sino para educación de nuestra raza. Es que Dios demuestra su benevolencia cuando no deja que los pecadores sigan pecando durante largo tiempo, sino que, al contrario, interviene pronto para castigarlos. Tratándose de los demás pueblos, Dios espera pacientemente que colmen la medida de sus pecados para darles el castigo. Mientras que con nosotros procede de una manera diferente, pues no espera para castigarnos que hayamos colmado la medida. Por eso nunca aparta su misericordia de nosotros, y no abandona a su pueblo, incluso cuando nos castiga mediante la adversidad» (BL).

Entonces, cuando Daniel contrapone de forma intencional los capítulos 4 y 9 invita de este modo al lector a comparar la disciplina de Dios para Nabucodonosor con la disciplina de Dios para Jerusalén. Pero en Daniel, Dios no le permite a Nabucodonosor continuar pecando hasta que sea demasiado tarde y muera de una manera terrible como 1 y 2 Macabeos narran que le sucedió a Antíoco (1 Macabeos 6:8-13; 2 Macabeos 9:5-28). En cambio, Nabucodonosor recibe el tratamiento que 2 Macabeos dice que está reservado para Israel y que es una señal de la gran misericordia de Dios para con la nación. Dios disciplinó cuidadosamente al emperador, no para destruirlo, sino para llevarlo al arrepentimiento y así devolverle a su inicial majestad política y su gloria cultural. Y, lo que es más: Nabucodonosor respondió a esta disciplina y fue restaurado; sin embargo, Daniel confiesa que Israel era tan testaruda en su pecado, que Jerusalén, ahora restaurada, volvería a ser devastada y sufriría desolaciones hasta el fin.

Así que, es difícil creer que los capítulos 4 y 9 de Daniel se escribieron y se conformaron para ser contrapuestos dentro de la simetría del libro en los tiempos macabeos. Y es aún más difícil creer que la historia de la disciplina de Nabucodonosor se incorporó al libro de los Macabeos para asegurarles a los fieles que Dios iba a tratar a Antíoco como había tratado a Nabucodonosor.

CAPITULO 21

EL HOMBRE SOBRE EL RIO
Daniel 10

La última sección del libro, los capítulos 10-12, contiene la cuarta visión que Dios le dio a Daniel. Él relata que sucedió en el tercer año de Ciro, en la orilla del Río Tigris, y la describe como la revelación de un gran conflicto. Una vez más deja claro que lo que escribe no es producto de su brillante intelecto, sino de una revelación. Además, Daniel declara que lo que se le reveló es verdad: *Y la palabra era verdadera, y el conflicto grande* (Daniel 10:1).

Puesto que esta es la visión más larga, debemos presentarla dando un breve bosquejo de su contenido. Primero que todo, Daniel ve la figura gloriosa de un hombre sobre el gran Río Tigris, y queda tan abrumado que cae dormido. Es despertado por un mensajero celestial, quien le declara que ha venido para hacerle entender lo que le ha de suceder a su pueblo en el futuro. El mensajero le confiesa a Daniel que en su viaje a él ha tenido la resistencia de ciertos poderes del mundo espiritual, pero que finalmente ha llegado para revelarle *lo que está escrito en el libro de la verdad* (Daniel 10:21).

Le sigue una larga valoración histórica, que ahora podemos interpretar que comienza en los tiempos de Daniel durante el Imperio Medo-persa, continúa con el avance del Imperio griego bajo el mando de Alejandro Magno, y detalla la posterior división de ese imperio en cuatro partes bajo el mando de sus generales. Luego le sigue el conflicto constante entre las diferentes partes, en especial entre Seleuco (el «rey del norte») y Ptolomeo (el «rey del sur»), que culminó en la profanación del templo en Jerusalén por el rey seléucida, Antíoco IV «Epífanes» en el siglo II a. C.

Luego, en una forma que ahora debe resultarnos familiar, la narrativa usa el tiempo de Antíoco como un prototipo *del tiempo del fin,* cuando un rey cruel se levantará y *se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios* (Daniel 11:36). Habrá un tiempo de conflicto sin paralelo para el pueblo de Daniel, Israel, seguido por la liberación y la resurrección de los justos y los injustos.

En este punto se le ordena a Daniel que selle el libro *hasta el tiempo del fin* (12:4).

El entonces observa dos figuras de pie, una a cada orilla del río, y escucha una voz que le pregunta al hombre sobre el río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas? (12:6). Llega la respuesta: *tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo.* Daniel no lo comprende, así que pregunta qué significa. Una vez más se le declara que las palabras están selladas *hasta el tiempo del fin* (12:7). El libro concluye con una promesa

maravillosa para Daniel: *y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días* (12:13).

Un mensaje del cielo

Procedamos a examinar más de cerca algunos detalles de esta visión. A Daniel se le declara que su contenido está *escrito en el libro de la verdad* (10:21). En su visión anterior Daniel estaba estudiando otro libro de la verdad, la profecía de Jeremías. Él tenía acceso a ese libro. Sin embargo, en esta visión final, el libro de la verdad no es del tipo de libro que se pueda encontrar en una biblioteca, así que su contenido se le revelará de forma directa. Esto hace explícito lo que ya sabemos: Daniel era un profeta, en el sentido de que Dios le revelaba información directamente a él.

A Daniel se le declara que el libro de la verdad contiene información detallada sobre acontecimientos históricos después de su tiempo. El hecho de que ya habían sido escritos es impresionante. Algunas personas dirán entonces que no podemos tomarlo seriamente. Ellos argumentan que, si fuera verdad, nos conduciría a una perspectiva de Dios determinista, o al menos, semideísta que sería inaceptable por completo, en la que Dios ha cambiado todo y ha dejado que corra como la maquinaria de un reloj de cuerda, sin dejar lugar para la responsabilidad o interacción humana con lo divino. Nos percatamos enseguida de que esto se aplicaría a la profecía de Jeremías sobre la cautividad en Babilonia, la cual Daniel estaba leyendo antes de tener la visión de las setenta semanas. De hecho, se aplicaría a toda la profecía, incluyendo la de Daniel.

Algunos creen que, si ciertos acontecimientos han sido predichos por escrito, entonces quien sea que está detrás de la predicción hace que los acontecimientos ocurran, y por lo tanto elimina cualquier libertad de decisión o acción por parte de aquellos involucrados. Sin embargo, ese solo sería el caso discutiblemente, si fuéramos ingenuos para asumir que la relación de Dios con el tiempo es la misma que la nuestra. De hecho, nosotros ni siquiera sabemos lo que es el tiempo, mucho menos las complejidades de la relación de Dios con el mismo.

Este no es el lugar para una enseñanza bíblica detallada sobre la relación entre la soberanía de Dios y la responsabilidad humana. Basta con expresar que aun cuando ciertos acontecimientos han sido predichos por la revelación de Dios, eso no quita en ninguna medida la parte moral, y, por lo tanto, la responsabilidad y la obligación de dar cuentas. Este es un asunto que aparece tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo. Piense, por ejemplo, en la declaración de Pedro a la multitud en Jerusalén en Pentecostés: *A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole* (Hechos 2:23).

Daniel data su visión en el tercer año de Ciro, así que fue alrededor de los setenta años después de su deportación de Jerusalén. Por lo tanto, era un hombre anciano, tenía al menos ochenta y cinco años. Es interesante cómo él se identifica así mismo aquí. Nos declara el nombre que se le había dado todos estos años anteriores en el

período babilónico. Es como si dijera: «Sí, soy el mismo Daniel, a quien Nabucodonosor llamó Beltsasar».

La fecha es importante, pues nos permite deducir algo que Daniel no menciona de forma explícita: esta visión ocurrió dos años después de que, por un edicto de Ciro, a los judíos se les permitió regresar a Jerusalén y comenzar la tarea de reedificar el templo (Esdras 1:1). Daniel no había regresado a los pergaminos, posiblemente debido a su edad o enfermedad, o porque todavía era una figura importante en la administración de Babilonia. Como Edward Young declara (1949, pág. 223), si el Daniel del siglo VI a. C. fuera un personaje ficticio, creado por la imaginación de un escritor en el siglo II a. C., hubiera sido una ficción creíble hacer que Daniel regresara a Jerusalén tan pronto le fuera posible: «El hecho de que Daniel no regresa a Palestina es un fuerte argumento contra el criterio de que el libro es un producto de la época de los macabeos».

A juzgar por el tono del Libro de Esdras, podemos imaginar que a Daniel le llegó el informe de que las cosas no estaban yendo muy bien en Jerusalén. Daniel aún estaba profundamente angustiado por su pueblo y el futuro de este. Entonces, debe haber sido muy deprimente saber por medio de la visión de las setenta semanas que la restauración final de Jerusalén y de su pueblo tomaría un período mucho más largo de lo que Daniel podía haber imaginado.

> *En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni entró en mi boca carne ni vino, ni me ungí con ungüento, hasta que se cumplieron las tres semanas* (Daniel 10:2-3).

Su uso aquí de la expresión hebrea, literalmente «tres semanas de días», puede ser una indicación sutil pero intencionada en contraste entre ese corto tiempo y las interminables setenta semanas de años en Daniel 9.

Era el primer mes del año judío, el mes de Nisán, acababa de pasar el tiempo de la Pascua, cuando él y su nación debían haber estado celebrando con gozo la maravillosa liberación de la esclavitud que Dios les había dado. Las celebraciones de la Pascua comenzaban el día catorce del mes, y por lo general duraban una semana. Probablemente Daniel había celebrado la Pascua, sin embargo, tal era lo profundo de su tristeza que extendió el tiempo de su duelo tres veces ese período. Era como si su pueblo estuviera muerto. Daniel no podía saber que siglos después Pablo, quien compartió la misma angustia, expresaría la esperanza de que el Israel «muerto» se levantaría de nuevo:

> *Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?* (Romanos 11:15).

La dificultad de su pueblo pesaba tanto en la mente de Daniel que comió muy

poco, ningún manjar delicado, ni carne, ni vino. Esta mención de alimentos es como un eco de la introducción del libro, donde Daniel rechazó la comida del rey para no contaminarse con la cultura pagana que lo rodeaba.

Incidentalmente, por lo que Daniel expresa, su posición inicial no significaba que sentía necesario en otras circunstancias refrenarse de la buena comida y el vino. Él, de su propia voluntad, renunció a tales cosas por este período de tres semanas, ahora no era para evitar compromiso con el paganismo; sino que estaba ayunando debido a la preocupación por su nación.

Por supuesto, no podemos leer la mente de Daniel, pero hay algo muy humano sobre lo que está aquí escrito. Daniel tenía toda una vida de experiencia del cuidado providencial y la intervención sobrenatural de Dios. Había visto a Dios obrar en los niveles más altos del estado, incluso en el corazón del emperador. Él había recibido tres revelaciones diferentes de parte de Dios sobre el futuro: cada una contenía predicciones de cosas terribles que le sucederían a su pueblo. Y, sin embargo, aquí está él, uno de ese pueblo: decidido aún en la fe, se desarrolló como estudiante en Babilonia, pero profundamente desconcertado ante los cambios y giros en el futuro de su nación. Era casi demasiado para soportar por un hombre sensible, brillante y compasivo como Daniel. Así que él ayunó y lamentó, sin siquiera molestarse en aliviar y refrescar su piel y protegerla del calor con los medios comunes que se usaban para frotarla con aceite.

Quizás él esperaba que Dios tuviera algo más que comunicarle, en realidad no había ningún sentimiento que pudiera confortarlo a su anciana edad, excepto que él podía morir en paz sabiendo que su nación estaba a salvo. Él anhelaba que su lamento terminara en gozo.

Un día estaba de pie junto al Río Tigris, contemplaba su corriente. En la parte donde él se paró, el río tenía un ancho de alrededor de un kilómetro y medio. Era uno de los ríos más poderosos de la Tierra. La inmensa expansión de agua estaba en constante movimiento, agitada pasaba por su lado en su viaje irresistible. La corriente de los grandes ríos ya había sido usada por los escritores judíos como una metáfora poética para expresar el curso de la historia en las naciones del mundo, cómo se levantaban unas contra otras en conflicto, se calmaban por un tiempo, se levantaban de nuevo, y se ahogaban unas a otras en lo que parecía ser un incesante remolino de guerra, conflicto y sufrimiento. Por ejemplo, Isaías escribió de la máquina de guerra asiria:

> *Otra vez volvió Jehová a hablarme, diciendo: Por cuanto desechó este pueblo las aguas de Siloé, que corren mansamente, y se regocijó con Rezín y con el hijo de Remalías; he aquí, por tanto, que el Señor hace subir sobre ellos aguas de ríos, impetuosas y muchas, esto es, al rey de Asiría con todo su poder; el cual subirá sobre todos sus ríos, y pasará sobre todas sus riberas; y pasando hasta Judá, inundará y pasará*

adelante, y llegará hasta la garganta; y extendiendo sus alas, llenará la anchura de tu tierra, oh Emanuel (Isaías 8:5-8).

Ilustración vivida, que refleja a Israel, situada como cabeza en el cuello de una montaña, a punto de ser tragada por la inundación creciente del poderoso ejército de Asiria, esparcido por toda la tierra alrededor.

El curso de la historia

Daniel ya había escuchado tal simbolismo usado sobre Jerusalén en la visión anterior: *y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones* (Daniel 9:26). Ahora mientras observa la incansable corriente del Tigris, su mente es llevada una vez más al inexorable curso de la historia. ¿A dónde conduce todo? ¿Qué significa todo? El hablará de tropas que vienen, *inundará, y pasará adelante*, mientras causan estrago con su paso destructor (11:10, 40). Él comenzó su libro llamando la atención sobre la soberanía de Dios en la historia, aun cuando le permitió al rey Nabucodonosor derrotar al rey de Judá (1:2). Ahora, al final del libro, está regresando al mismo tema. ¿Cómo va a sobrellevar las complejidades de lo que ya se le ha dicho? Después de todo, la derrota de Judá es relativamente fácil de comprender. Las razones morales y espirituales para esto yacen en el corazón de la oración de Daniel en el capítulo 9. Él ha sido profundamente sacudido por esto que solo él conoce de todo su pueblo: su futuro será largo y sombrío, y aún han de experimentar olas de feroz persecución por parte de las naciones del mundo. La visión del capítulo 9 había dejado demasiadas cosas sin aclarar. Daniel deseaba saber más.

¿Hacia dónde corría el Tigris? ¿Hacia dónde iba la historia? ¿Hacia dónde se dirigía la nación de Daniel? ¿Podía algo impedir la corriente? ¿Podía uno nadar contra ella? ¿Cuál era el significado de todo? Su mente está llena de preguntas mientras está de pie contemplando la vasta expansión del río. Entonces se da cuenta de la figura resplandeciente de un hombre majestuoso *sobre* el río. El hombre está vestido de lino, con un cinto de oro refinado, su cuerpo incandescente de luz como una piedra preciosa, su rostro como relámpago, sus ojos llameantes encarnecidos como una antorcha, y sus piernas refulgentes como bronce. El hombre habla, y su voz es como el sonido rugiente de una vasta multitud. Este no es un mero humano, o incluso un ángel; aquí está una gloria trascendente sobremanera.

Seis siglos después el apóstol Juan lo vio: el mismo hombre glorioso* su rostro como el sol, sus ojos como llama, pies como bronce refulgente; y una voz como el bramido del océano. El era Jesucristo, el Hijo de Dios resucitado y ascendido. ¿Cómo pudo Daniel haberlo visto? Estamos ahora al borde de algo inescrutablemente profundo. Fue el mismo apóstol Juan quien escribió: *A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en d seno del Padre, él le ha dado a conocer* (Juan 1:18). El es el Verbo, quien estaba con Dios, era Dios, y es el único que revela a Dios. Este es

Aquel que Daniel vio.

Daniel no estaba solo ese día. Quizás había llevado algunos amigos cercanos que compartían su carga. No sabemos, pero quienes fueran estos compañeros, como los compañeros de Pablo en el camino a Damasco (Hechos 9:7), no vieron la visión. Sintiendo que algo asombroso estaba pasando, comenzaron a temblar y corrieron a buscar un lugar para esconderse. Daniel quedó solo para contemplar esta visión abrumadora de la gloria deslumbrante del hombre sobre el río.

La visión causó tal efecto en sus emociones que sus fuerzas decayeron» y se percató de que su expresión facial, por lo general radiante, había cambiado terriblemente. El volumen de la catarata de palabras que venía de sobre el río hizo que sus sentidos se sobrecargaran. Colapso en tierra y *se* durmió profundamente. El apóstol Juan reaccionó de la misma manera. Cayó como muerto a los pies del hombre glorioso, hasta que sintió una mano en su hombro y escuchó la voz de Jesús diciéndole que no temiera.

Lo próximo que Daniel supo fue que una mano lo estaba tocando, y lo puso sobre sus manos y rodillas temblando con debilidad y temor. Y entonces una voz le habló. No se dice que fuera la voz de Gabriel, pero el lenguaje que usa para dirigirse a él es muy similar:

> *Daniel, varón muy amado, está atento a las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora* (Daniel 10:11).

Una vez más, un mensajero sobrenatural le expresa a Daniel de manera personal que es muy amado. Lejos de ser rechazado por haber estado haciendo preguntas, es muy amado en ese mundo que es la fuente de todo amor. Por mucho, la cosa más maravillosa que cualquier humano puede escuchar es que es amado por Dios. Esto trae estabilidad y esperanza en la peor de las situaciones.

A Daniel se le dijo esto hace veintiséis siglos, y todos nosotros podemos saberlo hoy. Un Mensajero celestial, mayor que el que se le envió a Daniel, ha venido a nuestro mundo, Dios mismo, encarnado en Su Hijo, Jesucristo el Señor. Vino a darnos las buenas noticias:

> *Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna* (Juan 3:16).

Aquellos que responden y confían en Él disfrutarán la amistad y el amor de Dios por la eternidad. Ellos pueden escuchar la misma voz de Dios diciéndoles: «Oh hombre, oh, mujer, muy amados».

Hay tiempos cuando aquellos de nosotros que somos creyentes podemos encontrar difícil el camino; enfrentamos preguntas sin respuesta y dificultades sin solución aparente, muchas de ellas tienen que ver con el curso de la vida. Es en esos

momentos en que más necesitamos consuelo en que hay un mundo más allá de este; hay un Dios que es real, y nos ama.

Daniel se puso en pie, aun temblando, mientras la voz continuó:

> *Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para esos días* (Daniel 10:12-14).

Estas palabras nos dan una comprensión del estado mental de Daniel al comenzar sus tres semanas de ayuno. Él quería entender, y por lo tanto se humilló delante de Dios. Esa es la forma en que el mundo celestial evaluó su actitud. Daniel había pasado su vida con hombres orgullosos a quienes Dios había humillado. Dios no tuvo que humillarlo, él mismo lo hizo.

Todos detestamos la falsa humildad, una máscara de falta de orgullo que no es genuina. Sin embargo, es posible humillarnos de forma genuina sin hipocresía. De hecho, es lo que se espera de los cristianos. El apóstol Pedro escribe:

> *... todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, Y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros* (1 Pedro 5:5-7).

Todo tiene que ver con nuestra predisposición mental y actitud hacia los demás. En lugar de vernos más importantes que los otros, debemos considerar a los demás como mejores que nosotros.

Daniel había caminado toda su vida con reyes y emperadores. Esto no había subido a su mente. Ante los ojos de Dios, y eso es lo que importa, aún era un hombre humilde. Y el mundo celestial lo estaba observando. Desde el momento en que Daniel comenzó sus tres semanas de ayuno para esperar en Dios, el otro mundo respondió, y un mensajero fue instruido para que le llevara un mensaje.

Un mensajero del cielo

Pero el mensajero fue estorbado. Esta es una declaración extraordinaria. Abre una ventana a un reino nunca visto del que conocemos muy poco. El mensajero le confiesa

a Daniel de un extraño conflicto en ese reino: *Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme* (Daniel 10:13). El príncipe Miguel se menciona más adelante en la visión como *el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo* (12:1).

Los escépticos gritarán con ironía si le añadimos a nuestra confesión de fe en Dios la creencia de que existe otro reino donde hay seres sobrenaturales, ángeles y demonios. Tal burla me resulta por completo fuera de lugar, especialmente en la actualidad. Si algún científico anuncia que hay vida en alguna otra parte del universo, o, como es muy probable en estos días, que hay un multiuniverso: una pluralidad de universos, muchos de los cuales están llenos de vida, no hay burla, sino más bien una atención fascinada y respetuosa. Sin embargo, cuando la Biblia sugiere que este quizás no sea el único mundo (o universo), y que hay otros seres «allá afuera», recibe risas de desprecio. Esto es inconsistente desde un punto de vista intelectual, y simplemente muestra la profundidad del prejuicio que la perspectiva naturalista ha generado.

Hasta aquí Daniel nos ha dado muy buenas razones para tomarlo con seriedad. El es un hombre excepcionalmente brillante y sabio que ha gobernado dos imperios, y ha sido usado por Dios para demostrar a sus emperadores que Dios y lo sobrenatural son reales. Él no ha perdido la razón aquí. Como ya hemos visto mientras consideramos la función de Gabriel, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo testifican de la realidad de los ángeles. Cristo mismo les dijo a aquellos que vinieron a arrestarle:

> *¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?* (Mateo 26:53-54).

Nuestro Señor no hablaba metafóricamente; le explicaba a Pedro por qué no debía tratar de protegerlo por la fuerza. Jesús podía haber convocado toda la protección que necesitaba de las fuerzas angelicales sobrenaturales, pero decidió no hacerlo.

¿Quiénes o que son los ángeles? La Biblia nos enseña que son *espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación* (Hebreos 1:14). En contraste, se nos enseña que los humanos son, desde un punto de vista, *un poco menor que los ángeles* (Hebreos 2:7) ya que son espíritu y carne. El término «espíritu» no significa que los ángeles no tengan un ser substancial. Desafortunadamente, la influencia del materialismo es tan profunda que muchas personas de forma inconsciente asumen que la materia es la única realidad. La verdad es, que la materia no es ni siquiera la realidad primaria. Jesús enseñó que *Dios es espíritu* (Juan 4:24), así que el espíritu es la realidad primaria. La materia es derivada: *Todas las cosas por él fueron hechas* (Juan 1:3).

Por lo tanto, no debería haber problema como principio, en aceptar que Dios ha hecho otros seres que son espíritu. Ciertamente, esa es la declaración de la Biblia, y del

Libro de Daniel en particular.

El mensajero angelical le revela a Daniel que una batalla arrecia en otro mundo, que en algún sentido refleja, y también debe ser reflejado por, los conflictos en este mundo. La idea es recurrente en el Libro de Apocalipsis:

> *Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él* (Apocalipsis 12:7-9).

Se necesita enfatizar que la idea de un conflicto cósmico no es una noción distante, generada por la imaginación exaltada de los cristianos extremistas. Pablo enseña a todos los cristianos que existen fuerzas espirituales organizadas contra ellos y que para estar firmes necesitan ponerse la armadura de Dios:

> *Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes* (Efesios 6:10-12).

La reacción atea ante la dimensión sobrenatural puede conducir aún a los cristianos a desestimar las fuerzas del mal. Esta parte del Libro de Daniel nos habrá servido si nos alertó a tomar con seriedad el nivel del conflicto.

Cuando Daniel escuchó que el ángel había venido a decirle lo que le sucedería a la nación judía en los últimos días, él puso su rostro hacia el suelo y se dio cuenta de que no podía hablar. Alguien que lucía como hombre (pero que no lo era) tocó sus labios, lo que le permitió a Daniel hablar y describir los efectos debilitadores de la visión. Se preguntaba cómo tendría las fuerzas para hablar con semejante ser superior. Daniel sentía que estaba en la presencia de una grandeza que por mucho excedía la suya.

El ser sobrenatural lo tocó de nuevo y lo fortaleció, y le expresó una vez más que era muy amado. Entonces le preguntó a Daniel si sabía por qué había venido a él. Sin esperar por una respuesta, el ángel expresó que tenía que regresar pronto a luchar en la batalla espiritual que se libraba contra el príncipe de Persia y un nuevo enemigo, el príncipe de Grecia, que estaba por venir. Pero primero le revelaría a Daniel lo que estaba en *el libro de la verdad.*

Sin embargo, antes de hacerlo había otra información de una experiencia pasada que Daniel necesitaba conocer:

> *Pero yo te declararé lo que está escrito en el libro de la verdad; y ninguno me ayuda contra ellos, sino Miguel vuestro príncipe. Y yo mismo, en el año primero de Darío el medo, estuve para animarlo y fortalecerlo [esto es, Miguel]* (Daniel 10:21-11:1).

En la batalla sobrenatural con los poderosos príncipes de Medo-Persia *y* de Grecia, el mensajero angelical de Daniel (quien suponemos que sea Gabriel) fue ayudado por otro príncipe. Su nombre era Miguel, y a Daniel se le confiesa que es *vuestro príncipe... el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo* (10:21; 12:1). Fue Gabriel quien fortaleció a Miguel al comienzo del reino de Darío, aunque Daniel no se había percatado. De hecho, él probablemente no sabía de su existencia.

Esto lleva la mente de Daniel al mismo comienzo del reinado Medo-persa (y, por lo tanto, a la primera sección de la segunda mitad del libro). ¿Estaba el mensajero informándole a Daniel que Gabriel, o Miguel, o ambos, estuvieron involucrados en el rescate de Daniel del foso de los leones? A Daniel se le había asegurado que había un príncipe poderoso en un reino superior, cuidando a su pueblo. Ese conocimiento capacitaría a Daniel para enfrentar el contenido *del libro de la verdad* que ahora se le abriría.

CAPÍTULO 22

EL LIBRO DE LA VERDAD
Daniel 11

Y ahora yo te mostraré la verdad (Daniel 11:2). Con estas palabras, el ángel da inicio a un extraordinario relato de lo que sucederá en el tiempo posterior a Daniel. Debemos tener en cuenta la afirmación enfática de que esta es la verdad. Lo que aquí se describe no pretende ser el pronóstico de un grupo de sabios que han usado simplemente sus capacidades intelectuales. Por el contrario, se afirma que es la revelación sobrenatural de la verdad.

Como mencionamos anteriormente, esta afirmación fue rechazada por Porfirio en el siglo III d. C., quien arguyo que Daniel 11 no era una profecía genuina, sino un relato histórico disfrazado de profecía, escrito en el siglo II a. C. en la época de Antíoco IV Epífanes. El argumento también ha sido popular desde el siglo XVIII, sobre todo entre aquellos que, como cuestión de principio, rechazan la posibilidad de una verdadera profecía, usualmente como parte de una actitud más general de negación de lo sobrenatural.

Debemos notar que el fundamento de este rechazo es la exactitud histórica reconocida de gran parte de Daniel 11, en particular de la parte que se refiere a la época de Antíoco IV. Por lo tanto, la pregunta clave no es si Daniel 11 coincide con la historia, en eso hay consenso. Es precisamente esa coincidencia con la historia lo que crea el problema. Entonces la pregunta clave es: ¿cuándo se escribió el libro? Ya hemos dado algunas razones que apoyan el punto de vista tradicional de que el libro se escribió en el siglo VI a. C. y, a su debido tiempo, ofreceremos pruebas adicionales de esta parte final de Daniel.

El mensajero celestial le dice a Daniel que la visión *es para esos días, los postreros días* (10:14). La frase *pero al cabo del tiempo* aparece en 11:40; y en 12:2 tenemos una de las pocas referencias del Antiguo Testamento a la resurrección de los muertos. Entonces esta última parte de Daniel nos lleva al tiempo del fin. Sin embargo, hay consenso en cuanto a que Daniel 11:21-25 describe el tiempo de Antíoco IV. Parecería, por lo tanto, que el capítulo 11, al igual que el capítulo 8, utiliza el período de Antíoco como un modelo ideal o prototipo de lo que sucederá en los tiempos finales. Esto nos lleva a la pregunta: ¿qué añade esta segunda descripción, más detallada, a lo que ya se ha dicho en el capítulo 8?

Un prototipo del tiempo del fin

Si un acontecimiento en la historia es un modelo ideal o prototipo del tiempo del fin, inevitablemente existirá el peligro de confundir el prototipo con el evento que presagia. El exrabino jefe en el Reino Unido, Lord Sacks, en su análisis de por qué la religión va mal, escribe (2011, página 5): «A veces es porque las personas religiosas tratan de hacer que el fin de los tiempos llegue en medio del tiempo».

A fin de evitar ese riesgo, era importante para Daniel dejar muy claro que la época de Antíoco no era el tiempo del fin. Pero las personas que vivían en aquel momento podrían haber pensado que lo era. De acuerdo con David Gooding (1981), esa es una de las principales razones para que Daniel escribiera el capítulo 11.

Algo muy similar ocurre en el Nuevo Testamento. Cristo utilizó la caída de Jerusalén como un modelo ideal del tiempo del fin, pero previno explícitamente a sus discípulos para que no fueran engañados por muchas personas que confundirían este y otros acontecimientos con el tiempo del fin:

> *Mirad que no seáis engañados; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y: El tiempo está cerca. Mas no vayáis en pos de ellos. Y cuando oigáis de guerras y de sediciones, no os alarméis; porque es necesario que estas cosas acontezcan primero; pero el fin no será inmediatamente* (Lucas 21:8-9).

Como ejemplos de momentos en que se trató de hacer que el tiempo del fin llegara antes de tiempo, Lord Sacks menciona las dos rebeliones más importantes contra Roma (66 d. C. y 132 d. C.), las cuales causaron la destrucción del templo, la destrucción de Jerusalén y 58.000 muertos. Sacks comenta (2011, página 258): «Antes del Holocausto, fue la mayor catástrofe de la historia judía».

A lo largo de los siglos de la historia cristiana ha existido el peligro constante de personas que no han escuchado la advertencia de Cristo. Han pensado que su época es el tiempo del fin: un error que a menudo ha propiciado conductas que desacreditan el mensaje cristiano. Durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, había quienes pensaban que las acciones de Hitler y Mussolini eran la evidencia de que el tiempo del fin había llegado. Pero estaban equivocados.

Por lo tanto, no debe sorprendernos que en esta parte final de su libro Daniel haga una advertencia similar, dirigida a aquellos que vivirían cuatro siglos después de él. El mensajero celestial le comunica a Daniel que algunas personas de su pueblo no solo interpretarían mal el tiempo de Antíoco, sino también otras situaciones históricas, y pensarían que había llegado el fin. En ocasiones eso los llevaría al desastre. Por ejemplo, algunos incluso intentarían en vano hacer llegar el reino de Dios por la fuerza de las armas:

> *En aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur; y*

> *hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán para cumplir la visión, pero ellos caerán.* (Daniel 11:14).

Por lo tanto, el capítulo 11 no debe leerse simplemente como una lista de predicciones que se confirman con el desarrollo ulterior de los acontecimientos históricos y que tiene el objetivo de confirmar la fe, aunque sí desempeñe esa función. También se escribió para advertir a las personas en el futuro (desde la perspectiva de Daniel) del peligro de interpretar mal las señales de los tiempos, y pensar que el tiempo del fin ha llegado cuando no es así.

Hasta ahora en el libro hemos utilizado la información que nos brinda la historia y la arqueología, y confío en que esto nos ha ayudado a lograr una comprensión más profunda de los acontecimientos descritos por Daniel. Sin embargo, cuando se trata del capítulo 11, nos enfrentamos a un problema en cuanto a esto. No es que haya muy poca información, sino todo lo contrario. En cierto sentido, ¡hay demasiada! Tantos de estos detalles han sido aclarados por historiadores como Polibio, Livio, Heródoto, Josefo y por los libros de Macabeos (y esta no es una lista completa) que se podría escribir un libro solamente sobre esta parte de Daniel. Por lo tanto, he decidido dedicar el Apéndice D a comentarios históricos sobre cómo Daniel 11 encaja en la historia helenística. Eso nos permite concentrarnos aquí en la importancia del capítulo dentro del Libro de Daniel como un todo.

La estructura general de Daniel 11

Después de un párrafo introductorio que nos lleva a la muerte de Alejandro Magno y a la división de su reino entre sus cuatro generales, el futuro se divide en cuatro períodos: 11:5-19; 11:20-28; 11:29-35; 11:36-12:3.

David Gooding (1981) hace este análisis:

> Mediante un uso muy preciso y consistente de los términos, el autor indica que solo el último de estos períodos es «el tiempo del fin»; solo este introduce el Fin en sí. Antes de 11:40, la única referencia en el capítulo al tiempo del fin (11:35, «hasta el tiempo determinado») indica que todavía es futuro; solo con el suceso de 11:40 se anuncia que ha comenzado.
>
> Pero luego, con una repetición deliberada de palabras, este bosquejo de la historia hace ver que aunque el último período es el tiempo del fin y finalmente el Fin mismo, los cuatro períodos muestran rasgos comunes y la repetición de situaciones casi idénticas: un rey pondrá en marcha un enorme ataque contra Egipto, y en su viaje de ida o de regreso, o en ambos, situará tropas en «la tierra gloriosa» [Israel], y amenazará con

> realizar o llevará a cabo actos de destrucción y atrocidades de diversa índole. En otras palabras, cada uno de los tres primeros períodos, aunque carece de los rasgos característicos y de la combinación distintiva de acontecimientos del tiempo del fin, en cierto modo se parecerá a él, pero no será el tiempo del fin.

Por lo tanto, la preocupación de Daniel era que hubiera personas en los tres primeros períodos que cometieran el error de pensar que el tiempo del fin había llegado.

Período 1 (11:5-19). El mensajero celestial advirtió a Daniel que en el primer período, cuando el rey seléucida (Antíoco III) ocupara Israel, algunos judíos violentos se rebelarían en cumplimiento de la visión (11:14), pero fracasarían. Presumiblemente cometerían el error de pensar que el fin estaba cerca.

Período 2 (11:20-28). En el segundo período, llegaría un momento en que el cruel rey del norte (Antíoco IV) se sentaría a la mesa de negociaciones con el rey del sur (Ptolomeo V de Egipto), con sus corazones intrigantes dispuestos «para hacer mal». El ángel señaló a Daniel que sus planes no llegarían a nada, «porque el plazo aún no habrá llegado» (11:27). Una vez más, podemos inferir que esta es una advertencia para aquellos que pudieran pensar erróneamente que las guerras e intrigas de estos reyes, con Israel atrapado en el medio y sufriendo constantemente el hostigamiento y la violencia, significaba que el tiempo del fin había llegado.

Período 3 (11:29-35). También se le dijo a Daniel que en el tercer período el rey del norte (de nuevo Antíoco IV), enfurecido por la limitación que los romanos le habían impuesto a su poder en Egipto, desataría su ira contra los judíos que se negaran a unirse a quienes aceptaban la imposición de la cultura griega en su tierra por parte de Antíoco:

> *Al tiempo señalado volverá al sur; mas no será la postrera venida como la primera. Porque vendrán contra él naves de Quitim, y él se contristad y volverá, y se enojará contra el pacto santo, y hará según su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto. Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora. Con lisonjas seducirá a los violadores del pacto...* (Daniel 11:29-32).

Ya hemos descrito los horrores de la persecución y las masacres de Antíoco, cuando desató su rabia contra el pueblo judío, puso fin al continuo sacrificio, sacrificó

un cerdo en el altar y dedicó el templo judío al dios griego Zeus (ver capítulo 17). Sus ultrajes eran abominaciones absolutas para los judíos devotos y dieron lugar a la revuelta de los macabeos, que finalmente logró recuperar el templo y dedicarlo de nuevo a Dios.

Sin embargo, aunque sería una etapa horrible, el tercer período no iba a ser el tiempo del fin.

> *... mas el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará. Y los sabios del pueblo instruirán a muchos; y por algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo. Y en su caída serán ayudados de pequeño socorro; y muchos se juntarán a ellos con lisonjas. También algunos e los sabios caerán para ser depurados y limpiados y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo* (Daniel 11:32-35).

Si bien la opresión de Antíoco contra los judíos no marcaría el inicio del tiempo del fin, Daniel predijo que el pueblo de Israel experimentaría persecución, guerra, cautiverio y muerte durante un período indeterminado, hasta el tiempo del fin. (La pesadilla del Holocausto estaba por venir.) Aquí no hay ninguna expectativa de la clase de liberación que Daniel y sus amigos experimentaron en la primera parte del libro. Su predicción es análoga a la advertencia que hace Jesús a Sus discípulos con respecto a Su regreso y al tiempo del fin:

> *Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán. Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores. Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo. Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y* ***entonces vendrá el fin*** (Mateo 24:4-14, el énfasis es mío).

Cristo advierte que en el curso de la historia mundial la ocurrencia de eventos como guerras y rumores de guerras, persecuciones, hambrunas y terremotos inducirá a algunos a pensar que el fin ha llegado. Sin embargo, tales acontecimientos no

significarán el fin.

Nuestro análisis de Daniel 11 parece demostrar que Daniel estaba advirtiendo que los tres períodos de la historia helenística que culminan con Antíoco Epífanes *no* eran el tiempo del fin, de igual modo que Cristo advirtió en Su tiempo sobre acontecimientos que precedían a ese final, pero no eran en sí el tiempo del fin.

Si consideramos que las advertencias se escribieron por adelantado, lo cual no es ilógico cuando el punto final es el tiempo del fin, es entonces razonable concluir que el libro no se escribió en la época de Antíoco IV, sino mucho antes.

Período 4 (11:36-12:3). A pesar de ello, hay muchos que piensan que todo lo que aparece en Daniel 11 y 12 se refiere exclusivamente a la etapa de Antíoco IV. Por lo tanto, vale la pena hacer una pausa para explicar lo que eso significaría.

Antíoco llevaría a cabo otro gran ataque contra Egipto (11:40), que tendría gran éxito y aumentaría su riqueza y poder (11:43). Sin embargo, al regreso de esa campaña, le llegaría «su fin» en algún lugar situado entre el Mediterráneo y Jerusalén (11:45). Después de eso habría un «tiempo de angustia» en Israel, de una ferocidad sin precedentes, pero la nación finalmente sería liberada (12:1). Esto daría lugar a la resurrección de los muertos (12:2).

Sin duda, ¡este es el final!

No solo eso, sino que a Daniel se le informa de un plazo para ello. El estaba comprensiblemente preocupado por la duración de todo esto, y se le comunica que sería *por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo* (12:7). También se le dice que transcurrirían aproximadamente tres años y medio desde la eliminación del continuo sacrificio hasta la colocación de la abominación desoladora en el área del templo de Jerusalén (12:11).

David Gooding (1981) aborda las implicaciones de considerar que 12:11 y 11:31 se refieren a la misma abominación:

> Pero este último acontecimiento, según la opinión mayoritaria, debía haber tenido lugar antes de que se escribiera y se publicara el libro (porque si se hubiera publicado antes de ese acontecimiento, la predicción habría sido una auténtica profecía predictiva). La opinión mayoritaria no explica cuánto tiempo después de la colocación de la abominación desoladora necesitó nuestro autor para compilar el libro, que tiene una estructura notablemente compleja, ni cuánto tiempo se tardó en publicarlo y ponerlo en circulación. El sentido común indica que para el momento en que se terminó de escribir y se publicó, una parte considerable de los tres años y medio debían haber transcurrido. Entonces el libro estaría vaticinando que el final ocurriría en un período aún más corto que tres años y medio.

> Afortunadamente, cuando se publicó el libro, los lectores de Daniel, que debían tener vínculos muy estrechos entre sí, nunca conocieron quién era el autor, el editor nunca reveló el secreto y tomó el libro como un libro antiguo sin preguntarse por qué nunca antes habían oído de él. Creyeron que este *vaticinium ex eventu* («profecía posterior al suceso», es decir, la historia disfrazada de profecía) era una profecía genuina y pusieron su fe en la predicción del autor, se sintieron muy estimulados por ella y se prepararon para esperar el Fin. Lamentablemente, por supuesto, no pasó nada. Antíoco no volvió a invadir Egipto. No acampó entre Jerusalén y el mar. Murió, pero no allí; en realidad murió muy lejos, al este. Israel enfrentó problemas, como siempre, pero nada sin precedentes. Y no ocurrió la resurrección de los muertos. Tampoco sucedieron las otras cosas prometidas para el tiempo del fin en capítulos anteriores de Daniel: no se eliminó el poder imperial gentil en todas partes ni se le dio a Israel el dominio universal.
>
> Lo único que ocurrió dentro de ese período de tiempo fue la liberación y la purificación del santuario. Sin embargo, los fieles, que habían descubierto que las predicciones eran falsas, no se desalentaron. Incluso aceptaron que las predicciones eran genuinas y que todo el libro era fidedigno, y lo conservaron cuidadosamente, lo citaron (por ejemplo, 1 Macabeos 2:60) y lo hicieron parte del canon.
>
> En este punto, la opinión mayoritaria, basada en la supuesta incredibilidad de la profecía predictiva, se vuelve en *sí*... inverosímil.

La opinión mayoritaria es también increíble por otra razón diferente. Puesto que Daniel mismo predijo el ascenso de un cuarto imperio (Roma), después del de los griegos, no podía haber pensado o enseñado que la etapa de Antíoco IV era realmente el fin. Daniel parece haber comprendido mejor la diferencia entre el prototipo y el cumplimiento que sus críticos.

Profecía predictiva

Aquí llegamos a un momento crucial en nuestra consideración de esta parte de Daniel, donde de nuevo nos enfrentamos a la pregunta decisiva: ¿existe la profecía predictiva? Mis lectores podrían pensar que he tratado excesivamente este punto. Pero no lo creo, puesto que se encuentra en el centro de una cuestión aún mayor: ¿Cuál cosmovisión es la verdadera? ¿Es el teísmo bíblico, con su dimensión sobrenatural, o el naturalismo, que niega la posibilidad de los milagros? Dado que uno de los objetivos principales del Libro de Daniel es establecer la cosmovisión bíblica, no debe sorprendernos que con

regularidad nos enfrentemos a este tema. Hay mucho en juego.

Si, bajo la influencia de la muy promocionada negación de los milagros que hizo el filósofo de la Ilustración escocesa David Hume,[41] hubiera una sospecha persistente en nuestra mente de que el naturalismo puede ser cierto, seriamos incapaces de ver cuán importante es el Libro de Daniel como profecía. Por lo tanto, lo correcto en esta coyuntura sería demostrar que un rechazo *a priori* de lo sobrenatural no solo no es científico, sino que la existencia de la razón y de nuestra capacidad resultante de hacer ciencia apunta en la dirección contraria.

Es imposible emprender esa tarea dentro de los límites de este libro, pero he escrito extensamente sobre ello en otras ocasiones, desde la perspectiva científica.[42] Si, como creo, no hay una objeción científica *a priori* respecto a la posibilidad de la profecía predictiva, entonces tenemos la libertad de tomar a Daniel en serio según sus propias condiciones, y podemos regresar al texto para ver lo que realmente dice.

Mirar más allá de Antíoco

Hasta este punto (11:35), ha sido posible identificar los principales acontecimientos históricos con el uso de fuentes extrabíblicas. Pero ahora se vuelve más difícil:

> *Y el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará, hasta que sea consumada la ira; porque lo determinado se cumplirá. Del Dios de sus padres no hará caso, ni del amor de las mujeres; ni respetará a dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá. Mas honrará en su lugar al dios de las fortalezas, dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y con cosas de gran precio. Con un dios ajeno se hará de las fortalezas más inexpugnables, y colmará de honores a los que le reconozcan, y por precio repartirá la tierra* (Daniel 11:36-39).

Al principio parece que Daniel todavía habla de Antíoco IV Epífanes. Antíoco era ciertamente un rey voluntarioso y orgulloso, como muchos otros antes que él (Daniel se refiere a algunos de ellos en 8:4; 11:3; 11:16). Se exaltó y fue el primero de la dinastía seléucida en asumir para sí honores divinos. Como vimos antes, incluso las monedas llevaban la inscripción «Dios manifiesto». Su agresión más violenta se dirigió contra el *Dios de los dioses*, el Dios de Israel. Era contrario a Dios. Nos recuerda a una nueva generación de ateos, los llamados «nuevos ateos», que no se contentan simplemente con no creer en la existencia de Dios, sino que luchan activamente contra Él y contra todas las manifestaciones de creencia en Él por parte de los demás.

Sin embargo, Antíoco IV no llegó a exaltarse por encima de todos los dioses. Por ejemplo, trató de hacer que los judíos adoraran a los dioses del panteón griego, en lugar de obligarlos a que lo adoraran a él.

La afirmación de que *prosperará, hasta que sea consumada la ira* (11:36) es desconcertante. Porque, una vez que Antíoco se apartó de la línea trazada por los romanos, estaba condenado en lo relativo a sus ambiciones políticas. Es difícil ver cómo pudo haber prosperado después de eso.

Lo que se expresa sobre la postura del rey del norte respecto a los dioses griegos en esta etapa también es cuestionable. Según Daniel, no mostraría ningún respeto por los dioses de sus antepasados. Sin embargo, Mark Mercer cita a Livio y a Polibio para argumentar que en el caso de Antíoco era todo lo contrario:

> Sin embargo, en dos aspectos de suma importancia, su alma era verdaderamente regia: en la ayuda que entregaba a las ciudades y en los honores que rendía a los dioses (Livio 41.20.5).
>
> Pero en los sacrificios que ofreció a las ciudades y en los honores que rindió a los dioses, sobrepasó a todos sus predecesores... (Polibio 26.1.10).

Mercer concluye:

> Luego de considerar lo que Livio y Polibio tienen que decir sobre Antíoco IV Epífanes, verlo como el rey del norte en Daniel 11:36- 45, es difícil.[43]

¿Y quién es el «dios de las fortalezas» al cual honra, un dios desconocido no solo para sus padres, sino para la historia contemporánea? Joyce Baldwin expresa (2009, página 219):

> ... aunque es cierto que Antíoco IV concuerda de manera general con la descripción dada en estos versículos, hay discrepancias en cuando a los detalles relacionados con sus prácticas religiosas.

El siguiente párrafo de Daniel 11 pone en crisis la idea de que el rey del norte es Antíoco:

> *Pero al cabo del tiempo el rey del sur contenderá con él; y el rey del norte se levantará contra él como una tempestad, con carros y gente de a caballo, y muchas naves; y entrará por las tierras, e inundará, y pasará. Entrará a la tierra gloriosa, y muchas provincias caerán; mas*

> *éstas escaparán de su mano: Edom y Moab, y la mayoría de los hijos de Amén. Extenderá su mano contra las tierras, y no escapará el país de Egipto. Y se apoderará de los tesoros de oro y plata, y de todas las cosas preciosas de Egipto; y los de Libia y de Etiopía le seguirán. Pero noticias del oriente y del norte lo atemorizarán, y saldrá con gran ira para destruir y matar a muchos. Y plantará las tiendas de su palacio entre los mares y el monte glorioso y santo; mas llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude* (Daniel 11:40-45).

Ernest Lucas plantea (2002, página 290):

> Estos versículos han sido fuente de confusión para los comentaristas a lo largo de los siglos. Por un lado, parecen dar continuidad a la historia de Antíoco IV, y brindan el esperado relato de su caída y muerte. Por otra parte, no se corresponden en modo alguno con los acontecimientos que siguieron a su segunda retirada de Egipto y al comienzo de la persecución de los judíos.

Con respecto a antiguos relatos sobre la muerte de Antíoco, Lucas continúa (página 291):

> A pesar de contradicciones y elementos de leyenda, todos estos relatos coinciden en que Antíoco emprendió una campaña en Persia, fracasó en un intento de robar un templo y tuvo una muerte prematura; la cual se atribuye en tres de ellos a una enfermedad repentina... Nada de esto tiene ninguna relación con lo que se dice en Daniel 11:40-45.

James A. Montgomery (1927, página 423), quien pensaba que en un sentido general los versículos se referían a la muerte de Antíoco, expresó que el pasaje:

> ... no puede ser tomado de ninguna manera como una profecía exacta de los acontecimientos reales que llevaron a su caída. La supuesta victoria final en la guerra contra Egipto, que incluía la conquista de la Cirenaica y Etiopía, frente a Roma y el silencio de la historia secular es absolutamente imaginaria.

Estas opiniones son sorprendentes, pues hay consenso en cuanto a que hasta el versículo 36, si no hasta el 40, la historia es extraordinariamente precisa. ¿Qué significa esto? Significa que los acontecimientos de Daniel 11:40-45 no se pueden identificar con sucesos en la historia antigua porque *aún no han ocurrido.* El cuarto período de Daniel 11 es todavía futuro. Como Daniel mismo insiste, *al cabo del tiempo* (11:40) es el tiempo del fin.

Esta distinción entre los tres primeros períodos y el cuarto es el punto crucial que Daniel aclara; solo el período final es *el tiempo del fin*.

Aquí sucede como en Daniel 8. Se utiliza la vida y la etapa de Antíoco IV como un modelo ideal del tiempo del fin (ver capítulo 17), cuando aparecerá un líder mucho más siniestro que se exaltará a sí mismo como Dios. La transición entre los períodos tres y cuatro en 11:35-39 implica una mezcla de Antíoco IV, como rey del norte, con el rey del norte de los tiempos finales.

Teodoción, que tradujo la Biblia hebrea al griego en el año 150 d. C. e Hipólito de Roma (siglo III d. C.) pensaban que la transición al tiempo del fin ocurría en 11:36; Mientras que Jerónimo (siglo IV d. C.) ubicaba la transición en 11:21; con algunas alusiones históricas que ocurren después.

Entonces, Daniel 11 se suma a los capítulos 7, 8 y 9 y nos permite ver un cuarto anticipo del tiempo del fin; y de la dominación ejercida por el último enemigo humano de Dios, el último rey del norte, el hombre de pecado, la bestia del mar que se exalta sobre todo lo que se llama Dios y lo que es adorado.

CAPÍTULO 23

EL TIEMPO DEL FIN
Daniel 12

Puesto que estamos ahora en el ámbito de las cosas futuras, sería bueno recordar que el cumplimiento de la profecía bíblica por lo general se vuelve mucho más complejo de lo que podemos imaginar a primera vista.

Piense en las profecías conocidas sobre el Mesías. Daniel habló de Él viniendo en las nubes del cielo, mientras que Zacarías declaró que vendría montado en un asno. La aparente contradicción se resuelve por el hecho de que la «venida» del Mesías resultó no ser simplemente un momento en el tiempo, sino dos distintas venidas separadas por un amplio período durante el cual el Mesías estaría ausente. Su primera venida, durante la cual Él cumplió la profecía de Zacarías (entre muchas otras), no fue un momento en el tiempo, sino que duró alrededor de treinta años, y Su segunda venida todavía no ha ocurrido. Si se nos pidiera que pusiéramos todo esto en una línea del tiempo, basados solo en nuestro conocimiento de las profecías del Antiguo Testamento, ¿alguno de nosotros se habría percatado de que la «venida» iba a ser en dos etapas con solo poner los detalles en su secuencia correcta? No seguramente.

Sin embargo, habiendo advertido esto, vale la pena reflexionar en lo que habríamos deducido si hubiésemos podido leer el capítulo 11 justo después de que Daniel lo escribiera, teniendo en cuenta que él no tuvo la evidencia de la historia helenística que ahora está disponible. Hay muchas cosas que no hubiéramos podido saber, por ejemplo, los nombres de los reyes del norte y del sur. No habríamos podido concluir que Daniel excluyó a varios de los reyes de Medo-Persia. Pero seguramente podríamos haber observado que habría tres períodos que conducen al tiempo del fin, que no son *el* tiempo del fin. También podríamos haber confirmado de otras partes del libro (capítulos 2 y 7) que el tiempo final no ocurriría durante el período del Imperio griego sino mucho después. Si hubiéramos hecho todo eso, con seguridad habríamos obtenido la principal idea de lo que Daniel pretendía.

Llegada del Armagedón

Es en este espíritu que ahora vamos a la parte de la profecía de Daniel que tiene que ver con el futuro, no solo para Daniel sino también para nosotros. Aun cuando es probable que el tiempo final sea más complejo de lo que pudiéramos imaginar, algunos de sus aspectos generales son discernibles. Según Daniel, habrá un líder futuro de los tiempos del fin, no Antíoco, que invadirá Egipto y la tierra de Israel *(la tierra*

hermosa), trayendo como resultado gran pérdida de vidas. Se apropiará de la riqueza de Egipto y obtendrá el control de una región más amplia de África del Norte. Al final dejará la región arrasada, alarmada por amenazas del este y del norte. En su búsqueda de neutralizar esas amenazas encontrará su fin, entre las montañas y el mar.

Esto aparece en paralelo a la declaración de Juan en Apocalipsis, con respecto a la reunión de los reyes (que incluye a aquellos del este):

> *... para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso... Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón* (Apocalipsis 16:14, 16).

Luego Juan se refiere a la batalla final en los términos siguientes:

> *Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército* (Apocalipsis 19:19).

Apocalipsis nos declara que, en la batalla final, es el que monta el caballo blanco que desciende del cielo quien conquista al déspota legislador del tiempo del fin. Con menos lenguaje simbólico,[44] el apóstol Pablo expresa: *Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida* (2 Tesalonicenses 2:8). El Juez de Daniel 7 aparecerá *con las nubes del cielo*, y vendrá el fin.

En ocasiones la articulación de tal escenario del fin, con su implícita e inmensa conflagración en el Medio Oriente, parece ridícula, y no solo porque involucra lo sobrenatural. En mi experiencia, ese ridículo (al menos en parte) se basa en el injustificado optimismo de que los seres humanos tendrán un progreso moral tal que la agresión y las guerras serán impensables. No obstante, en el siglo XXVI desde Daniel, es el último siglo, no los primeros o intermedios, que ha experimentado, por mucho, el mayor derramamiento de sangre. La Batalla de Somme ocurrió en el siglo XX, no en el II.

Según Daniel, el peor de los tiempos vendrá. Así como hubo un ataque horrible a los judíos en el tercer período (11:29-35), habrá otro gran tiempo de sufrimiento para la nación en el tiempo del fin:

> *En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro* (Daniel 12:1).

Miguel ya nos fue presentado. Él es el poderoso príncipe angelical que protege a

Israel en un dominio más allá de este mundo. Así como mucho tiempo atrás Miguel le trajo la visión a Daniel, se levantará en el futuro para defender a Israel en su batalla final. Se describe como *tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces.*

Es difícil imaginar esta sombría declaración. El tiempo de Antíoco fue horrible, como lo fue el período alrededor de la última caída de Jerusalén. El Holocausto va más allá de la descripción. Pero Daniel indica que vendrá un período aun peor en el tiempo del fin. Cristo expresó lo mismo, dos siglos después de Antíoco, Él reiteró a Sus discípulos la predicción de Daniel:

> *Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel... habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados... E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días... Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo... y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. ...Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro* (Mateo 24:15-31).

Jesús ubica el tiempo final de tribulación en el contexto de Su retorno y de la *reunión de Sus escogidos.* Daniel lo ubica en el contexto no solo de una gran liberación para su pueblo sino de la misma resurrección. En uno de los pocos pasajes en el Antiguo Testamento donde de forma explícita menciona este tema, él escribe:

> *... pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna., y otros para vergüenza y confusión perpetua* (Daniel 12:1-2).

Esto enseña explícitamente la resurrección del cuerpo. Ya hemos tenido diferentes ocasiones para señalar que el Libro de Daniel desafía la perspectiva naturalista de un «mundo cerrado». Daniel fue un hombre que, aunque vivió en este mundo, vivió para otro mundo que sobreviviría a este, un reino sobrenatural que de vez en cuando se le había manifestado inequívocamente a él y a sus amigos. Dios había intervenido para proteger sus testimonios, salvar sus vidas y revelarles cosas por venir, con tal poder y precisión que incluso los reyes paganos no pudieron dejar de reconocer la intervención de lo sobrenatural.

Este pasaje del relato de Daniel sobre la resurrección cerca del fin es consistente con esa dimensión sobrenatural. El Dios que trasciende la historia en Su conocimiento,

y puede revelar cosas por venir, es el Dios que resucitará a los muertos. Por supuesto, Daniel no sabía lo que nosotros conocemos: que las moléculas en nuestro cuerpo están en constante flujo, de manera que experimentan un reemplazo total aproximadamente cada siete años, mientras que seguimos siendo la misma persona. Existe un patrón en algún lugar que define y mantiene a cada ser humano en existencia. Y si estamos de acuerdo con la realidad de Dios y de lo sobrenatural, con seguridad no será difícil pensar que Dios mismo retiene estos patrones en Su memoria. Él puede reusar cada patrón para formar un cuerpo resucitado en el futuro.

Estoy bien consciente de que está a la moda en nuestros días, en nombre de la investigación en neurociencia, negar cualquier significado separado para «mente» y «cuerpo», y sostener que existe solo el cerebro material. Sin embargo, sugeriría que tal conclusión está cada vez más injustificada, por dos razones.

En primer lugar, la información desempeña una función principal en la comprensión de la naturaleza, y esta no es material, aun cuando está contenida en un sustrato material. Por lo tanto, la información no es reducible a materia, y algunos físicos incluso sugieren que la información es primaria y la materia secundaria. (Ver mi libro *God's Undertaker* [El sepulturero de Dios] para más información). Esta noción converge con la declaración bíblica de que Dios, el Verbo, es primario y la materia es secundaria (Juan 1:1-3).

En segundo lugar, aunque la neurociencia nos ha dado comprensiones fascinantes e importantes en la correlación entre los pensamientos y las diferentes áreas del cerebro, la historia de la mente y la del cerebro no son las mismas. El neurocientífico puede decirme qué hay en mi cerebro (al menos algo de ello). Pero no puede decirme lo que hay en mi mente (ver mi ensayo en Varghese, 2013, para más información sobre esto).

De hecho, de acuerdo a la perspectiva bíblica, la mente no solo no es lo mismo que el cerebro, sino que en realidad es la «cosa» primaria del universo. Pues el Verbo eterno que es Dios, es espíritu y no materia en lo absoluto (Juan 4:24).

Al comentar sobre esta parte de Daniel, Juan de Damasco escribió en el siglo VIII d. C:

> Muchos se levantarán *significa la resurrección de sus cuerpos, porque no creo que nadie hablaría de almas durmiendo en el polvo de la tierra... el Señor, también ha mostrado claramente en los santos Evangelios que hay una resurrección del cuerpo, porque El declara:* aquellos que están en las tumbas oirán la voz del Hijo de Dios... *Ahora, ninguna persona en su sano juicio diría que eran las almas las que estaban en las tumbas (Orthodox Faith* [Fe ortodoxa], 4.27).

Después de toda la miseria y penumbra de sufrimiento y persecución que ha dominado la historia hasta ahora, estas son noticias magníficas. Daniel ha estado muy

preocupado por el futuro de su nación. Ahora sabe por el mensajero angelical que la liberación final vendrá, pero no hasta el tiempo del fin. La liberación será permanente y final. Será para aquellos que han sido fieles a Dios, habrá resurrección de los muertos para vida eterna.

Hemos alcanzado ahora el clímax del mensaje del Libro de Daniel. Ha habido también muchas decepciones, esperanzas rotas, sueños desvanecidos y desespero total. Aun así, habrá más, pero ¿puede ser en verdad cierto que un día todo llegará a su fin, para siempre?

Los nombres escritos en el libro

Sí, para todos aquellos *cuyos nombres se hallen inscritos en el libro.* En dos breves oraciones Daniel describe el peor y el mejor de los tiempos. La resurrección del cuerpo, de la muerte para *vida eterna,* será el último y gran triunfo. Es la única respuesta para todos los anhelos y esperanzas que los humanos poseen. Solo ella puede quitar la sombra de muerte que ha perseguido a la humanidad desde la entrada del pecado al mundo.

Sin embargo, existe otro punto. El ángel también le informa a Daniel que algunos despertarán para *vergüenza y confusión perpetua*. Este es un universo moral, y por lo tanto es importante cómo se comportan los seres humanos. La historia no está controlada por un destino inexorable. A los seres humanos se le ha dado la inmensa dignidad de la libertad de elección; y esa capacidad moral conlleva de forma inevitable, a tener que dar cuentas al final. Ya hemos aprendido de Daniel 7 que Dios juzgará al mundo en justicia cuando el Hijo del Hombre regrese (ver capítulo 16).

Además, a Daniel se le declara que la condición para ser levantado a vida eterna es que el nombre de la persona *se encuentre inscrito en el libro*. Note el énfasis: no es solo que el nombre debe estar escrito, sino que debe *hallarse inscrito,* implica la búsqueda meticulosa característica de un proceso judicial.

Leemos sobre un procedimiento similar en la descripción del juicio final en el Libro de Apocalipsis:

> *Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida jue lanzado al lago de fuego* (Apocalipsis 20:12, 15).

Existen varios paralelos entre este pasaje y el de Daniel. Primero que todo, se abren los libros; entonces se menciona otro libro, el libro de la vida, y el criterio de juicio tiene que ver con los nombres escritos en ese libro. En la visión de Daniel, el fuego destruye las horribles bestias.

No debemos pensar de forma literal aquí, como lo hacemos de los libros que conocemos. Estos son registros llevados por Dios en formas que probablemente nos serían incomprensibles. Sin embargo, aunque quizás no sean libros literales, sí son registros reales.

La última referencia que se hace al libro de la vida en Apocalipsis nos ayuda a ver lo que implica. Con respecto a la entrada a la ciudad celestial, Juan escribe:

> *No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero* (Apocalipsis 21:27).

Por lo tanto, tener el nombre escrito en el libro es esencial para entrar en el reino celestial de Dios. Como Juan explica en su Evangelio, la entrada al reino de Dios depende de recibir una nueva vida, nacer de nuevo (Juan 3:3). Esa vida se obtiene al confiar en Jesucristo. De hecho, Juan declara de forma explícita que su objetivo al escribir es *que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre* (20:31). Entonces, según Juan, la forma de recibir vida es confiar en Jesús, creer que Él es el Cristo, el Hijo de Dios: Aquel que se hizo *el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo* (1:29).

Si hemos confiado o no en Cristo para salvación determinará el veredicto del juicio final. Esta es una enseñanza fundamental del evangelio cristiano. De hecho, el mensaje del evangelio *es* que la salvación llega por la fe y no por las «obras», por las cosas que hacemos. Abraham, el gran padre de la nación hebrea, es el principal ejemplo de una persona que confió en Dios:

> *Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia...* (Romanos 4:2-3).

El principio de la fe está bien claro, y es la base de la esperanza real. Entonces, ¿por qué se pedirá, como leímos, *que los muertos sean juzgados por lo que estaba escrito en los libros, según lo que hayan hecho?* ¿No contradice esto la declaración de que la salvación es solo por la fe? No, no lo hace. Cuando los libros se abran, allí no va a estar incluido el libro de la vida. En todas las cortes de justicia se hace una distinción

entre el *veredicto* (culpable o no culpable) y la *sentencia*. Dos personas pueden ser declaradas culpables de asesinato, pero las sentencias pueden variar grandemente según las circunstancias mitigantes. Todos entendemos esto como la ejecución de un principio moral básico.

Lo mismo se aplica en un nivel más elevado. En una ocasión Cristo comenta de manera solemne sobre el hecho de que las personas lo han rechazado, a pesar de haber visto muchas de sus obras poderosas. Él indica que la sentencia variará de acuerdo a la oportunidad y privilegio:

> *Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades en las cuales había hecho muchos de sus milagros, porque no se habían arrepentido, diciendo: ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto, os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto, os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti* (Mateo 11:20-24).

De forma similar, Pablo les recuerda a los cristianos que su comportamiento importa:

> *Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó', recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego* (1 Corintios 3:10-15).

Pablo habla a personas que tienen «el fundamento»; es decir, han confiado en Cristo para salvación. Sin embargo, deben preocuparse de no construir hojarasca en sus vidas, porque un día serán probados y lo que sea estimado inaceptable será destruido. Por lo tanto, importa lo que ponemos sobre el fundamento. Sin embargo, es importante notar que, si el trabajo de una persona se quema, esa persona aún es salva,

aun cuando sufra pérdida. La condición para la salvación no es el mérito, sino la fe en Cristo. Pablo está haciendo precisamente la misma distinción implícita tanto en Daniel como en Apocalipsis. Los libros que se abren determinan la sentencia; el libro de la vida pronuncia el veredicto.

Ya que es Cristo como Juez quien tendrá la última palabra, escuchémoslo una vez más:

> *Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios* (Juan 3:16-18).

Este pasaje contiene una de las declaraciones más conocidas y poderosas del amor de Dios, aunque es notable cómo también contiene una advertencia. ¡Es posible perecer! La alternativa a creer en Cristo y recibir la vida eterna es perecer. El criterio sobre el cual se basará el juicio se explica en la última oración: *el que no cree, ya ha sido condenado*. La razón es, *porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios*. Hombres y mujeres serán condenados, no sobre la base de sus méritos, sino porque no creyeron en Cristo. Es esa la información contenida en el libro de la vida del Cordero.

También debemos notar que, el veredicto será en dependencia de si una persona ha confiado en Cristo o no, se entiende tanto lógica como moralmente que él o ella debe haber sido capaz de ello. De hecho, en el versículo que sigue de inmediato a los citados anteriormente, Cristo hace énfasis en nuestra responsabilidad en cuanto a nuestras decisiones personales:

> *Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas* (Juan 3:19).

La razón por la que ellos no creyeron es que amaron las «tinieblas». Fue su propia elección, su preferencia, y por lo tanto su responsabilidad. Sería absurdo, desde el punto de vista moral, juzgar a las personas por fracasar al hacer algo que eran incapaces de hacer. Y aún hay personas que creen que este es exactamente el caso. Entre otras declaraciones de la Escritura, ellos citan una sobre el libro de la vida:

> *Y la adoraron todos los moradores de la tierra cuyos nombres no estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo* (Apocalipsis 13:8).

Algunos deducen de aquí, que mucho antes de que la humanidad o incluso la Tierra existieran, Dios puso los nombres de aquellos que había escogido para salvación en el libro de la vida.

Esa lista es definitiva: aquellos cuyos nombres están en él serán salvos; aquellos cuyos nombres no están, nunca serán colocados allí, sin importar lo que hagan.

Es obvio que esta impresión determinista está en total contradicción con lo que hemos sugerido anteriormente, así que debemos analizar con más cuidado lo que la Biblia expresa en otras partes sobre el libro de la vida. En primer lugar, debemos notar que la palabra exacta del versículo recién citado es: «escrito... desde [no "antes"] el principio del mundo». En segundo lugar, la idea de nombres escritos en un libro se origina en Éxodo, de nuevo en el contexto de juicio. Después que el pueblo de Israel hizo el becerro de oro y lo adoró, Moisés le declaró:

> *Y aconteció que al día siguiente dijo Moisés al pueblo: Vosotros habéis cometido un gran pecado, pero yo subiré ahora a Jehová; quizá le aplacaré acerca de vuestro pecado. Entonces volvió Moisés a Jehová, y dijo: Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito. Y Jehová respondió a Moisés: Al que pecare contra mí, a éste raeré yo de mi libro* (Éxodo 32:30-33).

Por lo tanto, Moisés entendió que su nombre ya estaba en el libro, y deseaba tanto que Israel fuera perdonado, que estaba dispuesto a que se quitara su nombre del libro si esto ayudaba a obtener ese resultado. Parece razonable deducir de esta declaración que los nombres ya están en el libro, pero que pueden ser quitados por causa del pecado contra Dios. Esta suposición está respaldada por la promesa dada a la iglesia en Sardis en el Libro de Apocalipsis:

> *El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles* (Apocalipsis 3:5).

Es importante señalar que la palabra «venciere» (en la versión de la Biblia en inglés de la ESV «conquiste»), que se emplea en este versículo, tiene un significado técnico evidente cuando el apóstol Juan la usa. En 1 Juan se traduce «vencer». Se nos dice: ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1 Juan 5:5).

Al poner estas dos declaraciones juntas podemos entender que es el creyente en Jesús como Hijo de Dios cuyo nombre nunca será borrado del libro de la vida. Son aquellos que se niegan a creer cuyos nombres serán borrados y ellos son responsables por las consecuencias. Esto no es determinista y no existe contradicción aquí con las declaraciones explícitas de nuestro Señor sobre nuestra capacidad de creer, como seres

morales creados a la imagen de Dios, y nuestra responsabilidad consecuente y personal de hacer esto.

Llegamos al aspecto positivo, lo maravilloso del mensaje cristiano es que, puesto que la salvación es un regalo de Dios, nos es posible saber que nuestros nombres están escritos en el libro. En una ocasión Jesús le habló a un grupo de Sus discípulos cuando regresaron de una misión:

> *Volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos.* (Lucas 10:17-20).

Jesús vio el peligro de que ellos pusieran su confianza (*se regocijaran*) en las capacidades que Él les había dado, así que les enseñó que su confianza no debía estar en lo que ellos podían hacer, sino en el conocimiento de que sus nombres estaban escritos en los cielos.

¿Y cómo ellos podían saber eso? Solo al confiar en la palabra de Jesús. Aquí, una vez más, este es el aspecto crucial. Como humanos tenemos la tendencia a poner nuestra confianza en cualquier cosa que no sea Dios: en nuestros hechos, nuestros méritos, o incluso nuestros dones espirituales, como en este caso. Así como Abraham, tenemos que aprender a confiar en lo que Dios dice. Al final todo dependerá de eso, incluso la calidad de nuestra vida y obras. Dios está muy interesado en nuestras obras, pero el secreto de ser capaces de hacerlas no está en las obras en sí mismas sino en poner nuestra confianza en Dios. Repito: la salvación viene de Dios, es Su regalo sin importar el mérito que tengamos. Y Dios nos ha dado la capacidad y la libertad maravillosas de recibir el regalo de la salvación por medio de la fe. Como Pablo ha escrito:

> *Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas* (Efesios 2:8-10).

Resurrección del sueño de la muerte

La esperanza de resurrección que se expresa en Daniel 12 no es resultado de mito, fantasía, o cumplimiento de un deseo utópico. Según Pablo, la resurrección es como una gran cosecha, garantizada por la importante aparición de los primeros frutos:

> *Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque, así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin...* (1 Corintios 15:20-24).

Aquí Pablo usa el término «dormir» como sinónimo de muerte; pero fue Daniel quien lo usó por primera vez. La palabra «cementerio» en inglés significa «un lugar donde las personas duermen», y concuerda con la enseñanza bíblica. Así como el dormir es temporal, también habrá un despertar de la muerte. Para Pablo y Daniel, en el tiempo del fin habrá una vindicación de su esperanza en la resurrección del cuerpo. Esa esperanza está garantizada por la resurrección de Cristo, un acontecimiento que ya es parte de la historia mundial. Es el eje del mensaje cristiano, sobre la base de evidencia muy sustancial.

Los nuevos ateos constantemente nos declaran que son personas cultas, preparadas desde el punto de vista científico para seguir la evidencia hasta donde los guíe. Sin embargo, sus libros no transmiten esa impresión. Me doy cuenta de que no han comenzado a tomar en serio la evidencia histórica de la existencia de Jesús, mucho menos de Su resurrección. Para cualquier persona que esté dispuesta a considerar la evidencia, he intentado hacer una lista de ella en mi libro *Disparando contra Dios*, y por lo tanto no la repetiré aquí.

Para aquellos que confían en Cristo, una de las implicaciones prácticas de Su resurrección es que le da a sus vidas y obra para El una validación suprema y maravillosa. También les garantiza una resurrección gloriosa en el futuro. Al final de su larga defensa de la resurrección Pablo añade:

> *Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano* (1 Corintios 15:58).

Siglos antes, Daniel lo expresó de esta manera:

> *Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad* (Daniel 12:3).

En ningún momento de la historia los elementos sombríos en la profecía deben tomarse como argumentos fatalistas para dejar de trabajar por d bien de nuestros conciudadanos, y de sembrar la paz y la verdad donde podamos. Aun en el peor de los

tiempos es posible para los hombres y mujeres *enseñar la justicia a la multitud, y resplandecer como las estrellas a perpetua eternidad.*

El mensajero celestial entonces le da a Daniel una instrucción final:

> *Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará* (Daniel 12:4).

Hemos tratado de comprender el libro de Daniel lo más que hemos podido, pero debemos darnos cuenta de que hay aspectos e información en él, que no tendrán su total revelación y aplicación hasta el tiempo del fin. Esto no debe sorprendernos. Algo similar ocurrió con las profecías sobre la muerte, la resurrección y la ascensión del Mesías, en particular en el día de Pentecostés. Pedro fue capaz de explicar a partir de la Escritura, exactamente qué punto se había alcanzado en el gran esquema de Dios para la redención y la restauración. Nosotros, que vivimos entre aquel tiempo y el tiempo del fin, debemos permanecer humildes y abiertos al hecho de que no lo entendemos todo. ¡En nuestro correr de aquí para allá, y el aumento del conocimiento, podemos incluso estar equivocados en algunos de nuestros intentos de comprender la profecía!

¿Hasta cuándo?

La visión terminó. De hecho, toda la serie de visiones terminó. Pero todavía había algo que aprender. Daniel describe en primera persona cómo él vio tres figuras, una a cada lado del río, y una (la gloriosa, vestida de lino) sobre la corriente que aún fluía debajo de Él:

> *Y dijo uno al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo será el fin de estas maravillas? Y oí al varón vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, el cual alzó su diestra y su siniestra al cielo, y juró por el que vive por los siglos, que será por tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Y cuando se acabe la dispersión del poder del pueblo santo, todas estas cosas serán cumplidas. Y yo oí, mas no entendí. Y dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?* (Daniel 12:6-8).

La pregunta hecha por *alguien* no identificado (¿puede haber sido el mismo Daniel?) era la interrogante que más había estado en la mente de Daniel por años, como hemos visto en los capítulos 7, 8, y 9. Note que la pregunta no era sobre si estas cosas sucederían o cuando sucederían, sino ¿cuándo será el fin de estas maravillas? Es decir, ¿cuánto duraría el período final de horror para la nación de Daniel? La respuesta es dada de una manera dramática y solemne. El hombre sobre el río levanta las dos

manos al cielo y hace un juramento solemne de que sería limitado a un *tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo.* De forma similar el Señor prometió a Sus discípulos que, en el tiempo futuro de tribulación, *aquellos días serán acortados* (Mateo 24:22).

Daniel escuchó la declaración, pero confesó que no entendió. Simplemente le preguntó a la figura sobre el río: *Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?* Con la respuesta Daniel termina su libro:

> *El respondió: Anda, Daniel, pues estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán limpios, y emblanquecidos y purificados; los impíos procederán impíamente, y ninguno de los impíos entenderá, pero los entendidos comprenderán. Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días. Bienaventurado el que espere, y llegue a mil trescientos treinta y cinco días. Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días* (Daniel 12:9-13).

Hubo muchas cosas que Daniel no comprendió, como hay cosas que nosotros no entendemos. Están selladas hasta que llegue el tiempo en que se necesitarán. Mientras tanto, Daniel continuó con su vida hasta que llegó a su fin. Pero ese no sería su último destino. Descansaría en el sueño de muerte, pero se levantará una vez más en resurrección. (La palabra griega para resurrección, *anástasis*, que se usa en el Nuevo Testamento, significa literalmente «levantarse de nuevo».) Daniel sobrevivió a Babilonia, a Medo-Persia, y al final sobrevivirá a la muerte misma.

Y si nosotros hemos puesto nuestra confianza en Jesús, el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios, también tenemos asignado nuestro lugar eterno. El Señor Jesús nos ha dejado estas palabras admirables:

> *No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí* (Juan 14:1-6).

APÉNDICE A

LA NATURALEZA DEL REINO DE DIOS

La palabra «reino» tiene varios significados en la Biblia en dependencia del contexto.

En primer lugar, puede referirse a *la autoridad para gobernar.* Por ejemplo, cuando el rey David dispuso los materiales para la construcción del templo en Jerusalén, oró ante la nación:

> *Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos* (1 Crónicas 29:11-12).

Sin dudas, David se refería al hecho de que el Señor es el gobernante del universo. De manera similar, en el Nuevo Testamento, Jesús alentó a Sus discípulos cuando dijo: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6:33). Les decía que debían buscar el gobierno de Dios en sus vidas y en las de otros.

Entonces, en primer lugar, el reino de Dios significa Su gobierno; como siempre ha existido, existe y existirá. Por lo tanto, el reino de Dios simplemente *es.* Este fue uno de los aspectos más importantes que Nabucodonosor tuvo que aprender en cuanto al Señor: «Su reino, (es) reino sempiterno, y su señorío de generación en generación» (Daniel 4:3).

En vista de esto, cuando Daniel describe cómo Dios establece un reino en la época de determinados reyes, no se refiere al eterno gobierno divino de la manera que sucede en la eternidad, sino más bien a la forma en que afecta momentos específicos de la historia. Eso nos recuerda que una de las expectativas centrales del Antiguo Testamento es la venida del Mesías, el Rey.

Esta esperanza mesiánica se remonta a los orígenes de la nación de Israel. Cuando el Señor llamó a Abraham desde la misma región adonde exiliaron a Daniel, El prometió que levantaría reyes de entre los descendientes de Abraham. En parte, esa promesa se cumplió en el ilustre rey David, que unificó la nación y gobernó a Israel desde Jerusalén. Sin embargo, sabía que ni él ni su hijo Salomón eran el cumplimiento de la profecía; aunque los inicios de Salomón fueron promisorios. Dios se refería a un

futuro hijo de David que reinaría sobre su trono para siempre (2 Samuel 7:13).

Por desgracia, primero Israel y luego Judá se enredaron en las prácticas idólatras de las tribus y los países circundantes. Los profetas advirtieron a la nación una y otra vez que el juicio sería inevitable si no se arrepentían y abandonaban el paganismo. Israel se negó a hacerlo y sufrió la invasión Asiria. Daniel y otros registros muestran que posteriormente, Babilonia invadió Judá por la misma razón.

Cuando Israel y Judá perdieron sus reinos, tal vez muchos pensaron que la promesa de un futuro Rey Mesías no iba a cumplirse. Sin embargo, los mismos profetas que habían anunciado las deportaciones a Asiria y Babilonia también hablaron de la esperanza de una restauración futura para Israel.

Se ve que Daniel compartía esa esperanza, como lo muestra su mensaje a Nabucodonosor. Mediante una retrospectiva histórica, sabemos que finalmente, después de siglos de silencio, surgió otro profeta, Juan el Bautista, que anunció la llegada del Rey Mesías. Los primeros registros muestran que Juan apuntaba a Jesús, quién comenzó Su enseñanza al anunciar: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio» (Marcos 1:15).

La naturaleza de dicho reino preocupaba a las autoridades religiosas y políticas de la época, dirigidas por el sumo sacerdote y Poncio Pilato, respectivamente. No aprobaban la creciente popularidad de Cristo. Se sintieron amenazados cuando comenzó a propagarse la idea de que Él podría ser el Mesías esperado por tanto tiempo, quien dirigiría una revuelta popular contra el poder de ocupación romano y liberaría la nación y su capital.

Lucas, el historiador antiguo, registra dos acontecimientos muy significativos que ocurrieron cuando trajeron al niño Jesús para presentarlo al Señor en el templo de Jerusalén.

> *Y he aquí había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.*
>
> *Y José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que*

> *sean revelados los pensamientos de muchos corazones.*
>
> *Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Esta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén* (Lucas 2**:**25-38**).**

Se le había dicho a Simeón que «no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor». En el tiempo preciso, estando en el templo de Jerusalén, Simeón reconoció a Jesús como el Mesías. Allí también estaba Ana, una profetisa que «hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén». Ambas ideas, la venida del Mesías y la liberación de Jerusalén, estaban muy relacionadas en la expectativa judía. No es extraño que cuando Cristo empezara a proclamar Sus enseñanzas, las multitudes y las autoridades prestaran mucha atención a lo que Él decía sobre Su reino.

Sin embargo, el asunto iba más allá de lo que algunos pensaron inicialmente, como lo muestra una ocasión en el registro de Lucas, cuando Jesús les habla, primero, a algunos fariseos y luego a sus discípulos sobre la naturaleza del reino:

> *Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros* (Lucas 17:20-21).

Los fariseos, un grupo muy conservador dentro del judaísmo, estaban interesados en un reino externo y visible. Queda claro, por lo que Jesús confesó a Sus discípulos en esta ocasión, que dicho reino externo y visible sí formaba parte del programa divino y que se establecería en un determinado momento. Sin embargo, al concentrarse en el aspecto material (exterior y visible) del mismo, los fariseos corrían el riesgo de pasar por alto un asunto de vital importancia: el Rey en persona estaba frente a ellos, ¡y no podían verlo! La razón no era la falta de evidencias porque Cristo les había provisto una gran cantidad de ellas. El problema era que no tenían discernimiento para entender que el reino de Jesús era espiritual.

Nuestro Señor se lo explicó detalladamente a uno de los fariseos, un erudito judío, líder en Jerusalén, llamado Nicodemo, que vino por la noche a encontrarse con Él para conversar sobre el reino de Dios (o reino de los cielos, como también se le llama). Cristo le respondió: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3). Luego, para asombro de este profesor de teología, le explicó que el modo de nacer de nuevo, recibir la vida eterna y entrar en Su

reino, era confiar en El: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Nicodemo nunca había pensado que este reino poseía una dimensión completamente espiritual. Al igual que los expertos y las personas comunes de su época, este fariseo esperaba un reino político visible que libraría a la nación del impopular ejército romano de una vez por todas. Ellos querían que cesara el dominio del «imperio de hierro» que Daniel había visto en visiones.

No obstante, cuando consideramos quién es el Rey Mesías y lo que Él representa, comprendemos que Su reino es espiritual. La existencia y la supervivencia de cualquier reino dependen de la lealtad de sus ciudadanos al rey; sin embargo, cuando el rey es Dios encarnado, queda claro que Su gobierno irá más allá de la libertad física de la opresión y que debe existir confianza y verdadera lealtad. Después de todo, el veneno mortal del pecado entró en el mundo precisamente por la desconfianza, por lo que ahora debemos aprender a confiar en el Señor. Cuando una persona aprende a poner su confianza en Jesucristo, el Hijo de Dios, como Salvador y Señor, ocurre un milagro espiritual: esa persona nace de nuevo en el reino de los cielos.

Entonces, surge el tema de la relación entre el reino espiritual interno y el reino visible externo, lo cual nos lleva de nuevo al registro de Lucas sobre lo que Jesús les dijo a sus discípulos en la ocasión ya mencionada.

> *Y dijo a sus discípulos: Tiempo vendrá cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Y os dirán: Helo aquí, o helo allí. No vayáis, ni los sigáis. Porque como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día. Pero primero es necesario que padezca mucho, y sea desechado por esta generación. Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste. En aquel día, el que esté en la azotea, y sus bienes en casa, no descienda a tomarlos; y el que en el campo, asimismo no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Todo el que procure salvar su vida, la perderá; y todo el que la pierda, la salvará. Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada. Dos estarán en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado. Y respondiendo, le dijeron: ¿Dónde,*

> *Señor? El les dijo: Donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas* (Lucas 17:22-37).

De la misma forma que los fariseos cometieron el error de concentrarse en el aspecto visible del reino de Dios, a tal extremo que pasaron por alto su naturaleza espiritual, es posible cometer el error opuesto y enfatizar tanto en la dimensión espiritual del mismo que ignoremos su aspecto visible. Por eso Jesús también explicó a Sus discípulos que el reino sería observable, que sería, de hecho, universalmente visible.

Él instruyó a Sus seguidores para que no creyeran las falsas proclamas de que el reino de Dios ya había llegado sin que ellos lo notaran. Señaló que muchas personas afirmarían saber dónde se encontraba. Ellos aseverarían: «Helo aquí, o helo allí». Debían ignorar tales afirmaciones, por la sencilla razón de que cuando el Hijo del hombre se revelara al fin, el acontecimiento sería claro, universal e inmediato.

Sin embargo, para protegerlos aún más de las falsas venidas, Jesús les advirtió a los discípulos que primero ocurrirían algunos sucesos: Él iba a pasar por muchos sufrimientos, Su propio pueblo iba a examinar sus afirmaciones y las rechazaría. Pero esto no debía sorprenderlos si tomaban en cuenta las reacciones a la predicación de Noé y de Lot en épocas anteriores.

Vemos entonces que el reino de Dios comprende al menos dos fases: una fase espiritual inicial y una posterior manifestación externa y visible que anuncia el regreso de Cristo.

La naturaleza y las circunstancias del rechazo de Cristo nos dan una visión más profunda de la naturaleza de Su reino. Lucas registra cómo Jesús entró a Jerusalén montado sobre un asno, en lo que hoy llamamos Domingo de Ramos. El significado de este acto era inconfundible: Él venía a la nación como su justo Rey Mesías.

> *Cuando llegaban ya cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto, diciendo: ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas! Entonces algunos de los fariseos de entre la multitud le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. El, respondiendo, les dijo: Os digo que si éstos callaran, las piedras clamarían* (Lucas 19:37-40).

Los jefes de los principales sacerdotes gobernantes asumieron una posición más enérgica. Conspiraron para que un escuadrón de romanos arrestara a Jesús y luego lo acusaron ante su tribunal:

> *Cuando era de día, se juntaron los ancianos del pueblo, los principales*

> *sacerdotes y los escribas, y le trajeron al concilio, diciendo: ¿Eres tú el Cristo? Dínoslo. Y les dijo: Si os lo dijere, no creeréis; y también si os preguntare, no me responderéis, ni me soltaréis. Pero desde ahora el Hijo del Hombre se sentará a la diestra del poder de Dios. Dijeron todos: ¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros decís que lo soy. Entonces ellos dijeron: ¿Qué más testimonio necesitamos? porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca* (Lucas 22:66-71).

Como Jesús lo había predicho, las autoridades religiosas examinaron sus afirmaciones (de una manera increíblemente superficial) y las rechazaron. Tal desaprobación significaba que El ascendería a la diestra del Padre. Mateo añade que Cristo le dijo al Sanedrín: «Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (Mateo 26:64).

Sabemos que esta última frase es una cita de Daniel (7:13). Por lo tanto, Jesús afirmaba ser el divino Hijo del Hombre que Daniel había visto en visiones, quien vendría sobre las nubes del cielo para establecer el reino de Dios. Los sumos sacerdotes consideraron que esta afirmación era una blasfemia y lo condenaron a pena de muerte.

Sin embargo, no poseían autoridad para ejecutar a nadie, los romanos no se lo permitían. Para asegurar la muerte de Cristo necesitaban que las autoridades romanas dieran su veredicto, así que se lo entregaron a ellas:

> *Levantándose entonces toda la muchedumbre de ellos, llevaron a Jesús a Pilato. Y comenzaron a acusarle, diciendo: A éste hemos hallado que pervierte a la nación, y que prohíbe dar tributo a César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey. Entonces Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y respondiéndole él, dijo: Tú lo dices. Y Pilato dijo a los principales sacerdotes, y a la gente: Ningún delito hallo en este hombre. Pero ellos porfiaban, diciendo: Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí* (Lucas 23:1-5).

Con este argumento geográfico, Pilato envió a Jesús al rey Herodes, ya que Galilea pertenecía a esta jurisdicción; pero Herodes lo envió de nuevo a Pilato para que lo enjuiciara. Entonces se pronunció el veredicto:

> *Entonces Pilato, convocando a los principales sacerdotes, a los gobernantes, y al pueblo, les dijo: Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo; pero habiéndole interrogado yo delante de vosotros, no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis. Y ni aun Herodes, porque os remití a él; y*

> *he aquí, nada digno de muerte ha hecho este hombre. Le soltaré, pues, después de castigarle* (Lucas 23:13-16).

La sentencia de «inocente» es importante para comprender las diversas fases del reino de Dios. El apóstol Juan, al registrar los detalles del interrogatorio de Pilato a Cristo, nos ayuda a entender mejor los motivos del mismo:

> *Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino Juera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no Juera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad? Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito* (Juan 18:33-38).

Nuestro Señor le dejó muy claro a Pilato que Su reino no representaba una amenaza política para él en aquel tiempo, por la sencilla razón de que Su reino «no es de este mundo». (Ni lo sería hasta el regreso de Cristo, como les había aclarado a los sumos sacerdotes.) Pilato poseía una evidencia incuestionable para respaldar esto: Cristo no había mostrado resistencia ante los soldados que enviaron para prenderle. Es más, les había ordenado a Sus discípulos que guardaran las espadas (Lucas 22:38). Su reino, evidentemente, no era un reino mundano con ejércitos para defender a su rey por las armas. Pilato, que era astuto en lo político y lo militar, comprendía que Cristo era inofensivo y, en consecuencia, dio su veredicto. Sin embargo, su decisión no trascendió, no porque fuera falsa, sino porque las autoridades religiosas y las multitudes lo obligaron a cambiar de opinión y crucificar a Jesús.

Resulta de extrema importancia comprender esto en un mundo marcado por el conflicto militar religioso. Cristo enseñó a Sus discípulos que la fase actual de Su reino «no es de este mundo», por tanto, sería inapropiado intentar defenderlo o defender Su mensaje a través de la violencia. La interpretación errónea de este asunto en la Escritura ha provocado muchas muertes, lo que es un escándalo en la historia de la cristiandad. Sin embargo, ya que he abordado detalladamente dicho tema en otro escrito *Disparando contra Dios*, me basta con expresar que quienes toman las armas para defender a Cristo, en realidad no lo siguen, sino que lo desobedecen.

Jesús había dicho en varias ocasiones que lo iban a rechazar y darle muerte, pero

los discípulos no lo habían aceptado. Contradecía sus profundas expectativas de cómo sería el Mesías y de lo que haría cuando viniera. En su relato de la muerte y la resurrección de Cristo, Lucas registra el abatimiento y el asombro de algunos de Sus discípulos, y así nos muestra cuál era el problema. Después de la crucifixión, Lucas relata sobre dos discípulos que caminaban hacia el pueblo de Emaús, a unos siete kilómetros de Jerusalén; no sabían que su Señor había resucitado. Él registra cómo Jesús se les unió en el camino, pero no lo reconocieron. La conversación giraba en torno a los acontecimientos que acababan de ocurrir en Jerusalén, y los dos discípulos estaban muy desanimados. Cristo les preguntó de qué hablaban y ellos le respondieron:

> *De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron* (Lucas 24:19-20).

Y luego le explicaron por qué estaban decepcionados:

> *Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel* (Lucas 24:21).

Habían esperado la liberación, pero no había llegado. Habían ejecutado a su líder. Parecía que todo había terminado. Cuando aún no lo habían reconocido, Él les dijo:

> *¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían* (Lucas 24:25-27).

Para su completo asombro y alegría pronto descubrieron que no todo había terminado. Lucas registra cómo el Señor se les reveló cuando partió el pan con ellos esa noche. El desconocido no era otro que el Señor resucitado.

Después de la resurrección, Jesús se apareció a Sus discípulos en varias ocasiones por cuarenta días, y no es sorprendente que tales apariciones revivieran en ellos la esperanza de libertad para la nación. Después de todo, ahora sabían que El tenía poder sobre la muerte. Seguramente ya estaba cerca el tiempo en que tomara medidas políticas, derribara al gobierno y libertara a la nación. Con el tiempo, decidieron que Cristo se encargara del asunto. Al inicio del libro de Hechos, que narra los comienzos de la iglesia cristiana, Lucas relata:

> *Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor; ¿restauraras el reino a Israel en este tiempo?* (Hechos 1:6).

Su pregunta fue directa. Ellos no dijeron: «Señor, ¿tienes la intención de restaurar el reino a Israel?» No lo expresaron de esta manera, simplemente porque ya esperaban la restauración. Es decir, su pregunta no era sobre la restauración *en sí*, sino cuándo *ocurriría*. No fue «¿vas a hacerlo?», sino, «¿vas a hacerlo ahora?». Jesús les respondió:

> *No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría, y hasta lo último de la tierra* (Hechos 1:7-8).

La respuesta de Cristo tiene tres motivos principales:

1. Los discípulos no debían preocuparse por el momento de la restauración.
2. El tiempo ya había sido fijado por el Padre, y la restauración ocurriría cuando El lo decidiera.
3. Su tarea, mientras tanto, era testificar al mundo en el poder del Espíritu Santo que muy pronto iban a recibir.[45]

El siguiente acontecimiento que Lucas registra es la ascensión de nuestro Señor, otra clara evidencia de que Él no iba a restaurar el reino a Israel, como Rey, en ese momento. Por otro lado, la ascensión transmitiría un mensaje positivo. Dos hombres vestidos de blanco, que de repente aparecieron junto a los discípulos, se lo transmitieron:

> *Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo* (Hechos 1:11).

En la ascensión vieron a Jesús ascender al cielo y desaparecer en una nube. Dios quiso que este evento fuera un modelo de pensamiento para que los discípulos comprendieran que al igual que se elevó de la tierra de forma física y visible, así mismo sería Su regreso.

La importancia de comprender la ascensión se observa en el sermón de Pedro en el día de Pentecostés. Explicó a las multitudes que el Antiguo Testamento predecía los acontecimientos ocurridos durante las ocho semanas anteriores. El profeta Joel había predicho que habría un gran derramamiento del Espíritu Santo antes del día final del Señor (el día del juicio). Eso sucedió el día de Pentecostés. Fue muy significativo, porque mostró que las palabras de un profeta mucho más reciente se habían cumplido.

Unos tres años antes, Juan el Bautista había anunciado que Jesús era quien bautizaría en el Espíritu Santo (Hechos 1:5). Joel y Juan se habían referido al mismo

evento. Pedro demostró que se había cumplido otro aspecto con la venida del Espíritu. Algo que el profeta había predicho y también el rey David en siglos anteriores: «Porque no dejarás mi alma en el Hades, Ni permitirás que tu Santo vea corrupción» (Hechos 2:27, cita de Salmos 16:10).

Pedro argumentó que David, obviamente, no hablaba de sí mismo. Todos los que escuchaban a Pedro sabían que el cuerpo de David estaba enterrado no muy lejos de donde el apóstol estaba hablando. David había profetizado sobre la resurrección del Mesías, algo que había sucedido hacía poco tiempo: Pedro y los demás habían sido testigos oculares.

Cristo no solo había resucitado de los muertos, sino que había sido exaltado a la diestra del Padre. Pedro citó otras porciones de David: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies» (Hechos 2:34-35).

David no subió a los cielos, así que se estaba refiriendo a Dios (el Señor) que le hablaba a alguien más grande que David (el Señor de David, el Mesías) y lo invitaba a ocupar la posición de poder supremo. Así, las profecías de la Escritura se combinan con los acontecimientos de Jerusalén para asegurar a los judíos que «a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hechos 2:36).

Era importante que tanto Pedro como su audiencia entendieran exactamente en qué punto se encontraba la historia. Los acontecimientos recientes constituían un progreso en el programa del Señor para la redención. Cristo había muerto, resucitado y ascendido a la diestra de Dios; pero ese no era el final de la historia. El Señor Jesucristo estaría a la diestra del Padre *hasta* que este derrotara a Sus enemigos. La restauración no estaría completa hasta que esto ocurriera.

Aunque en su primer sermón Pedro no menciona de forma explícita el vínculo entre la restauración final y el regreso de nuestro Señor, sí lo hace la segunda vez, durante otro importante sermón en Jerusalén, que Lucas registró. En esa ocasión, a través de Pedro y de Juan, Dios sanó a un cojo en la puerta del templo La Hermosa. Pedro enseguida usó esta demostración del poder divino para explicar al pueblo que el milagro había sido hecho en el nombre de Jesús, a quien ellos habían crucificado, y a quien el Señor había resucitado de entre los muertos.

Pedro entonces señaló que, al haberse predicho, la gente debía comprender lo que había sucedido:

> *Mas ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo habéis hecho, como también vuestros gobernantes. Pero Dios ha cumplido así lo que había antes anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer. Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien dé cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la*

> *restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo* (Hechos 3:17-21).

Observamos que Pedro una vez más usa la preposición *hasta*. Esta vez no se refiere a tratar con los enemigos de Dios, sino a la restauración positiva de todas las cosas. Incluye la restauración del reino a Israel, mencionada en Hechos 1:6, pero es un programa que va mucho más allá: Pedro afirma que esta restauración ocurrirá cuando Cristo regrese.

Este es el significado de una de las frases en la oración que Jesús enseñó a Sus discípulos: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6:10). La voluntad de Dios todavía no se ha hecho en la Tierra como en el cielo, pero un día se hará.

Resumen

Durante Su enseñanza pública, y cerca del tiempo de Su muerte, Cristo les aclaró cada vez más a Sus discípulos que Su reino tendría dos fases. La primera fase sería un reino espiritual, al que se accedía a través del arrepentimiento y la aceptación de Jesús como Salvador y Señor, para así recibir la vida eterna y *nacer de nuevo* en el reino de Dios. Después de la ascensión de Cristo y el derramamiento del Espíritu Santo, los cristianos deben predicar el mensaje del reino, el evangelio de Jesucristo, hasta que Jesús regrese. En Su regreso, la segunda fase del reino comenzará a funcionar. Cristo vendrá como rey legítimo de la Tierra. Es por estas razones que hacemos referencia a una primera y a una segunda venida de Cristo.

APÉNDICE B

TRADUCCIÓN DEL TEXTO DEL CILINDRO DE CIRO[46]

La presente es la traducción al español de la traducción al inglés realizada por Irving Finque, conservador adjunto del Departamento de Oriente Medio.

> [Cuando... Mar]dux, rey de todo el cielo y la tierra, el... que, en su... , arrasa su...
>
> [...] amplio? en inteligencia, ... que inspecciona} ¿?) los confines (regiones) mund]iales
>
> [...] su [primer] nacido (= Belsasar), una persona baja fue puesta a cargo de su país,
>
> pero [...] puso [una (...) falsifi]cación sobre ellos.
>
> El hi[zo] una falsificación del Esagila, [y...]... para Ur y el resto de las ciudades de culto.
>
> Ritos inapropiados para ellos, [impuras] of[rendas de comida...] irrespetuosas [...] se pronunciaban diariamente, y, como un insulto,
>
> él interrumpió las ofrendas diarias; Ínter[firió con los ritos e] instituyó [...] dentro de los santuarios. En su mente, el temor reverencial de Marduk, rey de los dioses, llegó a su fin.
>
> Cada día hacía aún más maldad a su ciudad;... su [gente...], trajo la ruina sobre todos ellos mediante un yugo sin alivio.
>
> Ante sus quejas el Enlil de los dioses se enfureció mucho, y [...] su territorio. Los dioses que vivían entre ellos abandonaron sus santuarios,
>
> enojados porque él (los) había hecho entrar en Shuanna (Babilonia). Ex[altado Marduk, el Enlil de los dio]ses, se aplacó. Cambió de opinión acerca de todos los asentamientos cuyos santuarios estaban en ruinas,

y de la población de la tierra de Sumer y Acad que se habían convertido en cadáveres, y se apiadó de ellos. Inspeccionó y examinó a todos los países,

buscando a un gobernante virtuoso de su elección. Tomó la mano de Ciro, rey de la ciudad de Anshan, y lo llamó por su nombre, proclamándolo en voz alta para el reinado sobre todo.

Hizo que el país de los guti y todas las tropas medias se postraran a sus pies, mientras él pastoreaba en justicia y rectitud al pueblo de cabezas negras

a quienes él había puesto bajo su cuidado. Marduk, el gran señor, que cuida de su pueblo, vio con placer sus buenas acciones y su corazón recto,

y ordenó que fuera a Babilonia. Él le hizo tomar el camino a Tintir (Babilonia), y, como amigo y compañero, caminó a su lado.

Sus inmensas tropas, cuyo número, como el agua de un río, no podía contarse, marchaban a su lado con sus armas.

Le hizo entrar sin batalla o lucha directamente en Shuanna; libró a su ciudad, Babilonia, de la calamidad. Le entregó a Nabónido, el rey que no le temía.

Todos los habitantes de Tintir, de toda Sumer y Acad, nobles y gobernadores, se inclinaron ante él y le besaron los pies, se regocijaron que fuera el rey y sus rostros brillaron.

Al señor gracias a cuya ayuda todos fueron rescatados de la muerte y que los salvó a todos de la angustia y las dificultades, bendijeron alegremente y alabaron su nombre...

Yo soy Ciro, rey del universo, el gran rey, el rey poderoso, rey de Babilonia, rey de Sumer y Acad, rey de los cuatro confines del mundo,

hijo de Cambises, el gran rey, rey de la ciudad de Anshan, nieto de Ciro, el gran rey, re[y de la ciud]ad de Anshan, descendiente de Teispes, el gran rey, rey de la ciudad de Anshan,

semilla eterna de la realeza, cuyo reinado aman Bel (Marduk) y Nabu, y de cuya monarquía tienen a bien ocuparse. Cuando entré como precursor de la paz e[n] Babilonia

establecí mi residencia soberana dentro del palacio en medio de celebración y regocijo. Marduk, el gran señor, me concedió como mi destino la gran magnanimidad de alguien que ama a Babilonia, y cada día lo busqué con temor reverencial.

Mis numerosas tropas marchaban pacíficamente en Babilonia, y en toda [la tierra de Sumer] y Acad nadie tenía nada que temer.

Busqué la seguridad de la ciudad de Babilonia y de todos sus santuarios. En cuanto a la población de Babilonia [..., qui]enes como sin [intención div]ina habían soportado un yugo no decretado sobre ellos,

alivié su cansancio; los liberé de sus ataduras (¿?). Marduk, el gran señor, se regocijó de [mis buenas] obras,

y pronunció una dulce bendición sobre mí, Ciro, el rey que lo teme, y sobre Cambises, el hijo [mi] descendencia, [y sobre] todas mis tropas,

para que podamos vivir felices en su presencia, en bienestar. Bajo su majestuoso mandato, todos los reyes que se sientan en tronos,

de todas partes, desde el Mar Superior hasta el Mar Inferior, los que habitan [remotas región]es (y) los reyes de la tierra de Amurru que viven en tiendas, todos ellos,

trajeron su pesado tributo a Shuanna, y besaron mis pies. De [Shuanna] regresé a sus lugares a la ciudad de Assur y Susa,

Acad, la tierra de Eshnunna, la ciudad de Zamban, la ciudad de Meturnu, Der, hasta la frontera del país de los guti, ciudades sagradas al otro lado del Tigris, cuyos santuarios se habían deteriorado antes,

los dioses que vivían allí, e hice santuarios permanentes para ellos. Reuní a todos sus habitantes y los devolví a sus asentamientos,

y los dioses de la tierra de Sumer y Acad que Nabónido, para cólera del

señor de los dioses, habían traído a Shuanna, a las órdenes de Marduk, el gran señor,

los devolví ilesos a sus capillas, en los santuarios que los hacen felices. Que todos los dioses que regresé a sus santuarios,

todos los días ante Bel y Nabu, pidan una larga vida para mí, y mencionen mis buenas acciones, y digan a Marduk, mi señor, esto: «Ciro, el rey que te teme, y Cambises su hijo,

que sean los abastecedores de nuestros santuarios hasta distantes (¿?) días, y que la población de Babilonia pida bendiciones para mi reinado. He permitido que todas las tierras vivan en paz.

Cada día incrementé [... ga]nsos, dos patos y diez palomas a las [ofrendas anteriores] de gansos, patos y palomas.

Me esforcé por fortalecer las defensas de la muralla de Imgur-Enlil, la gran muralla de Babilonia,

y [terminé] el muelle de ladrillo cocido en la orilla del foso que un rey anterior había construido pero no había term]inado el trabajo.

[Yo... que no rodeaba la ciudad] por fuera, que ningún rey anterior había construido, su fuerza de trabajo, el dique [de su tierra, e]n Shuanna.

[... con asfal]to y ladrillo cocido he construido de nuevo, y [terminado] el [trabajo].

[...] grandes [puertas de madera de cedro] con revestimiento de bronce,

[e instalé] todas sus puertas, sus umbrales y los accesorios de las puertas con piezas de cobre. [...] vi en su interior una inscripción de Asurbanipal, un rey que me precedió;

[...] su... Marduk, el gran señor, creador (¿?) de [...]

[...] mi [... presenté] como un regalo...] tu placer para siempre».

APÉNDICE C

LA ESTRUCTURA DEL LIBRO DE DANIEL

GRUPO 1	GRUPO 2
Capítulo 1 Nabucodonosor respetuosamente coloca los vasos de Dios en el templo de su ídolo. Daniel y otros rechazan acceder a las contaminaciones paganas. La simpatía de los oficiales de la corte. Se vindican las capacidades físicas y mentales de Daniel y sus compañeros. Ellos son promovidos a altos cargos. Capítulo 2 Un análisis de todo el curso del poder imperial gentil. Cuatro imperios en la forma de un hombre. La debilidad fatal: una mezcla incoherente de hierro y barro en los pies.	Capítulo 6 Darío prohíbe la adoración a Dios por treinta días. Daniel se niega a dejar de practicar la religión judía. Los oficiales de la corte preparan un complot contra él. Se vindica la lealtad política de Daniel hacia el rey. Él es restituido al alto cargo. Capítulo 7 Un análisis de todo el curso del poder imperial gentil. Cuatro imperios en formas de bestias salvajes. Una fuerza terrible: una mezcla aterradora de destructividad animal con inteligencia humana.

Destrucción de la totalidad de la imagen del hombre por la piedra que fue cortada por el poder divino. Establecimiento del reino mesiánico universal. <u>Capítulo 3</u> Nabucodonosor piensa que «ningún dios puede liberar [a los judíos] de su tierra». Él les ordena adorar a su dios. Los judíos lo desafían. Ellos son preservados en el horno. Por lo tanto, queda demostrada la capacidad de Dios para liberarlos. <u>Capítulo 4</u> La gloria de Babilonia. Se advierte a Nabucodonosor de que merece disciplina. Él persiste en su orgullo, es castigado y su castigo dura siete años. Luego es restaurado. <u>Capítulo 5</u> Belsasar hace un dios de sus placeres, pero aún reconoce los dioses de piedra y otros materiales. La escritura en la pared. El fin de Belsasar y del Imperio babilónico.	Destrucción de la bestia final y entrega del dominio universal al Hijo del Hombre. <u>Capítulo 8</u> El cuerno pequeño: «nadie puede librar de su mano». Él detiene la adoración de los judíos a su Dios, y desafía a Dios mismo. Finalmente se restablecen el santuario y la verdad de Dios. <u>Capítulo 9</u> Las desolaciones de Jerusalén. Los pecados de Israel han traído sobre ellos la maldición advertida en el Antiguo Testamento. Jerusalén será restaurada, pero la persistencia de Israel en pecar traerá mayores desolaciones que durarán hasta el final de setenta veces siete años. Entonces Jerusalén será finalmente restaurada. <u>Capítulos 10–12</u> El rey se exalta a sí mismo sobre todo dios, y no respeta a ninguno. La «escritura de la verdad». La serie de aparentes «finales» que conducen «al tiempo del fin» y eventualmente al fin mismo.

APÉNDICE D

DANIEL 11 Y LA HISTORIA

El capítulo 11 del libro de Daniel constituye un fascinante comentario sobre los acontecimientos históricos desde una perspectiva única. Describe sucesos bastante complejos, y el propósito de este apéndice es mostrar cómo este texto posee información que coincide con otras fuentes históricas.

> *Y ahora yo te mostraré la verdad. He aquí que aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas más que todos ellos* (Daniel 11:2).

Se le dice a Daniel que reinarán cuatro reyes más en el imperio medo-persa y que el cuarto será el más rico de todos. Desde que Daniel hizo sus escritos en el reinado de Ciro, los reyes son: Cambises (530-522), Esmerdis (522), Darío I (522-486), y finalmente Jerjes I (486-465), que era muy rico. Usó su riqueza, justo como lo predijo Daniel, para construir su base de poder y preparar un ataque a Grecia:

> *...y al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia* (11:2).

En 500 a. C. un enclave de griegos jónicos que se habían establecido en la costa occidental de Asia Menor se sublevaron contra Darío I, el padre de Jerjes. Pidieron ayuda a Atenas, incursionaron en la ciudad persa de Sardis y la quemaron. Tardó seis años contener a los griegos, y Darío prometió castigar a los atenienses por haberlos ayudado. No obstante, fracasó en su primer intento en el 491 a. C. debido a una fuerte tormenta que destruyó gran parte de su flota.

Un año más tarde, ante la mirada del enemigo, una fuerza persa arribó a la llanura de Maratón, y se produjo una de las batallas más famosas de la historia. Los atenienses no se quedaron en la ciudad para defenderla, sino que salieron a luchar contra los invasores en Maratón. Tenían escasas posibilidades de vencer; sin embargo, su celeridad para enfrentar al enemigo obstaculizó a los arqueros persas y los derrotaron. El historiador griego Heródoto, registra que: «Los bárbaros muertos en la batalla de Maratón subieron a 6.400; los atenienses no fueron sino 192; y este es el número exacto de los que murieron de una y otra parte». El resto de la flota persa zarpó rumbo a Atenas, pero el ejército ateniense llegó a la capital antes que ellos. (La famosa carrera de maratón debe su origen al corredor que llevó la información a Atenas.) Los persas

se rindieron y se marcharon a su tierra.

Darío estaba furioso y aún más decidido a castigar a los griegos. Murió antes de que los preparativos bélicos estuvieran completos y le dejó la campaña a su hijo Jerjes. Con el tiempo, y después de algunas vacilaciones, Jerjes reunió un enorme ejército y más de 1000 barcos. Obtuvo una victoria sobre los griegos en las Termopilas, pero lo derrotaron en la famosa batalla naval de Salamina.

El imperio medo-persa se debilitó a lo largo de un siglo y medio después de eso, y la profecía de Daniel no menciona esa historia posterior. Después nos dice lo siguiente:

> *Se levantará luego un rey valiente, el cual dominará con gran poder y hará su voluntad. Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; no a sus descendientes, ni según el dominio con que él dominó; porque su reino será arrancado, y será para otros fuera de ellos* (11:3-4).

Si, como suponemos, esta predicción es genuina, resulta notable, ya que sin dudas se refiere a Alejandro Magno, quien rápidamente llegó a tener un enorme poderío y murió muy joven. Debido a que no tenía heredero directo, su reino se dividió en cuatro partes, cada una encabezada por uno de sus antiguos generales.

La profecía lo describe como un rey que «hará su voluntad»; así que las profecías de Daniel indican que Dios no aplica reglas arbitrarias y deterministas sobre la historia, que convierten a los gobernantes humanos (y a todo el mundo) en simples marionetas. La relación de Dios con el proceso histórico les permite a Alejandro, y a otros mencionados luego, actuar libremente como seres morales responsables. Su autoridad y sus decisiones son reales y tienen consecuencias éticas para ellos y para los demás.

Después de esta introducción, a partir de 11:5, Daniel se centra en las rivalidades y tensiones entre las dos partes del vasto imperio de Alejandro: el reino seléucida (los reyes del norte) y los Ptolomeos (los reyes del sur). El «norte» y el «sur» se refieren a Palestina. Los términos «rey del norte» y «rey del sur» son genéricos y se aplican a un número de personas diferentes a lo largo del capítulo, trece reyes en total.

> *Y se hará fuerte el rey del sur; mas uno de sus príncipes será más fuerte que él, y se hará poderoso; su dominio será grande* (11:5).

Y así sucedió. En 316 a. C., otro de los generales de Alejandro atacó Babilonia y Seleuco huyó a Egipto, donde ayudó a Ptolomeo a ganar la batalla de Gaza contra Antígono. En una reasignación de territorio después de la Batalla de Ipsos, en la cual Antígono fue asesinado, Seleuco, a quien se le atribuyó la victoria, recibió la mayor parte del reino de este y se convirtió así en el fundador de la dinastía seléucida.

Pasaron los años y los sucesivos reyes de las respectivas dinastías se cansaron de las incesantes luchas. Alrededor del año 250 a. C., el rey del sur, Tolomeo II Filadelfo, y el rey del norte, Antíoco II Teos, trataron de hacer una alianza por matrimonio, como

lo indicó la profecía:

> *Al cabo de años harán alianza, y la hija del rey del sur vendrá al rey del norte para hacer la paz* (11:6).

Este arreglo fue un desastre desde el principio. Ptolomeo tuvo una hija, Berenice, y Antíoco (un hombre débil) acordó divorciarse de su esposa, Laodicea (que le había dado dos hijos, Seleuco Calinico y Antíoco), y casarse con ella. Se celebró una gran boda, Antíoco recibió una enorme dote, y los respectivos reyes pensaron que el futuro estaba asegurado.

Sin embargo, Ptolomeo murió poco después. De inmediato Antíoco rechazó a Berenice, la envió de regreso a Egipto, y tomó nuevamente a su antigua esposa, Laodicea. Cuya gratitud (si existía) fue momentánea: decidió envenenar a su esposo y tramó asesinar por contrato a Berenice y a su hijo. Como dijo la profecía en cuanto a Berenice:

> *Pero ella no podrá retener la fuerza de su brazo, ni permanecerá él, ni su brazo; porque será entregada ella y los que la habían traído, asimismo su hijo, y los que estaban de parte de ella en aquel tiempo. Pero un renuevo de sus raíces se levantará sobre su trono, y vendrá con ejército contra el rey del norte, y entrará en la fortaleza, y hará en ellos a su arbitrio, y predominará* (11:6-7).

El hermano de Berenice, Ptolomeo III Evergetes, estaba decidido a vengar a su hermana. Atacó Seleucia, el puerto fortificado de la capital de Antioquía, lo capturó y mandó que ejecutaran a Laodicea. Se anexó la mayor parte del territorio seléucida en Asia, y volvió a Egipto con un grande botín, como se predijo.

> *Y aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y de oro, llevará cautivos a Egipto...* (11:8).

Esta acción es una evocación de lo que Nabucodonosor le hizo a Jerusalén y que aparece en Daniel 1, con una diferencia notable: Ptolomeo se llevó los dioses de Seleuco, mientras que Nabucodonosor solo se llevó los vasos, simplemente porque los hebreos no tenían imágenes de Dios. Lo que Ptolomeo hizo constituyó un golpe devastador para el reino del norte, ya que eliminar los dioses de una nación era un signo de conquista total.

> *... y por años se mantendrá él contra el rey del norte. Así entrará en el reino el rey del sur, y volverá a su tierra* (11:8-9).

Durante dos años hubo paz, hasta que Seleuco II intentó invadir Egipto; su flota

se hundió en una tormenta, y regresó con las manos vacías. Murió al caerse de un caballo y sus hijos lo sucedieron.

> *Mas los hijos de aquél se airarán, y reunirán multitud de grandes ejércitos; y vendrá apresuradamente e inundará, y pasará adelante; luego volverá y llevará la guerra hasta su fortaleza* (11:10).

Estos hijos fueron Seleuco III Cerauno (226-223 que fue asesinado en Turquía), seguido por Antíoco III, «el Grande» (223-187). Este rey logró recuperar parte de su poder dinástico al reunir una gran fuerza y recapturar la mencionada fortaleza de Seleucia, que estaba situada a solo 16 millas (25 km) de su capital, Antioquía. La ocupación egipcia era algo vergonzoso. Por aquella época el gobernante de Egipto, Ptolomeo IV Filópator (221-203), era un hombre débil e indeciso cuyas fuerzas no igualaban las del norte, las cuales arrasaban como un torrente furioso. En su travesía, Antíoco invadió Palestina y conquistó un vasto territorio de ella. Una vez más observamos la imagen de un río poderoso, como si Daniel, al estar junto al grandioso Tigris, lo viera como un portador de la historia que lo transportaba inexorablemente al futuro.

Ptolomeo IV reaccionó con furor y envió a su ejército a combatir a Antíoco III en Rafia, una ciudad egipcia en la frontera con Palestina.

> *Por lo cual se enfurecerá el rey del sur, y saldrá y peleará contra el rey del norte; y pondrá en campaña multitud grande, y toda aquella multitud será entregada en su mano. Y al llevarse él la multitud, se elevará su corazón, y derribará a muchos millares; mas no prevalecerá* (11:11-12).

El historiador Polibio nos fascina con su relato de la célebre Batalla de Rafia. Este pasaje nos da una idea de los hechos:

> Al iniciarse la primavera (año-218), Antíoco y Ptolomeo tenían ya hechas todas sus prevenciones para decidir la guerra al trance de una batalla. Ptolomeo partió de Alejandría con setenta mil infantes, cinco mil caballos y setenta y tres elefantes. Antíoco, con la nueva de que el enemigo se aproximaba, reunió su ejército, en el que había cinco mil hombres armados a la ligera, daos, carmanios y cilicios, cuya inspección y mando tenía Bítaco el Macedonio; veinte mil escogidos de todo el reino, armados a la manera macedonia, los más con broqueles de plata, mandados por Teodoto el etolio, aquel que había desertado de Ptolomeo; veinte mil de que se componía la falange, que conducía Nicarco y Teodoto el Hemiolio; dos mil flecheros y honderos agríanos

> y persas; mil tracios que mandaba Menedemo el alabandense; cinco mil medos, cisios, cadusios y carmanios, que obedecían a Aspasiano el medo; diez mil hombres de Arabia y otros países cercanos, a las órdenes de Zabdibelo; cinco mil griegos mercenarios bajo las órdenes de Hipóloco de Tesalia; mil quinientos cretenses bajo Euríloco; mil neocretenses y quinientos flecheros de Lidia, mandados todos por Celis de Gortina; y mil cardaces gobernados por Lisímaco el gálata. La caballería consistía en seis mil caballos, mandados por Antípatro sobrino del rey, y los restantes por Temiso; de suerte que todas las fuerzas de Antioco ascendían a sesenta y dos mil infantes, seis mil caballos y ciento dos elefantes (Historias, 5.79).

Antíoco III fue derrotado y, según Polibio, perdió más de 10.000 soldados. Sin embargo, el indolente monarca egipcio, Ptolomeo IV, no aprovechó su rotunda victoria. Hizo la paz con Antíoco y, según el historiador, se entregó a una vida de disolución que con el tiempo produjo la inestabilidad en Egipto (Historias, 14.12.3-4). Su hijo Ptolomeo V bajo el regente Agatocles, sucedió a Ptolomeo IV.

Después de catorce años en la ampliación de las fronteras de su reino hasta Asia central, Antíoco III vio una nueva oportunidad de vengarse contra los egipcios. A través de un acuerdo con el rey de Macedonia, Filipo V, recapturó la parte meridional de Siria e invadió Judea. Tras un retroceso inicial en 200 a. C. derrotó finalmente a los egipcios a los cuales capitaneaba el general Scopas, en Paneas, cerca de las fuentes del Jordán. Los egipcios se retiraron a la fortaleza costera de Sidón, que Antíoco sitió y donde obligó a Scopas y su ejército a rendirse por hambre. Así Antíoco III ocupó el territorio que una vez perteneció a Israel.

Daniel describe estos sucesos de la siguiente manera:

> *Y el rey del norte volverá a poner en campana una multitud mayor que la primera, y al cabo de algunos años vendrá apresuradamente con gran ejército y con muchas riquezas. En aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur; y hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán para cumplir la visión, pero ellos caerán. Vendrá, pues, el rey del norte, y levantará baluartes, y tomará la ciudad fuerte; y las fuerzas del sur no podrán sostenerse, ni sus tropas escogidas, porque no habrá fuerzas para resistir* (11:13-15).

Debemos recordar que el mensajero celestial le está narrando todo esto a Daniel; así que la referencia a los «hombres turbulentos de tu pueblo» apunta a los judíos, cuya tierra sufría constantes invasiones. Se le dice entonces a Daniel que «se levantarán para cumplir la visión». Puesto que no se especifica la visión, es razonable tomarla como la visión principal de Daniel a lo largo del libro, aquella del reino mesiánico que debe

cumplirse en el tiempo final.

Ciertamente, hubo judíos que se unieron a Antíoco III. Ya vimos que muchos judíos acogieron con satisfacción la imposición de la cultura helenística en Palestina, circunstancia que jugaría un papel central en los días críticos de Antíoco IV «Epífanes». Aquí tenemos una pista de algo que era muy importante para lo que sucedería después.

Josefo describe la situación de la siguiente manera:

> Luego Antíoco se apoderó de las ciudades de la Celesiria que habían caído bajo el poder de Scopas, y también de Samaría. Los judíos se entregaron espontáneamente, lo admitieron en la ciudad, [Jerusalén] le suministraron todo lo necesario para él y sus elefantes... Por esto, juzgando Antíoco que merecía ser recompensada la buena voluntad de los judíos hacia él, escribió cartas a sus capitanes y amigos, refiriéndose a los grandes servicios que le habían prestado los judíos e indicando los presentes con los que había decidido recompensarlos.

Josefo también cita una carta de Antíoco, la cual menciona cómo los judíos habían ayudado a Antíoco a desarmar una guarnición egipcia de una fortaleza en Jerusalén.

Según Josefo, Antíoco también mandó que se ayudara a los judíos con las obras de reparación que necesitaba el templo y que se les concediera una exoneración fiscal en cuanto a algunos de los materiales requeridos:

> ... que los hombres de esta raza vivan de acuerdo con sus leyes paternas; que el senado, los sacerdotes, los escribas del Templo y los cantores sagrados sean exceptuados de los impuestos que les tocara por cabeza, del impuesto de la corona y de otros tributos.

Antíoco también defendió el derecho de los judíos a mantener a los gentiles fuera de los recintos del templo. (Ver Josefo, Antigüedades, 12, 3.3)

De esta manera, Antíoco III mantuvo los derechos que Artajerjes concedió a los judíos por el decreto mencionado en Daniel 9:23.

> *Y el que vendrá contra él hará su voluntad, y no habrá quien se le pueda enfrentar; y estará en la tierra gloriosa, la cual será consumida en su poder. Afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino; y hará con aquél convenios, y le dará una hija de mujeres para destruirle; pero no permanecerá, ni tendrá éxito* (11:16-17).

Antíoco III (por ese tiempo llamado «El Grande» debido a sus triunfos en el Este) era lo suficientemente poderoso para hacer lo que él quería. (Obsérvense de nuevo las

connotaciones no deterministas de este comentario.) Sin embargo, consciente de la amenaza romana en el Oeste, Antíoco forjó una alianza con el joven Ptolomeo V, al concederle la mano de su hija Cleopatra, que todavía era una niña. El matrimonio se celebró en Rafia, un escenario de victorias anteriores de Antíoco. Pero, Cleopatra resultó ser bien leal a Ptolomeo, tanto que apoyó un tratado entre Egipto y Roma contra su padre. Como se le dijo a Daniel, el matrimonio no ayudó en nada a Antíoco para fomentar sus objetivos políticos y territoriales en Egipto.

> *Volverá después su rostro a las costas, y tomará muchas; mas un príncipe hará cesar su afrenta, y aun hará volver sobre él su oprobio. Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra; mas tropezará y caerá, y no será hallado* (11:18-19).

A pesar de su alianza, Antíoco III no logró expandir su control en Egipto y se anexó territorios que poseían los egipcios a lo largo de la costa de Asia Menor. También aprovechó la debilidad del rey macedonio Filipo para ganar parte del territorio de Macedonia. Por aquel entonces era bastante imprudente como para atacar Grecia, aunque los romanos le advirtieron de no hacerlo. Los romanos lo derrotaron en Grecia, primero en las Termopilas en 191 a. C. y luego más al este en Magnesia en 190 a. C. Estas victorias prepararon el camino para la expansión del imperio romano.

La frase «hará cesar su afrenta» se refiere al comandante romano Lucio Escipión. El resultado fue que obligaron a Antíoco III a convertirse en un siervo de Roma, e incluso tuvo que enviar a su hijo (el futuro Antíoco IV) a dicha ciudad como rehén. Regresó sin gloria a sus fortalezas en Siria y finalmente lo asesinaron durante un intento de saquear el templo de Bel en Elam para pagar sus deudas a los romanos. Así tuvo cumplimiento la expresión del profeta «tropezará y caerá, y no será hallado».

> *Y se levantará en su lugar uno que hará pasar un cobrador de tributos por la gloria del reino; pero en pocos días será quebrantado...* (11:20).

El hijo de Antíoco, Seleuco IV Filopátor, le sucedió. Recordamos que su otro hijo, el futuro Antíoco IV, seguía en Roma como rehén. Filopátor tuvo que enfrentarse de inmediato a la montaña de deudas tributarias que su padre tenía con los romanos. Cuando se enteró del tesoro que contenía el templo de Jerusalén, decidió inspeccionarlo para el Estado. Envió un «exacto de tributo», llamado Heliodoro. El libro de Macabeos lo relata con gran dramatismo y vale la pena reproducirlo completo:

> Mientras la Ciudad Santa gozaba de una paz completa y las leyes eran observadas lo mejor posible, gracias a la piedad del sumo sacerdote Onías y su repudio a toda maldad, hasta los reyes honraban el Lugar Santo y lo enriquecían con magníficos regalos; así, por ejemplo, Seleuco, rey de Asia, pagaba de su dinero los gastos de los sacrificios.

Pero un tal Simón, sacerdote de la tribu de Bilgá, administrador del Templo, se enemistó con el Sumo Sacerdote porque decía que a él le correspondía la fiscalización de los mercados de la ciudad. No pudiendo vencer a Onías, se fue a Apolonio de Tarso, gobernador de Celesiria y Fenicia, y le comunicó que el tesoro de Jerusalén estaba repleto de riquezas incontables, que había allí una cantidad inmensa de dinero, que nada tenía que ver con los gastos que demandaban los sacrificios, y era fácil que todo eso llegara a manos del rey. Apolonio se entrevistó con el rey y lo informó de las citadas riquezas; este mandó a Heliodoro, encargado de sus negocios, con una carta que lo autorizaba para trasladar aquellos tesoros. Heliodoro se puso pronto en camino, simulando que iba a visitar la Celesiria y la Fenicia, pero con el propósito de ejecutar las órdenes del rey. Llegado a Jerusalén, fue recibido amigablemente por la ciudad y el Sumo Sacerdote, al que informó de la denuncia que habían hecho. Hizo saber el motivo de su visita, preguntando si las cosas eran realmente así. El Sumo Sacerdote explicó que se trataba de unos depósitos pertenecientes a huérfanos y viudas. Una parte pertenecía a Hircano, hijo de Tobías, personaje de muy alta posición, al que también alcanzaban estas calumnias. De todas maneras, el tesoro era de cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro. En fin, Onías mostró que era del todo imposible defraudar a los que habían puesto su confianza en la santidad del Lugar y en la majestad inviolable de aquel Templo venerado en todo el mundo. Pero Heliodoro, siguiendo las órdenes reales, sostenía que todos aquellos tesoros debían pasar a manos del rey. En el día señalado para proceder a hacer el inventario, reinaba en toda la ciudad una gran conmoción. Los sacerdotes estaban ante el altar con sus vestiduras sagradas y suplicaban al Cielo: el que había dado la ley sobre los bienes en depósito, debía conservarlos para quienes los habían depositado. No se podía mirar el rostro del Sumo Sacerdote sin quedar impresionado, pues su aspecto y su palidez demostraban la angustia de su alma. Le invadía una especie de temor que le hacía temblar de pies a cabeza, mostrando a quienes lo observaban el dolor de su corazón. De las casas salía la gente en tropel con gran confusión para suplicar todos juntos por el Lugar Santo, que iba a ser profanado. Las mujeres, ceñidas de saco desde los pechos, llenaban la calle. Las más jóvenes, que no debían todavía salir a la calle, unas corrían hacia las puertas, otras subían a los muros y otras se asomaban por las ventanas. Todas, levantando las manos al cielo, tomaban parte en la súplica. Uno se sentía conmovido al ver aquella muchedumbre postrada desordenadamente en tierra y al Sumo Sacerdote muy angustiado. Mientras ellos suplicaban al Señor

Todopoderoso para que guardara intactos y seguros los depósitos del Templo para aquellos que los habían entregado, Heliodoro comenzó a ejecutar lo que había decidido. Estaba ya con su guardia junto al Tesoro, cuando el Señor de los Espíritus y de todo poder hizo que se produjera una gran manifestación, y todos los que con Heliodoro se habían atrevido a acercarse, pasmados ante el poder de Dios, quedaron sin fuerza ni coraje. Se les apareció un caballo con una riquísima montura y, sobre él, un terrible jinete; lanzándose con ímpetu levantó contra Heliodoro sus patas delanteras. El jinete parecía tener armadura de oro. Aparecieron también dos jóvenes robustos y muy hermosos, magníficamente vestidos, que, poniéndose a ambos lados de Heliodoro, lo azotaban sin cesar, moliéndolo a golpes. Heliodoro cayó en tierra envuelto en una gran oscuridad; entonces lo tomaron y lo llevaron en una camilla. Así fue sacado, incapaz de poderse valer por sí mismo, aquel que poco antes había entrado orgulloso con gran séquito y escolta en el tesoro. Todos reconocieron claramente el poder de Dios. A consecuencia de la intervención divina se quedó mudo y no tenía esperanza de salvar su vida. Los judíos, mientras tanto, bendecían al Señor, que había llenado de gloria su Lugar Santo. El Templo, poco antes inundado de temor y miedo, se llenó de gozo y alegría por la extraordinaria manifestación de Dios. Luego, algunos de los familiares de Heliodoro pidieron a Onías que invocara al Altísimo para que Él concediera la gracia de vivir al que estaba como muerto. El Sumo Sacerdote, por su parte, temía que el rey sospechara alguna maquinación de los judíos contra Heliodoro, y ofreció un sacrificio por su salud. Mientras el Sumo Sacerdote ofrecía el sacrificio de expiación, se aparecieron otra vez a Heliodoro los mismos jóvenes, vestidos de la misma manera, y poniéndose ante él le dijeron: «Da gracias al Sumo Sacerdote Onías, pues por él te concede el Señor la gracia de vivir; y tú, que has sido azotado por orden del Cielo, haz saber a toda la grandeza del poder de Dios». Dicho esto, desaparecieron. Heliodoro, después de ofrecer al Señor un sacrificio y de orar largamente a Aquel que le había perdonado la vida, se despidió de Onías y volvió con sus guardias donde el rey. Allí empezó a dar testimonio de las obras del Dios Altísimo, que había visto con sus propios ojos. El rey preguntó a Heliodoro a quién podría mandar de nuevo a Jerusalén para realizar lo que él no había hecho. Heliodoro le respondió: «Si tienes algún enemigo a quien quieras eliminar, envíalo allá y lo verás regresar maltrecho, si es que puede regresar, pues seguramente hay un poder divino en ese lugar. El mismo que habita en el cielo lo vigila y lo guarda, hiriendo de muerte a quienes penetran en él para profanarlo».

> Esto es lo que ocurrió a Heliodoro y así fue como se salvó el tesoro (2 Macabeos 3:1-40, BL).

El historiador griego Apiano de Alejandría (d. C. 95-165) describe los acontecimientos que siguieron incluyendo la muerte de Filópator en 175 a. C. a manos de Heliodoro:

> Después de la muerte de Antíoco el Grande, su hijo Seleuco le sucedió. Entregó a su hijo Demetrio como rehén en lugar de su hermano Antíoco [3 de septiembre 175]. Cuando este último llegó a Atenas en su camino a casa, Seleuco fue asesinado como resultado de una conspiración de un cierto Heliodoro, uno de los oficiales de la corte. Cuando Heliodoro trató de adueñarse del gobierno, fue expulsado por Eumenes II Sóter de Pérgamo y Atalo, quien puso a Antíoco en ese lugar para asegurar su buena voluntad; porque, sospechaban de los romanos debido a ciertas disputas (Guerras Sirias, 45).

Demetrio Filópator hijo, era el heredero natural del trono. Sin embargo, como Apiano nos cuenta, Seleuco lo envió a Roma para que tomara el lugar de Antíoco, hermano de Seleuco. Demetrio tenía un hermano menor, también de nombre Antíoco, que estaba en Siria en ese momento. Estaba en Atenas cuando llegó la noticia de que Heliodoro había asesinado a su hermano. Consiguió la ayuda del rey de Eumenes de Pérgamo, y por medio de varias intrigas (los historiadores consideran que los detalles son inexactos), tomó el poder que Heliodoro había logrado con la muerte de Filópator, posiblemente alegando que lo hacía en nombre del niño Antíoco. Heliodoro huyó, y Antíoco IV Epífanes comenzó su infame reinado que duró de 175 a 164 a. C. El joven Antíoco fue asesinado en 170 a. C.

El resumen profético de Daniel capta de forma breve los elementos esenciales:

> *Y le sucederá en su lugar un hombre despreciable, al cual no darán la honra del reino; pero vendrá sin aviso y tomará el reino con halagos* (11:21).

Y continúa:

> *Las fuerzas enemigas serán barridas delante de él como con inundación de aguas; serán del todo destruidos, junto con el príncipe del pacto. Y después del pacto con él, engañará y subirá, y saldrá vencedor con poca gente. Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres; botín, despojos y riquezas repartirá a sus soldados, y contra las fortalezas formará sus designios; y esto por un tiempo* (11:22-24).

Este pasaje nos muestra detalles del carácter de Antíoco que los historiadores ampliamente confirman. Comenzó con el limitado respaldo del rey Eumenes II de Pérgamo, pero hizo alianzas que luego rompió sin miramientos dadas sus ambiciones. Con el fin de ganar influencia y apoyo distribuyó su creciente riqueza en una escala sin precedentes. Polibio reporta: «En las ofrendas a los dioses de las diferentes ciudades sobrepujó a todos sus antepasados» (Historias, 26.10).

Como hemos visto, el comportamiento extravagante de Antíoco hizo que ganara el apodo de «Epímanes» (loco) en lugar de «Epífanes» (Dios manifestado). Polibio lo describe:

> De vez en cuando, y sin saberlo sus ministros, veíasele pasear por las calles de la ciudad acompañado de una o dos personas. Le agradaba especialmente visitar las tiendas de escultores y fundidores de oro y plata, conversando familiarmente con los obreros acerca de su arte. Aficionado a hablar con hombres del pueblo, discutía con el primero que encontraba y bebía con extranjeros de ínfima clase. Al saber que en algún lugar ofrecían los jóvenes un festín, sin prevenir a nadie de su llegada presentábase al lugar acompañado de flautistas y sinfonistas, entregándose a los excesos de la comida de tal forma, que muchas veces los comensales, amedrentados por su inesperada presencia, se levantaban y huían. Frecuentemente, despojándose del regio manto, se paseaba por el Foro vestido con toga como un candidato ante los comicios, dando la mano a unos, abrazando a otros y solicitando los sufragios para ser elegido edil o tribuno del pueblo, y cuando conseguía la solicitada magistratura, sentado en silla curul de marfil, a usanza romana, entendía de los actos judiciales, de las causas comerciales y de los negocios en litigio, pronunciando sentencias con la atención más escrupulosa. En vista de tal proceder, no sabían las personas prudentes qué opinión formar de él, juzgándole unos, hombre sencillo y fácil, y otros, insensato. Con igual rareza distribuía las mercedes: a unos regalaba dados, a otros oros, ocurriendo a veces que los que por acaso hallaba, y a quienes jamás había visto, recibían inesperados obsequios (Historias, 26.1-9).

La referencia al «príncipe del pacto» es sorprendente, ya que se refiere con claridad a un individuo; sin embargo, se incluye en una declaración general sobre las tropas que «serán barridas... (ellos serán) del todo destruidos». Se le daba el título de «príncipe del pacto» al sumo sacerdote judío en Jerusalén, y esto nos remite al desagradable abuso del oficio eclesiástico. El sumo sacerdote de la época era Onías III, conocido por su integridad y celo por la ley, quien previamente se había opuesto al

intento de Heliodoro de asaltar el templo en Jerusalén. Onías se oponía al programa de helenización que Antíoco quería implementar. Según Errington, en 172 a. C. el hermano de Onías, Jasón, quien era el líder del partido helenizante en Jerusalén, ofreció a Antíoco una gran suma de dinero para el sumo sacerdocio. Nos relata que (2008, pág. 270) Jasón «planeaba reorganizar Jerusalén como una ciudad-estado griega, bajo el nombre dinástico de Antioquía, con una lista de ciudadanos registrados (¡que él mismo proporcionaría!), con un gimnasio para ejercitarse...». Antíoco, conocido por su tacto para los negocios, aceptó la oferta, y depuso a Onías. Sin embargo, poco tiempo después, Menelao (el cual ni siquiera era miembro de la alta familia de sacerdotes sino de la familia rival de Tobías) sobornó a Antíoco con más dinero que Jasón y obtuvo el cargo de sumo sacerdote. Menelao, quien había comprado de Antíoco el sumo sacerdocio, tuvo que realizar atracos en el tesoro del templo para obtener el dinero prometido; así que entró en conflictos con un número cada vez mayor de personas, además de los judíos ortodoxos, los cuales eran intransigentes con la helenización. El sentimiento popular comenzó a exacerbarse, y condujo a la intervención militar de las tropas seléucidas apostadas en Jerusalén.

Onías acusó en público a Menelao de robar vasos de oro del templo para pagar sus deudas (sombras de Nabucodonosor), pero tuvo que huir a Dafne para mantenerse a salvo. Menelao lo persiguió hasta allí y lo asesinó. Esto indicaba que lo peor estaba por venir. Baldwin señala (2009, pág. 213):

> Estos acontecimientos marcan la intervención del estado secular en las cuestiones espirituales. Se había establecido un precedente que los emperadores romanos no tardarían en seguir y que se ha convertido en un cliché de la política del siglo XX. Quitar del oficio y perseguir a los que han sido legítimamente puestos para liderar el pueblo de Dios, es atacar al creador del pacto, Dios mismo.
>
> *Y despertará sus fuerzas y su ardor contra el rey del sur con gran ejército; y el rey del sur se empeñará en la guerra con grande y muy fuerte ejército; mas no prevalecerá, porque le harán traición. Aun los que coman de sus manjares le quebrantarán; y su ejército será destruido, y caerán muchos muertos. El corazón de estos dos reyes será para hacer mal, y en una misma mesa hablarán mentira; mas no servirá de nada, porque el plazo aún no habrá llegado* (11:25-27).

En 170 a. C., los cortesanos Euleo y Leneo, del aún joven rey Ptolomeo VI de Egipto (hijo de Cleopatra, la hermana de Antíoco), le aconsejaron que recuperara la Celesiria para Egipto. En 169 a. C. Antíoco lanzó un ataque preventivo y derrotó a los egipcios; capturó a Ptolomeo y doblegaron la mayor parte de su país, excepto Alejandría. Los líderes de la ciudad pusieron de corregentes al hermano menor de

Ptolomeo, el futuro, famoso y panzón, Ptolomeo VIII y a su hermana Cleopatra. Antíoco, en respuesta, colocó a Ptolomeo VI (Filometor) como rey vasallo en la ciudad egipcia de Memphis.

El relato de Daniel sobre los dos reyes (Antíoco y Ptolomeo VI) que intentan engañarse mutuamente, y que «en una misma mesa hablarán mentira», es una maravillosa descripción de la diplomacia a través de la historia. No debemos tomarlo como un sarcasmo, sino como un análisis realista de por qué el resultado de tales discusiones a la mesa, resulta, a la postre, inútil, porque «el plazo aún no habrá llegado». Aunque ciertos aspectos de las maquinaciones de estos reyes pueden haber parecido a algunos como el tiempo del fin, todavía no lo era.

Antíoco emprendió dos campañas contra Egipto (169 y 168 a. C.). El registro histórico de su relación con los judíos, y la agresión contra ellos cuando se dirigía y cuando volvía de Egipto, no está claro, ya que no se conoce exactamente qué actos brutales se asocian a cada campaña, pero el relato general de lo que sucedió es, sin dudas, horrible.

> *Y volverá a su tierra con gran riqueza, y su corazón será contra el pacto santo; hará su voluntad, y volverá a su tierra* (11:28).

El libro de Macabeos relata:

> Cuando esos sucesos llegaron a noticia del rey, pensó que toda Judea se había sublevado. Se puso furioso y, saliendo de Egipto, vino a tomar Jerusalén por las armas. Mandó a sus soldados que matasen sin compasión a cuantos encontraran y degollaran también a todos los que se refugiaran en sus casas. Perecieron jóvenes y viejos; fueron asesinados hombres, mujeres y niños y pasaron por la espada tanto a niños de pecho como a muchachos. En sólo tres días hubo ochenta mil víctimas; cuarenta mil perecieron en la matanza y otros tantos fueron vendidos como esclavos. No contento con esto, Antíoco se atrevió a entrar en el Templo más santo de toda la tierra, guiado por Menelao, el traidor a las leyes y a la patria. Con sus manos manchadas tomó los vasos sagrados y arrebató con sus manos profanas los objetos que otros reyes habían regalado para gloria y honor del Templo. Pero, al actuar Antíoco en forma tan insolente, no sabía que el Señor lo dejaba profanar su Templo para castigar a los habitantes de la ciudad, porque sus pecados lo habían hecho enojarse. Antíoco, llevando consigo mil ochocientos talentos que había robado del Templo, partió rápidamente para Antioquía, tan orgulloso que se hubiera creído capaz de navegar por tierra y andar a pie por el mar (2 Macabeos 5:11-17, 21-22, BL).

Con anterioridad, en Macabeos, tenemos detalles adicionales sobre lo que parece ser el mismo evento:

> El año ciento cuarenta y tres, Antíoco volvió después de haber derrotado a Egipto, y, pasando por Israel, subió a Jerusalén con un poderoso ejército. Entró con insolencia en el santuario y se llevó el altar de oro, el candelabro de la luz con todos los accesorios, la mesa de los panes ofrecidos, los vasos, las copas, los incensarios de oro, la cortina y las coronas, y arrancó todo el decorado, las molduras de oro que cubrían la entrada del Templo. Se adueñó también de la plata, oro, objetos de valor y de cuantos tesoros ocultos pudo encontrar. Tomándolo todo, partió para su patria, después de haber derramado mucha sangre y de hacer declaraciones insolentes (1 Macabeos 1:20-24, BL).

Daniel se ocupa después de otra expedición que Antíoco realizó contra Egipto:

> *Al tiempo señalado volverá al sur; mas no será la postrera venida como la primera. Porque vendrán contra él naves de Quitim, y él se contristará, y volverá, y se enojará contra el pacto santo, y hará según su voluntad; volverá, pues, y se entenderá con los que abandonen el santo pacto* (11:29-30).

Los habitantes de Chipre y más tarde aquellos de las islas *y* costas del Mediterráneo se referían a «Quitim» como una ciudad de Chipre. La Septuaginta traduce «los barcos de Quitim» como los «romanos». Roma envió estas naves en respuesta a una solicitud de ayuda por parte de los hermanos Ptolomeo; *y* es muy probable que pertenecieran a la flota de Laenas, la cual zarpó hacia Egipto en junio de 168 a. C. después que Roma derrotó a Perseo en Macedonia.

Polibio retoma la historia de la exitosa intervención romana para detener la agresión de Antíoco contra Egipto: un acontecimiento que marcó el fin del poder seléucida y del que nace la expresión «trazar una línea en la arena».

> Marchaba Antíoco contra Ptolomeo para apoderarse de Pelusa, cuando halló a Popilio, general romano, y saludándole de lejos, le alargó la mano. Tenía Popilio en las suyas las tablillas en que estaba el decreto del Senado; las mostró al rey y le ordenó que las leyese, no deseando, según creo, darle prueba alguna de amistad antes de conocer si trataba con amigo o enemigo.
>
> Leyó el decreto el rey, y manifestó que daría cuenta a sus amigos para deliberar acerca de las medidas convenientes. Al escuchar esto, hizo Popilio una cosa que pareció extraordinariamente dura e imperiosa. Con

> una varilla que llevaba trazó un círculo alrededor de Antíoco, y le prohibió salir de él sin dar contestación.
>
> Admiró el rey tanto orgullo, y después de titubear un momento, respondió que ejecutaría las órdenes de los romanos; entonces Popilio le cogió la mano y contestó al saludo.
>
> El decreto le ordenaba acabar inmediatamente la guerra que hacía a Ptolomeo, y para obedecerlo condujo a Agria su ejército en los pocos días que se le habían señalado, no sin dolor y sentimiento por esta violencia, pero conformándose a lo que los tiempos exigían (Historias, 29.4, 27).

Para saber qué sucedió después, vuelva al texto principal del Capítulo 22.

APÉNDICE E

FECHA DE COMPOSICIÓN DEL LIBRO DE DANIEL

Según su libro, Daniel vivió para ver el final del Imperio babilónico y su sustitución por el Imperio Medo-persa, el cual fue a su vez sucedido por el imperio griego de Alejandro Magno. Más adelante, aunque no nombra a los personajes, Daniel brinda un gran número de detalles precisos, y luego se centra en las actividades de un emperador que es fácilmente reconocible como Antíoco IV «Epífanes».

Debido a la exactitud general de sus predicciones, la fecha en que se escribió el libro de Daniel ha sido un tema de mucha controversia. Tradicionalmente, se ha aceptado que es una obra escrita en el tiempo que describe, es decir, la Babilonia del siglo VI a. C. Pero esto ha sido puesto en duda, en varias ocasiones a lo largo de los siglos, por aquellos que comúnmente creen que es una obra del siglo II a. C.

En varios puntos del presente volumen se han dado razones que confirman que el libro de Daniel es una obra del siglo VI. El siguiente resumen de esos argumentos puede ser útil.

1. La realidad de la revelación sobrenatural

El libro de Daniel afirma categóricamente que hay un Dios en el cielo que revela misterios a sus siervos escogidos, e interpreta el significado de acontecimientos pasados, presentes y futuros, ya que todos son «presentes» para Dios en la eternidad.

Dicho esto, podríamos preguntarnos por qué Dios revelaría estos detalles. Como una posible respuesta, podemos pensar en las razones por las que Jesús comunicó de antemano a Sus discípulos lo que iba a sucederles a Él y a ellos. Jesús quería que cuando las persecuciones, las guerras, las hambrunas y las plagas llegaran, ellos estuvieran advertidos y encontraran consuelo en el conocimiento de que estas cosas no durarían para siempre, sino que finalmente anunciarían el comienzo de un nuevo orden de la creación.

2. Lo que implica la evidencia histórica

La fecha preferida por aquellos que no aceptan la revelación sobrenatural es el siglo II a. C., durante la época de la revuelta de los Macabeos. Este punto de vista se fortaleció con el surgimiento de la crítica histórica y el antisobrenaturalismo de la Ilustración. Sin

embargo, hay evidencia histórica procedente del descubrimiento de los Rollos del Mar Muerto en Qumrán que hace que esta fecha sea difícil de aceptar. El libro de Daniel ya era visto como parte de la Sagrada Escritura, y es casi inconcebible que hubiera sido incorporado al canon hacia el 100 a. C. si una secta macabea lo hubiera escrito apenas cincuenta años antes.

3. La estructura interna del libro

En la estructura general del libro, la ubicación de Daniel 9 paralela a Daniel 4 compara el castigo de Dios a Nabucodonosor con el castigo de Dios a Jerusalén, mientras que en la época de la revuelta de los Macabeos hubiera sido lógico que Nabucodonosor se colocara en paralelo con Antíoco, cuyo juicio prefiguraba el juicio eterno de los impíos y no el castigo temporal del pueblo de Dios.

Preguntas de reflexión y debate

Las preguntas se dividen en trece sesiones, correspondientes a los capítulos de Daniel (con dos sesiones introductorias). También se indican los capítulos de Contra la corriente (CLC) que se relacionan con cada capítulo de Daniel.

Daniel 1 Estudio 1 (CLC Capítulos 1-4)

1. ¿En qué medida su visión personal de la Biblia necesita de la creencia en su fiabilidad histórica? ¿Cómo el tema de la confiabilidad histórica afecta el uso del libro de Daniel en a) la devoción y b) el evangelismo?

2. ¿Cómo respondería usted a alguien que argumenta que cada acción humana es causada en última instancia por circunstancias fuera de su control y por lo tanto nadie es realmente responsable de las cosas que hace?

3. Babilonia era magnífica en la época de Daniel. ¿Cree usted que la apreciación del arte y la arquitectura puede incluir un elemento de idolatría? ¿Cuáles son los dioses que se adoran hoy en nuestra sociedad? ¿Cuáles son los efectos intelectuales y morales de la idolatría (ver Romanos 1:21-32)?

4. ¿Qué entiende usted por «sagrado»? ¿Cómo explicaría su relevancia para la sociedad en la que vive?

5. ¿Cómo trataría usted de convencer a un escéptico de que somos hechos a imagen de Dios y no al revés?

6. Complete la frase: «La manera de encontrar un sentido en la vida es...» (Quizás quiera explorar la diferencia entre «vivir en» y «vivir para» el mundo, y la necesidad de un punto de referencia fuera del universo.)

Daniel 1 Estudio 2 (CLC Capítulos 5-8)

1. ¿Qué podemos aprender de la actitud de Daniel respecto a la educación y la cultura en Babilonia? ¿Qué consejo le daría a un joven cristiano a punto de comenzar la universidad?

2. a) ¿Cuál era el propósito de las leyes alimentarias del Antiguo Testamento, especialmente en vista de que el Señor las canceló (Marcos 7:18-20; comparar 1 Timoteo 4:3-5; Romanos 14:14)? Ver Levítico 11:44 y Hechos 10:11-16, 28. Sobre la prohibición de comer sangre, ver Levítico 17:10-16. b) ¿Tiene la prohibición de comer alimentos sacrificados a los ídolos alguna relevancia para nosotros? Ver 1 Corintios 10:19-22 y Apocalipsis 2:14, 20.

3. ¿Cómo respondería usted a alguien que manifiesta que la ciencia ha «refutado a Dios»? ¿Cuál es la principal diferencia entre Dios según se revela en la Biblia y los dioses del mundo antiguo? ¿Cómo ayuda esta diferencia a la predicación del evangelio, y sin embargo, cómo podría hacer que sea más difícil describir a Dios?

4. ¿Qué entiende usted por apologética? Analice la sugerencia de que la apologética es un evangelismo persuasivo.

5. ¿Debemos protestar? Si es así, ¿respecto a qué temas y de qué manera? ¿Qué podemos aprender de la forma en que Daniel y sus amigos realizaron su protesta?

6. ¿Qué cosas pueden impedir que usted comparta su fe abierta y respetuosamente?

7. ¿Cómo intentaría usted ayudar a que alguien con un intelecto más poderoso que el suyo crea?

Daniel 2 (CLC Capítulos 9-10)

1. ¿Cuál es la diferencia entre pronóstico inteligente y revelación? ¿Por qué es importante la cuestión de si existe o no la revelación? ¿Cómo describiría usted la forma en que la razón y la revelación trabajan juntas?

2. ¿Qué punto de vista ofrece la imagen del sueño sobre los diversos tipos de gobierno humano? ¿Por qué motivo estos gobiernos en última instancia tienen que ser reemplazados?

3. Dios le reveló a Daniel lo que Nabucodonosor había soñado. En el mundo contemporáneo, donde la gente tiene motivos para ser susceptible con el tema del extremismo religioso, ¿cómo respondería usted a alguien que le dice: «Dios me dijo...»?

4. ¿Cree usted que la democracia es la mejor manera de evitar el control totalitario? ¿Existen debilidades inherentes, y de ser así qué se podría hacer para minimizarlas?

5. ¿Qué le diría usted a alguien que sostiene que la gran mayoría de la gente es básicamente buena?

6. El Nuevo Testamento nos dice que Cristo es «la piedra» (Hechos 4:11). ¿Ya ha caído esta piedra y ha hecho polvo los imperios del mundo? De no ser así, ¿cuándo caerá?

Daniel 3 (CLC Capítulo 11)

1. ¿Cuál debe ser la actitud normal de un cristiano hacia el Estado? (Ver Lucas 20:19-26; Romanos 13:1-7; 1 Timoteo 2:1-4; 1 Pedro 2:13-17.) ¿Bajo qué circunstancias debemos negarnos a someternos al Estado? (Ver Hechos 4:19-20; 5:27-29.)

2. ¿Cuáles son las fortalezas y las debilidades de una iglesia formalmente vinculada al estado gobernante?

3. ¿Qué implica realmente la orden de «adoración» dada por Nabucodonosor (comparar Mateo 4:9)? ¿Hay algún equivalente de esto en la actualidad o en el futuro (2 Tesalonicenses 2:3-4; Apocalipsis 13:4)?

4. ¿Cuál es la mejor manera de orar por los cristianos que sufren persecución?

5. ¿Por qué Dios no libró a los amigos de Daniel antes? ¿Qué problemas tuvieron que afrontar como resultado de esto?

Daniel 4 (CLC Capítulo 12)

1. Nabucodonosor era una persona muy culta y un arquitecto brillante. ¿Qué papel desempeñan las artes y la cultura en nuestra vida? ¿Es toda actividad cultural saludable? ¿Qué había de malo en la actitud de Nabucodonosor? ¿Qué nos puede salir mal? Analice Filipenses 4:8 a la luz de estas preguntas.

2. ¿Cuál era el significado del tipo de castigo que Dios le impuso a Nabucodonosor? ¿Todavía hoy Dios castiga de esta manera (Romanos 1:24-28)?

3. ¿Cómo definiría usted la diferencia esencial entre los animales y los seres

humanos? ¿Qué implicaciones tiene esto para la moralidad y los derechos de los animales?

Daniel 5 (CLC Capítulo 13)

1. ¿Cuál es el significado de lo que Belsasar hizo con los vasos de oro del templo?

2. ¿Qué son los «valores»? ¿Qué nos enseña Daniel 5 sobre su naturaleza? ¿Cuáles fueron los valores de Belsasar? ¿Cuál es el concepto de valores según Dios? (Comparar Lucas 12:13-24; 1 Pedro 1:18-19; 2:6-7.)

3. ¿Por qué el juicio de Dios sobre Belsasar fue mucho más severo que el aplicado a Nabucodonosor?

4. Daniel trasmitió un mensaje de Dios al rey Belsasar. ¿De qué maneras pueden los siervos de Dios hoy llevar comprensión profética e incluso trasmitir advertencias a aquellos que están en posiciones de liderazgo y gobierno?

Daniel 6 (CLC Capítulos 14-15)

1. ¿Cómo incorporaría usted los hallazgos de la arqueología en la defensa de la confiabilidad histórica de la Biblia?

2. ¿Representa la creación de leyes a las que todos están sujetos un avance importante en la civilización humana? ¿En qué pueden salir mal las cosas?

3. ¿Cómo enfrenta usted el argumento de que, puesto que las diferencias religiosas suelen ser la causa de guerras y derramamiento de sangre, sería mejor tener una religión mundial impuesta por el Estado?

4. Daniel creía en una ley absoluta. ¿Cuáles son las implicaciones de esto en la actualidad? Si vivimos para el reino de Dios y somos buenos ciudadanos del estado, ¿cómo debemos comportarnos cuando las costumbres de los que nos rodean quebrantan las leyes de Dios?

5. ¿Cómo mostraría usted tolerancia cuando a) no estuviera de acuerdo con alguien, o b) desaprobara las palabras o el comportamiento de alguien?

6. ¿Qué lecciones sobre la oración podemos aprender de Daniel 6?

Daniel 7 (CLC Capítulo 16)

1. ¿Qué podemos aprender al comparar la crítica de los imperios mundiales en Daniel 7 con la que aparece en Daniel 2?

2. ¿Qué nos dicen las imágenes de los versículos 9-10 sobre la naturaleza del juicio de Dios? (Comparar Apocalipsis 1:12-16.)

3. ¿Qué podemos aprender al comparar Daniel 7:11, 25 con Apocalipsis 13:5-7?

4. a) ¿Cómo interpreta usted el título de «Hijo del Hombre» cuando se aplica al Señor Jesús? La primera mención de este título en Mateo es 8:20 y la última es 26:64. La primera mención en Juan es 1:51 y la última 13:31. ¿Qué podemos aprender en estos versículos sobre el carácter del Hijo del Hombre y Su gobierno? b) ¿Cuál es la importancia del título «Hijo del Hombre» en el juicio? (Ver también Juan 5:27; Apocalipsis 1:12-16.)

5. ¿Cómo intentaría convencer a alguien de que el futuro juicio de Dios sobre la raza humana es algo bueno?

6. ¿Cómo podría servir de aliento la noticia de que Dios no siempre librará a Su pueblo de los problemas?

Daniel 8 (CLC Capítulo 17)

1. Los versículos 9-14 describen a Antíoco «Epífanes». ¿Qué lo hace tan importante en la historia?

2. Antíoco quitó el continuo sacrificio y echó por tierra la verdad. ¿Cuál es el significado de estas acciones? ¿Cuál es la relación entre la verdad y el poder (Juan 18:37; 19:10-11)?

3. ¿En qué sentido esta visión se refiere al «tiempo del fin» (versículos 17 y 19)?

4. ¿Cómo podría usted usar la historia que sirve de trasfondo a la fiesta judía de Janucá para confirmar la afirmación de Jesús de ser Mesías y Señor?

Daniel 9 (CLC Capítulos 18-20)

1. ¿Por qué cree usted que Jeremías 29:10-14 llevó a Daniel a la oración? ¿Cuáles son las principales enseñanzas de su oración? ¿Hay similitudes entre esto y la preocupación de Pablo en Romanos 9:1-4?

2. ¿Por qué era necesaria la restauración de Israel (Ezequiel 39:25-29)?

3. ¿Cómo encaja la Palabra de Dios, la Biblia, en su vida de oración, tanto en términos de adoración como de intercesión?

4. El Señor habló a Sus discípulos sobre el templo y la ciudad de Jerusalén justo antes de ser crucificado (Lucas 21:5-6, 20-24). ¿Nos ayuda esto a dar sentido a Daniel 9:26? ¿Cómo los pasajes de Hechos 1:6-7 y 3:14,19-21 dan continuidad a estas ideas?

5. ¿Cuál es el significado de la «abominación desoladora»? (Comparar Daniel 8:13; 11:31 con Mateo 24:15-28.)

Daniel 10 (CLC Capítulo 21)

1. ¿Daniel ayunaba mientras oraba con determinación por el pueblo de Dios? ¿Cómo podría haber ayudado esto?

2. Compare la visión del hombre en el río (versículos 4-8) con la de Apocalipsis 1:12-17.

3. ¿Cuál es el conflicto grande al que se refiere Daniel 10:1? ¿Está relacionado con nuestra lucha en Efesios 6:12-18? ¿Cuál es la naturaleza de nuestra lucha?

4. ¿Cómo describiría usted el mundo invisible de los ángeles (buenos y malos) a alguien que es escéptico del mundo no material?

Daniel 11 (CLC Capítulo 22)

1. ¿Cómo respondería usted a alguien que rechaza las advertencias de la Biblia aduciendo que las predicciones sobre el fin del mundo han demostrado ser falsas una y otra vez en el pasado?

Daniel 12 (CLC Capítulo 23)

1. ¿Cómo explicaría usted la presencia de la promesa y la advertencia en Juan 3:16?

2. ¿Qué aliento podemos obtener del mensaje de Daniel 12? ¿Qué esperanza da a los que se encuentran bajo presión a causa de su fe?

3. Considere de nuevo la primera pregunta. (Pregunta 1, Daniel 1, Estudio 1: ¿En qué medida su visión personal de la Biblia necesita de la creencia en su fiabilidad histórica?) ¿Ha cambiado de algún modo su visión mediante el estudio del libro de Daniel?

Bibliografía

Consultado con mayor frecuencia

Anderson, Sir Robert, *The Coming Prince*, Grand Rapids, Kregel, 1975.

Baldwin, Joyce, *Daniel*, Tyndale Old Testament Commentaries, Nottingham and Downers Grove, IVP, 2009.

Boutflower, Charles, *In and around the Book of Daniel*, Grand Rapids, Kregel, 1977.

Fyall, Bob, *Daniel: A Tale of Two Cities*, Fearn, Christian Focus, 1998.

Goldingay, John E., *Daniel*, Dallas, Word Books, 1989.

Lucas, Ernest C., *Daniel*, Apollos Old Testament Commentary, Leicester, IVP, 2002.

Tatford, Fredrick A., *The Climax of the Ages*, Londres, Oliphants, 1953.

Walvoord, John F., *Daniel*, Chicago, Moody, 2012.

Roux, Georges, *Ancient Iraq*, Londres, Penguin, 1992.

Wiseman, D. J., *Nebuchadnezzar and Babylon: The Schweich Lectures*, Oxford, OUP, 1991.

Mencionado en el texto

Archaeological Study Bible, Grand Rapids, Zondervan, 2011.

Bosch, David J., *Transforming Mission*, Maryknoll, Orbis Books, 2011

Butterfield, Herbert, *Christianity and History*, Londres, G. Bell & Sons 1949; Collins: Fontana, 1957, 1964.

Carson, D.A., *The Intolerance of Tolerance*, Nottingham, IVP, 2012.

Costas, Orlando E., *Christ Outside the Gate*, Maryknoll, Nueva York, Orbis Books, 1982.

Davies, Paul, *The Cosmic Blueprint*, Nueva York, Simon and Schuster, 1988.

Dawkins, Richard, *Unweaving the Rainbow*, Boston, Houghton Mifflin, 1998.

—, *A Devil's Chaplain*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 2003.

—, *The God Delusion*, Londres, Bantam Press, 2006.

Einstein, Albert, "Towards a World Government" (1946), *Out Of My Later Years: The Scientist, Philosopher, and Man Portrayed Through His Own Words*, Nueva York, Wings Books, 1956.

Errington, R. Malcolm, *A History of the Hellenistic World*, Oxford, Blackwell, 2008.

Feuerbach, Ludwig, *The Essence of Christianity*, ed. y trad. George Eliot (Marion Evans), Nueva York, Harper Torchbooks, 1957.

Frankl, Viktor, *Mans Search for Meaning*, Nueva York, Simon and Schuster Pocket Books, 1985.

Furedi, Frank, *Tolerance*, Londres, Continuum, 2011.
Gooding, D. W., "The Literary Structure of Daniel and its Implications", *Tyndale Bulletin 32*, 1981.
—, *According to Luke*, Leicester, IVP, 1987.
—, *True to the Faith*, Londres, Hodder & Stoughton, 1990; Myrtlefield House, 2013.
Gray, John, *Straw Dogs*, Londres, Granta Publications, 2003.
—, *Black Mass*, Londres, Allen Lane, 2007.
Habermas, Jürgen, *Time of Transitions*, Nueva York, Polity Press, 2006.
Harris, Sam, *The End of Faith: Religion, Terror, and the Future of Reason*, Londres, Free Press, 2005.
Harrison, Roland K., *Introduction to the Old Testament*, Grand Rapids, Eerdmans, 1969.
Hoffmeier, J. K. y Magary, D. R., ed., *Do Historical Matters Matter to Faith?: A Critical Appraisal of Modern and Postmodern Approaches to Scripture*, Wheaton, Crossway, 2012.
Humphreys, Colin J., *The Mystery of the Last Supper: Reconstructing the Final Days of Jesus*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
Jaeger, Werner, *The Theology of the Early Greek Philosophers*, Oxford, Oxford University Press, 1967.
Jerome, *Commentary on Daniel*, trad. Gleason L. Archer Jr., Grand Rapids, Baker, 1958.
Koestler, Arthur, *The God that Failed*, Londres, Hamish Hamilton, 1950.
Lennox, John, *Gunning for God: Why the New Atheists Are Missing the Target*, Oxford, Lion Hudson, 2011.
—, *God's Undertaker: Has Science Buried God?*, Oxford, Lion, 2007, 2009.
Lewis, C. S., *Miracles*, Londres y Glasgow, Collins: Fontana, 1947, rev. ed. 1960.
Marx, K., y Engels, F., *On Religion*, Moscú, 1955.
Montgomery, James A., *A Critical and Exegetical Commentary on the Book of Daniel*, International Critical Commentary, Edinburgh, T & T Clark, 1927.
Motyer, Alex, *The Prophecy of Isaiah*, Leicester, IVP, 1993.
Moule, C. F. D., *The Phenomenon of the New Testament*, Londres, SCM Press, 1967.
Newbigin, Lesslie, *The Gospel in a Pluralist Society*, Londres, SPCK, 1989.
Newton, Isaac, *The Chronology of Ancient Kingdoms Amended*, Londres, 1728.
Pinker, Stephen, *The Better Angels of our Nature: A History of Violence and Humanity*, Londres y Nueva York, Penguin, 2012.
Sacks, Jonathan, *The Great Partnership: God, Science and the Search for Meaning*, Londres, Hodder and Stoughton, 2011.
Schaeffer, Francis, *He is There and He is not Silent*, Wheaton, Tyndale House, 1972.
Singer, Peter, *Practical Ethics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
—, *Rethinking Life and Death*, Oxford, Oxford University Press, 1995.
—, *The Life You Can Save*, Nueva York, Random House, 2009.

Varghese, Roy, ed., *The Missing Link*, University Press of America, Lanham, 2013.
Ward, Keith, *Why There Almost Certainly is a God*, Oxford, Lion Hudson, 2008.
Wilson, Andrew, *If God, then What?*, Nottingham, IVP, 2012.
Wittgenstein, Ludwig, *Tractatus Logico-Philosophicus*, Londres, 1922.
—, *Notebooks*, 1914—16, 2a ed., trad. G. E. M. Anscombe, Chicago, University of Chicago Press, 1979.
Young, Edward J., *The Prophecy of Daniel*, Grand Rapids, Eerdmans, 1949.

Notas

[1] Observamos que hay adiciones a Daniel en los textos apócrifos que no están incluidas en el canon hebreo del Antiguo Testamento y por lo tanto no se tratan aquí. Se encuentran en: la Oración de Azarías y el Cántico de los tres jóvenes; la Historia de Susana; y Bel y el dragón.

[2] Para una discusión académica de las preguntas sobre la fecha de este y otros sucesos en Daniel, ver A. R. Millard, *Daniel in Babylon — An Accurate Record?* [Daniel en Babilonia, ¿un documento exacto?] en Hoffmeier y Magary, 2012, págs. 263-80.

[3] Richard Dawkins, *Is Science a Religion?* [¿Es la ciencia una religión?] en *The Humanist*, Enero/Febrero 1997, págs. 26-39.

[4] *Daily Telegraph Science Extra*, 11 de septiembre de 1989.

[5] Ver, por ejemplo, el *Jerusalem Post*, 14 de octubre de 2014.

[6] Joseph Ratzinger, *Homilía*, Basílica Vaticana, 18 de abril de 2005.

[7] Para un análisis detallado se remite al lector a la clara explicación dada por D. W. Gooding, 1990, págs. 172 y sig.

[8] L. W. King, traducción, en *The Seven Tablets of Creation* [Las siete tablillas de la creación], Londres, 1902.

[9] Reseña del libro de Cari Sagan, *El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad*, en *The New York Review of Books*, 9 de enero de 1997.

[10] Ver el excelente artículo de Peter May en www.bethinking.org titulado *What is evangelism?* [¿Qué es el evangelismo?].

[11] D. W. Gooding, *The Literary Structure of Daniel and its Implications* [La estructura literaria de Daniel y sus implicaciones], *Tyndale Bulletin* 1981.

[12] El tema de los milagros bíblicos y la ciencia se discute en detalle en mis libros *¿Ha enterrado la ciencia a Dios?, God and Stephen Hawking* [Dios y Stephen Hawking] y *Disparando contra Dios.* Este último título también contiene una investigación detallada de la evidencia de la resurrección corporal de Jesús en el contexto de la crítica escéptica.

[13] G. F. Hasel, http://www.biblearchaeology.org/post/2012/07/31/New-Light-on-the-Book-of-Daniel-from-the-Dead-Sea-Scrolls.aspx # Article

[14] En «Daniel, Book of» [Daniel, Libro de], *International Standard Bible Encyclopedia* [Enciclopedia internacional estándar de la Biblia], Vol. 1, Grand Rapids, Eerdmans, 1979, pág. 862.

[15] Para más detalles sobre esto ver Boutflower, 1977.

[16] En la red ABC en http://www.abc.net.au/religion/articles/2013/01 /20/3672846.htm

[17] Himno a Enlil, en james B. Pritchard, ed., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament* [Textos antiguos del Cercano Oriente relacionados con el Antiguo Testamento], 3ª Edición, Princeton, Princeton University Press, 1969, pág. 575.

[18] Andrew Wilson (2012, págs. 104-5) sugiere que la carta de Chesterton es en realidad apócrifa; aunque, como él mismo señala, su contenido sigue siendo profundo, independientemente de cuándo fue escrita.

[19] *Diferencia de la filosofa de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro,* traducción en Marx, 1955.

[20] *The Humanist* [El humanista], primavera de 1945.

[21] *Religion as the Integration of Human Life* [La religión como la integración de la vida humana], *The Humanist* [El humanista], primavera 1947, pág. 161.

[22] M. J. Inwood, «Feuerbach, Ludwig Andreas», en *The Oxford Companion to Philosophy* [Manual Oxford de filosofía], ed. Ted Honderich, Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 1995, pág. 276.

[23] George Weigel, *Christian Number-Crunching* [Cálculo del número de cristianos], 9 de febrero de 2011.

[24] Investigaciones recientes de la doctora Stephanie Dalley, de Oxford, han puesto en duda si estos jardines estaban realmente en Babilonia y no más bien en Nínive. Sin embargo, esta incertidumbre no contradice el hecho de que Babilonia era una hermosa ciudad que presumiblemente tenía muchos jardines.

[25] Peter Singer, *Sanctity of Life or Quality of Life?* [¿Santidad de la vida o calidad de vida?], *Paediatrics Vol.* 72, N.° 1, julio de 1983, págs. 128-29.

[26] La abolición de las distinciones entre los seres humanos y los animales no es el único ataque a la visión tradicional (teísta). También lo es la abolición de las diferencias entre los seres humanos y las máquinas: por ejemplo, el deprimente reduccionismo genético de Richard Dawkins que disminuye a los seres humanos a «máquinas de supervivencia genética» (Dawkins, 1998, pág. 186).

[27] Entrevista con Peter Singer: *Animáis join mans "árele of ethics"* [Los animales se unen al «círculo de la ética» del hombre], *Monash Reporter*, abril de 1983, pág. 8.

[28] Andrew Zak Williams, *Faith is no more* [La fe dejó de existir], *New Statesman*, 25 de julio de 2011.

[29] http://old.richarddawkins.net/videos/425-the-blasphemy-challenge

[30] Ver Brannon Howse, *The People and the Agenda of Multicultural Education* [Las personas y el plan de la educación multicultural], *Understanding the Times*, enero de 1997, 3.

[31] *Civil Action*, N° SA-11-CA-422-FB.

[32] Algunos eruditos ven *la venida del Hijo del Hombre con las nubes del cielo* como una referencia a la ascensión de Cristo, cuando llegó a Dios y a Su trono. Sin embargo, considero: a) que la cita que hace nuestro Señor de este texto en Su juicio se entiende más naturalmente en términos de Su venida a la tierra, cuando se hace visible para aquellos que lo han rechazado; b) que si Daniel 7 se está refiriendo a la ascensión, es justo preguntar: ¿Ocurrió el juicio de Dios en la ascensión? Y, si es así, ¿qué bestia fue entonces destruida?

[33] *Stanford Enciclopedia of Philosophy* [Enciclopedia de filosofía Stanford], 4 de diciembre de 2006, revisión 2 de julio de 2012 http://plato.stanford.edu/entries/world-government

[34] La política de la época era extremadamente compleja y el lector interesado debería consultar los principales sucesos del período helenístico para obtener más detalles. Un buen punto de partida es el artículo sobre «La civilización greco-romana» en la *Enciclopedia Británica.*

[35] «Período helenístico», *Enciclopedia Británica.*

[36] http://www.newworldencyclopedia.org/entry/Juche

[37] Ver *Disparando contra Dios*, capítulo 3, del cual se toman este y los siguientes párrafos (con alguna modificación).

[38] A la luz de las caricaturas del «pecado original» promovidas por Dawkins, Hitchens y otros, es importante notar que la última cláusula de esta cita no dice (como se sugiere a veces) «en quien todos pecaron» (es decir, en Ad TU) ,, La última cláusula se introduce mediante la conjunción griega *eptí hó,* q no puede significar «en

quien», o «en él», porque para eso sería necesario *en hó.* Aquí *eph' hó* significa «por cuanto». En cualquier caso, si el texto significaba que «todos pecaron en Adán», entonces se desprende que todos cometieron el pecado de Adán, y esto se niega explícitamente en Romanos 5:14. También hay que señalar que la traducción «todos han pecado» expresaría mejor el sentido (ver Romanos 3:23 NVI donde se usa la misma palabra griega y se traduce «todos han pecado»).

[39] Por supuesto, a menos que la profecía se refiera a dos ungidos. En lo que a veces se llama la interpretación antioqueña, se considera que el primer ungido es uno de los participantes principales en el regreso de Babilonia (posiblemente Josué o Zorobabel) y que el segundo ungido es Onías III, quien fue sumo sacerdote en 171 a. C. Esta interpretación sostiene que las setenta semanas comienzan a partir de una profecía de Jeremías. Sin embargo, aparte de otras dificultades, para que esto funcione, un simple cálculo basado en la profecía de Daniel muestra que Onías tendría que haber muerto alrededor de 105 a. C.

[40] http://www.cam.ac.uk/research/news/the-penultimate-supper

[41] Un análisis completo de los puntos de vista de Hume puede encontrarse en mi libro *¿Ha enterrado la ciencia a Dios?*

[42] Ver *¿Ha enterrado la ciencia a Dios?* y *Disparando contra Dios.*

[43] Mark Mercer, «The Benefactions of Antiochus IV Epiphanes and Dan. 11.37-38, An Exegetical Note» [Las buenas obras de Antíoco IV Epífanes y Daniel 11:37-38, una nota aclaratoria], *TMSJ* 12/1, primavera 2001, págs. 89-93.

[44] Por supuesto, es un error pensar que cuando se usa un símbolo o una metáfora no se está describiendo algo real. Jesús se describió a sí mismo como una puerta. Él es una puerta verdadera hacia una experiencia verdadera de Dios. No es una puerta en el sentido literal. Sin embargo, es nuestro conocimiento de lo que es una puerta lo que nos ayuda a entender la idea.

[45] Para un análisis más detallado del significado de la respuesta de Jesús, ver D. W. Gooding, 1990, 2013.

[46] Para ver la versión en inglés, consulte http://www.britishmuseum.org/explore/highlights/article_index/c/cyrus_cylinder translation.aspx